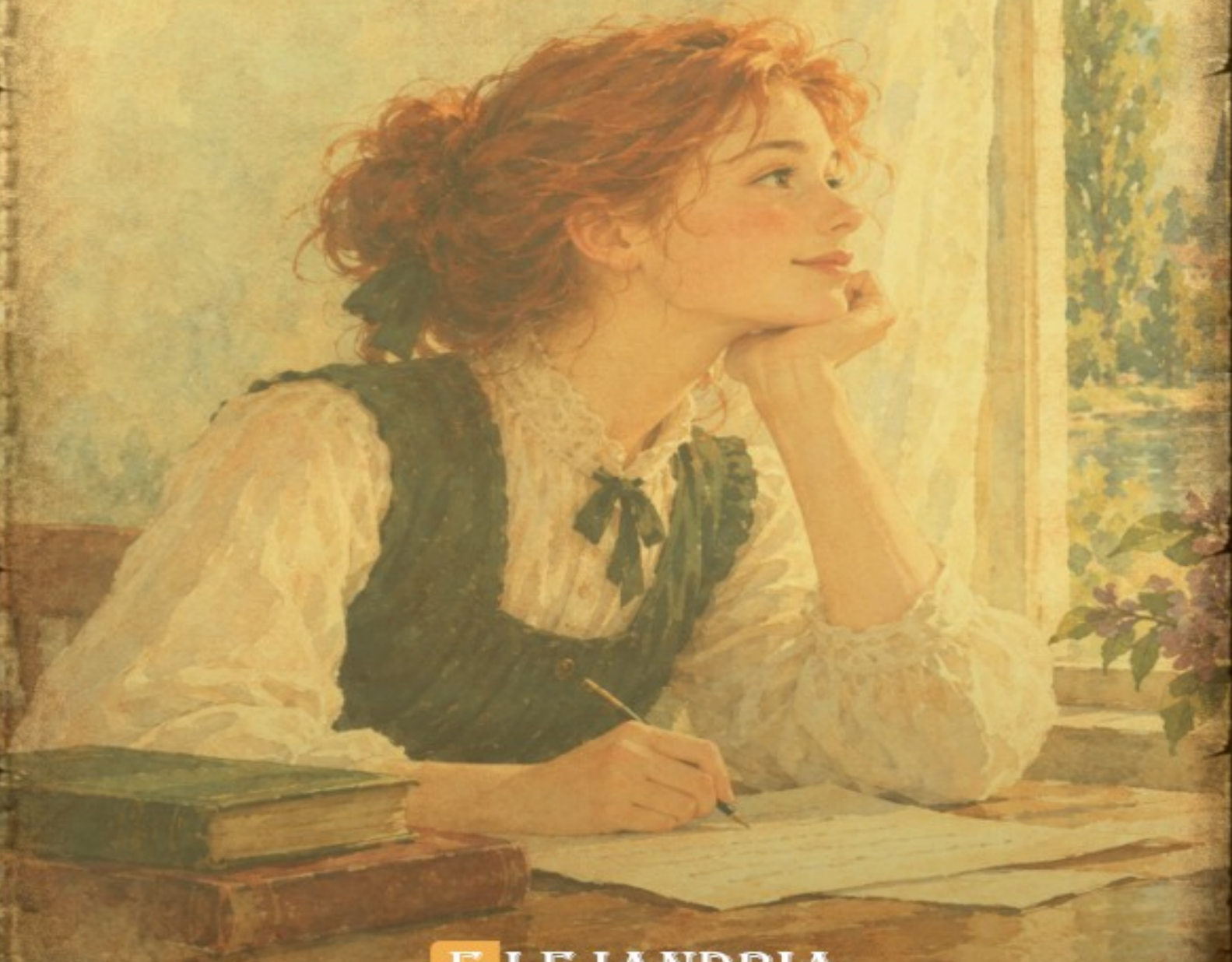


L. M. Montgomery

Ana, la de
Álamos Ventosos



E LEJANDRIA

L. M. Montgomery

Ana, la de
Álamos Ventosos



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ANA, LA DE ÁLAMOS VENTOSOS

L. M. MONTGOMERY

PUBLICADO: 1936
FUENTE: [HTTPS://GUTENBERG.NET.AU](https://GUTENBERG.NET.AU)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EL PRIMER AÑO

CAPÍTULO 1

(Carta de Ana Shirley, licenciada en Letras, directora del Summerside High School, a Gilbert Blythe, estudiante de medicina en Redmond College, Kingsport.)

Álamos Ventosos,
Callejón de los Fantasma,
S'side, I. P. E.,
Lunes, 12 de septiembre.

QUERIDÍSIMO:

¡Vaya dirección! ¿Has oído alguna vez algo tan exquisito? Álamos Ventosos es el nombre de mi nuevo hogar y lo adoro. También adoro el callejón de los Fantasma, que no tiene existencia legal ninguna. Debería llamarse calle Trent, pero nunca la llaman así salvo en las raras ocasiones en que se la menciona en el *Weekly Courier*; y entonces la gente se mira y dice: «¿Y eso dónde diablos está?». El callejón de los Fantasma es como se llama, aunque no sabría decirte por qué. Ya le he preguntado a Rebecca Dew, pero lo único que sabe decirme es que siempre se ha llamado así y que hace años corría una vieja historia de que estaba encantado. Pero *ella* no ha visto en él nada de peor aspecto que sí misma.

Pero no debo adelantarme a mi historia. Todavía no conoces a Rebecca Dew. Pero la conocerás, ay, sí, vaya que la conocerás. Presiento que Rebecca Dew va a tener un papel muy destacado en mi correspondencia futura.

Es la hora del crepúsculo, queridísimo. (Dicho sea de paso, ¿no te parece que «crepúsculo» es una palabra preciosa? Me gusta más que «anohecer». Suena tan aterciopelada y umbría, y... y... *crepuscular*.) De día pertenezco al mundo; de noche, al sueño y a la eternidad. Pero en el crepúsculo soy libre de ambos y solo me pertenezco a mí misma, y a *ti*. Así que voy a reservar esta hora, sagrada, para escribirte. Aunque *esta* no será una carta de amor. Tengo la pluma que raspa y no puedo escribir cartas de amor con una pluma que raspa, ni con una pluma afilada, ni con una pluma roma. Así que solo tendrás ese tipo de carta mía cuando tenga exactamente la pluma adecuada. Mientras tanto, te contaré cosas de mi nuevo domicilio y sus habitantes. Gilbert, son un *encanto* de gente.

Vine ayer a buscar una pensión. La señora Rachel Lynde me acompañó, con la excusa de hacer unas compras, pero en realidad, ya lo sé, para elegirme ella la pensión. A pesar de mi carrera de Letras y de mi título, la señora Lynde sigue pensando que soy una criatura inexperta a la que hay que guiar, dirigir y vigilar.

Vinimos en tren y, ay, Gilbert, me pasó la aventura más divertida. Ya sabes que a mí las aventuras siempre me han llegado sin buscarlas. Es como si las atrajera, por así decirlo.

Sucedió justo cuando el tren se detenía en la estación. Me levanté y, al agacharme para coger la maleta de la señora Lynde (pensaba pasar el domingo con una amiga en Summerside), apoyé con fuerza los nudillos en lo que creí que era el brazo brillante de un asiento. Al instante recibí un golpe tan violento que casi aúllo. Gilbert, lo que yo había tomado por el brazo de un asiento era la cabeza calva de un caballero. Me estaba fulminando con la mirada y, por lo visto, acababa de despertarse. Me disculpé mil veces y bajé del tren en cuanto pude. Lo último que vi de él fue que seguía fulminándome con la mirada. La señora Lynde se horrorizó, ¡y todavía me duelen los nudillos!

No esperaba tener muchos problemas para encontrar pensión, porque una tal señora de Tom Pringle lleva quince años alojando a

los distintos directores del instituto. Pero, por algún motivo desconocido, se ha cansado de pronto de «que la molesten» y no quiso acogerme. Otros sitios apetecibles pusieron alguna excusa cortés. Otros sitios, sencillamente, no eran apetecibles. Vagamos por el pueblo toda la tarde y acabamos acaloradas, cansadas, desanimadas y con dolor de cabeza; al menos yo. Estaba dispuesta a darme por vencida, desesperada, y entonces, ¡apareció el callejón de los Fantasmas, sin más!

Habíamos ido de visita a ver a la señora Braddock, una vieja amiga de la señora Lynde. Y la señora Braddock dijo que le parecía que «las viudas» podrían acogerme.

—Tengo entendido que quieren una huésped para pagarle el sueldo a Rebecca Dew. Ya no pueden permitirse tenerla si no entra algo de dinero extra. Y si Rebecca se va, ¿quién va a ordeñar a esa vieja vaca roja?

La señora Braddock me clavó una mirada severa, como si pensara que yo debería ordeñar a la vaca roja, aunque no me creería ni bajo juramento si le dijera que sabía hacerlo.

—¿De qué viudas habla? —quiso saber la señora Lynde.

—Pues la tía Kate y la tía Chatty —dijo la señora Braddock, como si eso lo tuviera que saber todo el mundo, hasta una ignorante licenciada—. La tía Kate es la señora de Amasa MacComber (es la viuda del capitán) y la tía Chatty es la señora de Lincoln MacLean, una viuda corriente y moliente. Pero todo el mundo las llama «tía». Viven al final del callejón de los Fantasmas.

¡El callejón de los Fantasmas! Aquello lo decidió todo. Supe al instante que tenía que alojarme con las viudas.

—Vayamos a verlas ahora mismo —le supliqué a la señora Lynde. Me parecía que, si perdíamos un instante, el callejón de los Fantasmas se desvanecería de vuelta al país de las hadas.

—Puedes verlas, si quieres, pero será Rebecca quien decida de verdad si te acogen o no. Rebecca Dew es quien manda en Álamos

Ventosos, te lo aseguro.

¡Álamos Ventosos! No podía ser verdad... no, no podía. Debía de estar soñando. Y la señora Rachel Lynde iba y decía que era un nombre curioso para una casa.

—Ah, así la llamó el capitán MacComber. Era su casa, ¿sabe? Él plantó todos los álamos alrededor y estaba muy orgulloso de ella, aunque casi nunca estaba en casa y nunca se quedaba mucho tiempo. La tía Kate solía decir que eso era un incordio, pero nunca llegamos a averiguar si se refería a que se quedaba tan poco tiempo o a que volviera siquiera. Bueno, señorita Shirley, espero que consiga usted el sitio. Rebecca Dew cocina de maravilla y es un genio con las patatas frías. Si le cae usted en gracia, vivirá en la abundancia. Y si no le cae bien... bueno, pues no la coge, y ya está. He oído que hay un banquero nuevo en el pueblo buscando pensión, y a lo mejor lo prefiere a él. Es un poco raro que la señora de Tom Pringle no la acogiera. Summerside está lleno de Pringle y de medio Pringle. Los llaman «la Familia Real», y va a tener que llevarse bien con ellos, señorita Shirley, o nunca le irá bien en el instituto de Summerside. Siempre han sido los que mandan por aquí; hay hasta una calle que lleva el nombre del viejo capitán Abraham Pringle. Son todo un clan, pero las dos ancianas de Maplehurst gobiernan a la tribu. He oído decir que la tienen tomada con usted.

—¿Y eso por qué? —exclamé—. Si soy una completa desconocida para ellos.

—Bueno, es que un primo tercero suyo se presentó para la dirección y todos piensan que debería habérsela llevado él. Cuando aceptaron su solicitud, la parentela entera echó la cabeza atrás y se puso a aullar. Así es la gente, ya se sabe. Hay que tomarlos como son. Serán suaves como la nata con usted, pero irán en su contra cada vez que puedan. No quiero desanimarla, pero hombre prevenido vale por dos. Espero que triunfe solo por fastidiarlos. Si las viudas la cogen, no le importará comer con Rebecca Dew, ¿verdad? No es una *criada*, ¿sabe? Es prima lejana del capitán. Cuando hay invitados no se sienta a la mesa; entonces sabe cuál es

su sitio, pero si se aloja allí, claro está, a usted no la va a considerar una invitada.

Le aseguré a la angustiada señora Braddock que me encantaría comer con Rebecca Dew, y arrastré a la señora Lynde fuera de allí. *Tenía* que adelantarme al banquero.

La señora Braddock nos siguió hasta la puerta.

—Y no le hiera los sentimientos a la tía Chatty, ¿eh? Se ofende con una facilidad pasmosa. Es tan sensible, pobrecilla. Verá, no tiene tanto dinero como la tía Kate, aunque la tía Kate tampoco es que ande sobrada. Y luego resulta que la tía Kate quería mucho a su marido, a su propio marido, digo, pero la tía Chatty no... no quería al suyo, digo. ¡No me extraña! Lincoln MacLean era un cascarrabias de mucho cuidado, pero ella cree que la gente se lo tiene en cuenta. Menos mal que es sábado. Si fuera viernes, la tía Chatty ni se plantearía acogerla. Una pensaría que la supersticiosa sería la tía Kate, ¿verdad? Los marineros son así. Pero es la tía Chatty, aunque *su* marido era carpintero. Fue muy guapa en sus tiempos, pobrecilla.

Le aseguré a la señora Braddock que los sentimientos de la tía Chatty serían sagrados para mí, pero ella nos siguió por el sendero.

—Kate y Chatty no le van a fisgar las cosas cuando salga. Son muy escrupulosas. Rebecca Dew, quizá sí, pero no la delatará. Y yo, en su lugar, no probaría por la puerta principal. Solo la usan para algo de verdad importante. Me parece que no se ha abierto desde el funeral de Amasa. Pruebe por la puerta lateral. Guardan la llave debajo de la maceta del alféizar, así que si no hay nadie, abra y entre a esperar. Y haga lo que haga, no elogie al gato, porque a Rebecca Dew no le gusta.

Prometí que no elogiaría al gato y por fin conseguimos escapar. Poco después nos encontramos en el callejón de los Fantasma. Es una calle lateral muy corta que sale al campo abierto, y a lo lejos una colina azul le sirve de precioso telón de fondo. En un lado no hay ninguna casa, y el terreno baja en pendiente hacia el puerto. En el otro solo hay tres. La primera es simplemente una casa; no hay

más que decir de ella. La siguiente es una mansión grande, imponente y lúgubre, de ladrillo rojo con remates de piedra, con un tejado abuhardillado plagado de buhardillas, una barandilla de hierro alrededor de la parte plana del tejado y tantos abetos y píceas apretujados a su alrededor que apenas se ve la casa. Debe de estar terriblemente oscura por dentro. Y la tercera y última es Álamos Ventosos, justo en la esquina, con la calle cubierta de hierba por delante y, por el otro lado, un auténtico camino rural precioso, lleno de sombras de árboles.

Me enamoré de ella al instante. Ya sabes que hay casas que se te graban desde el primer vistazo, por alguna razón que apenas sabrías definir. Álamos Ventosos es así. Podría describirtela como una casa de madera blanca —muy blanca— con postigos verdes —muy verdes— con una «torre» en la esquina y una buhardilla a cada lado, un muro bajo de piedra que la separa de la calle, con álamos temblones plantados a intervalos a lo largo de él, y un gran jardín en la parte de atrás donde flores y hortalizas se mezclan de un modo encantador, pero nada de esto puede transmitirti su encanto. En resumen, es una casa de personalidad deliciosa, que tiene algo del sabor de Tejas Verdes.

—Este es el lugar para mí; estaba predestinado —dijo, extasiada.

La señora Lynde puso cara de no fiarse mucho de la predestinación.

—Va a ser un buen paseo hasta el instituto —dijo, dubitativa.

—Eso no me importa. Será buen ejercicio. Ay, mire qué precioso bosquecillo de abedules y arces hay al otro lado del camino.

La señora Lynde miró, pero lo único que dijo fue:

—Espero que no te acosen los mosquitos.

Yo también lo esperaba. Detesto los mosquitos. Un solo mosquito puede tenerme más «despierta» que una mala conciencia.

Me alegré de que no tuviéramos que entrar por la puerta principal. Tenía un aire tan inhóspito: un armatoste de dos hojas, de madera

veteada, flanqueado por paneles de vidrio rojo con flores. No parecía pertenecer a la casa en absoluto. La pequeña puerta lateral verde, a la que llegamos por un sendero encantador de finas losas de arenisca hundidas a intervalos en la hierba, era mucho más amable y acogedora. El sendero estaba bordeado de arriates muy pulcros y ordenados de cinta de jardín, corazón sangrante, azucenas tigradas, minutisa, abrótnano, ramillete de novia, margaritas rojas y blancas, y lo que la señora Lynde llama «pioinias». Claro que no estaban todas en flor en esta época, pero se veía que habían florecido a su debido tiempo y lo habían hecho con esmero. Había un rosal en un rincón apartado, y entre Álamos Ventosos y la casa lúgubre de al lado, un muro de ladrillo cubierto de viña virgen, con un emparrado en arco sobre una puerta verde descolorida en el centro. Una enredadera lo atravesaba por completo, así que estaba claro que llevaba tiempo sin abrirse. En realidad era solo media puerta, pues su mitad superior no era más que un hueco rectangular abierto por el que se vislumbraba un jardín selvático al otro lado.

Justo al cruzar la verja del jardín de Álamos Ventosos me fijé en una matita de trébol junto al sendero. Algún impulso me llevó a agacharme a mirarla. ¿Lo creerás, Gilbert? Allí, delante de mis propios ojos, había *tres* tréboles de cuatro hojas. ¡Para que hablen de presagios! Ni siquiera los Pringle podían competir con eso. Y sentí la certeza de que el banquero no tenía la más remota posibilidad.

La puerta lateral estaba abierta, así que era evidente que había alguien en casa y no tuvimos que buscar debajo de la maceta. Llamamos y Rebecca Dew acudió a abrir. Supimos que era Rebecca Dew porque no podía ser ninguna otra persona en el mundo entero. Y ella no podía tener ningún otro nombre.

Rebecca Dew ronda «los cuarenta», y si a un tomate le salieran del contorno de la frente unos pelos negros echando a correr hacia atrás, unos ojillos negros y chispeantes, una naricilla con la punta abultada y una boca en forma de raja, se parecería exactamente a ella. Todo en ella es un poco demasiado corto: los brazos, las

piernas, el cuello, la nariz, todo menos la sonrisa. Esa es lo bastante larga como para ir de oreja a oreja.

Pero entonces no le vimos la sonrisa. Puso cara de pocos amigos cuando pregunté si podía ver a la señora MacComber.

—¿Se refiere usted a la señora *del capitán* MacComber? —dijo, en tono de reproche, como si hubiera al menos una docena de señoras MacComber en la casa.

—Sí —dije, mansamente. Y acto seguido nos hicieron pasar al salón y nos dejaron allí. Era una salita bastante agradable, algo recargada de tapetes, pero con un ambiente tranquilo y amable que me gustó. Cada mueble tenía su sitio particular, el que llevaba ocupando años. ¡Cómo relucían aquellos muebles! Ningún betún comprado produce jamás ese brillo de espejo. Sabía que era el codo de Rebecca Dew. Había un barco de vela completo dentro de una botella sobre la repisa de la chimenea, que le interesó muchísimo a la señora Lynde. No lograba imaginar cómo había llegado hasta allí dentro, pero le pareció que daba a la sala «un aire mariner».

«Las viudas» entraron. Me cayeron bien enseguida. La tía Kate era alta, delgada y canosa, y un poco austera: exactamente el tipo de Marilla. Y la tía Chatty era baja, delgada y canosa, y un poco melancólica. Puede que en su día fuera muy guapa, pero de su belleza ya no queda nada salvo los ojos. *Esos* sí son preciosos: grandes, suaves y castaños.

Explicué a qué había venido, y las viudas se miraron entre sí.

—Tenemos que consultarlo con Rebecca Dew —dijo la tía Chatty.

—Sin duda —dijo la tía Kate.

Así pues, mandaron llamar a Rebecca Dew, que estaba en la cocina. El gato entró con ella: un gato grande y peludo, de color gris azulado, con el pecho blanco y un collar blanco. Me habría gustado acariciarlo, pero, recordando la advertencia de la señora Braddock, lo ignoré.

Rebecca me miró fijamente sin el más leve asomo de sonrisa.

—Rebecca —dijo la tía Kate, que, según he podido comprobar, no gasta palabras de más—, la señorita Shirley desea alojarse aquí. No creo que podamos acogerla.

—¿Y eso por qué? —dijo Rebecca Dew.

—Me temo que sería demasiada molestia para ti —dijo la tía Chatty.

—Estoy bien acostumbrada a las molestias —dijo Rebecca Dew. *No se pueden* separar esos dos nombres, Gilbert. Es imposible, aunque las viudas lo consiguen. La llaman Rebecca cuando le hablan. No sé cómo se las arreglan.

—Somos ya mayores para tener gente joven entrando y saliendo —insistió la tía Chatty.

—Habla por ti misma —replicó Rebecca Dew—. Yo no tengo más que cuarenta y cinco años y todavía conservo mis facultades intactas. Y *a mí* me parece que estaría bien tener a alguien joven durmiendo en la casa. Una chica es mejor que un chico en cualquier caso. *Él* estaría fumando día y noche, y acabaría quemándonos en la cama. Si tenéis que coger huésped, *mi* consejo sería coger a *esta*. Pero, claro, la casa es vuestra.

Dijo esto y desapareció, como tanto le gustaba decir a Homero. Supe que el asunto estaba zanjado, pero la tía Chatty dijo que debía subir a ver si la habitación me convenía.

—Te daremos la habitación de la torre, querida. No es tan grande como el cuarto de invitados, pero tiene un agujero para la estufa en invierno y unas vistas mucho más bonitas. Desde allí se ve el viejo cementerio.

Supe que amaría esa habitación: el mismo nombre, «la habitación de la torre», ya me emocionaba. Sentí como si estuviéramos viviendo aquella vieja canción que cantábamos en la escuela de Avonlea, sobre la doncella que «moraba en una alta torre junto a un mar gris». Resultó ser el rincón más adorable. Subimos hasta ella por un tramo pequeño de escalones de esquina que arrancaba del

rellano. Era bastante pequeña, pero ni de lejos tan pequeña como aquel espantoso cuartucho de pasillo que tuve mi primer año en Redmond. Tenía dos ventanas, una buhardilla que miraba al oeste y una de hastial que miraba al norte, y en el rincón que formaba la torre, otra ventana de tres lados con postigos que se abrían hacia fuera y estantes debajo para mis libros. El suelo estaba cubierto de alfombras redondas trenzadas; la cama, grande, tenía dosel y una colcha de «ganso salvaje», y se veía tan perfectamente lisa y a nivel que daba pena estropearla durmiendo en ella. Y, Gilbert, es tan alta que tengo que subirme por una graciosa escalerilla portátil que de día se guarda debajo. Por lo visto el capitán MacComber compró todo el artificio en algún sitio «extranjero» y se lo trajo a casa.

Había un adorable rinconero con estantes forrados de papel blanco festoneado y ramilletes pintados en la puerta. Había un cojín azul redondo en el asiento de la ventana, con un botón hundido en el centro que le daba pinta de rosquilla azul y rechoncha. Y había un lavabo encantador con dos baldas: la de arriba justo del tamaño para una palangana y una jarra de color azul huevo de petirrojo, y la de abajo para la jabonera y el aguamanil. Tenía un cajoncito con tirador de latón lleno de toallas, y en un estante encima había una dama de porcelana blanca sentada, con zapatos rosas, un fajín dorado y una rosa de porcelana roja en su pelo de porcelana dorada.

Toda la estancia se doraba con la luz que entraba por las cortinas color mazorca, y en las paredes encaladas se dibujaba el más singular de los tapices, allí donde caían las sombras de los álamos temblones de fuera: un tapiz vivo, siempre cambiante y tembloroso. De algún modo, me pareció una habitación tan *feliz*. Sentí que era la chica más rica del mundo.

—Ahí estarás a salvo, eso desde luego —dijo la señora Lynde cuando nos íbamos.

—Me imagino que algunas cosas me resultarán un poco agobiantes después de la libertad de Patty's Place —dije, solo por picarla.

—¡Libertad! —bufó la señora Lynde—. ¡Libertad! No hables como una yanqui, Anne.

Hoy he venido con armas y bagajes. Por supuesto, me costó horrores dejar Tejas Verdes. Por muchas veces y por mucho tiempo que esté fuera, en cuanto llegan las vacaciones vuelvo a formar parte de la casa como si nunca me hubiera marchado, y se me parte el corazón al dejarla. Pero sé que aquí me va a gustar. Y a ella le gusto yo. Siempre sé si le gusto a una casa o no.

Las vistas desde mis ventanas son preciosas, hasta el viejo cementerio, rodeado de una hilera de abetos oscuros y al que se llega por un sendero sinuoso bordeado de diques. Desde la ventana oeste veo todo el puerto hasta las costas lejanas y brumosas, con los queridos veleritos que tanto me gustan y los barcos que zarpan «rumbo a puertos desconocidos» —¡qué frase tan fascinante! ¡Cuánto «margen para la imaginación» encierra! Desde la ventana norte veo el bosquecillo de abedules y arces al otro lado del camino. Ya sabes que siempre he sido una adoradora de los árboles. Cuando estudiamos a Tennyson en nuestro curso de inglés en Redmond, siempre me sentía apenada y solidaria con la pobre Enone, llorando sus pinos violados.

Más allá del bosquecillo y el cementerio hay un valle entrañable, con la cinta roja y brillante de un camino serpenteando por él y casas blancas salpicadas a lo largo. Hay valles que *son* entrañables, sin más, no sabría decir por qué. El mero hecho de mirarlos ya da gusto. Y más allá todavía está mi colina azul. Voy a llamarla el Rey de la Tormenta, la pasión dominante, ya se sabe.

Aquí arriba puedo estar tan *sola* como quiera. Ya sabes que es delicioso estar sola de vez en cuando. Los vientos serán mis amigos. Gemirán y suspirarán y canturrearán alrededor de mi torre: los vientos blancos del invierno, los vientos verdes de la primavera, los vientos azules del verano, los vientos carmesíes del otoño y los vientos salvajes de todas las estaciones: «viento tempestuoso que cumple su palabra». Qué emoción me ha dado siempre ese versículo de la Biblia, como si cada viento, todos y cada uno, tuviera un

mensaje para mí. Siempre he envidiado al niño que voló con el viento del norte en aquel precioso cuento antiguo de George MacDonald. Alguna noche, Gilbert, abriré el ventanal de mi torre y me dejaré caer sin más en los brazos del viento, y Rebecca Dew nunca sabrá por qué mi cama no se durmió en ella esa noche.

Espero que cuando encontremos nuestra «casa de ensueño», queridísimo, haya vientos alrededor. Me pregunto dónde estará, esa casa desconocida. ¿La amaré más a la luz de la luna o al amanecer? Ese hogar del futuro donde tendremos amor, amistad y trabajo, y unas cuantas aventuras divertidas que nos hagan reír en la vejez. ¡La vejez! ¿Podremos *nosotros* llegar a ser viejos alguna vez, Gilbert? Parece imposible.

Desde la ventana izquierda de la torre veo los tejados del pueblo, este lugar donde voy a vivir al menos un año. En esas casas vive gente que será mi amiga, aunque todavía no la conozco. Y quizá también mis enemigos. Porque la ralea de los Pye se encuentra en todas partes, con toda clase de nombres, y tengo entendido que hay que andarse con ojo con los Pringle. Mañana empiezan las clases. ¡Voy a tener que enseñar geometría! Seguro que no puede ser peor que aprenderla. Ruego al cielo que no haya ningún genio de las matemáticas entre los Pringle.

Solo llevo aquí medio día, pero tengo la sensación de conocer a las viudas y a Rebecca Dew de toda la vida. Ellas ya me han pedido que las llame «tía», y yo les he pedido que me llamen Ana. A Rebecca Dew la llamé «señorita Dew»... una vez.

—¿Señorita qué? —dijo ella.

—Dew —dije, mansamente—. ¿No es ese su apellido?

—Bueno, sí, lo es, pero hacía tanto que no me llamaban señorita Dew que me dio un vuelco el corazón. Más vale que no lo vuelva usted a hacer, señorita Shirley, que yo ya no estoy acostumbrada.

—Lo recordaré, Rebecca... Dew —dije, esforzándome al máximo por omitir el Dew, sin conseguirlo.

La señora Braddock tenía toda la razón al decir que la tía Chatty era sensible. Lo descubrí a la hora de la cena. La tía Kate había dicho algo sobre «el sexagésimo sexto cumpleaños de Chatty». Al mirar por casualidad a la tía Chatty, vi que se había... no, «echado a llorar» no; ese término es demasiado explosivo para lo que ocurrió. Sencillamente, rebosó. Las lágrimas le asomaron a los grandes ojos castaños y se desbordaron, sin esfuerzo y en silencio.

—¿Y ahora qué te pasa, Chatty? —preguntó la tía Kate, bastante seca.

—Es que... es que solo era mi sexagésimo quinto cumpleaños —dijo la tía Chatty.

—Te pido disculpas, Charlotte —dijo la tía Kate, y volvió a salir el sol.

El gato es un precioso gatazo atigrado, de ojos dorados, elegante pelaje gris polvoriento y una pechera de un blanco impecable. Las tías Kate y Chatty lo llaman Dusty Miller, porque así se llama, y Rebecca Dew lo llama Ese Gato, porque le tiene manía y le fastidia tener que darle unos pocos centímetros cuadrados de hígado cada mañana y cada noche, quitarle los pelos del sillón del salón con un cepillo de dientes viejo cada vez que se cuela dentro, y salir a buscarlo si se queda fuera hasta tarde por la noche.

—Rebecca Dew siempre ha odiado a los gatos —me cuenta la tía Chatty—, y odia sobre todo a Dusty. El perro de la vieja señora Campbell (entonces tenía un perro) lo trajo aquí hace dos años en la boca. Supongo que pensó que no valía la pena llevárselo a la señora Campbell. Era un gatito tan pobre y desdichado, todo mojado y frío, con los huesecillos casi asomándole por la piel, que ni un corazón de piedra le habría negado cobijo. Así que Kate y yo lo adoptamos, pero Rebecca Dew nunca nos lo ha perdonado del todo. No estuvimos muy diplomáticas aquella vez; deberíamos habernos negado a acogerlo. No sé si te habrás fijado... —la tía Chatty miró con cautela hacia la puerta que separa el comedor de la cocina— ...en cómo nos las arreglamos con Rebecca Dew.

Yo *sí* que me había fijado en ello, y era hermoso de contemplar. Summerside entera y la propia Rebecca Dew pueden pensar que es ella quien manda en la casa, pero las viudas saben que no es así.

—No quisimos coger al del banco: un hombre joven habría sido *tan* perturbador, y nos habría preocupado muchísimo que no fuera a la iglesia con regularidad. Fingimos que sí nos importaba, pero Rebecca Dew no quiso ni oír hablar de ello. Me alegro tanto de tenerte a ti, querida. Estoy segura de que serás una persona encantadora para quien cocinar. Espero que nos tomes cariño a todas. Rebecca Dew tiene muy buenas cualidades. No era tan pulcra cuando llegó, hace quince años, como lo es ahora. Una vez Kate tuvo que escribirle el nombre —«Rebecca Dew»— atravesado en el espejo del salón, para mostrarle el polvo. Pero no tuvo que volver a hacerlo nunca más: Rebecca Dew capta las indirectas a la primera. Espero que encuentres cómoda tu habitación, querida. Puedes dejar la ventana abierta por la noche. A Kate no le gusta el aire nocturno, pero sabe que las huéspedes deben tener sus privilegios. Ella y yo dormimos juntas, y lo hemos arreglado de modo que una noche la ventana está cerrada por ella y la siguiente abierta por mí. Siempre se pueden resolver esos pequeños problemas, ¿no te parece? Querer es poder. No te asustes si oyes a Rebecca rondar bastante por la noche: siempre está oyendo ruidos y levantándose a investigarlos. Creo que por eso no quiso al del banco: temía encontrárselo en camisón. Espero que no te importe que Kate hable tan poco; es solo su manera de ser. Y eso que tendría tantas cosas de que hablar: recorrió medio mundo con Amasa MacComber en sus tiempos de juventud. Ojalá tuviera yo los temas de conversación que tiene ella, pero yo nunca he salido de la Isla del Príncipe Eduardo. A menudo me he preguntado por qué las cosas se habrán dispuesto así: yo, que adoro hablar y no tengo nada que contar, y Kate, que lo tiene todo y odia hablar. Pero supongo que la Providencia sabe lo que hace.

Aunque la tía Chatty es sin duda una charlatana, no dijo todo esto de un tirón. Yo intercalé algunos comentarios en los momentos oportunos, pero carecían de toda importancia.

Tienen una vaca que padece en casa del señor James Hamilton, calle arriba, y Rebecca Dew va allí a ordeñarla. Hay nata en abundancia, y tengo entendido que cada mañana y cada noche Rebecca Dew le pasa un vaso de leche recién ordeñada, por la abertura de la verja, a la «Mujer» de la señora Campbell. Es para «la pequeña Elizabeth», que debe tomarla por orden del médico. Quién es la Mujer, o quién es la pequeña Elizabeth, todavía está por descubrir. La señora Campbell es la habitante y propietaria de la fortaleza de al lado, que se llama Evergreen.

No espero dormir esta noche: nunca duermo la primera noche en una cama extraña, y *esta* es la cama más extraña que he visto en mi vida. Pero no me importará. Siempre he amado la noche, y me gustará quedarme despierta pensando en todo lo de la vida, pasado, presente y venidero. Especialmente lo *venidero*.

Esta es una carta despiadada, Gilbert. No volveré a infligirte una tan larga. Pero quería contártelo todo, para que pudieras imaginarte tú mismo mi nuevo entorno. Ya ha llegado a su fin, pues, muy al fondo del puerto, la luna se está «hundiendo en la tierra de las sombras». Todavía tengo que escribirle una carta a Marilla. Llegará a Tejas Verdes pasado mañana, y Davy la traerá a casa desde la oficina de correos, y él y Dora se apiñarán en torno a Marilla mientras la abre, y la señora Lynde tendrá ambos oídos bien abiertos... ¡Ay... ay... ayyy! Eso me ha dado morriña. Buenas noches, querido mío, de quien ahora y siempre será tuya,

Cariñosísimamente tuya,

ANA SHIRLEY.

CAPÍTULO 2

(Extractos de varias cartas de la misma autora al mismo destinatario.)

26 de septiembre.

¿Sabes adónde voy a leer tus cartas? Cruzo la carretera y entro en la arboleda. Hay allí un pequeño vallecito donde el sol motea los helechos. Lo atraviesa un arroyo serpenteante; hay un tronco retorcido y cubierto de musgo donde me siento, y la más deliciosa hilera de jóvenes abedules hermanos. De ahora en adelante, cuando tenga un sueño de cierta clase —un sueño verde dorado, de vetas carmesí, un verdadero sueño entre los sueños—, me complaceré en creer que vino de mi vallecito secreto de abedules y que nació de alguna unión mística entre la más esbelta y etérea de las hermanas y el arroyo susurrante. Me encanta sentarme allí y escuchar el silencio de la arboleda. ¿Te has fijado alguna vez, Gilbert, en cuántos silencios distintos existen? El silencio del bosque, el de la orilla, el de los prados, el de la noche, el de las tardes de verano. Todos diferentes, porque son diferentes los matices que los recorren por dentro. Estoy segura de que, si fuera completamente ciega e insensible al calor y al frío, podría saber con facilidad dónde me encuentro solo por la calidad del silencio que me rodea.

La escuela lleva ya dos semanas «en marcha» y tengo las cosas bastante bien organizadas. Pero la señora Braddock tenía razón: los Pringle son mi problema. Y todavía no veo exactamente cómo voy a

resolverlo, pese a mis tréboles de la suerte. Como dice la señora Braddock, son suaves como la nata, y igual de resbaladizos.

Los Pringle son una especie de clan que se vigila entre sí y se pelea bastante puertas adentro, pero que cierra filas ante cualquier extraño. He llegado a la conclusión de que en Summerside solo hay dos clases de personas: los que son Pringle y los que no lo son.

Mi aula está llena de Pringle, y muchos alumnos que llevan otro apellido tienen sangre Pringle en las venas. La cabecilla de todos parece ser Jen Pringle, una mocosa de ojos verdes que debía de tener el aspecto de *Becky Sharp* a los catorce años. Creo que está organizando deliberadamente una sutil campaña de insubordinación y falta de respeto, que me va a costar mucho contrarrestar. Tiene el don de poner unas muecas irresistiblemente cómicas, y cuando oigo una risita ahogada correr por el aula a mis espaldas sé perfectamente qué la ha causado, pero de momento no he logrado pillarla con las manos en la masa. También tiene cabeza, ¡la muy pícara!, es capaz de escribir redacciones que son primas lejanas de la literatura, y es bastante brillante en matemáticas, ¡ay de mí! Hay cierto *brillo* en todo lo que dice o hace, y tiene un sentido de las situaciones cómicas que sería un lazo de parentesco entre nosotras si no hubiera empezado por odiarme. Tal como están las cosas, me temo que pasará mucho tiempo antes de que Jen y yo podamos reírnos *juntas* de algo.

Myra Pringle, prima de Jen, es la belleza de la escuela, y, por lo visto, tonta de remate. Comete algunos disparates divertidos: hoy mismo, en la clase de historia, dijo que los indios creían que Champlain y sus hombres eran dioses o «algo inhumano».

Socialmente, los Pringle son lo que Rebecca Dew llama «la e-lite» de Summerside. Ya me han invitado a cenar en dos casas de los Pringle, porque lo correcto es invitar a cenar a la maestra nueva, y los Pringle no van a saltarse los gestos de rigor. Anoche estuve en casa de James Pringle, el padre de la ya mencionada Jen. Tiene aspecto de catedrático, pero en realidad es estúpido e ignorante. Habló largo y tendido de la «disciplina», golpeando el mantel con

un dedo de uña no del todo impecable, y de vez en cuando le hacía cosas terribles a la gramática. El instituto de Summerside siempre había necesitado mano firme, una maestra experimentada, y se prefería que fuese hombre. Temía que yo fuera *un pelín* demasiado joven: «un defecto que el tiempo curará antes de lo que se piensa», dijo apesadumbrado. Yo no dije nada, porque si hubiera dicho algo, podría haber dicho demasiado. Así que me mostré tan suave y cremosa como pudiera estarlo cualquier Pringle, y me contenté con mirarlo con ojos límpidos mientras me decía por dentro: «¡Viejo cascarrabias lleno de prejuicios!».

Jen debe de haber sacado el cerebro de su madre, a quien, para mi sorpresa, le tomé simpatía. Jen, delante de sus padres, era un modelo de decoro. Pero, aunque sus palabras eran corteses, su tono era insolente. Cada vez que decía «señorita Shirley» se las arreglaba para que sonara a insulto. Y cada vez que miraba mi pelo, sentía que era simplemente pelirrojo zanahoria, sin más. Ningún Pringle, estoy segura, admitiría jamás que fuese castaño rojizo.

Los Pringle de Morton me gustaron mucho más, aunque Morton Pringle nunca escucha de verdad nada de lo que se le dice. Te dice algo y luego, mientras tú respondes, él está ocupado pensando su siguiente comentario.

La señora Stephen Pringle —la viuda Pringle; Summerside abunda en viudas— me escribió ayer una carta: una carta amable, cortés y ponzoñosa. Que si a Millie le mandan demasiados deberes; que Millie es una niña delicada y no se la debe sobrecargar de trabajo. El señor Bell *nunca* le mandaba deberes. Es una niña sensible a la que hay que *comprender*. ¡El señor Bell la comprendía tan bien! La señora Stephen está segura de que yo también lo conseguiré, si me esfuerzo.

No me cabe duda de que la señora Stephen piensa que fui yo quien hizo sangrar hoy la nariz de Adam Pringle en clase, por lo que tuvo que irse a casa. Y anoche me desperté y no pude volver a dormirme porque recordé una *i* sin punto en una pregunta que

escribí en la pizarra. Estoy segura de que Jen Pringle se habrá fijado, y de que correrá un murmullo por todo el clan.

Rebecca Dew dice que todos los Pringle me invitarán a cenar, salvo las ancianas de Maplehurst, y que después me ignorarán para siempre. Como son «la e-lite», esto podría significar que quede vetada socialmente en Summerside. Bueno, ya veremos. La batalla está en marcha, pero todavía no está ni ganada ni perdida. Aun así, todo esto me tiene bastante apenada. No se puede razonar con los prejuicios. Sigo siendo la misma de mi infancia: no soporto que no le caiga bien a la gente. No es agradable pensar que las familias de la mitad de mis alumnos me odian. Y sin culpa mía. Es la *injusticia* lo que me escuece. ¡Ahí van más cursivas! Pero unas cuantas cursivas de verdad alivian el ánimo.

Aparte de los Pringle, mis alumnos me gustan muchísimo. Hay algunos listos, ambiciosos y trabajadores, de verdad interesados en formarse. Lewis Allen se paga el alojamiento haciendo *tareas domésticas* en su pensión, y no le da ninguna vergüenza. Y Sophy Sinclair monta a pelo la vieja yegua gris de su padre, diez kilómetros de ida y diez de vuelta, todos los días. ¡Eso sí que es tener agallas! Si puedo ayudar a una chica así, ¿voy a preocuparme por los Pringle?

El problema es que, si no consigo ganarme a los Pringle, no tendré muchas posibilidades de ayudar a nadie.

Pero adoro Álamos Ventosos. No es una casa de huéspedes: ¡es un hogar! Y todas me quieren, hasta Dusty Miller me quiere, aunque a veces me desaprueba y lo demuestra sentándose deliberadamente de espaldas a mí, y de cuando en cuando vuelve un ojo dorado por encima del hombro para ver cómo me lo tomo. No lo acaricio mucho cuando anda Rebecca Dew cerca, porque a ella de verdad le irrita. De día es un animal casero, agradable y meditabundo, pero de noche se vuelve decididamente una criatura extraña. Rebecca dice que es porque nunca le dejan quedarse fuera después del anochecer. Odia tener que salir al patio de atrás a llamarlo: dice que los vecinos se reirán de ella. Lo llama con un vozarrón tan fiero que

de verdad se la puede oír por todo el pueblo, en una noche en calma, gritando «¡Minino... *minino*... MININO!». A las viudas les daría un patatús si Dusty Miller no estuviera en casa a la hora de acostarse. «Nadie sabe lo que he pasado por culpa de Ese Gato... *nadie*», me ha asegurado Rebecca.

Las viudas van a envejecer bien. Cada día me gustan más. La tía Kate no cree en la lectura de novelas, pero me informa de que no piensa censurar lo que yo lea. A la tía Chatty le encantan las novelas. Tiene un «escondrijo» donde las guarda —las mete de contrabando desde la biblioteca del pueblo—, junto con una baraja para el solitario y cualquier otra cosa que no quiera que vea la tía Kate. Está dentro del asiento de una silla que nadie más que la tía Chatty sabe que es algo más que un asiento de silla. Ha compartido el secreto conmigo porque, sospecho fuertemente, quiere que la ayude y encubra en dicho contrabando. En realidad, en Álamos Ventosos no debería hacer falta ningún escondrijo, porque nunca he visto una casa con tantos armarios misteriosos. Aunque, eso sí, Rebecca Dew no deja que *sigan* siendo misteriosos: siempre los está vaciando y fregando con fiereza. «Una casa no se limpia sola», dice apenas cuando alguna de las viudas protesta. Estoy segura de que despacharía sin miramientos cualquier novela o baraja que encontrase: ambas son un horror para su alma ortodoxa. Rebecca Dew dice que las barajas son los libros del diablo, y las novelas, peor todavía. Lo único que lee Rebecca, aparte de la Biblia, son las columnas de sociedad del *Guardian* de Montreal. Le encanta enfrascarse en las casas, los muebles y las andanzas de los millonarios.

—Imagínese remojándose en una bañera de oro, señorita Shirley —dijo con aire soñador.

Pero en el fondo es un cielo de mujer. Ha sacado de algún sitio una vieja butaca de orejas, cómoda, de brocado descolorido, que se ajusta justo a mis rarezas, y me dice: «Esta es *su* butaca. La guardaremos para *usted*». Y no deja que Dusty Miller duerma en

ella, no sea que se me llene de pelos la falda del colegio y les dé a los Pringle algo de que hablar.

Las tres están muy interesadas en mi anillo de perlas, y en lo que significa. La tía Kate me enseñó su anillo de pedida (no puede llevarlo porque se le ha quedado pequeño), engastado con turquesas. Pero la pobre tía Chatty me confesó, con lágrimas en los ojos, que nunca había tenido anillo de pedida: su marido lo consideraba «un gasto innecesario». Estaba entonces en mi habitación, dándose un baño de suero de mantequilla en la cara. Lo hace todas las noches para conservar el cutis, y me ha hecho jurar guardar el secreto, porque no quiere que la tía Kate lo sepa.

—Le parecería una vanidad ridícula en una mujer de mi edad. Y estoy segura de que Rebecca Dew piensa que ninguna mujer cristiana debería intentar ser hermosa. Antes bajaba a escondidas a la cocina a hacerlo, después de que Kate se durmiera, pero siempre tenía miedo de que Rebecca Dew bajara también: tiene oído de gata hasta dormida. Si pudiera simplemente venir aquí cada noche a hacerlo... Ay, gracias, querida.

He averiguado algo de nuestras vecinas de Evergreen. La señora Campbell (¡que era una Pringle!) tiene ochenta años. No la he visto, pero por lo que puedo deducir es una anciana muy adusta. Tiene una criada, Martha Monkman, casi tan vieja y adusta como ella misma, a quien todos llaman «la Mujer de la señora Campbell». Y tiene viviendo con ella a su bisnieta, la pequeña Elizabeth Grayson. Elizabeth —a quien no he puesto los ojos encima en mis dos semanas aquí— tiene ocho años y va a la escuela pública «por el camino de atrás», un atajo por los patios traseros, así que nunca me la encuentro, ni a la ida ni a la vuelta. Su madre, ya fallecida, era nieta de la señora Campbell, que también la crió a ella, pues sus padres habían muerto. Se casó con un tal Pierce Grayson, un «yanqui», como diría la señora Rachel Lynde. Murió al nacer Elizabeth, y como Pierce Grayson tuvo que marcharse de inmediato de América para hacerse cargo de una sucursal de los negocios de su empresa en París, la niña fue enviada a casa de la vieja señora

Campbell. Cuenta la historia que él «no soportaba verla» porque le había costado la vida a su madre, y que nunca le ha prestado la menor atención. Esto, claro, puede ser puro cotilleo, porque ni la señora Campbell ni la Mujer abren jamás la boca para hablar de él.

Rebecca Dew dice que son demasiado estrictas con la pequeña Elizabeth, y que la niña no las pasa nada bien con ellas.

—No es como los demás niños, demasiado mayor para sus ocho años. ¡Las cosas que dice a veces! «Rebecca —me dijo un día—, imagínese que, justo cuando está a punto de meterse en la cama, siente que le *muerden* el tobillo». No me extraña que le dé miedo acostarse a oscuras. Y la obligan a hacerlo. La señora Campbell dice que en *su* casa no va a haber cobardes. La vigilan como dos gatas a un ratón, y la mandan a su antojo. Si hace el más mínimo ruido, casi les da algo. Es «chitón, chitón» a todas horas. Le digo que a esa niña la están matando a fuerza de chitones. ¿Y qué se puede hacer?

¿Qué, en efecto?

Siento que me gustaría verla. Me parece un poco patética. La tía Kate dice que está bien atendida desde el punto de vista físico —lo que la tía Kate dijo en realidad fue: «La alimentan y la visten bien»—, pero no solo de pan vive el niño. Nunca podré olvidar cómo fue mi propia vida antes de llegar a Tejas Verdes.

El viernes que viene por la tarde me voy a casa, a pasar dos días preciosos en Avonlea. El único inconveniente será que todo el que me vea me preguntará qué tal me gusta enseñar en Summerside.

Pero piensa en Tejas Verdes ahora mismo, Gilbert: el Lago de las Aguas Refulgentes con su bruma azulada, los arces al otro lado del arroyo empezando a teñirse de escarlata, los helechos de un dorado pardusco en el Bosque Encantado, y las sombras del atardecer en el Sendero de los Enamorados, ese rincón tan querido. Me sorprende deseando estar allí ahora mismo con... con... ¿a que no adivinas con quién?

¿Sabes, Gilbert? Hay momentos en que sospecho fuertemente que te quiero.

Álamos Ventosos,
Callejón de los Fantasma,
S'side,
10 de octubre.

HONORABLE Y RESPETADO SEÑOR:—

Así empezaba una carta de amor de la abuela de la tía Chatty. ¿No es deliciosa? ¡Qué escalofrío de superioridad debió de darle al abuelo! ¿No la preferirías, en el fondo, a un «Gilbert querido, etcétera»? Pero, bien mirado, creo que me alegro de que no seas el abuelo, ni un abuelo cualquiera. Es maravilloso pensar que somos jóvenes y que tenemos toda la vida por delante —*juntos*—, ¿verdad?

(Se omiten varias páginas. La pluma de Ana, por lo visto, no estaba ni afilada, ni roma, ni oxidada.)

Estoy sentada en el asiento de la ventana de la torre, mirando los árboles que se mecen contra un cielo ambarino y, más allá, el puerto. Anoche di un paseo conmigo misma que fue una delicia. La verdad es que tenía que ir a alguna parte, porque en Álamos Ventosos el ambiente estaba un poco sombrío. La tía Chatty lloraba en la salita porque le habían herido los sentimientos, la tía Kate lloraba en su habitación porque era el aniversario de la muerte del capitán Amasa, y Rebecca Dew lloraba en la cocina sin ningún motivo que yo lograra averiguar. Nunca había visto llorar a Rebecca Dew. Pero cuando intenté con tacto averiguar qué pasaba, quiso saber, de mal humor, si una no podía disfrutar de un buen llanto cuando le apeteciera. Así que recogí mi tienda y me marché sigilosamente, dejándola disfrutar a sus anchas.

Salí y bajé por el camino del puerto. Había en el aire un olorcillo a escarcha, tan de octubre, mezclado con el delicioso aroma de los campos recién arados. Caminé y caminé hasta que el crepúsculo se hizo noche de otoño iluminada por la luna. Estaba sola, pero no me sentía sola. Mantuve toda una serie de conversaciones imaginarias con compañeros imaginarios, y se me ocurrieron tantos epigramas

que me sorprendí gratamente a mí misma. No pude evitar disfrutar, a pesar de mis preocupaciones con los Pringle.

El espíritu me mueve a soltar unos cuantos maullidos sobre los Pringle. Odio admitirlo, pero las cosas no marchan demasiado bien en el instituto de Summerside. No hay duda de que se ha organizado una cábala en mi contra.

Para empezar, ningún Pringle ni medio Pringle hace nunca los deberes. Y de nada sirve apelar a los padres: son untuosos, corteses, evasivos. Sé que todos los alumnos que no son Pringle me tienen simpatía, pero el virus Pringle de la desobediencia está minando la moral de toda el aula. Una mañana encontré mi pupitre revuelto de arriba abajo y del revés. Nadie sabía quién había sido, por supuesto. Y otro día nadie supo ni quiso decir quién había dejado encima la caja de la que saltó una serpiente de juguete cuando la abrí. Pero todos los Pringle de la escuela se desternillaron de risa al ver mi cara. Supongo que debí de poner cara de susto de lo más cómica.

Jen Pringle llega tarde a clase la mitad de las veces, siempre con alguna excusa perfectamente hermética, entregada con cortesía y un rictus insolente en la boca. Pasa notas en clase bajo mis mismísimas narices. Hoy, al ponerme el abrigo, me encontré una cebolla pelada en el bolsillo. Me encantaría encerrar a esa chica a pan y agua hasta que aprendiera a comportarse.

Lo peor hasta la fecha fue la caricatura de mí misma que encontré una mañana en la pizarra, hecha con tiza blanca y pelo *escarlata*. Todo el mundo negó haberlo hecho, Jen incluida, pero yo sabía que Jen era la única alumna del aula capaz de dibujar así. Y *estaba* bien hecha. Mi nariz —que, como sabes, siempre ha sido mi único orgullo y alegría— era jorobada, y mi boca era la boca de una solterona avinagrada que llevara treinta años dando clase a un aula llena de Pringle. Pero era *yo*. Me desperté a las tres de la madrugada y me retorcí de vergüenza al recordarlo. ¿No es curioso que las cosas por las que nos retorremos de noche rara vez sean cosas perversas? Solo humillantes.

Se dicen toda clase de cosas. Me acusan de «bajarle la nota» a Hattie Pringle en los exámenes solo por ser una Pringle. Dicen que «me río cuando los niños se equivocan». (Bueno, la verdad es que *sí* me reí cuando Fred Pringle definió a un centurión como «un hombre que había vivido cien años». No pude evitarlo.)

James Pringle anda diciendo: «No hay *disciplina* en la escuela... ninguna *disciplina* en absoluto». Y circula el rumor de que soy una «expósita».

Empiezo a topar con el antagonismo de los Pringle en otros frentes. Tanto en lo social como en lo educativo, Summerside parece estar bajo el pulgar de los Pringle. No me extraña que los llamen la Familia Real. No me invitaron a la excursión a pie de Alice Pringle el viernes pasado. Y cuando la señora Frank Pringle organizó un té a beneficio de un proyecto de la iglesia (Rebecca Dew me informa de que las señoras van a «construir» la nueva aguja), fui la única chica de la iglesia presbiteriana a la que no le pidieron que llevara una mesa. He oído que la esposa del pastor, recién llegada a Summerside, propuso invitarme a cantar en el coro, y le dijeron que todos los Pringle lo dejarían si lo hacía. Eso dejaría el coro tan esquelético que sencillamente no podría seguir adelante.

Claro que no soy la única de las maestras que tiene problemas con los alumnos. Cuando las demás maestras me mandan a los suyos para que los «discipline» —¡cómo odio esa palabra!—, la mitad son Pringle. Pero nunca se presenta ninguna queja sobre *ellos*.

Anteayer por la tarde dejé a Jen castigada después de clase para que hiciera un trabajo que había dejado sin hacer a propósito. Diez minutos después, el carruaje de Maplehurst se detuvo delante de la escuela, y la señorita Ellen apareció en la puerta: una anciana elegantísima, de sonrisa dulce, con finos mitones de encaje negro y una fina nariz aguileña, con aspecto de haber salido directamente de una sombrerera de 1840. Sentía muchísimo la molestia, pero ¿podía llevarse a Jen? Iba a visitar a unas amistades en Lowvale y le había prometido llevarla. Jen se marchó triunfante, y volví a darme cuenta de las fuerzas que se alineaban en mi contra.

En mis momentos más pesimistas pienso que los Pringle son una mezcla de los Sloane y los Pye. Pero sé que no lo son. Siento que podrían gustarme si no fueran mis enemigos. Son, en su mayoría, gente franca, alegre y leal. Hasta la señorita Ellen podría caerme bien. Nunca he visto a la señorita Sarah. La señorita Sarah no ha salido de Maplehurst en diez años.

—Demasiado delicada, o eso se cree —dice Rebecca Dew con un resoplido—. Pero lo que es el orgullo, no le falta ninguno. Todos los Pringle son orgullosos, pero esas dos vejestorias se llevan la palma. Debería oírlas hablar de sus antepasados. Bueno, su padre, el capitán Abraham Pringle, *sí* que era un buen hombre, de los de antes. Su hermano Myrom no era tan de fiar, pero a los Pringle no se les oye hablar mucho de *él*. Pero me temo, y mucho, que lo va a pasar mal con todos ellos. Cuando se les mete algo en la cabeza sobre alguien o algo, jamás se ha sabido que cambien de idea. Pero no pierda el ánimo, señorita Shirley... no pierda el ánimo.

—Ojalá pudiera conseguir la receta de bizcocho de la señorita Ellen —suspiró la tía Chatty—. Me la ha prometido una y otra vez, pero nunca llega. Es una vieja receta familiar inglesa. Son *tan* celosos con sus recetas...

En sueños salvajes y fantásticos me veo obligando a la señorita Ellen a entregarle esa receta a la tía Chatty de rodillas, y consiguiendo que Jen se ande con más cuidado. Lo enloquecedor es que podría hacer entrar en razón a Jen yo sola sin ninguna dificultad, si todo su clan no la respaldara en sus diabluras.

(Se omiten dos páginas.)

Su segura servidora,

ANA SHIRLEY.

P. D. Así firmaba sus cartas de amor la abuela de la tía Chatty.

15 de octubre.

Hoy nos hemos enterado de que anoche hubo un robo al otro extremo del pueblo. Entraron en una casa y se llevaron algo de

dinero y una docena de cucharillas de plata. Así que Rebecca Dew ha ido a casa del señor Hamilton a ver si le presta un perro. Lo atará en el porche trasero, y me aconseja que guarde bajo llave mi anillo de compromiso.

Por cierto, descubrí por qué lloraba Rebecca Dew. Parece que había habido una convulsión doméstica. Dusty Miller había «vuelto a portarse mal», y Rebecca Dew le dijo a la tía Kate que de verdad tendría que hacer algo con Ese Gato: la estaba dejando en los huesos de los nervios. Era la tercera vez en un año, y ella sabía que lo hacía a propósito. Y la tía Kate contestó que si Rebecca Dew dejara siempre salir al gato en cuanto maullara, no habría peligro de que se portara mal.

—Bueno, esto *sí* que ha sido la gota que colma el vaso —dijo Rebecca Dew.

¡De ahí, las lágrimas!

La situación con los Pringle se agrava un poco más cada semana. Ayer alguien escribió algo muy impertinente en uno de mis libros, y Homer Pringle se puso a dar volteretas por todo el pasillo al salir de la escuela. Además, hace poco recibí una carta anónima llena de insinuaciones desagradables. Por alguna razón, no culpo a Jen ni del libro ni de la carta: por diablilla que sea, hay cosas a las que ella no rebajaría. Rebecca Dew está furiosa, y me estremezco al pensar qué les haría a los Pringle si los tuviera en su poder: el deseo de Nerón no se le puede comparar. La verdad es que no la culpo, porque hay momentos en que yo misma siento que podría entregar de buena gana a todos y cada uno de los Pringle un filtro envenenado a la manera de los Borgia.

No creo haberte contado mucho sobre los demás profesores. Son dos, ya sabes: la subdirectora, Katherine Brooke, de la clase de los pequeños, y George MacKay, del Preparatorio. De George tengo poco que decir. Es un muchacho tímido y bondadoso de veinte años, con un ligero y delicioso acento de las Tierras Altas que evoca cabañas de pastores e islas brumosas —su abuelo «era de la isla de

Skye»—, y se le da muy bien con los alumnos del Preparatorio. Por lo que lo conozco, me cae bien. Pero me temo que me va a costar mucho que me caiga bien Katherine Brooke.

Katherine es una chica de, supongo, unos veintiocho años, aunque parece de treinta y cinco. Me han dicho que abrigaba esperanzas de ascender a la dirección, y supongo que le molesta que la haya conseguido yo, sobre todo siendo yo bastante más joven. Es buena profesora —un poco tirana—, pero no le cae bien a nadie. ¡Y no le preocupa lo más mínimo! No parece tener amigos ni parientes, y se aloja en una casa de aspecto sombrío en la sucia callejuela de la calle Temple. Viste con muy poco gusto, nunca sale a ningún sitio y dicen que es «tacaña». Es muy sarcástica, y sus alumnos temen sus comentarios mordaces. Me han contado que su manera de arquear las cejas negras y espesas y arrastrar las palabras al hablarles los deja hechos polvo. Ojalá pudiera yo hacer lo mismo con los Pringle. Pero la verdad es que no me gustaría gobernar por medio del miedo, como hace ella. Quiero que mis alumnos me quieran.

A pesar de que, al parecer, no tiene ningún problema para que le hagan caso, no deja de mandarme a algunos alumnos a mí, sobre todo a los Pringle. Sé que lo hace a propósito, y tengo la penosa certeza de que se regodea con mis dificultades y se alegraría de verme derrotada.

Rebecca Dew dice que nadie puede hacerse amigo suyo. Las viudas la han invitado varias veces a la cena del domingo —las buenas almas siempre hacen eso con la gente solitaria, y siempre les preparan la ensalada de pollo más deliciosa—, pero ella nunca vino. Así que lo han dejado correr porque, como dice la tía Kate, «hay un límite».

Corren rumores de que es muy lista y de que sabe cantar y recitar —«declamar», *a la* Rebecca Dew—, pero no quiere hacer ni lo uno ni lo otro. La tía Chatty le pidió una vez que recitara en una cena de la iglesia.

—Nos pareció que rechazó la invitación con muy malos modos —dijo la tía Kate.

—Se limitó a gruñir —dijo Rebecca Dew.

Katherine tiene una voz grave y gutural —casi de hombre— y de verdad que suena a gruñido cuando no está de buen humor.

No es guapa, pero podría sacarse mucho más partido. Es morena y cetrina, con una melena negra magnífica que siempre lleva recogida hacia atrás desde la frente alta y enrollada en un moño desmañado en la nuca. Sus ojos no hacen juego con el cabello: son de un ámbar claro y limpio bajo unas cejas negras. Tiene unas orejas de las que no necesita avergonzarse y las manos más bonitas que he visto en mi vida. También tiene una boca bien dibujada. Pero viste fatal. Parece tener verdadero talento para elegir los colores y las líneas que menos le convienen: verdes apagados y grises mortecinos, cuando su piel cetrina no admite ni verdes ni grises, y rayas que hacen que su figura alta y delgada parezca aún más alta y más delgada. Y su ropa siempre da la impresión de que ha dormido con ella puesta.

Tiene unos modales muy hoscos: como diría Rebecca Dew, siempre parece llevar una cuenta pendiente con el mundo entero. Cada vez que me la cruzo en la escalera, tengo la sensación de que está pensando cosas horribles de mí. Cada vez que le hablo, me hace sentir que he dicho lo que no debía. Y, sin embargo, me da mucha pena, aunque sé que le indignaría muchísimo que se la tuviera. Y no puedo hacer nada por ayudarla, porque ella no quiere que la ayuden. Es de verdad odiosa conmigo. Un día, cuando las tres profesoras estábamos en la sala de profesores, hice algo que, según parece, infringía una de las leyes no escritas del colegio, y Katherine dijo con mordacidad: «Quizá crea usted que *usted* está por encima de las normas, señorita Shirley». Otra vez, cuando yo proponía unos cambios que me parecían buenos para el colegio, dijo con una sonrisa desdeñosa: «A mí los cuentos de hadas no me interesan». Y una vez, cuando dije algo bonito sobre su trabajo y sus métodos, dijo: «¿Y qué píldora se esconde bajo tanta mermelada?».

Pero lo que más me molestó... bueno, un día que cogí sin querer un libro suyo en la sala de profesores y eché un vistazo a la guarda, dije:

—Me alegro de que escriba su nombre con K. Katherine es mucho más sugerente que Catherine, igual que la K es una letra mucho más gitana que la C, tan pagada de sí misma.

No respondió nada, pero la siguiente nota que me mandó estaba firmada «Catherine Brooke».

Estornudé durante todo el camino a casa.

De verdad que renunciaría a intentar ser su amiga si no tuviera la sensación extraña e inexplicable de que, bajo toda esa brusquedad y ese distanciamiento, en realidad está hambrienta de compañía.

En fin, entre la hostilidad de Katherine y la actitud de los Pringle, no sé qué haría si no fuera por la querida Rebecca Dew, tus cartas, y la pequeña Elizabeth.

Porque he trabado amistad con la pequeña Elizabeth. Y es un encanto.

Hace tres noches llevé el vaso de leche a la puerta del muro, y fue la propia pequeña Elizabeth quien vino a buscarlo en lugar de la Mujer; su cabeza apenas asomaba por encima de la parte maciza de la puerta, de modo que su rostro quedaba enmarcado por la hiedra. Es menuda, pálida, dorada y melancólica. Sus ojos, que me miraban a través del crepúsculo otoñal, son grandes, de un color entre ámbar y avellana. Llevaba el cabello, de un rubio plateado, partido por la mitad, alisado sobre la cabeza con una diadema, y caía en ondas sobre los hombros. Vestía un vestido de cuadros azul pálido y tenía la expresión de una princesa del país de las hadas. Tenía lo que Rebecca Dew llama «un aire delicado», y me dio la impresión de ser una niña más o menos desnutrida, no de cuerpo, sino de alma. Más rayo de luna que rayo de sol.

—¿Y esta es Elizabeth? —dije.

—Esta noche no —respondió con gravedad—. Esta noche me toca ser Betty, porque esta noche quiero a todo el mundo. Anoche era Elizabeth, y mañana por la noche seguramente seré Beth. Depende de cómo me sienta.

Ahí tienes la marca del alma gemela. Me emocionó al instante.

—Qué maravilla tener un nombre que se puede cambiar tan fácilmente y que aun así siga siendo el tuyo.

La pequeña Elizabeth asintió.

—Puedo sacar tantos nombres de él. Elsie y Betty y Bess y Elisa y Lisbeth y Beth, pero Lizzie no. Lizzie nunca lo consigo sentir mío.

—¿Quién podría? —dije.

—¿Le parece una tontería, señorita Shirley? A la abuela y a la Mujer sí se lo parece.

—Nada de tonterías, muy sensato y muy encantador —dije.

La pequeña Elizabeth abrió unos ojos como platos por encima del borde del vaso. Sentí que me estaban pesando en una balanza espiritual secreta, y enseguida comprendí, agradecida, que no se me había hallado en falta. Porque la pequeña Elizabeth me pidió un favor, y la pequeña Elizabeth no pide favores a la gente que no le cae bien.

—¿Te importaría coger al gato en brazos para que pueda acariciarlo? —preguntó con timidez.

Dusty Miller se estaba restregando contra mis piernas. Lo cogí en brazos, y la pequeña Elizabeth alargó una manita y le acarició la cabeza con deleite.

—Me gustan más los gatitos que los bebés —dijo, mirándome con un curioso aire desafiante, como si supiera que me iba a escandalizar, pero tuviera que decir la verdad de todos modos.

—Supongo que nunca has tenido mucho trato con bebés, así que no sabes lo dulces que son —dije, sonriendo—. ¿Tienes gatito propio?

Elizabeth negó con la cabeza.

—Ay, no; a la abuela no le gustan los gatos. Y la Mujer los odia. Esta noche la Mujer ha salido, por eso he podido venir a por la leche. Me encanta venir a por la leche porque Rebecca Dew es una persona muy agrada'ble.

—¿Sientes que no haya venido ella esta noche? —reí.

La pequeña Elizabeth negó con la cabeza.

—No. Usted también es muy agrada'ble. Llevaba tiempo queriendo trabar amistad con usted, pero tenía miedo de que no pasara antes de que llegue el Mañana.

Nos quedamos allí charlando mientras Elizabeth sorbía la leche con delicadeza y me contaba todo sobre el Mañana. La Mujer le había dicho que el Mañana no llega nunca, pero Elizabeth sabe que no es así. *Llegará* algún día. Alguna hermosa mañana se despertará sin más y descubrirá que es el Mañana. No el Hoy, sino el Mañana. Y entonces pasarán cosas, cosas maravillosas. Puede incluso que tenga un día entero para hacer exactamente lo que le apetezca, sin que nadie la vigile, aunque creo que Elizabeth siente que *eso* es demasiado bueno para que pase siquiera en el Mañana. O puede que descubra qué hay al final del camino del puerto, ese camino serpenteante y tortuoso como una bonita serpiente roja que, según cree Elizabeth, lleva hasta el fin del mundo. Quizá allí esté la Isla de la Felicidad. Elizabeth está segura de que en algún lugar hay una Isla de la Felicidad donde están fondeados todos los barcos que nunca regresan, y la encontrará cuando llegue el Mañana.

—Y cuando llegue el Mañana —dijo Elizabeth—, tendré un millón de perros y cuarenta y cinco gatos. Se lo dije a la abuela cuando no me dejó tener un gatito, señorita Shirley, y se enfadó y me dijo: «No estoy 'costumbrada a que me hablen así, señorita Impert'nencia». Me mandaron a la cama sin cenar, pero yo no quería ser impert'nente. Y no pude dormir, señorita Shirley, porque la Mujer me contó que había conocido una vez a una niña que se murió mientras dormía después de ser impert'nente.

Cuando Elizabeth terminó la leche, se oyó un golpeteo seco en alguna ventana invisible detrás de los abetos. Creo que nos habían estado observando todo el tiempo. Mi doncella de los elfos echó a correr, y su cabecita dorada brilló a lo largo del oscuro corredor de abetos hasta que desapareció.

—Es una criaturita muy fantasiosa —dijo Rebecca Dew cuando le conté mi aventura, porque de verdad que tuvo algo de aventura, Gilbert—. Un día me dijo: «¿Tiene usted miedo de los leones, Rebecca Dew?». «Nunca me he topado con ninguno, así que no sabría decirle», le digo yo. «En el Mañana habrá leones a montones», dice ella, «pero serán leones simpáticos y amistosos». «Niña, como sigas mirando así te vas a quedar hecha toda ojos», le digo yo. Me estaba mirando de parte a parte, a algo que veía en ese Mañana suyo. «Estoy pensando pensamientos profundos, Rebecca Dew», dice ella. Lo malo de esa criatura es que no se ríe lo bastante.

Recordé que Elizabeth no se había reído ni una sola vez durante nuestra charla. Tengo la sensación de que no ha aprendido a hacerlo. La casa grande es tan silenciosa, solitaria y falta de risas. Parece apagada y sombría incluso ahora, cuando el mundo entero estalla en colores otoñales. La pequeña Elizabeth pasa demasiado tiempo escuchando susurros perdidos.

Creo que una de mis misiones en Summerside será enseñarla a reír.

Tu amiga más tierna y más fiel,

ANA SHIRLEY.

P. D. ¡Más de la abuela de la tía Chatty!

CAPÍTULO 3

Álamos Ventosos,
Callejón de los Fantasma,
S'side,
25 de octubre.

GILBERT QUERIDO:—

¿A que no sabes qué? ¡He ido a cenar a Maplehurst!

La propia señorita Ellen escribió la invitación. Rebecca Dew estaba de verdad emocionada: nunca había creído que fueran a hacerme ni caso. Y estaba convencida de que no era por simpatía.

—¡Tienen algún motivo siniestro, de eso estoy segura! —exclamó.

La verdad es que yo tenía una sensación parecida.

—Asegúrate de ponerte tus mejores galas —me ordenó Rebecca Dew.

Así que me puse el precioso vestido de chalí color crema con las violetas moradas y me peiné al nuevo estilo, con la onda caída sobre la frente. Me sienta muy bien.

Las señoras de Maplehurst son de verdad encantadoras a su manera, Gilbert. Podría llegar a quererlas si me dejaran. Maplehurst es una casa orgullosa y exclusiva, que se rodea de sus árboles y no quiere trato con las casas corrientes. Tiene, en el huerto, una gran mujer de madera blanca que era el mascarón de proa del famoso barco del viejo capitán Abraham, el *Go and Ask Her*, y oleadas de

abrótano en torno a la escalinata de entrada, traído del viejo país hace más de cien años por el primer Pringle que emigró. Tienen otro antepasado que luchó en la batalla de Minden, y su espada cuelga en la pared del salón junto al retrato del capitán Abraham. El capitán Abraham era su padre, y es evidente que están inmensamente orgullosos de él.

Tienen majestuosos espejos sobre las viejas repisas negras acanaladas de las chimeneas, una vitrina con flores de cera, cuadros llenos de la belleza de los barcos de antaño, una corona de pelo trenzado con el cabello de todos los Pringle conocidos, grandes caracolas y, en la cama del cuarto de invitados, una colcha acolchada con minúsculos abanicos.

Nos sentamos en el salón, en sillas Sheraton de caoba. Las paredes estaban cubiertas con un papel pintado de rayas plateadas. Pesadas cortinas de brocado en las ventanas. Mesas de tablero de mármol, una de ellas con un precioso modelo de barco de casco carmesí y velas blancas como la nieve: el *Go and Ask Her*. Una lámpara de araña enorme, toda de cristal y colgantes tintineantes, pendía del techo. Un espejo redondo con un reloj en el centro, algo que el capitán Abraham había traído a casa de «tierras extranjeras». Era maravilloso. Me gustaría tener algo parecido en nuestra casa de los sueños.

Hasta las sombras eran elocuentes y llenas de tradición. La señorita Ellen me enseñó millones —más o menos— de fotografías de los Pringle, muchas de ellas daguerrotipos en estuches de cuero. Entró un gran gato de carey, me saltó al regazo y la señorita Ellen lo sacó de inmediato a la cocina. Se disculpó conmigo. Aunque sospecho que antes se había disculpado con el gato en la cocina.

La señorita Ellen llevó casi todo el peso de la conversación. La señorita Sarah, una cosita menuda con un vestido de seda negra y enagua almidonada, cabello blanco como la nieve y ojos tan negros como su vestido, las manos finas y venosas cruzadas en el regazo entre delicados volantes de encaje, triste, encantadora, dulce, parecía casi demasiado frágil para hablar. Y sin embargo, tuve la

impresión, Gilbert, de que todos los Pringle del clan, incluida la propia señorita Ellen, bailaban al son de su flauta.

Cenamos deliciosamente. El agua estaba fría, la mantelería era preciosa, la vajilla y la cristalería finísimas. Nos atendió una doncella tan distante y aristocrática como ellas mismas. Pero la señorita Sarah fingía estar un poco sorda cada vez que le dirigía la palabra, y pensé que cada bocado se me iba a atragantar. Se me escapó todo el valor que tenía. Me sentí como una pobre mosca atrapada en papel matamoscas. Gilbert, jamás, jamás podré conquistar ni ganarme a la Familia Real. Ya me veo presentando mi dimisión en Año Nuevo. No tengo ninguna posibilidad contra un clan así.

Y sin embargo, no pude evitar sentir un poco de lástima por las ancianas al mirar alrededor de su casa. Aquella casa había *vivido* en otro tiempo: allí habían nacido personas, habían muerto, se habían regocijado, habían conocido el sueño, la desesperación, el miedo, la alegría, el amor, la esperanza, el odio. Y ahora no le quedan más que los recuerdos de los que viven, y el orgullo que sienten por ellos.

La tía Chatty está muy alterada porque hoy, al desdoblar las sábanas limpias para mi cama, encontró una arruga en forma de rombo justo en el centro. Está convencida de que anuncia una muerte en la casa. A la tía Kate le repugna profundamente esa clase de superstición. Pero creo que a mí, en cambio, me gustan bastante las personas supersticiosas. Dan color a la vida. ¿No sería un mundo bastante gris si todo el mundo fuera sensato y juicioso, y *bueno*? ¿De qué tendríamos entonces que hablar?

Aquí tuvimos una catástrofe hace dos noches. Dusty Miller se quedó fuera toda la noche, a pesar de los gritos estentóreos de Rebecca Dew llamando a «Minino» por el patio trasero. Y cuando apareció por la mañana, ¡vaya pinta de gato! Tenía un ojo completamente cerrado y un chichón del tamaño de un huevo en la mandíbula. Llevaba el pelaje tieso de barro y una pata mordida de parte a parte. ¡Pero qué mirada de triunfo, sin el menor arrepentimiento, tenía en su único ojo sano! Las viudas se

horrorizaron, pero Rebecca Dew dijo, exultante: —Ese Gato no había tenido nunca una buena pelea en toda su vida. ¡Y apuesto a que el otro gato tiene un aspecto muchísimo peor que él!

Esta noche una niebla va subiendo por el puerto, borrando el camino rojo que la pequeña Elizabeth quiere explorar. En todos los jardines del pueblo están quemando hierbajos y hojas, y la mezcla de humo y niebla convierte el callejón de los Fantasma en un lugar inquietante, fascinante, encantado. Se está haciendo tarde y mi cama me dice: «Tengo sueño para ti». Ya me he acostumbrado a subir un tramo de escalones para meterme en la cama, y a bajarlos. Ay, Gilbert, nunca se lo he contado a nadie, pero es demasiado gracioso para seguir callándomelo. La primera mañana que me desperté en Álamos Ventosos me olvidé por completo de los escalones y salté alegremente de la cama. Caí como un fardo, que diría Rebecca Dew. Por suerte no me rompí ningún hueso, pero estuve amoratada durante una semana.

La pequeña Elizabeth y yo ya somos muy buenas amigas. Viene todas las tardes a por su leche porque la Mujer está en cama con lo que Rebecca Dew llama «broncitis». Siempre la encuentro esperándome junto a la verja del muro, con los ojos grandes llenos de crepúsculo. Hablamos con la verja, que lleva años sin abrirse, entre las dos. Elizabeth sorbe el vaso de leche tan despacio como puede para alargar nuestra conversación. Siempre, cuando se bebe la última gota, llega el tap-tap en la ventana.

He descubierto que una de las cosas que van a pasar en el Mañana es que recibirá una carta de su padre. Nunca ha recibido ninguna. Me pregunto en qué estará pensando ese hombre.

—¿Sabe?, no soportaba verme, señorita Shirley —me dijo—, pero puede que no le importara escribirme.

—¿Quién te dijo que no soportaba verte? —pregunté, indignada.

—La Mujer. (Siempre que Elizabeth dice «la Mujer», la veo como una enorme y temible letra W, toda ángulos y esquinas). Y debe de ser verdad, o si no vendría a verme alguna vez.

Esa noche era Beth: solo cuando es Beth habla de su padre. Cuando es Betty, hace muecas a espaldas de su abuela y de la Mujer; pero cuando se convierte en Elsie se arrepiente y cree que debería confesarlo, aunque le da miedo. Muy pocas veces es Elizabeth, y entonces tiene la cara de quien escucha música de hadas y sabe de qué hablan las rosas y los tréboles. Es la criatura más curiosa, Gilbert, tan sensible como una hoja de los álamos ventosos, y la quiero. Me saca de quicio saber que esas dos viejas terribles la mandan a la cama a oscuras.

—La Mujer dice que ya soy mayor para dormir sin luz. Pero yo me siento tan pequeña, señorita Shirley, porque la noche es tan grande y tan terrible. Y en mi cuarto hay un cuervo disecado, y le tengo miedo. La Mujer me dijo que me sacaría los ojos si lloraba. Claro que no me lo creo, señorita Shirley, pero aun así me da miedo. Las cosas se *susurran* tanto entre ellas por la noche. Pero en el Mañana no volveré a tener miedo de nada, ni siquiera de que me secuestren!

—Pero no hay ningún peligro de que te secuestren, Elizabeth.

—La Mujer dijo que sí lo había si iba sola a algún sitio o hablaba con desconocidos. Pero usted no es una desconocida, ¿verdad, señorita Shirley?

—No, cariño. En el Mañana nos hemos conocido siempre —dije.

CAPÍTULO 4

Álamos Ventosos,
Callejón de los Fantasma,
S'side,
10 de noviembre.

QUERIDÍSIMO:

Antes, la persona que más odiaba en el mundo era la que me estropeaba la plumilla. Pero no puedo odiar a Rebecca Dew, a pesar de su costumbre de usar mi pluma para copiar recetas mientras estoy en el colegio. Ha vuelto a hacerlo, así que esta vez no vas a recibir una carta larga ni cariñosa. (Amadísimo mío.)

Ya ha cantado el último grillo. Las tardes son ahora tan frías que tengo en mi cuarto una estufita de leña, rechoncha y alargada. La instaló Rebecca Dew, y por eso le perdono lo de la pluma. No hay nada que esa mujer no sepa hacer; y siempre me tiene encendido el fuego cuando vuelvo del colegio. Es la estufa más pequeña que existe, podría cogerla con las manos. Parece un perrillo negro y descarado sobre sus cuatro patas de hierro torcidas. Pero cuando la llenas de leña dura, se pone de un rojo encendido y desprende un calor maravilloso, y no te imaginas lo acogedora que resulta. Ahora mismo estoy sentada delante de ella, con los pies en su minúsculo hogar, garabateándote esta carta sobre las rodillas.

Todo el mundo en S'side —más o menos— está en el baile de los Pringle de Hardy. A *mí* no me invitaron. Y Rebecca Dew está tan enfadada por eso que no me gustaría nada ser Dusty Miller esta

noche. Pero cuando pienso en Myra, la hija de Hardy, guapa y sin dos dedos de frente, intentando demostrar en un examen que los *ángeles* de la base de un triángulo isósceles son iguales, se lo perdono a todo el clan de los Pringle. ¡Y la semana pasada incluyó «árbol de la horca» muy seriamente en una lista de árboles! Pero, para ser justos, no todos los disparates vienen de los Pringle. Blake Fenton definió hace poco un caimán como «una especie grande de insecto». ¡Estas son las delicias de la vida de una maestra!

Esta noche se nota que va a nevar. Me gustan las noches en las que se nota que va a nevar. El viento sopla «en torreones y árboles» y hace que mi acogedor cuarto parezca aún más acogedor. Esta noche el viento arrancará la última hoja dorada de los álamos temblones.

Creo que ya me han invitado a cenar a todas partes: me refiero a las casas de todos mis alumnos, tanto del pueblo como del campo. Y ay, Gilbert querido, ¡estoy *tan* harta del dulce de calabaza! Que nunca, nunca haya dulce de calabaza en nuestra casa de los sueños.

Casi todos los sitios a los que he ido este último mes me han puesto D. C. de cena. La primera vez que lo probé me encantó: era tan dorado que sentí que estaba comiendo sol en conserva, y, sin pensarlo, lo elogí sin medida. Corrió la voz de que me chiflaba el D. C., y la gente empezó a prepararlo a propósito para mí. Anoche iba a casa del señor Hamilton, y Rebecca Dew me aseguró que allí no tendría que comer D. C. porque a ningún Hamilton le gustaba. Pero cuando nos sentamos a cenar, allí, en el aparador, estaba el inevitable cuenco de cristal tallado lleno de D. C.

—Yo no tenía dulce de calabaza mío —dijo la señora Hamilton, sirviéndome un plato generoso—, pero me dijeron que le gustaba una barbaridad, así que cuando fui a casa de mi prima en Lowvale el domingo pasado le dije: «Voy a tener a la señorita Shirley a cenar esta semana y le gusta una barbaridad el dulce de calabaza. A ver si me prestas un tarro para ella». Y me lo prestó, así que aquí lo tiene, y puede llevarse a casa lo que sobre.

Deberías haber visto la cara de Rebecca Dew cuando volví de casa de los Hamilton con un tarro de cristal dos tercios lleno de D. C. Aquí a nadie le gusta, así que lo enterramos furtivamente en el jardín en plena noche.

—¿No irá usted a meter esto en un cuento, verdad? —preguntó con ansiedad. Desde que Rebecca Dew descubrió que de vez en cuando escribo algún relato para las revistas, vive con el temor —o la esperanza, no sabría decir cuál— de que meta en un cuento todo lo que pasa en Álamos Ventosos. Quiere que «escriba sobre los Pringle y les dé caña». Pero, por desgracia, son los Pringle los que me la están dando a mí, y entre ellos y mi trabajo en el colegio, me queda poco tiempo para escribir ficción.

En el jardín ya solo quedan hojas mustias y tallos escarchados. Rebecca Dew ha envuelto los rosales de tallo alto en paja y sacos de patatas, y al anochecer parecen ni más ni menos que un grupo de viejecitos jorobados apoyados en sus bastones.

Hoy he recibido una postal de Davy con diez besos marcados con aspas, y una carta de Priscilla escrita en un papel que le mandó «una amiga suya en Japón», un papel finísimo y sedoso, con flores de cerezo tenues como fantasmas. Empiezo a tener mis sospechas sobre esa amiga suya. Pero tu carta gorda y abultada fue el regalo de oro que me trajo el día. La leí cuatro veces para saborearla entera, como un perro rebañando un plato! *Eso* desde luego no es un símil muy romántico, pero es el que se me acaba de ocurrir. Aun así, las cartas, hasta las más bonitas, no son *satisfactorias*. Te quiero ver *a ti*. Me alegro de que solo falten cinco semanas para las vacaciones de Navidad.

CAPÍTULO 5

Ana, sentada junto a la ventana de la torre una tarde de finales de noviembre, con la pluma en los labios y los sueños en los ojos, contempló un mundo en penumbra y de pronto pensó que le apetecería dar un paseo hasta el viejo cementerio. Todavía no lo había visitado, pues prefería la arboleda de abedules y arces o el camino del puerto para sus paseos vespertinos. Pero siempre hay, en noviembre, tras la caída de las hojas, un espacio de tiempo en el que a Ana le parecía casi indecoroso importunar al bosque: su gloria terrenal se había marchado y su gloria celestial —de espíritu, pureza y blancura— aún no había llegado. Así que Ana se encaminó al cementerio en su lugar. Se sentía, por entonces, tan abatida y sin esperanza que pensó que un cementerio sería un lugar comparativamente alegre. Además, estaba lleno de Pringle, según decía Rebecca Dew. Llevaban generaciones enterrándose allí, prefiriéndolo al cementerio nuevo, hasta que «ya no cabía ni uno más». A Ana le pareció que sería francamente reconfortante ver a cuántos Pringle no podían ya molestar a nadie.

En cuanto a los Pringle, Ana sentía que había llegado al límite de su paciencia. La situación entera se le antojaba, cada vez más, una pesadilla. La sutil campaña de insubordinación y falta de respeto que había organizado Jen Pringle había llegado por fin a su punto culminante. Un día, una semana antes, había pedido a los alumnos de último curso que escribieran una redacción sobre «Los acontecimientos más importantes de la semana». Jen Pringle había escrito una brillante —la muy diablilla *era* lista— y había deslizado en

ella un insulto solapado a su profesora, tan certero que resultaba imposible pasarlo por alto. Ana la había mandado a casa, diciéndole que tendría que disculparse antes de que se le permitiera volver. Ya se había armado la gorda. Era ahora guerra abierta entre ella y los Pringle. Y la pobre Ana no tenía ninguna duda de en qué bando se posaría la victoria. La junta escolar respaldaría a los Pringle y a ella le darían a elegir entre dejar volver a Jen o presentar la dimisión.

Se sentía profundamente amargada. Había hecho todo lo posible y sabía que habría podido triunfar si tan solo hubiese tenido una oportunidad de luchar.

—No es culpa mía —pensó apesadumbrada—. ¿Quién *podría* triunfar contra semejante falange y semejantes tácticas?

¡Pero volver a Tejas Verdes derrotada! ¡Soportar la indignación de la señora Lynde y el regocijo de los Pye! Hasta la compasión de sus amigas sería una angustia. Y, una vez se difundiera su fracaso en Summerside, jamás conseguiría otra escuela.

Pero, al menos, no la habían vencido en el asunto de la obra de teatro. Ana rio con cierta malicia y sus ojos se llenaron de un placer travieso al recordarlo.

Había organizado un Club de Teatro en el instituto y había dirigido una pequeña obra montada a toda prisa para recaudar fondos para uno de sus proyectos favoritos: comprar algunos buenos grabados para las aulas. Se había obligado a sí misma a pedirle ayuda a Katherine Brooke, porque Katherine siempre parecía quedar al margen de todo. No pudo evitar arrepentirse de ello muchas veces, pues Katherine se mostró incluso más brusca y sarcástica que de costumbre. Rara vez dejaba pasar un ensayo sin algún comentario corrosivo, y hacía trabajar sus cejas más de la cuenta. Peor aún, fue Katherine quien insistió en que Jen Pringle interpretara el papel de María, reina de Escocia.

—No hay nadie más en el instituto que pueda interpretarlo —dijo con impaciencia—. Nadie que tenga la personalidad necesaria.

Ana no estaba tan segura de eso. Más bien pensaba que Sophy Sinclair, que era alta y tenía ojos color avellana y una rica melena castaña, habría sido una reina María mucho mejor que Jen. Pero Sophy ni siquiera era socia del club y nunca había participado en una obra.

—No queremos completas novatas en esto. No pienso asociar mi nombre a nada que no sea un éxito —había dicho Katherine de malos modos, y Ana había cedido. No podía negar que Jen estaba muy bien en el papel. Tenía un talento natural para la actuación y, por lo visto, se entregaba a ello en cuerpo y alma. Ensayaban cuatro noches por semana y, en apariencia, todo marchaba sobre ruedas. Jen parecía tan interesada en su papel que se portaba bien, al menos en lo tocante a la obra. Ana no se entrometía y la dejaba en manos de Katherine. Alguna que otra vez, sin embargo, sorprendió en el rostro de Jen cierta mirada de triunfo solapado que la desconcertaba. No lograba adivinar qué significaba.

Una tarde, poco después de empezar los ensayos, Ana encontró a Sophy Sinclair llorando en un rincón del guardarropa de las chicas. Al principio, Sophy había parpadeado con energía sus ojos color avellana y lo había negado; luego se derrumbó.

—Tenía tantísimas ganas de participar en la obra —sollozó—, de ser la reina María. Nunca he tenido ocasión: padre no me deja apuntarme al club porque hay que pagar una cuota y en casa cada centavo cuenta muchísimo. Y claro, no tengo ninguna experiencia. Siempre he adorado a la reina María; solo con su nombre se me eriza la piel. No creo... nunca creeré que tuviera nada que ver con el asesinato de Darnley. ¡Habría sido maravilloso imaginar que era ella, aunque solo fuese por un ratito!

Después, Ana llegó a la conclusión de que había sido su ángel de la guarda quien le inspiró la respuesta.

—Te copiaré el papel, Sophy, y te lo enseñaré. Te vendrá bien como entrenamiento. Y, como tenemos pensado representar la obra en otros lugares si aquí sale bien, no está de más tener una suplente

por si Jen no pudiera actuar siempre. Pero no le diremos nada a nadie.

Al día siguiente, Sophy ya se sabía el papel de memoria. Cada tarde, al salir de clase, se iba con Ana a Álamos Ventosos y ensayaba en la torre. Se lo pasaban en grande juntas, porque Sophy tenía una vivacidad discreta pero constante. La obra se representaría el último viernes de noviembre en el ayuntamiento; se anunció por todo lo alto y las entradas de asiento numerado se agotaron hasta la última. Ana y Katherine pasaron dos tardes decorando la sala, se contrató a la banda y una soprano de renombre vendría desde Charlottetown a cantar entre los actos. El ensayo general fue todo un éxito. Jen estuvo realmente excelente y todo el reparto estuvo a la altura. El viernes por la mañana Jen no acudió a clase; y por la tarde su madre mandó aviso de que Jen estaba enferma, con un dolor de garganta muy fuerte; temían que fuese anginas. Todos los implicados lo sintieron mucho, pero era impensable que participara en la obra esa noche.

Katherine y Ana se miraron fijamente, unidas por una vez en su consternación común.

—Tendremos que aplazarla —dijo Katherine despacio—. Y eso significa el fracaso. En cuanto llegue diciembre habrá demasiadas cosas a la vez. Bueno, siempre pensé que era una tontería intentar montar una obra en esta época del año.

—No vamos a aplazarla —dijo Ana, con los ojos tan verdes como los de la propia Jen. No pensaba decírselo a Katherine Brooke, pero sabía, con la misma certeza con que había sabido cualquier cosa en toda su vida, que Jen Pringle no corría más peligro de tener anginas que ella misma. Era un ardid deliberado, estuvieran o no compinchados los demás Pringle, para arruinar la obra por el simple hecho de que había sido ella, Ana Shirley, quien la había impulsado.

—¡Ah, si así se lo toma usted! —dijo Katherine encogiéndose de hombros de mala manera—. Pero ¿qué piensa hacer? ¿Buscar a alguien que lea el papel? Eso lo arruinaría: María es toda la obra.

—Sophy Sinclair puede interpretar el papel tan bien como Jen. El vestuario le sentará bien y, menos mal, lo hizo usted y lo tiene usted, no Jen.

La obra se representó esa noche ante un público que llenaba la sala. Una Sophy encantada interpretó a María, *fue* María, como Jen Pringle jamás habría podido serlo; *parecía* María con su túnica de terciopelo, su gorguera y sus joyas. Las alumnas del instituto de Summerside, que nunca habían visto a Sophy con otra cosa que sus vestidos lisos y anticuados de sarga oscura, su abrigo sin forma y sus sombreros raídos, la contemplaron atónitas. Se insistió allí mismo en que pasara a ser socia permanente del Club de Teatro —la propia Ana pagó la cuota de inscripción— y, desde entonces, fue una de las alumnas que «contaban» en el instituto de Summerside. Pero nadie supo ni imaginó, y menos que nadie la propia Sophy, que aquella noche había dado el primer paso en un camino que la llevaría hasta las estrellas. Veinte años después, Sophy Sinclair sería una de las actrices más destacadas de Estados Unidos. Pero es probable que ningún aplauso volviera a sonarle tan dulce a los oídos como aquel clamoroso aplauso entre el que cayó el telón esa noche en el ayuntamiento de Summerside.

La señora de James Pringle llevó a casa, a su hija Jen, un relato que habría puesto verdes de envidia los ojos de la damisela de no haberlo sido ya. Por una vez, como dijo Rebecca Dew con sentimiento, Jen había recibido su merecido. Y el resultado, con el tiempo, fue el insulto en la redacción sobre los Acontecimientos Importantes.

Ana bajó hasta el viejo cementerio por un camino de hondas roderas entre altos muros de piedra cubiertos de musgo, orlados de helechos escarchados. A trechos crecían esbeltos y puntiagudos álamos lombardos, a los que los vientos de noviembre aún no habían arrancado todas las hojas, que se recortaban oscuros contra el color amatista de las colinas lejanas; pero el viejo cementerio, con la mitad de sus lápidas inclinadas como si estuvieran borrachas, estaba rodeado por una hilera cuadrangular de altos y sombríos

abetos. Ana no esperaba encontrar a nadie allí y se llevó una pequeña sorpresa al toparse, justo pasada la verja, con la señorita Valentine Courtaloe, de nariz larga y fina, boca delgada y fina, hombros caídos y finos, y ese aire general de inquebrantable distinción. Conocía a la señorita Valentine, por supuesto, como todo el mundo en Summerside. Era «la» modista del pueblo, y lo que no supiera sobre la gente, viva o muerta, no merecía la pena tenerse en cuenta. Ana había querido pasear sola, leer los curiosos epitafios antiguos y descifrar los nombres de amantes olvidados bajo los líquenes que crecían sobre ellos. Pero no logró escapar cuando la señorita Valentine le pasó un brazo por el suyo y se dispuso a hacer los honores del cementerio, donde al parecer había tantos Courtaloe enterrados como Pringle. La señorita Valentine no tenía ni gota de sangre Pringle, y uno de los alumnos favoritos de Ana era sobrino suyo. Así que no suponía un gran esfuerzo mental mostrarse amable con ella, salvo que había que tener mucho cuidado de no insinuar jamás que ella «se ganaba la vida cosiendo». Se decía que la señorita Valentine era muy sensible en ese punto.

—Me alegro de haber estado aquí esta noche —dijo la señorita Valentine—. Puedo contarle todo sobre cuantos están enterrados aquí. Siempre digo que hay que conocer los entresijos de los difuntos para disfrutar de verdad de un cementerio. A mí me gusta más pasear por este que por el nuevo. Aquí solo están enterradas las familias *de toda la vida*, pero en el nuevo entierran a cualquier hijo de vecino. Los Courtaloe están enterrados en esta esquina. Ay, hemos tenido una cantidad terrible de funerales en la familia.

—Supongo que le pasa a toda familia antigua —dijo Ana, porque la señorita Valentine evidentemente esperaba que dijese algo.

—No me diga que ninguna otra familia ha tenido nunca tantos como la nuestra —dijo la señorita Valentine con celo—. Somos *muy* tísicos. La mayoría murió de tos. Esta es la tumba de mi tía Bessie. Era una santa como pocas. Pero no hay duda de que su hermana, la tía Cecilia, resultaba más interesante para hablar. La última vez que la vi me dijo: «Siéntate, querida, siéntate. Voy a morirme esta noche

a las once y diez, pero eso no es motivo para que no tengamos un buen cotilleo por última vez». Lo extraño, señorita Shirley, es que murió esa misma noche a las once y diez. ¿Sabe usted decirme cómo lo supo?

Ana no supo decírselo.

—Mi tatarabuelo Courtaloe está enterrado *aquí*. Llegó en 1760 y se ganaba la vida haciendo ruelas. He oído que hizo mil cuatrocientas a lo largo de su vida. Cuando murió, el pastor predicó sobre el texto «Sus obras les siguen», y el viejo Myrom Pringle dijo que, en ese caso, el camino al cielo detrás de mi tatarabuelo estaría atascado de ruelas. ¿Le parece a usted, señorita Shirley, que ese comentario fue de buen gusto?

De no haberlo dicho un Pringle, tal vez Ana no habría replicado con tanta rotundidad: —Desde luego que no —mirando una lápida adornada con una calavera y unas tibias cruzadas, como si dudase también del buen gusto de aquello.

—Mi prima Dora está enterrada *aquí*. Tuvo tres maridos, pero todos murieron muy deprisa. Pobre Dora, no parecía tener suerte a la hora de elegir a un hombre sano. El último fue Benjamin Banning —*no* está enterrado aquí, está en Lowvale, junto a *su* primera esposa— y no se resignaba a morir. Dora le decía que se iba a un mundo mejor. «Puede, puede», decía el pobre Ben, «pero yo ya me había acostumbrado a las imperfecciones de este». Tomó sesenta y una clases distintas de medicina, y aun así se resistió bastante tiempo. Toda la familia del tío David Courtaloe está *aquí*. Al pie de cada tumba hay plantado un rosal de rosas de repollo, y, ay, icómo florecen! Vengo aquí todos los veranos y las recojo para mi tarro de pétalos. Sería una pena dejar que se echaran a perder, ¿no le parece?

—Yo... supongo que sí.

—Mi pobre hermana pequeña Harriet yace *aquí* —suspiró la señorita Valentine—. Tenía un pelo magnífico, del color del suyo más o menos, aunque quizá no tan rojo. Le llegaba hasta las rodillas.

Estaba prometida cuando murió. Me han dicho que usted está prometida. Nunca tuve muchas ganas de casarme, pero creo que habría sido agradable estar prometida. Ah, claro que tuve alguna que otra oportunidad —quizá fui demasiado exigente—, pero una Courtaloe no podía casarse con *todo el mundo*, ¿verdad?

No parecía probable que hubiese podido.

—Frank Digby —allá en aquel rincón, bajo los zumaques— me pretendió. *Sí* sentí cierto pesar por rechazarlo, pero ¡un Digby, querida! Se casó con Georgina Troop. Ella siempre llegaba un poco tarde a la iglesia para lucir su ropa. Ay, le encantaba la ropa. La enterraron con un vestido azul precioso: se lo hice yo para que lo llevara a una boda, pero al final lo llevó a su propio funeral. Tuvo tres niños encantadores. Se sentaban delante de mí en la iglesia y yo siempre les daba caramelos. ¿Le parece mal dar caramelos a los niños en la iglesia, señorita Shirley? A los de menta no, eso sí está bien; hay algo *religioso* en los caramelos de menta, ¿no cree? Pero, pobrecillos, no les gustan nada.

Cuando se agotaron las parcelas de los Courtaloe, los recuerdos de la señorita Valentine se volvieron algo más picantes. No importaba tanto si no se era un Courtaloe.

—Aquí está la vieja señora de Russell Pringle. A menudo me pregunto si estará en el cielo o no.

—Pero ¿por qué? —jadeó Ana, bastante escandalizada.

—Pues verás, siempre odió a su hermana Mary Ann, que había muerto unos meses antes. «Si Mary Ann está en el cielo, yo no me quedo allí», decía ella. Y era una mujer que siempre cumplía su palabra, querida, muy de los Pringle. Nació Pringle y se casó con su primo Russell. Esta es la señora de Dan Pringle, Janetta Bird. Tenía setenta años justos cuando murió. Dicen que le habría parecido de mal gusto morir un día más allá de los setenta, porque ese es el límite bíblico. La gente dice unas cosas tan graciosas, ¿verdad? He oído que morirse fue la única cosa que se atrevió a hacer nunca sin

pedirle permiso a su marido. ¿Sabe usted, querida, lo que hizo él una vez que ella se compró un sombrero que no le gustó?

—No me lo imagino.

—Se lo *comió* —dijo la señorita Valentine con solemnidad—. Claro que era un sombrero pequeño, de encaje y flores, sin plumas. Aun así, debió de sentarle bastante indigesto. Tengo entendido que tuvo punzadas en el estómago durante bastante tiempo. Claro que yo no lo *vi* comérselo, pero siempre me han asegurado que la historia es cierta. ¿Usted qué cree, sería verdad?

—De un Pringle me creo cualquier cosa —dijo Ana con amargura.

La señorita Valentine le apretó el brazo con simpatía.

—Lo siento muchísimo por usted, de verdad que sí. Es terrible cómo la están tratando. Pero Summerside no es *todo* Pringle, señorita Shirley.

—A veces pienso que sí lo es —dijo Ana con una sonrisa apesadumbrada.

—No, no lo es. Y hay mucha gente a la que le gustaría verla salir vencedora de ellos. No se rinda, haga lo que hagan. No es más que el viejo demonio que se les ha metido dentro. Pero es que se unen tanto entre ellos, y la señorita Sarah sí que quería que aquella prima suya consiguiera la escuela.

—Los Nathan Pringle están *aquí*. Nathan siempre creyó que su mujer intentaba envenenarlo, pero no parecía importarle. Decía que eso le daba a la vida cierta emoción. Una vez sospechó que le había puesto arsénico en las gachas. Salió y se las dio a un cerdo. El cerdo murió tres semanas después. Pero él dijo que quizá fuera solo una coincidencia y que, de todos modos, no podía estar seguro de que fuera el mismo cerdo. Al final, ella murió antes que él, y él dijo que siempre había sido una buena esposa, salvo por esa única cosa. Creo que sería caritativo pensar que se equivocaba en *eso*.

—«A la memoria de *la señorita Kinsey*» —leyó Ana con asombro—. ¡Qué inscripción tan extraordinaria! ¿No tenía otro nombre?

—Si lo tenía, nadie lo supo nunca —dijo la señorita Valentine—. Venía de Nueva Escocia y trabajó cuarenta años para los George Pringle. Dio su nombre como «señorita Kinsey» y todos la llamaban así. Murió de repente y entonces se descubrió que nadie sabía su nombre de pila y que no tenía parientes que nadie pudiera encontrar. Así que pusieron eso en la lápida: los George Pringle la enterraron con mucha decencia y pagaron el monumento. Era una criatura fiel y trabajadora, pero si la hubiese usted visto, habría pensado que había *nacido* siendo la señorita Kinsey. Los James Morley están *aquí*. Estuve en sus bodas de oro. Menudo alboroto: regalos, discursos y flores, y todos sus hijos en casa, sonriendo y haciendo reverencias, y odiándose el uno al otro con todas sus fuerzas.

—¿Odiándose?

—Con toda el alma, querida. Todo el mundo lo sabía. Se odiaron durante años y años, prácticamente todo su matrimonio. Se pelearon de camino a casa al volver de la iglesia después de la boda. A menudo me pregunto cómo se las arreglan para yacer aquí tan en paz, el uno junto al otro.

De nuevo Ana se estremeció. Qué terrible: sentarse el uno frente al otro a la mesa, acostarse el uno junto al otro por la noche, ir juntos a la iglesia a bautizar a sus hijos, y odiarse a través de todo ello. Y, sin embargo, debieron de amarse al principio. ¿Sería posible que ella y Gilbert llegaran alguna vez a...? ¡Tonterías! Los Pringle la estaban poniendo de los nervios.

—El apuesto John MacTabb está enterrado aquí. Siempre se sospechó que él fue la causa de que Annetta Kennedy se ahogara a propósito. Los MacTabb eran todos guapos, pero jamás se les podía creer una palabra. Aquí solía haber una lápida para su tío Samuel, del que se dijo que se había ahogado en el mar hace cincuenta años. Cuando apareció vivo, la familia quitó la lápida. El hombre a quien se la habían comprado no quiso quedársela de vuelta, así que la señora de Samuel la usó como tabla de amasar. ¡Imagínese, una losa de mármol para amasar! Aquella vieja lápida iba de perlas,

decía ella. Los niños de los MacTabb siempre llevaban a la escuela galletas con letras y cifras en relieve: retazos del epitafio. Las repartían con mucha generosidad, pero yo nunca fui capaz de comerme una. Soy rara para esas cosas. El señor Harley Pringle está *aquí*. Una vez tuvo que llevar a Peter MacTabb por la calle Mayor en una carretilla, con una cofia de mujer puesta, por una apuesta electoral. Todo Summerside salió a verlo, menos los Pringle, claro. *Ellos* casi se mueren de vergüenza. Milly Pringle está *aquí*. Yo le tenía mucho cariño a Milly, aunque fuera una Pringle. Era tan guapa, y tenía un paso tan ligero como un hada. A veces pienso, querida, que en noches como esta debe de escaparse de su tumba y ponerse a bailar como solía. Pero supongo que una cristiana no debería albergar esos pensamientos. Esta es la tumba de Herb Pringle. Era uno de los Pringle alegres. Siempre te hacía reír. Una vez se rio a carcajadas en plena iglesia, cuando un ratón cayó de las flores del sombrero de Meta Pringle mientras ella inclinaba la cabeza para rezar. A *mí* no me dieron ganas de reír. No sabía adónde había ido el ratón. Me apreté la falda contra los tobillos y la sujeté así hasta que terminó el servicio, pero me estropeó el sermón. Herb estaba sentado detrás de mí, y menuda carcajada soltó. La gente que no había visto el ratón pensó que se había vuelto loco. A mí me parecía que aquella risa suya no *podía* morir. Si *él* viviera, saldría en su defensa, con Sarah o sin Sarah. *Este*, claro está, es el monumento del capitán Abraham Pringle.

Dominaba todo el cementerio. Cuatro plataformas de piedra escalonadas formaban un pedestal cuadrado sobre el que se alzaba una enorme columna de mármol, coronada por una ridícula urna drapeada bajo la cual un querubín rollizo tocaba una trompeta.

—¡Qué feo! —dijo Ana con franqueza.

—Ah, ¿usted cree? —la señorita Valentine pareció bastante escandalizada—. Se consideró muy hermoso cuando lo erigieron. Se supone que es el arcángel Gabriel tocando su trompeta. A mí me parece que le da un toque de elegancia al cementerio. Costó novecientos dólares. El capitán Abraham era un anciano excelente.

Es una verdadera lástima que haya muerto. Si viviera, no la estarían persiguiendo como lo hacen. No me extraña que Sarah y Ellen estén orgullosas de él, aunque creo que lo llevan un poco demasiado lejos.

En la verja del cementerio, Ana se volvió y miró atrás. Un silencio extraño y apacible se extendía sobre la tierra sin viento. Largos dedos de luz de luna empezaban a atravesar los abetos ya oscurecidos, rozando una lápida aquí y otra allá, y proyectando extrañas sombras entre ellas. Pero, después de todo, el cementerio no era un lugar triste. En realidad, la gente que había en él parecía cobrar vida tras los relatos de la señorita Valentine.

—Me han dicho que escribe usted —dijo la señorita Valentine con ansiedad, mientras bajaban por el camino—. No pondrá las cosas que le he contado en sus historias, ¿verdad?

—Puede estar segura de que no —prometió Ana.

—¿Cree usted que está realmente mal —o que es peligroso— hablar mal de los muertos? —susurró la señorita Valentine, un poco inquieta.

—Supongo que no es ni una cosa ni la otra exactamente —dijo Ana—. Solo que es un poco injusto, como golpear a quien no puede defenderse. Pero usted no ha dicho nada demasiado terrible de nadie, señorita Courtaloe.

—Le he dicho que Nathan Pringle creía que su mujer intentaba envenenarlo...

—Pero usted le da a ella el beneficio de la duda... —y la señorita Valentine siguió su camino, tranquilizada.

CAPÍTULO 6

Esta tarde encaminé mis pasos hacia el cementerio, escribió Ana a Gilbert al llegar a casa. Me parece que «encaminar los pasos» es una expresión preciosa y la meto siempre que puedo. Suena raro decir que disfruté del paseo por el cementerio, pero así fue. Las historias de la señorita Courtaloe fueron divertidísimas. La comedia y la tragedia andan tan mezcladas en la vida, Gilbert. Lo único que me sigue rondando es la historia de esos dos que vivieron juntos cincuenta años y se odiaron todo ese tiempo. No puedo creer que de verdad se odiaran. Alguien dijo una vez que «el odio no es más que el amor que ha perdido el camino». Estoy segura de que, bajo el odio, en realidad se querían el uno al otro, igual que yo te quería de verdad todos esos años en que creía odiarte; y creo que la muerte se lo habría mostrado. Me alegro de haberlo descubierto yo *en vida*. Y he descubierto que *sí* hay algunos Pringle decentes, aunque estén muertos.

Anoche, cuando bajé tarde a beber un vaso de agua, encontré a la tía Kate dándose un masaje de suero de leche en la cara, en la despensa. Me pidió que no se lo dijera a Chatty; le parecería una tontería. Le prometí que no lo haría.

Elizabeth sigue viniendo a por la leche, aunque la Mujer ya está bastante recuperada de su bronquitis. Me extraña que la dejen venir, sobre todo porque la vieja señora Campbell es una Pringle. El sábado pasado por la noche, Elizabeth —creo que esa noche era Betty— salió corriendo, cantando, cuando se despidió de mí, y oí claramente que la Mujer le decía en la puerta del porche: «Está ya

demasiado cerca del domingo para que cantes *esa* canción». ¡Estoy segura de que esa Mujer le impediría cantar a Elizabeth cualquier día de la semana, si pudiera!

Elizabeth llevaba esa noche un vestido nuevo, de un color vino oscuro —la verdad es que la visten bien— y dijo con nostalgia: «He pensado que estaba un poquito guapa al ponérmelo esta noche, señorita Shirley, y he deseado que padre pudiera verme. Claro que me verá en el Mañana, pero a veces parece tardar tanto en llegar. Ojalá pudiéramos hacer que el tiempo fuera un poco más deprisa, señorita Shirley.»

Ahora, queridísimo, tengo que resolver unos ejercicios de geometría. Los ejercicios de geometría han venido a ocupar el lugar de lo que Rebecca llama mis «esfuerzos literarios». El espectro que ronda ahora mi camino cotidiano es el temor a que surja en clase un ejercicio que no sepa resolver. ¡Y lo que dirían entonces los Pringle, ay, entonces... ay, lo que dirían entonces los Pringle!

Mientras tanto, ya que me quieres a mí y a la tribu de los gatos, reza por un pobre gato macho, maltratado y con el corazón partido. El otro día, un ratón le pasó corriendo por encima del pie a Rebecca Dew en la despensa, y desde entonces no ha dejado de despotricar: «Ese Gato no hace más que comer y dormir, y dejar que los ratones campen a sus anchas. Esto *sí* que es el colmo». Así que lo persigue de acá para allá, lo echa de su cojín favorito y —lo sé, porque la pillé haciéndolo— lo ayuda a salir por la puerta con el pie, y no precisamente con delicadeza.

CAPÍTULO 7

Un viernes por la tarde, al final de un día templado y soleado de diciembre, Ana salió hacia Lowvale para asistir a una cena de pavo. La casa de Wilfred Bryce estaba en Lowvale, donde vivía con un tío, y él le había pedido con timidez que fuera con él después de clase, que fuera a la cena de pavo en la iglesia y pasara el sábado en su casa. Ana aceptó, con la esperanza de poder influir en el tío para que dejara a Wilfred seguir yendo al instituto. Wilfred temía no poder volver después de Año Nuevo. Era un muchacho listo y ambicioso, y Ana sentía por él un interés especial.

No podía decirse que disfrutara demasiado de la visita, salvo por el placer que le daba a Wilfred. Su tío y su tía formaban una pareja bastante rara y tosca. La mañana del sábado amaneció ventosa y oscura, con chubascos de nieve, y al principio Ana no sabía cómo iba a pasar el día. Se sentía cansada y soñolienta después de las tantas horas de la cena de pavo; Wilfred tuvo que ayudar a trillar; y no había ni un libro a la vista. Entonces se acordó del viejo baúl de marinero, maltrecho, que había visto al fondo del vestíbulo de arriba, y recordó el encargo de la señora Stanton. La señora Stanton estaba escribiendo una historia del condado de Prince y le había preguntado a Ana si conocía, o podía encontrar, algún diario o documento antiguo que pudiera serle útil.

—Los Pringle, claro está, tienen montones de cosas que podría usar —le dijo a Ana—. Pero no puedo pedírselas *a ellos*. Ya sabes que los Pringle y los Stanton nunca han sido amigos.

—Yo tampoco puedo pedírselas, por desgracia —dijo Ana.

—Oh, no espero que lo hagas. Lo único que quiero es que estés atenta cuando vayas de visita por casa de otras personas, y que, si encuentras u oyes hablar de algún diario o mapa antiguo o algo por el estilo, intentes conseguir que me lo presten. No tienes idea de las cosas interesantes que he encontrado en diarios antiguos, pequeños fragmentos de vida real que hacen revivir a los viejos pioneros. Quiero cosas así para mi libro, además de estadísticas y tablas genealógicas.

Ana le preguntó a la señora Bryce si tenían algún registro antiguo de ese tipo. La señora Bryce negó con la cabeza.

—No que yo sepa. Aunque, ahí arriba está el baúl del tío Andy — se le iluminó la cara—. Podría haber algo en él. Navegaba con el viejo capitán Abraham Pringle. Voy a preguntarle a Duncan si puedes hurgar en él.

Duncan mandó recado de que podía «hurgar» en él cuanto quisiera y que, si encontraba algún «documento», podía quedárselo. De todos modos pensaba quemar todo el contenido, y quedarse con el baúl como caja de herramientas. Ana hurgó, pues, pero lo único que encontró fue un diario amarillento, o «cuaderno de bitácora», que Andy Bryce parecía haber llevado durante todos sus años en el mar. Ana entretuvo la tormentosa mañana leyéndolo con interés y diversión. Andy sabía mucho de cosas del mar y había hecho muchos viajes con el capitán Abraham Pringle, a quien, por lo visto, admiraba inmensamente. El diario estaba lleno de tributos mal escritos y agramaticales al valor y los recursos del capitán, sobre todo en una arriesgada travesía doblando el Cabo de Hornos. Pero su admiración, según parecía, no se extendía al hermano de Abraham, Myrom, que también era capitán, aunque de otro barco.

«Esta noche, a casa de Myrom Pringle. Su mujer lo hizo enfadar y va él y le tira un vaso de agua a la cara.»

«Myrom está en casa. Se le quemó el barco y tuvieron que echarse a los botes. Casi se mueren de hambre. Al final se comieron

a Jonas Selkirk, que se había pegado un tiro. Vivieron de él hasta que los recogió el *Mary G. Myrom* mismo me lo contó. Parecía pensar que era una buena broma.»

Ana se estremeció con esta última entrada, que resultaba aún más horrenda por el tono impasible con que Andy exponía los hechos macabros. Luego se quedó absorta en sus pensamientos. No había nada en el cuaderno que pudiera servirle a la señora Stanton, pero ¿no les interesaría a la señorita Sarah y a la señorita Ellen, ya que contenía tanto sobre su adorado padre? ¿Y si se lo enviaba? Duncan Bryce había dicho que podía hacer con él lo que quisiera.

No, no lo haría. ¿Por qué iba a intentar complacerlas o alimentar su absurdo orgullo, ya bastante crecido sin necesidad de más alimento? Se habían propuesto echarla de la escuela y lo estaban consiguiendo. Ellas y su clan la habían vencido.

Wilfred la llevó de vuelta a Álamos Ventosos aquella tarde, los dos felices. Ana había convencido a Duncan Bryce de que dejara a Wilfred terminar el curso en el instituto.

—Entonces me las arreglaré para ir un año a Queen's y después daré clases y seguiré formándome yo mismo —dijo Wilfred—. ¿Cómo voy a pagarle esto, señorita Shirley? Mi tío no habría escuchado a nadie más, pero usted le cae bien. Me dijo, allí en el establo: «Las pelirrojas siempre han podido hacer de mí lo que han querido». Pero no creo que fuera por su pelo, señorita Shirley, aunque es tan bonito. Fue solo... *usted*.

A las dos de la madrugada Ana se despertó y decidió que enviaría el diario de Andy Bryce a Maplehurst. Al fin y al cabo, sentía cierto cariño por las dos ancianas. Y tenían tan poco que diera calor a sus vidas: solo el orgullo por su padre. A las tres se despertó de nuevo y decidió que no lo haría. ¡Habrás visto, la señorita Sarah fingiéndose sorda! A las cuatro volvía a dudar. Por fin decidió que se lo enviaría. No sería mezquina. Ana sentía horror de ser mezquina, como los Pye.

Zanjado esto, Ana se durmió profundamente, pensando en lo hermoso que era despertarse en plena noche y oír la primera tormenta de nieve del invierno alrededor de la torre, y luego acurrucarse entre las mantas y volver a hundirse en el país de los sueños.

El lunes por la mañana envolvió con cuidado el viejo diario y se lo envió a la señorita Sarah con una notita.

QUERIDA SEÑORITA PRINGLE:

Me pregunto si le interesaría este viejo diario. El señor Bryce me lo dio para la señora Stanton, que está escribiendo una historia del condado, pero no creo que le sea de utilidad, y he pensado que a usted podría gustarle tenerlo.

Atentamente,

ANA SHIRLEY.

—Es una nota horriblemente seca —pensó Ana—, pero no puedo escribirles con naturalidad. Y no me extrañaría nada que me la devolvieran con altivez.

En el fino azul del atardecer de principios de invierno, Rebecca Dew se llevó el susto de su vida. El carruaje de Maplehurst avanzó por el callejón de los Fantasmas, sobre la nieve en polvo, y se detuvo ante la verja. De él se apeó la señorita Ellen y luego —para asombro de todos— la señorita Sarah, que no había salido de Maplehurst en diez años.

—Vienen a la puerta principal —jadeó Rebecca Dew, presa del pánico.

—¿Y por dónde iba a venir un Pringle? —preguntó la tía Kate.

—Claro, claro, pero se atasca —dijo Rebecca con tono trágico—. Se atasca de verdad, ya lo sabes que se atasca. Y no se ha abierto desde la limpieza general de la primavera pasada. Esto *sí* que es el colmo.

La puerta principal sí se atascó, pero Rebecca Dew la abrió de un tirón con violencia desesperada y condujo a las señoras de Maplehurst hasta el salón.

—Gracias al cielo que hoy hemos tenido la chimenea encendida ahí —pensó—, y lo único que espero es que Ese Gato no haya dejado pelos en el sofá. Como Sarah Pringle se lleve pelos de gato en el vestido de nuestro salón...

Rebecca Dew no se atrevió a imaginar las consecuencias. Llamó a Ana, que estaba en la torre, pues la señorita Sarah había preguntado si la señorita Shirley se encontraba en casa, y luego se retiró a la cocina, medio loca de curiosidad por saber qué demonios traía a las viejas señoritas Pringle a ver a la señorita Shirley.

—Como se estén tramando más persecuciones... —dijo Rebecca Dew con tono sombrío.

Ana bajó con considerable inquietud. ¿Habrían venido a devolverle el diario con gélido desdén?

Fue la pequeña, arrugada e inflexible señorita Sarah quien se levantó y habló sin preámbulos cuando Ana entró en la sala.

—Hemos venido a rendirnos —dijo con amargura—. No podemos hacer otra cosa, claro que usted ya lo sabía cuando encontró esa entrada escandalosa sobre el pobre tío Myrom. No era verdad; no *podía* ser verdad. El tío Myrom solo se estaba burlando de Andy Bryce, que era *tan* crédulo. Pero todo el mundo fuera de nuestra familia estará encantado de creérselo. Usted sabía que nos convertiría en el hazmerreír de todos, y algo peor. Oh, es usted muy lista. Lo admitimos. Jen se disculpará y se portará bien de ahora en adelante; yo, Sarah Pringle, se lo aseguro. Si tan solo promete no decírselo a la señora Stanton, no decírselo a nadie, haremos lo que sea... lo que *sea*.

La señorita Sarah retorció su fino pañuelo de encaje entre sus manos pequeñas, surcadas de venas azuladas. Literalmente, temblaba.

Ana la miró con asombro, y con horror. ¡Pobres ancianitas! ¡Pensaban que las había estado amenazando!

—Oh, me ha entendido usted terriblemente mal —exclamó, tomando las pobres manos suplicantes de la señorita Sarah—. Yo... yo nunca imaginé que pensara que estaba intentando, oh, fue solo porque pensé que le gustaría tener todos esos detalles interesantes sobre su espléndido padre. Jamás se me pasó por la cabeza enseñar o contarle a nadie ese otro pequeño detalle. No pensé que tuviera la menor importancia. Y nunca la tendrá.

Hubo un momento de silencio. Luego la señorita Sarah soltó las manos con suavidad, se llevó el pañuelo a los ojos y se sentó, con un leve rubor en su fino rostro arrugado.

—Nosotras... nosotras *la* hemos entendido mal, querida. Y hemos sido abominables con usted. ¿Nos perdonará?

Media hora después —media hora que estuvo a punto de matar a Rebecca Dew—, las señoritas Pringle se marcharon. Había sido media hora de charla amistosa y comentarios sobre los pasajes no incendiarios del diario de Andy. En la puerta principal, la señorita Sarah —que no había tenido el menor problema de oído durante toda la conversación— se volvió un momento y sacó de su ridículo un papel cubierto de una letra muy fina y afilada.

—Casi se me olvidaba: le prometimos a la señora MacLean nuestra receta del bizcocho hace algún tiempo. ¿Le importaría dársela de mi parte? Y díglele que el proceso de sudado es muy importante, casi indispensable, la verdad. Ellen, tienes el sombrero un poco ladeado sobre una oreja. Mejor ajústatelo antes de que nos vayamos. Nosotras... nosotras estábamos algo nerviosas mientras nos vestíamos.

Ana les contó a las viudas y a Rebecca Dew que le había dado el viejo diario de Andy Bryce a las señoras de Maplehurst y que habían venido a darle las gracias por ello. Con esa explicación tuvieron que conformarse, aunque Rebecca Dew siempre sintió que había algo más detrás, mucho más. La gratitud por un diario viejo, descolorido

y manchado de tabaco jamás habría traído a Sarah Pringle hasta la puerta principal de Álamos Ventosos. ¡La señorita Shirley era profunda, muy profunda!

—Voy a abrir esa puerta principal una vez al día de ahora en adelante —juró Rebecca—. Solo para mantener la práctica. Casi me caigo de espaldas cuando por fin cedió. Bueno, al menos ya tenemos la receta del bizcocho. ¡Treinta y seis huevos! Si se deshiciera usted de Ese Gato y me dejara tener gallinas, a lo mejor podríamos permitirnoslo una vez al año.

Dicho lo cual, Rebecca Dew marchó a la cocina y ajustó cuentas con el destino dándole leche a Ese Gato cuando sabía que él quería hígado.

La disputa entre los Shirley y los Pringle había terminado. Fuera de la familia Pringle nadie llegó a saber por qué, pero en Summerside se entendió que la señorita Shirley, ella sola, había derrotado de alguna manera misteriosa a todo el clan, que desde entonces comía de su mano. Jen volvió a clase al día siguiente y se disculpó mansamente ante Ana delante de toda el aula. A partir de ahí fue una alumna modélica, y todos los estudiantes Pringle siguieron su ejemplo. En cuanto a los Pringle adultos, su animosidad se desvaneció como la bruma ante el sol. No hubo más quejas sobre la «disciplina» ni los deberes. Se acabaron los desaires finos y sutiles tan característicos de su calaña. Se desvivían por ser amables con Ana. Ningún baile ni sesión de patinaje estaba completo sin ella. Porque, aunque la propia señorita Sarah había entregado el diario fatídico a las llamas, un recuerdo era un recuerdo, y la señorita Shirley tenía una historia que contar si decidía contarla. No convenía en absoluto que la fisgona de la señora Stanton se enterara de que el capitán Myrom Pringle había sido caníbal.

CAPÍTULO 8

(Fragmento de una carta a Gilbert)

Estoy en mi torre, y Rebecca Dew está entonando a voz en grito *¿Podré yo subir?* en la cocina. Lo cual me recuerda que la mujer del pastor me ha pedido que cante en el coro. Claro que han sido los Pringle quienes se lo han sugerido. Puede que lo haga los domingos que no paso en Tejas Verdes. Los Pringle me han tendido la mano de la amistad con verdadera vehemencia, me han aceptado con armas y bagajes. ¡Menudo clan!

He ido a tres fiestas de los Pringle. No lo digo con mala intención, pero creo que todas las chicas Pringle están imitando mi forma de peinarme. Bueno, «la imitación es la forma más sincera de adulación». Y, Gilbert, la verdad es que me están empezando a caer bien, tal como siempre supe que pasaría si me daban una oportunidad. Hasta sospecho que, tarde o temprano, acabaré encariñándome con Jen. Puede ser encantadora cuando quiere, y está claro que quiere serlo.

Anoche le planté cara al león en su guarida, dicho de otro modo: subí con decisión los escalones de la entrada de Evergreen hasta el porche cuadrado con las cuatro urnas de hierro encaladas en las esquinas, y llamé al timbre. Cuando la señorita Monkman vino a abrir, le pregunté si me prestaría a la pequeña Elizabeth para dar un paseo. Esperaba una negativa, pero, después de que la Mujer entrara a consultar con la señora Campbell, volvió y dijo, de mal humor, que Elizabeth podía ir, pero que, por favor, no la tuviera fuera

hasta tarde. Me pregunto si hasta la señora Campbell recibe órdenes de la señorita Sarah.

Elizabeth bajó bailando por la oscura escalera, parecía un duendecillo con su abrigo rojo y su gorrito verde, casi sin habla de alegría.

—Estoy toda revuelta y emocionada, señorita Shirley —susurró en cuanto nos alejamos—. Soy Betty... siempre soy Betty cuando me siento así.

Bajamos por el Camino que Lleva al Fin del Mundo tan lejos como nos atrevimos, y luego volvimos. Esta noche el puerto, oscuro bajo una puesta de sol carmesí, parecía cargado de insinuaciones de «tierras de hadas desoladas» y de islas misteriosas en mares sin cartografiar. A mí me estremeció, y también a la personita cuya mano yo sostenía.

—Si corriéramos mucho, señorita Shirley, ¿podríamos meternos dentro de la puesta de sol? —quiso saber. Me acordé de Paul y de sus fantasías sobre la «tierra del ocaso».

—Para eso tenemos que esperar al Mañana —dije—. Mira, Elizabeth, esa isla dorada de nube justo sobre la bocana del puerto. Vamos a imaginar que es tu isla de la Felicidad.

—Hay una isla ahí abajo, en alguna parte —dijo Elizabeth con aire soñador—. Se llama Nube Voladora. ¿A que es un nombre precioso, un nombre que parece salido del Mañana? La veo desde las ventanas del desván. Es de un caballero de Boston que tiene allí una casa de verano. Pero yo me imagino que es mía.

En la puerta me agaché y le di un beso en la mejilla a Elizabeth antes de que entrara. Nunca olvidaré su mirada. Gilbert, esa niña está hambrienta de cariño.

Esta noche, cuando vino a por su leche, vi que había estado llorando.

—Me... me hicieron lavarme su beso, señorita Shirley —sollozó—. No quería volver a lavarme la cara nunca más. *Juré* que no lo haría.

Porque, ¿sabe?, no quería quitarme su beso lavándome. Esta mañana conseguí ir a la escuela sin hacerlo, pero esta noche la Mujer me agarró y me lo *restregó*.

Mantuve el gesto serio.

—No puedes pasarte la vida sin lavarte la cara de vez en cuando, cariño. Pero no te preocupes por el beso. Te besaré cada noche cuando vengas a por la leche, y así no importará que te lo laven a la mañana siguiente.

—Es usted la única persona del mundo que me quiere —dijo Elizabeth—. Cuando me habla, huelo a violetas.

¿Le habían dedicado a alguien alguna vez un cumplido más bonito? Pero no pude dejar pasar del todo la primera frase.

—Tu abuela te quiere, Elizabeth.

—No me quiere; me odia.

—Eres solo un poquito tontorrón, cariño. Tu abuela y la señorita Monkman son ya mayores, y a la gente mayor le altera y le preocupa todo con facilidad. Claro que a veces las molestas. Y, claro, cuando ellas eran jóvenes, a los niños se los educaba con mucha más severidad que ahora. Se aferran a las viejas costumbres.

Pero sentí que no estaba convenciendo a Elizabeth. Al fin y al cabo, no la quieren, y ella lo sabe. Miró con cuidado hacia la casa, para ver si la puerta estaba cerrada. Luego dijo, muy decidida:

—La abuela y la Mujer no son más que dos viejas tiranas, y cuando llegue el Mañana voy a escaparme de ellas para siempre.

Creo que esperaba que yo me muriera de horror; en realidad sospecho que Elizabeth lo dijo solo para causar sensación. Yo me limité a reír y a besarla. Espero que Martha Monkman lo viera desde la ventana de la cocina.

Desde la ventana izquierda de la torre veo todo Summerside. Ahora mismo es un amontonamiento de tejados blancos y amistosos, amistosos por fin ahora que los Pringle son mis amigos.

Aquí y allá brilla una luz en algún piñón o alguna buhardilla. Aquí y allá se adivina un jirón de humo, gris como un fantasma. Sobre todo ello penden, bajas, las estrellas espesas. Es «un pueblo que sueña». ¿A que es una frase preciosa? ¿Te acuerdas de aquello de «Galahad iba pasando por pueblos que soñaban»?

Me siento tan feliz, Gilbert. No tendré que volver a Tejas Verdes por Navidad, derrotada y desacreditada. La vida es buena... ¡buena!

Y también lo es el bizcocho de la señorita Sarah. Rebecca Dew hizo uno y lo «sudó» según las instrucciones, lo que simplemente significa que lo envolvió en varias capas de papel de estraza y unas cuantas toallas más, y lo dejó reposar tres días. Puedo recomendarlo.

(¿Lleva, o no lleva, dos «ces» la palabra *recommend*? A pesar de ser licenciada, nunca estoy del todo segura. ¡Imagínate si los Pringle hubieran descubierto eso antes de que yo encontrara el diario de Andy!)

CAPÍTULO 9

Trix Taylor estaba una noche de febrero acurrucada en la torre, mientras pequeñas ráfagas de nieve siseaban contra los cristales y aquella estufa absurdamente diminuta ronroneaba como un gato negro al rojo vivo. Trix desahogaba sus penas con Ana. Ana empezaba a encontrarse convertida en receptora de confidencias por todas partes. Se sabía que estaba prometida, así que ninguna de las chicas de Summerside la temía como posible rival, y había algo en ella que hacía sentir que era seguro confiarle secretos.

Trix había subido para invitar a Ana a cenar la noche siguiente. Era una criaturita alegre y rellena, de ojos castaños chispeantes y mejillas sonrosadas, y no parecía que la vida pesara demasiado sobre sus veinte años. Pero, al parecer, tenía sus propios problemas.

—El doctor Lennox Carter viene a cenar mañana por la noche. Por eso te queremos especialmente a ti. Es el nuevo jefe del Departamento de Lenguas Modernas en Redmond, y terriblemente inteligente, así que necesitamos a alguien con cabeza para hablar con él. Ya sabes que yo no tengo mucha de la que presumir, ni Pringle tampoco. En cuanto a Esme... bueno, ya sabes, Ana, Esme es un encanto y además lista de verdad, pero es tan tímida y vergonzosa que no consigue sacar partido a la poca o mucha cabeza que tiene cuando el doctor Carter anda cerca. Está terriblemente enamorada de él. Da pena. *A mí* Johnny me gusta mucho, pero de ahí a deshacerme en agua por él hay un trecho.

—¿Están prometidos Esme y el doctor Carter?

—Todavía no —contestó con retintín—. Pero, ay, Ana, ella espera que esta vez se decida a pedirselo. ¿Vendría a la isla a visitar a su prima justo en mitad del curso si no tuviera intención de hacerlo? Espero que sea así por el bien de Esme, porque se morirá si no lo hace. Pero, entre tú y yo, no me entusiasma demasiado como cuñado. Es horriblemente exigente, dice Esme, y tiene un miedo espantoso a que no le apruebe *a nosotros*. Si no lo hace, ella cree que nunca le pedirá que se case con él. Así que no te imaginas cómo espera que todo salga bien en la cena de mañana por la noche. No veo por qué no iba a salir bien: mamá es la cocinera más maravillosa del mundo, y tenemos una criada estupenda, y he sobornado a Pringle con la mitad de mi paga semanal para que se porte bien. Claro que a él tampoco le cae bien el doctor Carter, dice que se lo tiene muy creído, pero le tiene cariño a Esme. ¡Con tal de que a papá no le dé un ataque de mal humor!

—¿Tienes motivos para temerlo? —preguntó Ana. Todo el mundo en Summerside conocía los ataques de mal humor de Cyrus Taylor.

—Nunca se sabe cuándo le va a dar uno —dijo Trix con tristeza—. Esta noche se ha puesto furioso porque no encontraba su camisón de franela nuevo. Esme lo había guardado en el cajón equivocado. Puede que se le pase para mañana por la noche, o puede que no. Si no se le pasa, nos pondrá en vergüenza a todos y el doctor Carter llegará a la conclusión de que no puede casarse con una familia así. Al menos, eso es lo que dice Esme, y me temo que puede tener razón. Creo, Ana, que Lennox Carter le tiene mucho cariño a Esme, cree que sería una «esposa muy apropiada» para él, pero no quiere hacer nada precipitado ni malgastar su maravillosa persona. He oído que le dijo a su prima que un hombre nunca puede tener demasiado cuidado con la clase de familia en la que se casa. Está justo en el punto en el que una tontería podría inclinar la balanza hacia un lado o hacia el otro. Y, si a eso vamos, uno de los ataques de mal humor de papá no es ninguna tontería.

—¿No le cae bien el doctor Carter?

—Ah, sí que le cae bien. Piensa que sería un partido estupendo para Esme. Pero cuando a papá le da uno de sus ataques, nada tiene influencia sobre él mientras dura. Eso es muy propio de los Pringle, Ana. La abuela Taylor era una Pringle, ¿sabes? No te imaginas lo que hemos pasado como familia. Él nunca monta en cólera, ¿eh?, no como el tío George. A la familia del tío George no le importan sus rabietas. Cuando se enfada, explota, se le oye rugir a tres manzanas de distancia, y luego se pone como un corderito y le trae a todo el mundo un vestido nuevo como ofrenda de paz. Pero papá se limita a enfurruñarse y a poner mala cara, y no le dirige la palabra a *nadie* a la hora de comer. Esme dice que, después de todo, eso es mejor que el primo Richard Taylor, que siempre está diciendo cosas sarcásticas en la mesa e insultando a su mujer; pero a mí me parece que nada podría ser peor que esos horribles silencios de papá. Nos destrozan los nervios y nos da terror abrir la boca. No sería tan grave, claro, si solo pasara cuando estamos solos. Pero es igual de probable que pase cuando tenemos compañía. Esme y yo estamos ya hartas de intentar disculpar los silencios ofensivos de papá. Está muerta de miedo de que no se le haya pasado lo del camisón antes de mañana por la noche, y ¿qué va a pensar Lennox? Y quiere que te pongas tu vestido azul. Su vestido nuevo es azul, porque a Lennox le gusta el azul. Pero papá lo odia. El tuyo puede reconciliarlo con el de ella.

—¿No sería mejor que se pusiera otra cosa?

—No tiene nada más decente que ponerse para una cena con invitados, salvo el popelín verde que le regaló papá por Navidad. Es un vestido precioso en sí mismo, a papá le gusta que llevemos vestidos bonitos, pero no puedes imaginarte nada tan espantoso como Esme de verde. Pringle dice que parece que esté en las últimas de una tisis. Y la prima de Lennox Carter le dijo a Esme que él nunca se casaría con una persona delicada. Me alegro muchísimo de que Johnny no sea tan «exigente».

—¿Ya le has contado a tu padre lo de tu compromiso con Johnny?
—preguntó Ana, que estaba al tanto de todo el romance de Trix.

—No —gimió la pobre Trix—. No consigo reunir el valor, Ana. Sé que va a montar una escena espantosa. Papá siempre le ha tenido manía a Johnny por ser pobre. Papá se olvida de que él era más pobre que Johnny cuando empezó en el negocio de la ferretería. Claro que habrá que decírselo pronto, pero quiero esperar a que se resuelva lo de Esme. Sé que papá no le dirigirá la palabra a *ninguno* de nosotros durante semanas después de que se lo diga, y mamá se va a preocupar tanto, no puede *soportar* los ataques de mal humor de papá. Todos somos unos cobardes delante de papá. Claro que mamá y Esme son tímidas por naturaleza con todo el mundo, pero Pringle y yo tenemos mucho genio. Solo papá consigue acobardarnos. A veces pienso que si tuviéramos a alguien que nos respaldara... pero no lo tenemos, y nos quedamos paralizados sin más. No te imaginas, Ana querida, cómo es una cena con invitados en casa cuando papá está de morros. Pero como se porte bien mañana por la noche, se lo perdonaré todo. *Puede* ser muy agradable cuando quiere, papá es exactamente como la niña de Longfellow: «cuando es buena, es muy, muy buena, y cuando es mala, es horrible». Yo lo he visto siendo el alma de la fiesta.

—Estuvo muy simpático la noche que cené con vosotros el mes pasado.

—Ah, le caes bien, ya te lo he dicho. Esa es una de las razones por las que te queremos tanto allí. Puede que tenga buena influencia sobre él. No estamos descuidando *nada* que pueda complacerlo. Pero cuando le da un ataque de mal humor de verdad, parece odiarlo todo y a todo el mundo. En fin, tenemos planeada una cena de primera, con un postre elegantísimo de natillas de naranja. Mamá quería tarta, porque dice que a todos los hombres del mundo, menos a papá, les gusta la tarta de postre más que ninguna otra cosa, hasta a los profesores de Lenguas Modernas. Pero a papá no le gusta, así que no convenía arriesgarse mañana por la noche, cuando depende tanto de ello. Las natillas de naranja son el postre favorito de papá. En cuanto al pobre Johnny y a mí, supongo que algún día tendré que fugarme con él sin más, y papá no me lo perdonará jamás.

—Yo creo que, si reunieras el valor para decírselo y aguantaras el mal humor que le siga, verías que acaba aceptándolo estupendamente, y te ahorrarías meses de angustia.

—No conoces a papá —dijo Trix, sombría.

—Puede que lo conozca mejor que tú. Has perdido la perspectiva.

—¿Que he perdido mi... qué? Ana, cariño, recuerda que yo no soy licenciada. Solo hice el instituto. Me habría encantado ir a la universidad, pero papá no cree en la Educación Superior de las mujeres.

—Solo quería decir que estás demasiado cerca de él para entenderlo. Una persona ajena podría muy bien verlo con más claridad, entenderlo mejor.

—Lo que entiendo es que nada puede hacer que papá hable si se ha propuesto no hacerlo... *nada*. Se enorgullece de eso.

—Entonces, ¿por qué no seguís los demás hablando como si no pasara nada?

—*No podemos*, ya te he dicho que nos paraliza. Tú misma lo comprobarás mañana por la noche si no se le ha pasado lo del camisón. No sé cómo lo consigue, pero lo consigue. No creo que nos importara tanto lo cascarrabias que fuera si al menos hablara. Es el silencio lo que nos destroza. No le perdonaré nunca a papá si se pone así mañana por la noche, cuando hay tanto en juego.

—Esperemos que todo vaya bien, querida.

—Lo intento. Y sé que ayudará tenerte allí. Mamá pensaba que también deberíamos invitar a Katherine Brooke, pero yo sabía que no le sentaría bien a papá. Él la odia. Y he de decir que en eso no le culpo. A mí tampoco me sirve para nada. No sé cómo consigues ser tan amable con ella.

—Me da pena, Trix.

—¿Que te da pena? Pero si es culpa suya que no le caiga bien a nadie. Bueno, ya se sabe, hacen falta todo tipo de personas para

hacer un mundo, pero Summerside bien podría prescindir de Katherine Brooke, ¡vieja gruñona!

—Es una profesora excelente, Trix...

—Ah, ¿que si lo sé? Estuve en su clase. Vaya si me metió las cosas a martillazos en la cabeza, y de paso me dejó en carne viva a fuerza de sarcasmos. ¡Y cómo viste! Papá no soporta ver a una mujer mal vestida. Dice que no tiene ningún aprecio por las sosas, y que seguro que Dios tampoco. Mamá se horrorizaría si supiera que te he contado eso, Ana. A papá se lo disculpaba porque es hombre. ¡Si eso fuera lo único que tenemos que disculparle! Y el pobre Johnny casi no se atreve a venir a casa ya, de lo grosero que es papá con él. Yo me escapo las noches buenas y damos vueltas y vueltas a la plaza, medio helados.

Ana soltó algo parecido a un suspiro de alivio cuando Trix se marchó, y bajó a escondidas a sonsacarle un tentempié a Rebecca Dew.

—¿Que va a cenar a casa de los Taylor? Bueno, espero que el viejo Cyrus se porte decentemente. Si su familia no le tuviera tanto miedo cuando le dan esos ataques de mal humor, no se permitiría caer en ellos tan a menudo, de eso estoy segura. Se lo digo yo, señorita Shirley, ese hombre *disfruta* con sus enfados. Y ahora supongo que tengo que calentarle la leche a Ese Gato. ¡Animal consentido!

CAPÍTULO 10

Cuando Ana llegó a casa de los Cyrus Taylor la noche siguiente, notó el frío del ambiente nada más entrar por la puerta. Una doncella pulcra la acompañó al cuarto de invitados, pero, mientras subía la escalera, Ana alcanzó a ver a la señora Cyrus Taylor escabulléndose del comedor a la cocina, enjugándose las lágrimas de su rostro pálido, ajado por las preocupaciones, aunque todavía bastante dulce. Estaba clarísimo que Cyrus todavía no había «superado» lo del camisón.

Esto lo confirmó Trix, que entró en la habitación angustiada y le susurró, nerviosa:

—Ay, Ana, está de un humor espantoso. Esta mañana parecía bastante amable y nos hicimos ilusiones. Pero esta tarde Hugh Pringle le ha ganado una partida de damas, y papá no *soporta* perder a las damas. Y encima tenía que pasar precisamente hoy. Ha pillado a Esme «admirándose en el espejo», como él dice, y sin más la ha sacado de su cuarto y ha cerrado la puerta con llave. La pobrecilla solo se preguntaba si estaba lo bastante guapa para gustarle a Lennox Carter, doctor en Filosofía. Ni siquiera ha tenido tiempo de ponerse el collar de perlas. Y mírame a mí. No me he atrevido a rizarme el pelo —a papá no le gustan los rizos que no son naturales— y estoy hecha un adefesio. No es que a mí me importe, solo que así te haces una idea. Papá ha tirado las flores que mamá había puesto en la mesa del comedor, y a ella le duele tanto, se había tomado tantas molestias con ellas, y no la ha dejado ponerse los pendientes de granates. No le daba un arrebató así desde que

volvió del oeste la primavera pasada y se encontró con que mamá había puesto cortinas rojas en la salita, cuando él las prefería de color mora. Ay, Ana, habla tú todo lo que puedas en la cena, si él no habla. Si no lo haces, va a ser *demasiado* espantoso.

—Haré lo que pueda —prometió Ana, que desde luego nunca se había visto sin saber qué decir. Pero tampoco se había visto nunca en una situación como la que ahora la esperaba.

Estaban todos reunidos alrededor de la mesa —una mesa muy bonita y bien puesta, a pesar de que faltaban las flores—. La tímida señora Cyrus, con un vestido de seda gris, tenía la cara más gris aún que el vestido. Esme, la belleza de la familia —una belleza muy pálida, de cabello rubio pálido, labios rosa pálido, ojos de miosotis pálidos—, estaba tanto más pálida de lo habitual que parecía a punto de desmayarse. Pringle, un chiquillo de catorce años normalmente gordito y alegre, de ojos redondos, con gafas y un pelo tan claro que parecía casi blanco, tenía cara de perro atado, y Trix tenía el aire de una colegiala aterrorizada.

El doctor Carter, innegablemente apuesto y de aspecto distinguido, con el pelo oscuro y rizado, ojos oscuros y brillantes y gafas de montura de plata, pero a quien Ana, en los tiempos en que era profesor adjunto en Redmond, había considerado un pelmazo bastante engreído, parecía incómodo. Era evidente que notaba que algo no marchaba bien por alguna parte —conclusión razonable cuando el anfitrión se planta con paso airado a la cabecera de la mesa y se deja caer en la silla sin decirle una palabra a nadie.

Cyrus no quiso bendecir la mesa. La señora Cyrus, sonrojada hasta la raíz del pelo, murmuró casi inaudible: «Por lo que vamos a recibir, que el Señor nos haga verdaderamente agradecidos». La cena empezó mal, porque la nerviosa Esme dejó caer el tenedor al suelo. Todos menos Cyrus dieron un respingo, porque tenían los nervios igual de tensos. Cyrus fulminó a Esme con sus ojos azules y saltones, con una especie de quietud rabiosa. Luego fulminó a todos los demás y los dejó mudos de espanto. Fulminó a la pobre señora Cyrus, cuando esta se sirvió salsa de rábano picante, con una mirada

que le recordó lo delicado de su estómago. Después de eso no pudo comer ni un bocado, con lo que a ella le gustaba. Ella no creía que le fuera a sentar mal. Pero, para el caso, tampoco podía comer nada, ni Esme tampoco. Las dos se limitaban a fingir. La cena transcurrió en un silencio espantoso, roto solo por comentarios entrecortados sobre el tiempo, de Trix y de Ana. Trix suplicaba con la mirada a Ana que hablara, pero Ana se encontró, por una vez en su vida, sin absolutamente nada que decir. Sentía desesperadamente que *tenía* que hablar, pero solo se le ocurrían las cosas más disparatadas, cosas que sería imposible decir en voz alta. ¿Estaban todos hechizados? Era curioso el efecto que un hombre huraño y testarudo podía causar en una. Ana no lo habría creído posible. Y no cabía duda de que él estaba la mar de contento sabiendo que había puesto a todos los comensales de su mesa horriblemente incómodos. ¿Qué diantres le pasaría por la cabeza? ¿Daría un respingo si alguien le clavara un alfiler? Ana tenía ganas de abofetearlo, de darle en los nudillos con una regla, de ponerlo de cara a la pared, de tratarlo como al niño mimado que en el fondo era, a pesar de su pelo gris de punta y su bigote agresivo.

Sobre todo, quería hacerle *hablar*. Sentía instintivamente que nada en el mundo lo castigaría tanto como que lo engañaran para hacerle hablar cuando estaba empeñado en no hacerlo.

Supongamos que se levantaba y rompía adrede aquel jarrón enorme, horrendo y anticuado que había sobre la mesita del rincón—un adefesio recargado de guirnaldas de rosas y hojas, difícilísimo de desempolvar pero que había que mantener impecable—. Ana sabía que toda la familia lo detestaba, pero Cyrus Taylor no quería ni oír hablar de desterrarlo al desván, porque había sido de su madre. Ana pensó que lo haría sin ningún miedo si de verdad creyera que eso iba a hacer que Cyrus estallara en una rabieta sonora.

¿Por qué no hablaba Lennox Carter? Si él hablara, ella, Ana, también podría hablar, y quizá Trix y Pringle escaparían del hechizo que los tenía atrapados y sería posible algún tipo de conversación. Pero él se limitaba a estar allí sentado, comiendo. Puede que

pensara que de verdad era lo mejor que podía hacer; puede que temiera decir algo que enfureciera todavía más al padre de su amada, ya evidentemente furioso.

—¿Le importaría empezar a pasar los pepinillos, señorita Shirley?
—dijo la señora Taylor con voz desfallecida.

Algo travieso se agitó dentro de Ana. Empezó a pasar los pepinillos... y también otra cosa. Sin darse tiempo a pensarlo, se inclinó hacia delante, con sus grandes ojos verdegrises brillando límpidos, y dijo con dulzura:

—¿Quizá le sorprenda saber, doctor Carter, que el señor Taylor se quedó sordo de repente la semana pasada?

Ana se recostó, tras haber lanzado su bomba. No habría sabido decir con precisión qué esperaba o qué deseaba. Si el doctor Carter se llevaba la impresión de que su anfitrión estaba sordo, en vez de sumido en un silencio de rabia contenida, tal vez se le soltara la lengua. Ella *no* había dicho ninguna falsedad —*no* había dicho que Cyrus Taylor *estuviera* sordo—. En cuanto a Cyrus Taylor, si había esperado hacerlo hablar, había fracasado. Él se limitó a fulminarla con la mirada, todavía en silencio.

Pero el comentario de Ana produjo en Trix y en Pringle un efecto que ella jamás habría imaginado. Trix estaba, por su parte, presa de una rabia silenciosa. Un instante antes de que Ana lanzara su pregunta retórica, había visto a Esme enjugarse furtivamente una lágrima escapada de sus ojos azules y desesperados. Todo estaba perdido: Lennox Carter ya nunca le pediría a Esme que se casara con él, ya no importaba lo más mínimo lo que nadie dijera o hiciera. A Trix la poseyó de pronto un ardiente deseo de ajustarle las cuentas a su padre brutal. Las palabras de Ana le dieron una inspiración extraña, y Pringle, un volcán de trastada contenida, parpadeó con sus pestañas blancas un instante aturdido y enseguida siguió su ejemplo. Mientras vivieran, ni Ana, ni Esme, ni la señora Cyrus olvidarían jamás el espantoso cuarto de hora que siguió.

—Qué desgracia para el pobre papá —dijo Trix, dirigiéndose al doctor Carter desde el otro lado de la mesa—. Y con solo sesenta y ocho años.

Dos pequeñas marcas blancas aparecieron en las aletas de la nariz de Cyrus Taylor al oír que le echaban seis años más de los que tenía. Pero siguió callado.

—Es un auténtico placer poder comer decentemente —dijo Pringle, alto y claro—. ¿Qué le parecería, doctor Carter, un hombre que obliga a su familia a vivir a base de fruta y huevos, nada más que fruta y huevos, solo por un capricho?

—¿Es que su padre...? —empezó el doctor Carter, desconcertado.

—¿Qué le parecería un marido que muerde a su mujer cuando ella pone cortinas que no le gustan, que la muerde adrede? —preguntó Trix.

—Hasta hacerla sangrar —añadió Pringle con solemnidad.

—¿Quiere usted decir que su padre...?

—¿Qué le parecería un hombre que corta en pedazos un vestido de seda de su mujer solo porque no le gusta cómo está hecho? —dijo Trix.

—¿Qué le parecería —dijo Pringle— un hombre que no deja que su mujer tenga un perro?

—Cuando a ella le encantaría tener uno —suspiró Trix.

—¿Qué le parecería un hombre —continuó Pringle, que empezaba a disfrutar muchísimo— que le regala a su mujer un par de chanclos por Navidad, nada más que un par de chanclos?

—Los chanclos no es que alegren precisamente el corazón —admitió el doctor Carter. Sus ojos se encontraron con los de Ana y él sonrió. Ana cayó en la cuenta de que nunca antes lo había visto sonreír. Le cambiaba la cara de un modo asombroso, a mejor. ¿Qué *estaba* diciendo Trix? ¿Quién habría imaginado que pudiera ser un demonio semejante?

—¿Se ha preguntado alguna vez, doctor Carter, lo espantoso que debe de ser vivir con un hombre que es capaz —sin que le importe *nada*— de coger el asado, si no está en su punto, y tirárselo a la criada?

El doctor Carter le lanzó una mirada aprensiva a Cyrus Taylor, como temiendo que fuera a arrojarle a alguien los huesos del pollo. Luego pareció recordar, con alivio, que su anfitrión estaba sordo.

—¿Qué le parecería un hombre que creyera que la tierra es plana? —preguntó Pringle.

Ana pensó que entonces Cyrus *sí* que iba a hablar. Un temblor pareció recorrerle el rostro rubicundo, pero no llegó a decir nada. Aun así, estaba segura de que su bigote se había vuelto un poco menos desafiante.

—¿Qué le parecería un hombre que deja que su tía, su única tía, acabe en el asilo de pobres? —preguntó Trix.

—¿Y que apacentara la vaca en el cementerio? —dijo Pringle—. Summerside aún no se ha recuperado de aquella estampa.

—¿Qué le parecería un hombre que anota todos los días en su diario lo que ha cenado? —preguntó Trix.

—Eso mismo hacía el gran Pepys —dijo el doctor Carter con otra sonrisa. Su voz sonaba como si tuviera ganas de reír. Puede que, después de todo, no fuera tan engreído, pensó Ana; solo joven, tímido y demasiado serio. Pero ella estaba sencillamente horrorizada. Nunca había pretendido que la cosa llegara tan lejos. Estaba descubriendo que es mucho más fácil empezar las cosas que acabarlas. Trix y Pringle estaban siendo diabólicamente astutos. No habían dicho que su padre hiciera ni una sola de aquellas cosas. Ana podía imaginarse a Pringle diciendo, con sus ojos redondos aún más redondos de fingida inocencia: «Solo le hacía esas preguntas al doctor Carter para *informarme*».

—¿Qué le parecería —siguió Trix— un hombre que abre y lee las cartas de su mujer?

—¿Qué le parecería un hombre que va a un funeral, al funeral de su propio padre, en mono de trabajo? —preguntó Pringle.

¿Qué *más* se les iba a ocurrir? La señora Cyrus lloraba ya sin disimulo, y Esme estaba serena, con la serenidad de la desesperación. Nada importaba ya. Se volvió y miró de frente al doctor Carter, a quien había perdido para siempre. Por una vez en su vida, algo la espoleó a decir algo verdaderamente ingenioso.

—¿Qué le parecería —preguntó con calma— un hombre que se pasó un día entero buscando a los gatitos de una pobre gata a la que habían matado de un tiro, porque no soportaba la idea de que murieran de hambre?

Un extraño silencio se apoderó de la sala. Trix y Pringle se avergonzaron de pronto de sí mismos. Y entonces la señora Cyrus intervino con su vocecilla, sintiendo que era su deber de esposa respaldar la inesperada defensa que Esme había hecho de su padre.

—Y hace un ganchillo precioso: el invierno pasado, cuando estuvo en cama con el lumbago, hizo el centro de mesa más bonito para la mesita del salón.

Todo el mundo tiene un límite de aguante, y Cyrus Taylor había llegado al suyo. Echó la silla hacia atrás con tal furia que esta salió disparada por el suelo encerado y fue a chocar con la mesita donde estaba el jarrón. La mesita volcó y el jarrón se hizo, como manda la tradición, mil pedazos. Cyrus, con sus pobladas cejas blancas erizadas de ira, se puso de pie y estalló por fin.

—¡Yo no hago ganchillo, mujer! ¿Es que un miserable tapetito va a arruinarle la reputación a un hombre para siempre? Estaba tan mal de aquel maldito lumbago que no sabía ni lo que hacía. ¿Y estoy sordo, señorita Shirley? ¿Estoy sordo?

—Ella no ha *dicho* que lo estuvieras, papá —exclamó Trix, que nunca le tenía miedo a su padre cuando su genio se volvía ruidoso.

—Ah, no, no lo ha dicho. ¡Ninguno de vosotros ha dicho nada! *Tú* no has dicho que tengo sesenta y ocho años cuando solo tengo

sesenta y dos, ¿verdad? *Tú* no has dicho que no dejaba a tu madre tener un perro. ¡Por Dios santo, mujer, puedes tener cuarenta mil perros si te da la gana, y lo sabes de sobra! ¿Cuándo te he negado yo algo que quisieras? ¿Cuándo?

—Nunca, papaíto, nunca —sollozó la señora Cyrus, entrecortada—. Y nunca he querido un perro. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza *querer* un perro, papaíto.

—¿Cuándo he abierto yo tus cartas? ¿Cuándo he llevado yo un diario? ¡Un diario! ¿Cuándo me he puesto yo un mono para ir al funeral de nadie? ¿Cuándo he apacentado yo una vaca en el cementerio? ¿Qué tía mía está en el asilo de pobres? ¿Le he tirado yo un asado a alguien alguna vez? ¿Os he hecho yo vivir a base de fruta y huevos alguna vez?

—Nunca, papaíto, nunca —lloró la señora Cyrus—. Siempre has mantenido bien a la familia, mejor que bien.

—¿No me dijiste que *querías* unos chanclos las pasadas Navidades?

—Sí, ay, sí, claro que sí, papaíto. Y he tenido los pies calentitos y a gusto todo el invierno.

—¡Pues entonces! —Cyrus lanzó una mirada triunfal alrededor de la sala. Sus ojos se cruzaron con los de Ana. Y de pronto sucedió lo inesperado. Cyrus soltó una risita ahogada. Hasta le salieron hoyuelos en las mejillas. Aquellos hoyuelos obraron un milagro en toda su expresión. Acercó la silla de nuevo a la mesa y se sentó.

—Tengo el pésimo hábito de enfurruñarme, doctor Carter. Todo el mundo tiene algún mal hábito: ese es el mío. El único. Vamos, vamos, mamaíta, deja de llorar. Reconozco que me merecía todo lo que me ha caído, menos esa puya tuya sobre el ganchillo. Esme, hija mía, no olvidaré que fuiste la única que salió en mi defensa. Que venga Maggie a recoger este estropicio —sé de sobra que os alegráis todos de que se haya roto el condenado trasto— y que traiga el pudín.

Ana jamás habría creído que una velada que había empezado tan terriblemente pudiera acabar tan a gusto. Nadie podría haber sido más simpático ni mejor compañía que Cyrus; y, por lo visto, no hubo ningún ajuste de cuentas posterior, porque cuando Trix fue a verla unas tardes después, fue para contarle que por fin había reunido valor suficiente para hablarle a su padre de Johnny.

—¿Se puso muy terrible, Trix?

—Él... no se puso nada terrible —admitió Trix, avergonzada—. Se limitó a resoplar y a decir que ya era hora de que Johnny fuera al grano, después de rondarme dos años y espantar a todos los demás. Creo que sintió que no podía meterse en otro ataque de mal humor tan pronto después del último. Y, ¿sabes, Ana?, cuando no está enfurruñado, papá es en el fondo un cielo de hombre.

—Me parece que es un padre mucho mejor de lo que os merecéis —dijo Ana, en un tono digno de la mismísima Rebecca Dew—. Estuvisteis sencillamente escandalosos en aquella cena, Trix.

—Bueno, tú fuiste quien lo empezó, no lo olvides —dijo Trix—. Y el bueno de Pringle ayudó un poco. Bien está lo que bien acaba, y menos mal que ya nunca más tendré que desempolvar ese jarrón.

CAPÍTULO 11

(Extracto de una carta a Gilbert, dos semanas después.)

Se ha anunciado el compromiso de Esme Taylor con el doctor Lennox Carter. Por todo lo que consigo reunir de aquí y de allá entre los chismes del pueblo, creo que decidió aquel fatídico viernes por la noche que quería protegerla y salvarla de su padre y de su familia, y quizá también de sus amigas. Su desdicha, evidentemente, apeló a su sentido caballeresco. Trix se empeña en pensar que fui yo quien lo provocó todo, y puede que en efecto metiera baza, pero no creo que vuelva a intentar jamás un experimento como ese. Es demasiado parecido a coger un rayo por la cola.

La verdad es que no sé qué me poseyó, Gilbert. Debió de ser un resabio de mi vieja animadversión hacia todo lo que olera a pringlismo. Ahora *sí* que me parece cosa del pasado. Casi lo tengo olvidado. Pero por el pueblo todavía se lo preguntan. Me han contado que la señorita Valentine Courtaloe dice que no le sorprende nada que haya conquistado a los Pringle, porque tengo «un no sé qué que encandila»; y la mujer del pastor cree que es la respuesta a la oración que elevó por mí. Bueno, ¿quién sabe si no lo fue?

Ayer Jen Pringle y yo hicimos parte del camino de vuelta a casa juntas, desde el colegio, y hablamos «de barcos y zapatos y lacre», de casi todo menos de geometría. Evitamos ese tema. Jen sabe que yo no sé gran cosa de geometría, pero mi pizca de conocimiento sobre el capitán Myrom compensa eso. Le presté a Jen mis *Mártires* de Foxe. Odio prestar un libro que *quiero* —nunca me vuelve a

parecer el mismo cuando me lo devuelven—, pero solo quiero los *Mártires* de Foxe porque la querida señora Allan me lo regaló hace años como premio de la escuela dominical. No me gusta leer sobre mártires porque siempre me hacen sentirme mezquina y avergonzada... avergonzada de reconocer que odio salir de la cama las mañanas de helada y que me acobardo ante una visita al dentista.

Bueno, me alegro de que Esme y Trix sean felices las dos. Como mi propio y pequeño romance está en flor, me intereso todavía más por los de los demás. Un interés *bueno*, ¿sabes? No es curiosidad ni malicia, solo alegría de que haya tanta felicidad repartida por ahí.

Todavía es febrero, y «sobre el tejado del convento la nieve reluce hacia la luna»..., solo que no es un convento, es solo el tejado del granero del señor Hamilton. Pero estoy empezando a pensar: «Solo unas semanas más hasta la primavera, y unas semanas más hasta el verano, y las vacaciones, y Tejas Verdes, y la luz dorada del sol sobre los prados de Avonlea, y un golfo que será de plata al amanecer, de zafiro al mediodía y carmesí al atardecer, y *tú*».

La pequeña Elizabeth y yo tenemos mil planes para la primavera. Somos tan buenas amigas. Le llevo la leche todas las tardes y, de vez en cuando, la dejan salir a pasear conmigo. Hemos descubierto que nuestros cumpleaños caen el mismo día, y Elizabeth se puso «del más divino rosa» con la emoción. Está encantadora cuando se sonroja. Normalmente está demasiado pálida, y la leche fresca no logra darle más color. Solo cuando volvemos de nuestras citas crepusculares con el viento de la tarde le queda un bonito tono rosado en las mejillitas. Una vez me preguntó, muy seria: «¿Tendré una piel tan bonita y cremosa como la suya cuando sea mayor, señorita Shirley, si me pongo suero de leche en la cara todas las noches?». El suero de leche parece ser el cosmético preferido del callejón de los Fantasma. He descubierto que Rebecca Dew lo usa. Me ha hecho jurar que se lo guardaré en secreto a las viudas, porque les parecería demasiado frívolo para su edad. La cantidad de secretos que tengo que guardar en Álamos Ventosos me está

haciendo envejecer antes de tiempo. Me pregunto si, poniéndome suero de leche en la nariz, desaparecerían esas siete pecas. Por cierto, ¿se te ha ocurrido alguna vez, caballero, que yo tenía una «piel bonita y cremosa»? Si se te ocurrió, nunca me lo dijiste. ¿Y te has dado cuenta del todo de que soy «relativamente hermosa»? Porque he descubierto que lo soy.

—¿Qué se siente al ser guapa, señorita Shirley? —me preguntó Rebecca Dew muy seria el otro día, mientras yo llevaba puesto mi vestido nuevo de gasa color bizcocho.

—Yo también me lo he preguntado muchas veces —dije yo.

—Pero es que usted es guapa —dijo Rebecca Dew.

—Nunca pensé que pudiera usted ser sarcástica, Rebecca —dije yo, en tono de reproche.

—No pretendía ser sarcástica, señorita Shirley. Es usted guapa... relativamente.

—¡Ah! ¡Relativamente! —dije yo.

—Mírese en el espejo del aparador —dijo Rebecca Dew, señalando—. Comparada *conmigo*, sí que lo es.

¡Pues era verdad!

Pero no había terminado con lo de Elizabeth. Una noche de tormenta, con el viento aullando por el callejón de los Fantasma, no pudimos salir a pasear, así que subimos a mi cuarto y dibujamos un mapa del país de las hadas. Elizabeth se sentó en mi cojín azul en forma de rosquilla para quedar más alta, y con la cabeza inclinada sobre el mapa parecía un gnomillo muy serio. (Por cierto, inada de ortografía fonética para mí! «Gnomo» suena mucho más misterioso y más de cuento de hadas que «nomo»).

Nuestro mapa todavía no está terminado: cada día se nos ocurre algo más que añadirle. Anoche situamos la casa de la Bruja de la Nieve y, detrás, dibujamos una colina triple, cubierta por completo de cerezos silvestres en flor. (Por cierto, quiero unos cuantos cerezos

silvestres cerca de nuestra casa de los sueños, Gilbert). Por supuesto, en el mapa está el Mañana, situado al este del Hoy y al oeste del Ayer, y tenemos infinidad de «tiempos» en el país de las hadas: tiempo de primavera, tiempo largo, tiempo corto, tiempo de luna nueva, tiempo de buenas noches, tiempo de la próxima vez —pero no tiempo de la última vez, porque ese es un tiempo demasiado triste para el país de las hadas—; tiempo viejo, tiempo joven —porque si hay un tiempo viejo también debería haber uno joven—; tiempo de montaña —porque suena de un modo fascinante—; tiempo de noche y tiempo de día —pero no tiempo de irse a la cama ni tiempo de colegio—; tiempo de Navidad; nada de tiempo solamente, porque eso también es demasiado triste; pero sí tiempo perdido, porque da tanto gusto encontrarlo; tiempo cualquiera, buen tiempo, tiempo rápido, tiempo lento, la hora y media de besarse, tiempo de volver a casa, y tiempo inmemorial, que es una de las frases más bonitas del mundo. Y tenemos flechitas rojas por todas partes, señalando los distintos «tiempos». Ya sé que Rebecca Dew me considera bastante infantil. Pero, ay, Gilbert, que nunca lleguemos a ser demasiado mayores y sensatos, no, nunca demasiado mayores y *tontos* para el país de las hadas.

Estoy segura de que Rebecca Dew no las tiene todas consigo respecto a si soy una buena influencia en la vida de Elizabeth. Cree que la animo a ser «fantasiosa». Una tarde en que yo no estaba, Rebecca Dew le llevó la leche y se la encontró ya en la verja, mirando el cielo tan absorta que ni siquiera oyó los pasos de Rebecca, que tenían de hada lo que yo de gigante.

—Estaba *escuchando*, Rebecca —explicó.

—Tú escuchas demasiado —dijo Rebecca con desaprobación.

Elizabeth sonrió, remota, adusta. (Rebecca Dew no usó esas palabras, pero yo sé exactamente cómo sonrió Elizabeth).

—Se sorprendería usted, Rebecca, si supiera lo que oigo a veces —dijo, de un modo que hizo que a Rebecca Dew se le pusiera la carne de gallina, o eso asegura ella.

Pero Elizabeth siempre está tocada por las hadas, ¿y qué se le va a hacer?

Tu Ana-dísima, ANA.

P. D. 1. Nunca, nunca, nunca olvidaré la cara de Cyrus Taylor cuando su mujer lo acusó de hacer ganchillo. Pero siempre le tendré cariño porque buscó a esos gatitos. Y me cae bien Esme, por salir en defensa de su padre en medio del supuesto naufragio de todas sus esperanzas.

P. D. 2. He puesto una pluma nueva. Y te quiero porque no eres engreído como el doctor Carter, y te quiero porque no tienes las orejas de soplillo como Johnny. Y..., el mejor motivo de todos..., te quiero solo por ser Gilbert.

CAPÍTULO 12

Álamos Ventosos,
El callejón de los Fantasma,
30 de mayo.

QUERIDÍSIMO-Y-CADA-VEZ-MÁS-QUERIDO:

¡Es primavera!

Puede que tú, hundido hasta las cejas en un maremágnum de exámenes en Kingsport, no lo sepas. Pero yo soy consciente de ello de la coronilla a la punta de los pies. Summerside es consciente de ello. Hasta las calles más feas se transfiguran con brazadas de flores que asoman por encima de las viejas vallas de tablas y una cinta de dientes de león en la hierba que bordea las aceras. Hasta la dama de porcelana de mi estante es consciente de ello, y sé que si alguna noche lograra despertarme lo bastante deprisa la sorprendería bailando un *pas seul* con sus zapatitos rosas de tacón dorado.

Todo me está diciendo «primavera»: los arroyuelos que ríen, las brumas azules sobre el Rey de la Tormenta, los arcos del soto adonde voy a leer tus cartas, los cerezos blancos a lo largo del callejón de los Fantasma, los petirrojos lustrosos y descarados que saltan desafiando a Dusty Miller en el patio trasero, la enredadera que cuelga verde sobre la media puerta a la que la pequeña Elizabeth viene a por leche, los abetos que lucen sus nuevas puntas de brotes alrededor del viejo cementerio, incluso el propio cementerio, donde toda clase de flores plantadas a la cabecera de las tumbas están reventando en hojas y flores, como si dijeran:

«Hasta aquí la vida triunfa sobre la muerte.» Hace unas noches di un paseo verdaderamente delicioso por el cementerio. (Estoy segura de que Rebecca Dew encuentra espantosamente morboso mi gusto por esos paseos. «No entiendo qué manía te ha entrado con ese sitio de mal agüero», dice.) Vagué por él con esa luz verde y perfumada de gato y me pregunté si de verdad la esposa de Nathan Pringle había intentado envenenarlo. Su tumba parecía tan inocente, con su hierba nueva y sus lirios de junio, que llegué a la conclusión de que la habían calumniado del todo.

¡Solo un mes más y estaré en casa de vacaciones! No dejo de pensar en el viejo huerto de Tejas Verdes, con sus árboles ahora cubiertos de nieve en flor, en el viejo puente sobre el Lago de las Aguas Refulgentes, en el murmullo del mar en tus oídos, en una tarde de verano en el Sendero de los Enamorados... y en *ti*.

Esta noche tengo justo la pluma que hace falta, Gilbert, así que...

(Se omiten dos páginas.)

Esta tarde he estado de visita en casa de los Gibson. Marilla me pidió hace tiempo que fuera a verlos, porque ella los conoció cuando vivían en White Sands. Así que fui a verlos, y desde entonces los visito cada semana, porque a Pauline parecen gustarle mis visitas y me da mucha pena. Es sencillamente una esclava de su madre, que es una anciana terrible.

La señora Adoniram Gibson tiene ochenta años y pasa los días en una silla de ruedas. Se mudaron a Summerside hace quince años. Pauline, que tiene cuarenta y cinco, es la más joven de la familia; todos sus hermanos están casados y todos están decididos a no acoger a la señora Adoniram en sus casas. Ella lleva la casa y atiende a su madre en todo. Es una criatura menuda y pálida, de ojos de cervatillo y un cabello castaño dorado que todavía conserva brillo y hermosura. Viven con cierta holgura, y si no fuera por su madre, Pauline podría llevar una vida muy agradable y desahogada. Le encanta el trabajo parroquial y sería del todo feliz asistiendo a las Sociedades de Damas y Misioneras, organizando cenas de la iglesia y

veladas de bienvenida, por no hablar del orgullo con que presume de poseer la mejor tradescantia del pueblo. Pero casi nunca consigue salir de casa, ni siquiera para ir a la iglesia los domingos. No le veo escapatoria, porque la vieja señora Gibson probablemente viva hasta los cien años. Y, aunque puede que no tenga uso de las piernas, desde luego no le falla la lengua. Siempre me llena de una rabia impotente quedarme allí sentada oyéndola convertir a la pobre Pauline en blanco de su sarcasmo. Y, sin embargo, Pauline me ha contado que su madre «me tiene en muy buen concepto» y que es mucho más amable con ella cuando yo estoy delante. Si es así, me estremece pensar cómo será cuando yo no estoy.

Pauline no se atreve a hacer *nada* sin preguntarle a su madre. Ni siquiera puede comprarse su propia ropa, ni un par de medias siquiera. Todo tiene que subírsele a la señora Gibson para que lo apruebe; todo tiene que llevarse hasta que se ha dado la vuelta dos veces. Pauline lleva cuatro años con el mismo sombrero.

La señora Gibson no soporta ningún ruido en la casa, ni una bocanada de aire fresco. Dicen que no ha sonreído en toda su vida; yo, desde luego, nunca la he pillado en ello, y cuando la miro no puedo evitar preguntarme qué le pasaría a su cara si sonriera. Pauline ni siquiera puede tener una habitación para ella sola. Tiene que dormir en el mismo cuarto que su madre y levantarse casi a cada hora de la noche para frotarle la espalda, darle una pastilla, prepararle una bolsa de agua caliente —*caliente*, no tibia—, cambiarle las almohadas o averiguar a qué se debe ese ruido misterioso del patio trasero. La señora Gibson duerme por las tardes y pasa las noches inventando tareas para Pauline.

Y, sin embargo, nada ha conseguido nunca amargar a Pauline. Es dulce, generosa y paciente, y me alegro de que tenga un perro al que querer. Lo único en lo que se ha salido con la suya en toda su vida es en quedarse con ese perro, y eso solo porque hubo un robo en algún lugar del pueblo y a la señora Gibson le pareció que sería una protección. Pauline nunca se atreve a dejar ver a su madre cuánto quiere al perro. La señora Gibson lo detesta y se queja de

que traiga huesos a casa, pero nunca llega a decir que tenga que irse, por sus propias razones egoístas.

Pero por fin tengo ocasión de darle algo a Pauline, y pienso hacerlo. Voy a regalarle un *día*, aunque eso signifique renunciar a mi próximo fin de semana en Tejas Verdes.

Esta noche, al entrar, he visto que Pauline había estado llorando. La señora Gibson no ha tardado en aclararme por qué.

—Pauline quiere marcharse y dejarme sola, señorita Shirley —ha dicho—. Bonita hija agradecida que tengo, ¿verdad?

—Solo por un día, mamá —ha dicho Pauline, tragándose un sollozo e intentando sonreír.

—¡«Solo por un día», dice! Bueno, *usted* ya sabe cómo son mis días, señorita Shirley, todo el mundo sabe cómo son mis días. Pero usted no sabe —*todavía*—, señorita Shirley, y espero que nunca lo sepa, lo largo que puede hacerse un día cuando una está sufriendo.

Yo sabía que en ese momento la señora Gibson no sufría en absoluto, así que no intenté mostrarme compasiva.

—Claro que buscaría a alguien que se quedara contigo, mamá —ha dicho Pauline—. Verá usted —me ha explicado—, mi prima Louisa va a celebrar sus bodas de plata en White Sands el sábado de la semana que viene, y quiere que vaya. Fui su dama de honor cuando se casó con Maurice Hilton. Me *encantaría* tanto ir, si mamá diera su consentimiento.

—Si tengo que morir sola, sola moriré —ha dicho la señora Gibson—. Lo dejo a tu conciencia, Pauline.

Yo sabía que la batalla de Pauline estaba perdida en el momento en que la señora Gibson lo dejó a su conciencia. La señora Gibson se ha salido con la suya toda su vida dejando las cosas a la conciencia de los demás. He oído decir que, hace años, alguien quiso casarse con Pauline y que la señora Gibson lo impidió dejándolo a su conciencia.

Pauline se secó los ojos, esbozó una sonrisa lastimera y cogió un vestido que estaba arreglando, uno horrible, a cuadros verdes y negros.

—Ahora no te me pongas de morros, Pauline —ha dicho la señora Gibson—. No soporto a la gente que se pone de morros. Y que no se te olvide ponerle cuello a ese vestido. ¿Se lo puede creer, señorita Shirley? Quería hacerse el vestido sin cuello. Esta se pondría un vestido escotado si yo la dejara.

Miré a la pobre Pauline, con su cuellecito esbelto —que, la verdad, todavía es bastante rollizo y bonito— encerrado en un cuello de tul alto y armado con ballenas.

—Los vestidos sin cuello se están poniendo de moda —dije.

—Los vestidos sin cuello —dijo la señora Gibson— son indecentes.

(Dato: yo llevaba puesto un vestido sin cuello.)

—Además —siguió la señora Gibson, como si todo formara parte de lo mismo—, nunca me gustó Maurice Hilton. Su madre era una Crockett. Nunca tuvo el menor sentido del decoro, siempre besando a su mujer en los lugares más inapropiados.

(¿Estás seguro de que me besas en los lugares apropiados, Gilbert? Me temo que la señora Gibson consideraría la nuca, por ejemplo, de lo más inapropiado.)

—Pero, mamá, tú sabes que fue el día en que por poco no la pisotea el caballo desbocado de Harvey Wither en el prado de la iglesia. Era natural que Maurice se pusiera algo nervioso.

—Pauline, no me lles la contraria, por favor. *Sigo* pensando que las escaleras de la iglesia eran un lugar inapropiado para que besaran a nadie. Pero claro, *mis* opiniones ya no le importan a *nadie*. Claro que todos desean que me muera. Bueno, ya habrá sitio para mí en la tumba. Sé la carga que soy para vosotros. Lo mismo me da morirme. Nadie me quiere.

—No digas eso, mamá —suplicó Pauline.

—*Sí* que lo digo. Ahí estás, empeñada en ir a esa boda de plata aunque sabes que yo no estoy conforme.

—Mamá, cariño, no voy a ir, ni se me ocurriría ir si tú no estuvieras conforme. No te alteres así...

—Ah, así que ni siquiera puedo permitirme un poco de emoción para animar mi vida gris, ¿no? ¿No se irá ya, señorita Shirley?

Sentí que si me quedaba más tiempo acabaría volviéndome loca o abofeteando la cara de cascanueces de la señora Gibson. Así que dije que tenía exámenes que corregir.

—Ah, bueno, supongo que dos viejas como nosotras somos muy mala compañía para una muchacha joven —suspiró la señora Gibson—. Pauline no es muy alegre, ¿verdad que no, Pauline? No muy alegre. No me extraña que la señorita Shirley no quiera quedarse mucho rato.

Pauline salió conmigo al porche. La luna brillaba sobre su pequeño jardín y centelleaba en el puerto. Un viento suave y delicioso conversaba con un manzano blanco. ¡Era primavera... primavera... primavera! Ni siquiera la señora Gibson puede impedir que los ciruelos florezcan. Y los ojos, de un gris azulado suave, de Pauline estaban llenos de lágrimas.

—Me *encantaría* tanto ir a la boda de Louie —dijo, con un largo suspiro de resignación desesperada.

—Vas a ir —dije yo.

—Ay, no, querida, no puedo ir. Mi pobre mamá nunca dará su consentimiento. Me lo quitaré de la cabeza, sin más. ¿Verdad que la luna está preciosa esta noche? —añadió, en un tono alto y alegre.

—Nunca he oído que mirar la luna le hiciera bien a nadie —gritó la señora Gibson desde la salita—. Deja ya de gorjear ahí fuera, Pauline, y entra a traerme las zapatillas rojas con piel alrededor del borde. Estos zapatos me aprietan los pies de una manera terrible. Pero a nadie le importa lo que sufro.

Sentí que a *mí* no me importaba en absoluto lo que sufriera. ¡Pobre y querida Pauline! Pero a Pauline le va a llegar su día libre, y va a ir a esa boda de plata. Yo, Ana Shirley, lo he dicho.

Se lo conté todo a Rebecca Dew y a las viudas cuando volví a casa, y nos lo pasamos en grande imaginando todas las cosas encantadoramente ofensivas que podría haberle dicho a la señora Gibson. La tía Kate no cree que vaya a conseguir que la señora Gibson deje ir a Pauline, pero Rebecca Dew tiene fe en mí. «De todos modos, si *usted* no puede, no puede nadie», ha dicho.

Hace poco cené en casa de la señora Tom Pringle, que no quiso alojarme en su casa. (Rebecca dice que soy la huésped de pago más rentable de la que ha oído hablar nunca, porque me invitan a cenar fuera tan a menudo.) Me alegro mucho de que no me tomara. Es simpática y ronroneante, y sus pasteles la alaban a las puertas de la ciudad, pero su casa no es Álamos Ventosos, ni vive en el callejón de los Fantasmas, ni es la tía Kate ni la tía Chatty ni Rebecca Dew. Las quiero a las tres, y pienso alojarme aquí el año que viene y el siguiente. Mi silla siempre se llama «la silla de la señorita Shirley», y la tía Chatty me cuenta que, cuando no estoy, Rebecca Dew me pone el sitio en la mesa igualmente, para que no parezca tan solitaria la mesa. A veces los sentimientos de la tía Chatty han complicado un poco las cosas, pero dice que ahora me entiende y sabe que yo nunca le haría daño a propósito.

La pequeña Elizabeth y yo salimos ahora a pasear dos veces por semana. La señora Campbell lo ha consentido, pero no puede ser más a menudo y *nunca* en domingo. Las cosas van mejor para la pequeña Elizabeth en primavera. Algo de sol se cuele hasta en esa casa vieja y lúgubre, y por fuera hasta resulta hermosa gracias a las sombras danzarinas de las copas de los árboles. Aun así, a Elizabeth le gusta escapar de ella siempre que puede. De vez en cuando subimos al centro para que Elizabeth vea los escaparates iluminados. Pero casi siempre llegamos hasta donde nos atrevemos por el Camino que Lleva al Fin del Mundo, doblando cada esquina con aire aventurero y expectante, como si fuéramos a encontrar el Mañana

justo detrás, mientras a lo lejos las pequeñas colinas verdes del atardecer se acurrucan ordenadamente unas contra otras. Una de las cosas que Elizabeth piensa hacer en el Mañana es «ir a Filadelfia y ver al ángel de la iglesia». No le he dicho —nunca se lo diré— que la Filadelfia de la que hablaba san Juan *no* era Phila., Pensilvania. Las ilusiones se nos pierden bastante pronto de todos modos. Y, además, si *pudiéramos* entrar en el Mañana, ¿quién sabe qué encontraríamos allí? Ángeles por todas partes, tal vez.

A veces vemos los barcos que suben por el puerto empujados por un viento favorable, sobre una senda resplandeciente, a través del aire transparente de la primavera, y Elizabeth se pregunta si su padre podría ir a bordo de alguno de ellos. Se aferra a la esperanza de que algún día venga. Yo no me explico por qué no lo hace. Estoy segura de que vendría si supiera qué hijita tan encantadora tiene aquí, añorándolo. Supongo que nunca se da cuenta de que ella ya es toda una muchacha; supongo que todavía piensa en ella como en la niñita que le costó la vida a su esposa.

Pronto habré terminado mi primer año en el instituto de Summerside. El primer trimestre fue una pesadilla, pero los dos últimos han sido muy agradables. Los Pringle son *gente encantadora*. ¿Cómo pude compararlos alguna vez con los Pye? Hoy Sid Pringle me ha traído un ramo de trilios. Jen va a ser la primera de su clase, y dicen que la señorita Ellen ha dicho que soy la única maestra que ha *entendido de verdad* a la niña. La única mosca en mi ungüento es Katherine Brooke, que sigue tan hosca y distante como siempre. Voy a dejar de intentar hacerme amiga suya. Al fin y al cabo, como dice Rebecca Dew, *hay* un límite para todo.

Ay, casi se me olvida contarte... Sally Nelson me ha pedido que sea una de sus damas de honor. Se casa a finales de junio en Bonnyview, la casa de verano del doctor Nelson, allá en el quinto pino. Se casa con Gordon Hill. Después, Nora Nelson será la única de las seis hijas del doctor Nelson que siga soltera. Jim Wilcox lleva años rondándola —«a rachas», como dice Rebecca Dew—, pero nunca parece llegar a nada y ya nadie cree que vaya a llegar. Le

tengo mucho cariño a Sally, pero nunca he hecho muchos progresos en conocer a Nora. Es bastante mayor que yo, claro, y bastante reservada y orgullosa. Aun así, me gustaría hacerme amiga suya. No es guapa, ni lista, ni encantadora, pero de algún modo tiene *un no sé qué*. Tengo la sensación de que merecería la pena.

Hablando de bodas, Esme Taylor se casó el mes pasado con su doctorado. Como fue un miércoles por la tarde, no pude ir a la iglesia a verla, pero todo el mundo dice que estaba preciosa y feliz, y que Lennox tenía cara de saber que había hecho lo correcto y de contar con la aprobación de su conciencia. Cyrus Taylor y yo somos grandes amigos. A menudo se refiere a aquella cena, que ha terminado por considerar una broma estupenda a costa de todos. «Desde entonces no me he atrevido a ponerme de morros», me dijo. «Mamaíta podría acusarme de coser retales la próxima vez.» Y luego me pide que le dé recuerdos sin falta «a las viudas». Gilbert, la gente es deliciosa y la vida es deliciosa, y yo soy

Por siempre jamás

¡Tuya!

P. D. Nuestra vieja vaca colorada, la que tenemos donde el señor Hamilton, ha tenido un ternero pinto. Llevamos tres meses comprando la leche a Lew Hunt. Rebecca dice que ahora volveremos a tener nata, y que siempre ha oído decir que el pozo de los Hunt era inagotable, y que ahora se lo cree. Rebecca no quería que ese ternero naciera en absoluto. La tía Kate tuvo que pedirle al señor Hamilton que le dijera que la vaca ya era demasiado vieja para tener terneros, antes de que ella diera su consentimiento.

CAPÍTULO 13

—Ah, cuando haya envejecido y esté postrada en cama tanto tiempo como yo, tendrá más compasión —se lamentó la señora Gibson.

—Por favor, no piense que me falta compasión, señora Gibson —dijo Ana, que, tras media hora de esfuerzos inútiles, sentía ganas de retorcerle el cuello a la señora Gibson. Solo los ojos suplicantes de la pobre Pauline, al fondo, le impedían rendirse desesperada e irse a casa—. Le aseguro que no estará sola ni desatendida. Yo estaré aquí todo el día y me ocuparé de que no le falte nada de nada.

—Ah, ya sé que no le sirvo de nada a nadie —dijo la señora Gibson, a propósito de nada que se hubiera dicho—. No hace falta que me lo restriegue, señorita Shirley. Estoy lista para irme en cualquier momento... en cualquier momento. Entonces Pauline podrá corretear todo lo que quiera. Yo ya no estaré aquí para sentirme desatendida. Ninguno de los jóvenes de hoy tiene sentido común. Frívolos, muy frívolos.

Ana no sabía si era Pauline o ella misma la joven frívola y sin sentido común a la que se refería, pero probó su último recurso.

—Bueno, ya sabe, señora Gibson, la gente hablará muchísimo si Pauline no va a las bodas de plata de su prima.

—¡Hablar! —dijo la señora Gibson con aspereza—. ¿Y de qué van a hablar?

—Querida señora Gibson... —pensó Ana: «¡que se me perdone el adjetivo!»— en su larga vida ha aprendido, lo sé, lo que son capaces

de decir las malas lenguas.

—No hace falta que me eche mi edad en cara —espetó la señora Gibson—. Y tampoco hace falta que me digan que el mundo es muy criticón. Demasiado bien... demasiado bien lo sé. Y tampoco hace falta que me digan que este pueblo está lleno de sapos chismosos. Pero no es que me haga gracia que anden cotilleando sobre mí, diciendo, supongo, que soy una vieja tirana. Yo no le impido a Pauline que vaya. ¿Acaso no lo dejé a su conciencia?

—Muy poca gente se lo va a creer —dijo Ana, con cuidada tristeza.

La señora Gibson chupó con fiereza una pastilla de menta durante un minuto o dos. Luego dijo:

—He oído que hay paperas en White Sands.

—Mamá, cariño, ya sabes que yo ya he tenido las paperas.

—Hay gente que las pasa dos veces. Tú serías justo de esas, Pauline. Siempre pillabas todo lo que andaba rondando. ¡Las noches que he pasado en vela contigo, sin esperar que vieras la mañana! Ay, los sacrificios de una madre no se recuerdan mucho tiempo. Además, ¿cómo ibas a llegar a White Sands? Hace años que no subes a un tren. Y no hay tren de vuelta el sábado por la noche.

—Podría ir en el tren del sábado por la mañana —dijo Ana—. Y estoy segura de que el señor James Gregor la traerá de vuelta.

—Nunca me gustó Jim Gregor. Su madre era una Tarbush.

—Él se lleva su calesa de dos asientos y baja el viernes; si no, también la llevaría a ella. Pero irá muy segura en el tren, señora Gibson. Solo hay que subir en Summerside, bajar en White Sands, sin trasbordos.

—Aquí hay gato encerrado —dijo la señora Gibson con suspicacia—. ¿Por qué está tan empeñada en que vaya, señorita Shirley? Eso sí que me lo va a decir.

Ana sonrió a aquel rostro de ojillos de cuenta.

—Porque creo que Pauline es una hija buena y cariñosa con usted, señora Gibson, y necesita un día libre de vez en cuando, como todo el mundo.

A la mayoría de la gente le costaba resistirse a la sonrisa de Ana. O fue eso, o el miedo a los chismes, lo que venció a la señora Gibson.

—Supongo que a nadie se le ocurre que a *mí* también me gustaría tener un día libre de esta silla de ruedas, si pudiera. Pero no puedo, tengo que sobrellevar mi aflicción con paciencia. Bueno, si tiene que ir, que vaya. Siempre ha sido de las que se salen con la suya. Si coge las paperas o se envenena con mosquitos raros, que no me echen la culpa a mí. Tendré que apañármelas como pueda. Ah, supongo que usted estará aquí, pero no está acostumbrada a mis costumbres como Pauline. Supongo que podré aguantar un día. Si no puedo, bueno, ya llevo muchos años viviendo con tiempo prestado, así que qué más da. —No fue, ni mucho menos, un consentimiento amable, pero consentimiento al fin y al cabo. Ana, aliviada y agradecida, se sorprendió haciendo algo que jamás hubiera imaginado hacer: se inclinó y besó la curtida mejilla de la señora Gibson—. Gracias —dijo.

—Déjese de zalamerías —dijo la señora Gibson—. Tome una pastilla de menta.

—¿Cómo podré agradecerérselo nunca, señorita Shirley? —dijo Pauline, mientras acompañaba un trecho a Ana calle abajo.

—Yendo a White Sands con el corazón ligero y disfrutando de cada minuto.

—Ah, eso haré. No sabe lo que esto significa para mí, señorita Shirley. No es solo a Louisa a quien quiero ver. La vieja casa de los Luckley, junto a la suya, va a venderse, y tenía tantas ganas de verla una vez más antes de que pasara a manos de extraños. Mary Luckley —ahora es la señora Howard Flemming y vive en el oeste— era mi mejor amiga cuando era niña. Éramos como hermanas. Pasaba tanto tiempo en la casa de los Luckley, y la quería tanto. A

menudo he soñado con volver. Mamá dice que ya soy demasiado mayor para soñar. ¿Cree usted que lo soy, señorita Shirley?

—Nadie es nunca demasiado mayor para soñar. Y los sueños nunca envejecen.

—Cuánto me alegra oírle decir eso. Ay, señorita Shirley, pensar que voy a ver otra vez el golfo. Hace quince años que no lo veo. El puerto es precioso, pero no es el golfo. Siento como si caminara en el aire. Y se lo debo todo a usted. Solo porque a mamá le cae usted bien me ha dejado ir. Me ha hecho feliz, siempre hace feliz a la gente. Si es que, en cuanto entra usted en una habitación, señorita Shirley, todos los que están en ella se sienten más felices.

—Ese es el cumplido más bonito que me han hecho nunca, Pauline.

—Hay una sola cosa, señorita Shirley: no tengo nada que ponerme salvo mi viejo tafetán negro. Es demasiado triste para una boda, ¿verdad? Y me queda demasiado grande desde que adelgacé. Hace ya seis años que lo tengo, ¿sabe?

—Tendremos que intentar convencer a su madre de que le deje tener un vestido nuevo —dijo Ana esperanzada.

Pero aquello resultó estar fuera de su alcance. La señora Gibson se mantuvo inflexible. El tafetán negro de Pauline era más que suficiente para la boda de Louisa Hilton.

—Pagué dos dólares la yarda hace seis años, y tres a Jane Sharp por hacerlo. Jane era buena modista. Su madre era una Smiley. ¡Habrase visto, querer algo «claro», Pauline Gibson! Esta se vestiría de escarlata de la cabeza a los pies, si la dejaran, señorita Shirley. Solo está esperando a que yo me muera para hacerlo. Ah, bueno, pronto se librá usted de todo el estorbo que le doy, Pauline. Entonces podrá vestirse tan alegre y frívola como quiera, pero mientras yo viva, irá usted decente. ¿Y qué le pasa a su sombrero? Ya es hora de que lleve capota, de todos modos.

La pobre Pauline sentía verdadero horror ante la idea de tener que llevar capota. Antes se pondría su viejo sombrero el resto de su vida que hacer tal cosa.

—Me voy a limitar a estar contenta por dentro y a olvidarme de la ropa —le dijo a Ana, cuando salieron al jardín a coger un ramo de lirios de junio y corazón sangrante para las viudas.

—Tengo un plan —dijo Ana, con una mirada cautelosa para asegurarse de que la señora Gibson no pudiera oírla, aunque las observaba desde la ventana de la salita—. ¿Conoce mi popelina gris plata? Se la voy a prestar para la boda.

Pauline, en su agitación, dejó caer la cesta de flores, formando un charco de dulzura rosa y blanca a los pies de Ana.

—Ay, querida, no podría, mamá no me dejaría.

—No se enterará de nada. Escuche. El sábado por la mañana se lo pondrá debajo del tafetán negro. Sé que le quedará bien. Es un poco largo, pero mañana le haré unos pliegues, los pliegues están de moda ahora. No tiene cuello, y las mangas son hasta el codo, así que nadie sospechará. En cuanto llegue a Gull Cove, quítese el tafetán. Cuando acabe el día, puede dejar la popelina en Gull Cove y yo la recojo el próximo fin de semana que vuelva a casa.

—Pero ¿no sería demasiado juvenil para mí?

—En absoluto. El gris le sienta bien a cualquier edad.

—¿Cree que estaría bien... engañar a mamá? —titubeó Pauline.

—En este caso, muy bien —dijo Ana sin ningún pudor—. Ya sabe, Pauline, que no está bien ir de negro a una boda. Podría traerle mala suerte a la novia.

—Ay, eso no lo haría por nada del mundo. Y claro que a mamá no le hará ningún daño. Espero de verdad que pase bien el sábado. Me temo que no probará bocado mientras yo no esté, no comió nada la vez que fui al funeral de la prima Matilda. La señorita Prouty me dijo que no había comido, la señorita Prouty se quedó con ella. Estaba

tan enfadada con la prima Matilda por haberse muerto... mamá, quiero decir.

—Comerá; de eso me encargo yo.

—Ya sé que tiene usted mucha mano para manejarla —concedió Pauline—. ¿Y no se le olvidará darle la medicina a sus horas, verdad, querida? Ay, quizá no debería ir, después de todo.

—Ya llevan ahí fuera tiempo de sobra para coger cuarenta ramos —gritó la señora Gibson, irritada—. No sé qué falta les hacen a las viudas sus flores. Tienen de sobra las suyas propias. Buena me la iba a pegar si esperara a que Rebecca Dew me mandara alguna. Me muero de sed. Pero claro, yo no cuento para nada.

El viernes por la noche, Pauline telefoneó a Ana presa de una agitación terrible. Le dolía la garganta, y ¿pensaba la señorita Shirley que podrían ser las paperas? Ana bajó corriendo a tranquilizarla, llevando la popelina gris en un paquete de papel de estraza. La escondió en el arbusto de lilas, y aquella misma noche, ya tarde, Pauline, sudando frío, logró colarla escaleras arriba hasta el cuartito donde guardaba su ropa y se vestía, aunque nunca se le permitía dormir allí. A Pauline no le quedaba del todo tranquila la conciencia respecto al vestido. Quizá el dolor de garganta era un castigo por el engaño. Pero no podía ir a las bodas de plata de Louisa con aquel espantoso tafetán negro... sencillamente no podía.

El sábado por la mañana, Ana estaba en casa de los Gibson temprano y radiante. Ana siempre estaba en su mejor momento en una mañana de verano centelleante como aquella. Parecía centellear con ella, y se movía por el aire dorado como una figura esbelta en una urna griega. Hasta la habitación más sosa resplandecía —vivía— cuando ella entraba en ella.

—Caminando como si fuera usted la dueña del mundo —comentó la señora Gibson con sarcasmo.

—Es que lo soy —dijo Ana alegremente.

—Ah, es usted muy joven —dijo la señora Gibson, exasperante.

—«No negué a mi corazón ningún placer» —citó Ana—. Eso tiene autoridad bíblica, señora Gibson.

—«El hombre nace para la aflicción, como las chispas suben hacia arriba.» Eso también está en la Biblia —replicó la señora Gibson. El hecho de haberle respondido tan certeramente a la señorita Shirley, licenciada en letras, la puso de un humor relativamente bueno—. Nunca he sido de las que adulan, señorita Shirley, pero ese sombrero de paja suyo con la flor azul le sienta bastante bien. El pelo no se le ve tan rojo debajo, me parece a mí. ¿No admiras tú a una muchacha lozana como esta, Pauline? ¿No te gustaría ser tú misma una muchacha lozana, Pauline?

Pauline estaba demasiado feliz y emocionada para querer ser otra que ella misma en aquel momento. Ana subió con ella a la habitación de arriba para ayudarla a vestirse.

—Qué bonito pensar en todas las cosas agradables que tienen que pasar hoy, señorita Shirley. Ya se me ha pasado casi del todo el dolor de garganta, y mamá está de tan buen humor. Puede que no lo parezca, pero sé que lo está porque habla, aunque sea con sarcasmo. Si estuviera enfadada o molesta, estaría de morros. He pelado las patatas, el filete está en la fresquera y el manjar blanco de mamá está en la bodega. Hay pollo en conserva para la cena y un bizcocho en la despensa. Estoy en ascuas por si mamá cambia de idea todavía. No podría soportarlo si lo hiciera. Ay, señorita Shirley, ¿cree que debería ponerme el vestido gris, de verdad?

—Póngaselo —dijo Ana con su mejor tono de maestra de escuela.

Pauline obedeció y salió convertida en otra Pauline. El vestido gris le quedaba precioso. No tenía cuello y llevaba delicados volantes de encaje en las mangas hasta el codo. Cuando Ana le hubo arreglado el pelo, Pauline apenas se reconocía.

—Qué pena taparlo con ese espantoso tafetán negro, señorita Shirley.

Pero tenía que ser así. El tafetán lo tapaba muy bien. Se puso el viejo sombrero, aunque también se lo quitaría al llegar a casa de

Louisa, y Pauline estrenaba un par de zapatos. La señora Gibson había llegado a permitirle comprarse unos zapatos nuevos, aunque le pareciera que los tacones eran «escandalosamente altos». —Voy a causar sensación yéndome en el tren *so/a*. Espero que la gente no crea que es una muerte. No querría que las bodas de plata de Louisa se asociaran de ningún modo con la idea de la muerte. Ay, ¡perfume, señorita Shirley! ¡Flor de manzano! ¿Verdad que es precioso? Solo un toque, tan elegante, siempre pienso. Mamá no me deja comprarlo. Ay, señorita Shirley, no se le olvidará darle de comer a mi perro, ¿verdad? Le he dejado los huesos en la despensa, en el plato tapado. Espero de verdad —bajó la voz hasta un susurro avergonzado— que no... se porte mal en la casa mientras usted esté aquí.

Pauline tuvo que pasar la inspección de su madre antes de irse. La emoción de la salida y la culpa por la popelina escondida se combinaron para darle un rubor muy poco habitual en ella. La señora Gibson la miró con disgusto.

—¡Ay, madre mía! ¿Es que vamos a Londres a ver a la Reina? Tienes demasiado color. La gente va a pensar que vas pintada. ¿Seguro que no lo vas?

—Ay, no, mamá... *no* —dijo en tono escandalizado.

—Cuida tus modales, y cuando te sientes, cruza los tobillos como es debido. Cuidado con sentarte en una corriente de aire o hablar demasiado.

—No lo haré, mamá —prometió Pauline con seriedad, echando una mirada nerviosa al reloj.

—Le mando a Louisa una botella de mi vino de zarzaparrilla para los brindis. Nunca me cayó bien Louisa, pero su madre era una Tackaberry. Ojo con traer de vuelta la botella, y no dejes que te regale un gatito. Louisa siempre anda regalando gatitos.

—No lo haré, mamá.

—¿Segura de que no dejaste el jabón en el agua?

—Segurísima, mamá —con otra mirada angustiada al reloj.

—¿Tienes atados los cordones de los zapatos?

—Sí, mamá.

—No hueles a persona decente, vas empapada en perfume.

—Ay, no, mamá querida, solo un poquito, la pizca más pequeña...

—He dicho empapada y quiero decir empapada. No habrá un descosido bajo el brazo, ¿verdad?

—Ay, no, mamá.

—A ver... —dijo con inexorable firmeza.

Pauline se estremeció. ¡Y si se le veía la falda del vestido gris al levantar los brazos!

—Bueno, pues vete, entonces. —Con un largo suspiro—. Si no estoy aquí cuando vuelvas, recuerda que quiero que me amortajen con mi chal de encaje y mis zapatillas de raso negro. Y que me ricen el pelo.

—¿Te encuentras peor, mamá? —el vestido de popelina había hecho muy sensible la conciencia de Pauline—. Si es así, no iré...

—¡Y desperdiciar el dinero de esos zapatos! Claro que vas a ir. Y cuidado con deslizarte por la barandilla.

Pero ante eso, hasta el gusano se revolvió.

—¡Mamá! ¿Crees que haría yo eso?

—Lo hiciste en la boda de Nancy Parker.

—¡Hace treinta y cinco años! ¿Crees que lo haría ahora?

—Ya es hora de que te vayas. ¿A qué viene tanta cháchara? ¿Quieres perder el tren?

Pauline se marchó a toda prisa, y Ana suspiró aliviada. Había temido que la vieja señora Gibson, en el último momento, se dejara

llevar por un impulso diabólico de retener a Pauline hasta que el tren se hubiera ido.

—Ahora, un poco de paz —dijo la señora Gibson—. Esta casa está en un estado de desorden espantoso, señorita Shirley. Espero que se dé cuenta de que no siempre es así. Pauline no ha sabido ni dónde tiene la cabeza estos últimos días. ¿Sería tan amable de mover ese jarrón un par de centímetros a la izquierda? No, vuélvalo a poner. Esa pantalla de lámpara está torcida. Bueno, ahora está *un poco* más derecha. Pero esa persiana está unos centímetros más baja que la otra. Ojalá me la arreglara.

Por desgracia, Ana le dio a la persiana un tirón demasiado enérgico; se le escapó de los dedos y salió disparada hasta arriba.

—Ah, ya ve usted —dijo la señora Gibson.

Ana no veía nada en particular, pero ajustó la persiana con esmero.

—Y ahora, ¿no le apetecería que le preparase una buena taza de té, señora Gibson?

—Sí que necesito algo, estoy completamente agotada de tanta preocupación y ajetreo. Me parece que el estómago se me va a caer al suelo —dijo la señora Gibson con patetismo—. ¿Sabe usted hacer una taza de té decente? Prefiero beber barro antes que el té que hace alguna gente.

—Marilla Cuthbert me enseñó a hacer té. Ya verá. Pero antes voy a llevarla en la silla hasta el porche para que disfrute del sol.

—No he salido al porche en años —objetó la señora Gibson.

—Ay, hoy hace un día tan bonito que no le va a hacer ningún daño. Quiero que vea el manzano silvestre en flor. No se puede ver si no sale. Y hoy sopla viento del sur, así que le llegará el olor a trébol del campo de Norman Johnson. Le traeré el té y nos lo tomaremos juntas, y luego cogeré mi bordado y nos sentaremos allí a criticar a todo el que pase.

—A mí no me va eso de criticar a la gente —dijo la señora Gibson con virtud—. No es cristiano. ¿Le importaría decirme si ese pelo es todo suyo?

—Hasta el último pelo —rio Ana.

—Lástima que sea rojo. Aunque parece que el pelo rojo se está poniendo de moda ahora. Su risa me gusta, la verdad. Esa risita nerviosa de la pobre Pauline siempre me saca de quicio. Bueno, si tengo que salir, supongo que tengo que salir. Seguro que cojo un catarro de muerte, pero la responsabilidad es suya, señorita Shirley. Recuerde que tengo ochenta años, todos y cada uno de ellos, aunque he oído que el viejo Davy Ackham anda diciendo por todo Summerside que solo tengo setenta y nueve. Su madre era una Watt. Los Watt siempre fueron unos envidiosos.

Ana sacó la silla de ruedas con destreza, y demostró que tenía mano para colocar cojines. Poco después sacó el té, y la señora Gibson se dignó aprobarlo.

—Sí, esto se puede beber, señorita Shirley. Ay, durante un año tuve que vivir solo de líquidos. Nunca pensaron que fuera a salir adelante. Muchas veces pienso que habría sido mejor que no lo hiciera. ¿Es ese el manzano silvestre del que tanto hablaba?

—Sí, ¿verdad que es precioso, tan blanco contra ese cielo de un azul tan intenso?

—No tiene nada de poético —fue el único comentario de la señora Gibson. Pero se fue ablandando después de dos tazas de té, y la mañana transcurrió hasta que llegó la hora de pensar en la comida.

—Voy a prepararla y luego se la traigo aquí en una mesita.

—No, no lo hará, señorita. ¡Nada de monerías de esas conmigo! La gente pensaría que es rarísimo que comiéramos aquí fuera, a la vista de todos. No voy a negar que se está bastante bien aquí fuera, aunque el olor a trébol siempre me da como asco, y la mañana ha pasado rapidísima, para lo que suele tardar, pero no voy a comer al aire libre por nadie. Yo no soy una gitana. Cuidado con lavarse bien

las manos antes de cocinar la comida. Anda, la señora Storey debe de esperar más visita. Tiene toda la ropa de cama del cuarto de invitados aireándose en el tendedero. Eso no es verdadera hospitalidad, solo ganas de dar que hablar. Su madre era una Carey.

La comida que preparó Ana complació incluso a la señora Gibson.

—No creía que quien escribe para los periódicos supiera cocinar. Pero claro, a usted la crio Marilla Cuthbert. Su madre era una Johnson. Supongo que Pauline se va a poner mala de tanto comer en esa boda. No sabe cuándo ha comido bastante, igual que su padre. Le he visto atiborrarse de fresas sabiendo que una hora después se doblaría de dolor. ¿Le he enseñado alguna vez su retrato, señorita Shirley? Vaya al cuarto de invitados y tráigalo. Lo encontrará debajo de la cama. Cuidado con andar fisgando en los cajones mientras está ahí arriba. Pero eche un vistazo, a ver si hay pelusas de polvo bajo la cómoda. No me fío de Pauline... Ah, sí, ese es él. Su madre era una Walker. Ya no hay hombres así hoy en día. Esta es una época degenerada, señorita Shirley.

—Homero dijo lo mismo hace ochocientos años antes de Cristo —sonrió Ana.

—Algunos de esos escritores del Antiguo Testamento siempre andaban quejándose —dijo la señora Gibson—. Me imagino que le escandaliza oírme decir esto, señorita Shirley, pero mi marido tenía las ideas muy abiertas. Tengo entendido que está usted prometida, con un estudiante de medicina. Los estudiantes de medicina casi todos beben, me parece, tienen que hacerlo, para aguantar la sala de disección. No se case nunca con un hombre que beba, señorita Shirley. Ni con uno que no sea un buen proveedor. De vilano y fantasías no se vive, se lo puedo asegurar. Cuidado con limpiar el fregadero y aclarar los paños de cocina. No soporto los paños grasientos. Supongo que tendrá que darle de comer al perro. Ahora está demasiado gordo, pero Pauline no hace más que atiborrarlo. A veces pienso que voy a tener que deshacerme de él.

—Ay, yo no haría eso, señora Gibson. Siempre hay robos, ya sabe, y su casa está solitaria, apartada aquí. De verdad que necesita protección.

—Ah, bueno, haga usted lo que quiera. Prefiero cualquier cosa antes que discutir con la gente, sobre todo cuando tengo un latido tan raro en la nuca. Supongo que significa que me va a dar una apoplejía.

—Necesita su siesta. Cuando la haya dormido, se sentirá mejor. La voy a arropar y a bajar la silla. ¿Le gustaría salir al porche para la siesta?

—¡Dormir en público! Eso sería peor que comer. Vaya ideas más raras que tiene. Usted arrégleme aquí mismo, en la salita, y baje las persianas y cierre la puerta para que no entren las moscas. Me imagino que a usted también le vendría bien un rato de silencio, que no ha parado de hablar.

La señora Gibson durmió una buena y larga siesta, pero se despertó de mal humor. No dejó que Ana la llevara otra vez al porche.

—Como si quisiera que cogiera la muerte con el aire de la noche, supongo —refunfuñó, aunque solo eran las cinco. Nada le parecía bien. La bebida que Ana le trajo estaba demasiado fría, la siguiente no estaba lo bastante fría, claro que nada sería nunca suficiente para *ella*. ¿Dónde estaba el perro? Portándose mal, sin duda. Le dolía la espalda, le dolían las rodillas, le dolía la cabeza, le dolía el esternón. Nadie se compadecía de ella, nadie sabía por lo que pasaba. La silla estaba demasiado alta, la silla estaba demasiado baja. Quería un chal para los hombros, una manta para las rodillas y un cojín para los pies. Y ¿es que la señorita Shirley no *iba* a ver de dónde venía aquella corriente espantosa? Le vendría bien una taza de té, pero no quería ser una molestia para nadie, y pronto descansaría en su tumba. Igual la apreciaban cuando ya no estuviera.

«Sea el día corto o sea largo, al final llega a su canción del atardecer.» Hubo momentos en que Ana pensó que aquello no llegaría nunca, pero llegó. Cayó el ocaso, y la señora Gibson empezó a preguntarse por qué no llegaba Pauline. Llegó el crepúsculo. Pauline seguía sin aparecer. Noche y luz de luna, y ni rastro de Pauline.

—Ya lo sabía yo —dijo la señora Gibson, enigmática.

—Ya sabe que no puede llegar hasta que venga el señor Gregor, y él siempre es el último en aparecer —la tranquilizó Ana—. ¿No quiere que la acueste, señora Gibson? Está cansada, sé que es un poco duro tener a una desconocida cerca en vez de a alguien a quien está acostumbrada.

Las arruguitas fruncidas alrededor de la boca de la señora Gibson se marcaron con obstinación.

—No pienso acostarme hasta que esa chica vuelva a casa. Pero si tiene usted tantas ganas de irse, *váyase*. Yo puedo quedarme sola, o morirme sola.

A las nueve y media, la señora Gibson decidió que Jim Gregor no volvería a casa hasta el lunes.

—Nadie puede fiarse nunca de que Jim Gregor mantenga la misma opinión veinticuatro horas seguidas. Y encima le parece mal viajar en domingo, hasta para volver a casa. Está en la junta de su escuela, ¿verdad? ¿Qué piensa usted de verdad de él y de sus opiniones sobre la educación?

A Ana le entró un ramalazo de picardía. Al fin y al cabo, ya había aguantado bastante a manos de la señora Gibson aquel día.

—Creo que es un anacronismo psicológico —contestó con gravedad.

La señora Gibson no pestañeó siquiera.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo. Pero después fingió quedarse dormida.

CAPÍTULO 14

Eran las diez cuando por fin llegó Pauline —sonrojada, con los ojos como estrellas, parecía diez años más joven, a pesar de haber vuelto a su tafetán de siempre y a su sombrero viejo— y llevaba un precioso ramo que se apresuró a entregar a la adusta señora de la silla de ruedas.

—La novia te ha mandado su ramo, mamá. ¿A que es precioso? Veinticinco rosas blancas.

—¡Anda ya! No creo que a nadie se le haya ocurrido mandarme ni una miga de tarta nupcial. La gente de hoy no tiene ni pizca de sentido de familia. En fin, yo he visto días mejores...

—Pues sí que se acordaron. Tengo aquí en el bolso un trozo enorme. Y todos preguntaron por ti y te mandaron recuerdos, mamá.

—¿Lo ha pasado bien? —preguntó Ana.

Pauline se sentó en una silla dura, porque sabía que a su madre le sentaría mal que se sentara en una blanda.

—Muy bien —dijo con cautela—. Tuvimos una comida de bodas preciosa, y el señor Freeman, el pastor de Gull Cove, volvió a casar a Louisa y Maurice—

—Yo eso lo llamo un sacrilegio—

—Y luego el fotógrafo nos hizo fotos a todos. Las flores eran sencillamente maravillosas. El salón entero era un cenador—

—Como un funeral, me figuro—

—Y, ay, mamá, vino del oeste Mary Luckley —la señora Flemming, ya sabes—. Te acuerdas de lo amigas que fuimos siempre ella y yo. Nos llamábamos Polly y Molly la una a la otra—

—Vaya nombres más tontos—

—Y qué alegría volver a verla y charlar largo y tendido de los viejos tiempos. Su hermana Em también estaba allí, con un bebé riquísimo.

—Hablas como si fuera algo de comer —gruñó la señora Gibson—. Los bebés son bastante vulgares.

—Ah, no, los bebés nunca son vulgares —dijo Ana, trayendo un cuenco de agua para las rosas de la señora Gibson—. Cada uno es un milagro.

—Pues yo tuve diez y nunca vi que ninguno tuviera mucho de milagroso. Pauline, estate quieta si puedes. Me pones nerviosa. Me fijo en que no preguntas cómo me ha ido a *mí*. Pero supongo que no podía esperar tanto.

—Sé cómo te ha ido sin necesidad de preguntar, mamá: tienes un aspecto tan animado y alegre. —Pauline seguía tan eufórica por el día que hasta se permitía un poco de retintín incluso con su madre—. Seguro que la señorita Shirley y tú lo habéis pasado muy bien juntas.

—Nos llevamos bastante bien. Yo la dejé hacer lo que quiso. Reconozco que es la primera vez en años que oigo una conversación interesante. No estoy tan cerca de la tumba como algunos querrían hacer creer. Gracias al cielo, no me he quedado sorda ni chocheando. Bueno, supongo que lo próximo será que te vayas a la luna. Y supongo que no les gustaría mi vino de zarzaparrilla, ¿verdad?

—Ah, sí que les gustó. Lo encontraron delicioso.

—Te has tomado tu tiempo para decírmelo. ¿Trajiste la botella de vuelta, o sería mucho pedir que te acordaras de eso?

—La... la botella se rompió —balbuceó Pauline—. Alguien la tiró en la despensa. Pero Louisa me dio otra exactamente igual, mamá, así que no te preocupes.

—Esa botella la tengo desde que empecé a llevar la casa. La de Louisa no puede ser exactamente igual. Ya no hacen botellas así hoy en día. Me gustaría que me trajeras otro chal. Estoy estornudando; me parece que he pescado un resfriado terrible. Ninguna de las dos parecéis capaces de acordaros de no dejar que me dé el sereno. Seguro que me vuelve la neuritis.

Una vieja vecina de la calle entró de visita en ese momento, y Pauline aprovechó la ocasión para acompañar un trecho a Ana.

—Buenas noches, señorita Shirley —dijo la señora Gibson con bastante amabilidad—. Le quedo muy agradecida. Si hubiera más gente como usted en este pueblo, mejor nos iría a todos. —Sonrió sin dientes y atrajo a Ana hacia sí—. No me importa lo que diga la gente, la encuentro a usted muy guapa —susurró.

Pauline y Ana caminaron calle abajo, por la noche fresca y verde, y Pauline se dejó ir por fin, como no se había atrevido a hacer delante de su madre.

—Ay, señorita Shirley, fue celestial. ¿Cómo podré pagárselo nunca? Nunca he pasado un día tan maravilloso; viviré de este recuerdo durante años. Fue tan divertido volver a ser dama de honor. Y el capitán Isaac Kent fue el padrino. Él... él fue antiguo pretendiente mío —bueno, no, apenas un pretendiente—, no creo que tuviera intenciones serias, pero salíamos juntos en calesa, y me dijo dos cumplidos. Me dijo: «Me acuerdo de lo guapa que estabas en la boda de Louisa, con aquel vestido color vino.» ¿A que fue precioso que se acordara del vestido? Y dijo: «Tu pelo sigue pareciendo tan de caramelo de melaza como siempre.» No había nada de impropio en que dijera eso, ¿verdad, señorita Shirley?

—Nada en absoluto.

—Lou, Molly y yo cenamos tan a gusto juntas después de que se fue todo el mundo. Tenía tantísima hambre: no recuerdo haber tenido tanta hambre en años. Qué gusto daba comer justo lo que me apetecía y que nadie me avisara de las cosas que no le sentarían bien a mi estómago. Después de cenar, Mary y yo fuimos a su antigua casa y anduvimos por el jardín, hablando de los viejos tiempos. Vimos los lilos que plantamos hace años. Pasamos veranos preciosos juntas cuando éramos niñas. Luego, al ponerse el sol, bajamos hasta la querida playa de siempre y nos sentamos en una roca en silencio. Sonaba una campana allá en el puerto, y daba gusto sentir otra vez el viento del mar y ver las estrellas temblando en el agua. Había olvidado que la noche en el golfo podía ser tan hermosa. Cuando ya estaba muy oscuro, volvimos, y el señor Gregor estaba listo para partir, y así —concluyó Pauline riendo— la Vieja Volvió a Casa Aquella Noche.

—Ojalá... ojalá no tuviera usted una vida tan dura en casa, Pauline...

—Ay, querida señorita Shirley, ahora ya no me importará —dijo Pauline enseguida—. Al fin y al cabo, la pobre mamá me necesita. Y da gusto que a una la necesiten, querida.

Sí, daba gusto que a una la necesitaran. Ana pensó en esto en su cuarto de la torre, donde Dusty Miller, tras burlar tanto a Rebecca Dew como a las viudas, estaba enroscado en su cama. Pensó en Pauline, trotando de vuelta a su cautiverio, pero acompañada por «el espíritu inmortal de un día feliz».

—Espero que siempre haya alguien que me necesite —le dijo Ana a Dusty Miller—. Y es maravilloso, Dusty Miller, poder darle felicidad a alguien. Me ha hecho sentir tan rica, regalarle este día a Pauline. Pero, ay, Dusty Miller, ¿tú no crees que llegaré a ser como la señora Adoniram Gibson, aunque viva hasta los ochenta años? ¿Verdad que no, Dusty Miller?

Dusty Miller, con ronroneos profundos y sonoros, le aseguró que no.

CAPÍTULO 15

Ana bajó a Bonnyview el viernes por la noche antes de la boda. Los Nelson daban una cena para algunos amigos de la familia y para los invitados a la boda que llegaban en el tren del barco. La gran casa desordenada que era la «casa de verano» del doctor Nelson estaba construida entre abetos, en una larga lengua de tierra con la bahía a ambos lados, y más allá se extendían unas dunas de lomo dorado que sabían todo lo que hay que saber sobre el viento.

A Ana le gustó nada más verla. Una vieja casa de piedra siempre tiene un aire reposado y digno. No teme nada de lo que puedan hacerle la lluvia, el viento o los caprichos de la moda. Y aquella tarde de junio rebosaba de vida juvenil y de bullicio: las risas de las muchachas, los saludos de viejas amistades, calesas que iban y venían, niños correteando por todas partes, regalos que llegaban, todo el mundo sumido en el delicioso alboroto de una boda, mientras los dos gatos negros del doctor Nelson, que respondían alegremente a los nombres de Bernabé y Saulo, se sentaban en la barandilla del porche y lo observaban todo como dos imperturbables esfinges de azabache.

Sally se separó de un grupo y se llevó a Ana arriba a toda prisa.

—Te hemos guardado el cuarto del hastial norte. Claro que tendrás que compartirlo con otras tres, por lo menos. Aquí hay un jaleo tremendo. Padre está haciendo levantar una tienda para los chicos, allí abajo entre los abetos, y más tarde podemos poner catres en el porche acristalado de atrás. Y a la mayoría de los niños

podemos meterlos en el pajar, claro. Ay, Ana, estoy tan emocionada. Casarse es divertidísimo, de verdad. Mi vestido de novia acaba de llegar hoy de Montreal. Es un *sueño* —seda de cordoncillo color crema, con canesú de encaje y bordado de perlas. Han llegado los regalos más preciosos. Esta es tu cama. Mamie Gray, Dot Fraser y Sis Palmer tienen las otras. Madre quería poner aquí a Amy Stewart, pero no la dejé. Amy te odia porque quería ser mi dama de honor. Pero no podía llevar a alguien tan gorda y achaparrada, ¿verdad? Además, parece una mareada vestida de verde Nilo. Ay, Ana, la tía Mouser está aquí. Llegó hace solo unos minutos y estamos absolutamente horrorizadas. Claro que teníamos que invitarla, pero nunca pensamos que llegaría antes de mañana.

—¿Quién demonios es la tía Mouser?

—La tía de padre, la señora de James Kennedy. Bueno, en realidad es la tía Grace, pero Tommy le puso de mote tía Mouser, porque siempre anda husmeando y cayendo sobre las cosas que no queremos que descubra. No hay escapatoria posible. Hasta se levanta temprano por miedo a perderse algo, y es la última en acostarse por la noche. Pero eso no es lo peor. Si hay algo inconveniente que decir, seguro que lo dice, y nunca ha aprendido que hay preguntas que no se deben hacer. Padre llama a sus discursos «las felicidades de la tía Mouser». Sé que va a estropear la cena. Ahí viene ya.

Se abrió la puerta y entró la tía Mouser —una mujercita rechoncha, morena, de ojos saltones, envuelta en un aire de bolas de naftalina y con una expresión de preocupación crónica. Aparte de la expresión, la verdad es que se parecía bastante a una gata cazadora.

—Así que usted es esa señorita Shirley de la que tanto he oído hablar. No se parece usted en nada a una señorita Shirley que conocí yo una vez. *Ella* sí que tenía unos ojos preciosos. Bueno, Sally, así que por fin te vas a casar. La pobre Nora es la única que queda. Bueno, tu madre tiene suerte de quitarse a cinco de encima. Hace ocho años le dije: «Jane —le dije yo—, ¿tú crees que vas a

conseguir *alguna vez* casar a todas esas chicas?» Bueno, un hombre no es más que un estorbo, en mi opinión, y de todas las cosas inciertas de este mundo el matrimonio es la más incierta, pero ¿qué otra cosa le queda a una mujer? Eso es justo lo que le estaba diciendo a la pobre Nora. «Que no se te olvide, Nora —le dije—, no hay mucha diversión en quedarse soltera. ¿En qué estará pensando Jim Wilcox?», le dije.

—Ay, tía Grace, ojalá no lo hubiera dicho. Jim y Nora tuvieron una especie de riña en enero, y él no ha vuelto a aparecer desde entonces.

—Yo creo en decir lo que pienso. Las cosas es mejor decirlas. Ya me había enterado de esa riña. Por eso le pregunté por él. «Solo es justo —le dije— que sepas que dicen que anda cortejando a Eleanor Pringle.» Se puso roja de rabia y se fue como una tromba. ¿Qué hace aquí Vera Johnson? No es pariente de nadie.

—Vera siempre ha sido muy amiga mía, tía Grace. Va a tocar la marcha nupcial.

—Ah, ¿sí, eh? Bueno, lo único que espero es que no se equivoque y toque la Marcha Fúnebre, como hizo la señora de Tom Scott en la boda de Dora Best. Menudo mal agüero. No sé dónde vais a meter a toda esta tropa para pasar la noche. Alguna tendremos que dormir en el tendedero, me figuro.

—Ya encontraremos sitio para todos, tía Grace.

—Bueno, Sally, lo único que espero es que no cambies de idea en el último momento, como hizo Helen Summers. Menudo trastorno arma eso. Tu padre está de un ánimo exagerado. Yo nunca he sido de las que buscan problemas, pero espero que eso no sea el anuncio de una apoplejía. Lo he visto pasar así alguna vez.

—Ay, padre está bien, tía Mouser. Solo está un poco excitado.

—Ah, eres demasiado joven, Sally, para saber todo lo que puede pasar. Tu madre me dice que la ceremonia es mañana a mediodía en punto. Las modas de las bodas van cambiando, como todo lo demás,

y no para mejor. Cuando yo me casé fue por la tarde, y mi padre compró unos setenta y cinco litros de licor para la boda. Ay, Dios mío, los tiempos ya no son lo que eran. ¿Qué le pasa a Mercy Daniels? Me la crucé en la escalera y tiene un cutis terriblemente cetrino.

—«La cualidad de la misericordia no es forzada» —rió por lo bajo Sally, metiéndose a duras penas en su vestido de noche.

—No cites la Biblia a la ligera —la reprendió la tía Mouser—. Tiene usted que disculparla, señorita Shirley. Es que no está acostumbrada a que la gente se case. Bueno, lo único que espero es que el novio no tenga esa cara de acosado que tienen tantos. Supongo que se sienten así, pero no hace falta que se les note tanto. Y espero que no se le olvide el anillo. A Upton Hardy se le olvidó. Él y Flora tuvieron que casarse con un anillo de una barra de cortina. Bueno, voy a echar otro vistazo a los regalos de boda. Tienes muchas cosas bonitas, Sally. Lo único que espero es que no cueste tanto mantener pulidos los mangos de esas cucharas como me temo que va a costar.

La cena de esa noche en el gran porche acristalado fue un evento animadísimo. Habían colgado farolillos chinos por todas partes, que derramaban una luz de tonos cálidos sobre los bonitos vestidos, los cabellos brillantes y las frentes blancas y tersas de las muchachas. Bernabé y Saulo estaban sentados como estatuas de azabache en los anchos brazos del sillón del doctor, que les iba dando bocaditos a los dos por turnos.

—Casi tan mal como Parker Pringle —dijo la tía Mouser—. Él deja que su perro se siente a la mesa, con su propia silla y su propia servilleta. Bueno, tarde o temprano habrá un castigo del cielo.

Fue una fiesta numerosa, pues estaban allí todas las Nelson ya casadas con sus maridos, además de los padrinos y las damas de honor; y fue una fiesta alegre, a pesar de las «felicidades» de la tía Mouser, o quizá precisamente por ellas. Nadie se tomaba muy en serio a la tía Mouser; era, evidentemente, motivo de broma entre la gente joven. Cuando le dijo a Gordon Hill, al presentárselo: «Vaya,

vaya, no te pareces en nada a lo que me imaginaba. Yo siempre pensé que Sally elegiría a un hombre alto y guapo», una oleada de risas recorrió el porche. Gordon Hill, que era más bien bajito y a quien sus mejores amigos no llamaban más que «de cara agradable», supo que no lo dejarían olvidarlo nunca. Cuando le dijo a Dot Fraser: «Vaya, vaya, un vestido nuevo cada vez que te veo. Lo único que espero es que el bolsillo de tu padre pueda aguantarlo unos años más», Dot, como es lógico, la habría hervido en aceite con gusto, pero a algunas de las otras chicas les hizo gracia. Y cuando la tía Mouser comentó con pesar, a propósito de los preparativos de la cena de bodas: «Lo único que espero es que luego cada una recupere sus cucharillas. Después de la boda de Gertie Paul faltaron cinco. Nunca aparecieron», la señora Nelson, que había pedido prestadas tres docenas, y las cuñadas a quienes se las había pedido, pusieron todas cara de agobio. Pero el doctor Nelson soltó una carcajada, animado.

—Haremos que todos se vacíen los bolsillos antes de irse, tía Grace.

—Ah, tú riéte, Samuel, si quieres. No es cosa de risa que pase algo así en la familia. *Alguien* tiene que tener esas cucharillas. No voy a ningún sitio sin estar atenta por si las veo. Las reconocería donde fuera, aunque hayan pasado veintiocho años. La pobre Nora entonces no era más que un bebé. ¿Te acuerdas de que la llevabas allí, Jane, con un vestidito blanco bordado? ¡Veintiocho años! Ay, Nora, cómo se te van pasando los años, aunque con esta luz no se te nota tanto.

Nora no se sumó a las risas que siguieron. Parecía a punto de lanzar rayos en cualquier momento. A pesar de su vestido color narciso y las perlas de su pelo oscuro, a Ana le hizo pensar en una mariposa nocturna negra. En marcado contraste con Sally, que era una rubia fría y de piel de nieve, Nora Nelson tenía un pelo negro magnífico, ojos crepusculares, cejas negras y pobladas, y mejillas de un rojo aterciopelado. Su nariz empezaba a tener un ligerísimo aire de pico de ave, y nunca la habían tenido por guapa, pero Ana sintió

por ella una extraña atracción, a pesar de su expresión huraña y sombría. Sintió que preferiría tener a Nora por amiga antes que a la popular Sally.

Después de la cena hubo baile, y la música y las risas se desbordaban en tropel por los amplios ventanales bajos de la vieja casa de piedra. A las diez, Nora había desaparecido. Ana estaba un poco cansada del ruido y el jolgorio. Se escurrió por el vestíbulo hasta una puerta trasera que se abría casi sobre la bahía, y bajó revoloteando un tramo de escalones de roca hasta la playa, pasando junto a un pequeño bosquecillo de abetos puntiagudos. ¡Qué divino era el aire fresco y salado después de la noche bochornosa! ¡Qué exquisitos los dibujos plateados de la luna sobre la bahía! ¡Qué fantasmagórico aquel barco que había zarpado al salir la luna y que ahora se acercaba a la barra del puerto! Era una noche en la que una podría esperar toparse de pronto con un baile de sirenas.

Nora estaba encogida en la sombra negra y adusta de una roca junto al agua, con un aire más tormentoso que nunca.

—¿Puedo sentarme contigo un rato? —preguntó Ana—. Estoy un poco cansada de bailar, y sería una pena perderse esta noche tan maravillosa. Te envidio, con todo el puerto como jardín trasero.

—¿Qué sentirías tú en un momento así si no tuvieras novio? —preguntó Nora, brusca y hosca—. Ni ninguna posibilidad de tenerlo —añadió, aún más hosca.

—Creo que si no lo tienes, debe de ser culpa tuya —dijo Ana, sentándose a su lado. Nora se encontró contándole a Ana sus penas. Siempre había algo en Ana que hacía que la gente le contara sus problemas.

—Lo dices por ser amable, claro. No hace falta. Sabes tan bien como yo que no soy una chica de la que los hombres se enamoren fácilmente: soy «la Nelson sosa». No es culpa mía que no tenga a nadie. No podía aguantar más ahí dentro. Tenía que bajar aquí y dejarme, sin más, ser desgraciada. Estoy cansada de sonreír y de ser agradable con todo el mundo, y de fingir que no me importa

cuando me pinchan por no estar casada. Ya no pienso seguir fingiendo. Sí me importa; me importa muchísimo. Soy la única de las Nelson que queda soltera. Cinco de nosotras estamos casadas, o lo estaremos mañana. Ya oíste a la tía Mouser echándome mi edad en cara en la mesa. Y la oí decirle a madre, antes de cenar, que había «envejecido bastante» desde el verano pasado. Claro que sí. Tengo veintiocho años. Dentro de doce más tendré cuarenta. ¿Cómo voy a soportar la vida a los cuarenta, Ana, si para entonces no tengo raíces propias?

—Yo no le haría caso a lo que diga una vieja tonta.

—Ah, ¿no le harías caso? Tú no tienes una nariz como la mía. Dentro de diez años tendré el pico de padre. Y supongo que a ti tampoco te importaría, si llevaras años esperando a que un hombre te lo pidiera, y él sin pedírtelo nunca.

—Ah, sí, eso sí que me importaría.

—Pues ese es exactamente mi apuro. Ah, ya sé que has oído hablar de Jim Wilcox y de mí. Es una historia tan vieja. Lleva años rondándome, pero nunca ha dicho nada de casarse.

—¿Le quieres?

—Claro que le quiero. Siempre he fingido que no, pero, como te he dicho, se acabó lo de fingir. Y no se ha acercado a mí desde enero pasado. Tuvimos una pelea, pero hemos tenido cientos de peleas. Antes siempre volvía, pero esta vez no ha vuelto, y no va a volver nunca. No quiere. Mira su casa, al otro lado de la bahía, brillando a la luz de la luna. Supongo que él está allí, y yo estoy aquí, y todo el puerto entre los dos. Y así será siempre. Es... ¡es horrible! Y no puedo hacer nada.

—Si lo mandaras llamar, ¿no volvería?

—¡Mandarlo llamar! ¿Tú crees que yo haría *eso*? Antes me muero. Si él quiere venir, no hay nada que se lo impida. Si no quiere, *yo* tampoco quiero que venga. Sí quiero... ¡sí quiero! Quiero a Jim, y quiero casarme. Quiero tener una casa propia y ser «la señora de» y

cerrarle la boca a la tía Mouser. Ay, cómo me gustaría ser Bernabé o Saulo un momento nada más, solo para poder soltarle un taco. Como me llame «pobre Nora» otra vez, le tiro un cubo a la cabeza. Pero, al fin y al cabo, ella solo dice lo que piensa todo el mundo. Madre hace tiempo que perdió la esperanza de que yo me case, así que me deja en paz, pero los demás me atosigan. Odio a Sally —ya sé que es horrible— pero la odio. Ella va a tener un marido estupendo y una casa preciosa. No es justo que lo tenga todo y yo nada. No es mejor, ni más lista, ni mucho más guapa que yo —solo tiene más suerte. Supongo que te parezco horrible —no es que me importe lo que pienses.

—Creo que estás muy, muy cansada, después de tantas semanas de preparativos y tensión, y que las cosas que siempre te costaron ahora se te han hecho *demasiado* difíciles de golpe.

—Tú lo entiendes... ah, sí, siempre supe que lo entenderías. He querido ser amiga tuya, Ana Shirley. Me gusta cómo te ríes. Siempre he deseado poder reírme así. No soy tan huraña como parezco: son estas cejas. La verdad es que creo que son ellas las que espantan a los hombres. Nunca tuve una verdadera amiga en toda mi vida. Pero claro que siempre tuve a Jim. Hemos sido... amigos... desde que éramos niños. Fíjate, yo solía poner una luz en aquella ventanita del desván cuando quería que viniera especialmente, y él cruzaba navegando enseguida. Íbamos juntos a todas partes. Ningún otro chico tuvo nunca oportunidad —no es que ninguno la quisiera, supongo. Y ahora se acabó todo. Simplemente se cansó de mí, y se alegró de tener la excusa de una pelea para librarse. Ay, icómo te voy a odiar mañana por haberte contado esto!

—¿Por qué?

—Supongo que siempre odiamos a quienes nos sorprenden los secretos —dijo Nora con desánimo—. Pero hay algo que se te mete dentro en una boda, y ya no me importa; no me importa nada de nada. Ay, Ana Shirley, iqué desgraciada soy! Déjame llorar un buen rato en tu hombro. Mañana tengo que sonreír y parecer feliz todo el día. Sally cree que es por superstición que no quise ser su dama de

honor: ya sabes, eso de que «tres veces dama de honor, nunca novia». ¡No es eso! Es que no podía soportar quedarme allí de pie, oyéndola decir «sí, quiero», y saber que yo nunca tendría ocasión de decirlo por Jim. Habría echado la cabeza atrás y me habría puesto a aullar. Quiero ser novia, tener ajuar, ropa de cama con mis iniciales, y regalos preciosos. Hasta la mantequera de plata de la tía Mouser. Siempre le regala una mantequera a cada novia —unos cacharros horribles, con una tapa como la cúpula de San Pedro. Podríamos haberla puesto en la mesa del desayuno solo para que Jim se riera de ella. Ana, creo que me estoy volviendo loca.

El baile ya había terminado cuando las dos volvieron a la casa, cogidas de la mano. La gente se iba acomodando para pasar la noche. Tommy Nelson llevaba a Bernabé y Saulo al establo. La tía Mouser seguía sentada en un sofá, pensando en todas las cosas espantosas que esperaba que no ocurrieran al día siguiente.

—Espero que a nadie se le ocurra levantarse a dar una razón por la que no deban unirse en matrimonio. *Eso* pasó en la boda de Tillie Hatfield.

—Gordon no tiene esa suerte —dijo el padrino. La tía Mouser lo fulminó con un ojo pardo como la piedra.

—Joven, el matrimonio no es precisamente una broma.

—Ya lo creo que no —dijo el impenitente—. Hola, Nora, ¿cuándo vamos a tener ocasión de bailar en tu boda?

Nora no respondió con palabras. Se acercó a él y le dio una bofetada deliberada, primero en un lado de la cara y luego en el otro. No eran bofetadas de mentira. Luego subió las escaleras sin mirar atrás.

—Esa chica —dijo la tía Mouser— está sobreexcitada.

CAPÍTULO 16

La mañana del sábado transcurrió en un torbellino de últimos preparativos. Ana, envuelta en uno de los delantales de la señora Nelson, la pasó en la cocina ayudando a Nora con las ensaladas. Nora estaba que echaba chispas, arrepentida sin duda, como ella misma había vaticinado, de las confidencias de la noche anterior.

—Vamos a quedar agotadas para un mes —espetó—, y padre no puede permitirse realmente este derroche. Pero Sally se empeñó en tener lo que ella llama una «boda bonita» y padre cedió. Siempre la ha consentido.

—Despecho y envidia —dijo la tía Mouser, asomando de pronto la cabeza por la puerta de la despensa, donde tenía a la señora Nelson al borde de la desesperación con sus esperanzas contra toda esperanza.

—Tiene razón —dijo Nora con amargura a Ana—. Toda la razón. Soy rencorosa y envidiosa; no soporto ni ver a la gente feliz. Pero, aun así, no me arrepiento de haberle dado una bofetada a Jud Taylor anoche. Lo único que siento es no haberle retorcido también la nariz. Bueno, ya están las ensaladas. Han quedado bonitas. Me encanta arreglar cosas cuando estoy normal. En fin, después de todo, espero que todo salga bien por el bien de Sally. Supongo que en el fondo la quiero, aunque ahora mismo tengo la sensación de odiar a todo el mundo, y a Jim Wilcox más que a nadie.

—Bueno, lo único que espero es que el novio no desaparezca justo antes de la ceremonia —llegó flotando desde la despensa la

voz lúgubre de la tía Mouser—. Austin Creed lo hizo. Sencillamente se olvidó de que se casaba ese día. Los Creed siempre fueron despistados, pero eso ya me parece pasarse de la raya.

Las dos chicas se miraron y se echaron a reír. A Nora se le transformaba toda la cara cuando reía: se iluminaba, resplandecía, se rizaba de gozo. Entonces alguien salió a decirle que Barnabas había vomitado en la escalera, seguramente por exceso de hígados de pollo. Nora corrió a reparar el desaguisado y la tía Mouser salió de la despensa a esperar que el pastel de bodas no desapareciera como había ocurrido en la boda de Alma Clark diez años atrás.

Al mediodía todo estaba impecablemente listo: la mesa puesta, las camas primorosamente vestidas, cestas de flores por todas partes; y en la gran alcoba del norte, arriba, Sally y sus tres damas de honor resplandecían de emoción contenida. Ana, con su vestido y sombrero verde Nilo, se miró al espejo y deseó que Gilbert pudiera verla.

—Estás preciosa —dijo Nora, medio envidiosa.

—Tú también estás preciosa, Nora. Ese chifón azul humo y ese sombrero de ala ancha resaltan el brillo de tu pelo y el azul de tus ojos.

—No hay nadie a quien le importe mi aspecto —dijo Nora con amargura—. Bueno, mírame sonreír, Ana. Supongo que no puedo ser la calavera del festín. Al final tengo que tocar la marcha nupcial: a Vera le ha dado un dolor de cabeza terrible. Más ganas tengo de tocar la Marcha Fúnebre, como predijo la tía Mouser.

La tía Mouser, que había andado deambulando toda la mañana, estorbando a todo el mundo, con un quimono viejo no demasiado limpio y un «gorro de tocador» mustio, apareció ahora resplandeciente con un vestido de grogrén granate y le dijo a Sally que una manga no le sentaba bien, y que esperaba que no se le viera a nadie la enagua por debajo del vestido, como había pasado en la boda de Annie Crewson. La señora Nelson entró y se echó a llorar porque Sally estaba preciosa con el vestido de novia.

—Vamos, vamos, no te pongas sentimental, Jane —la calmó la tía Mouser—. Todavía te queda una hija, y por lo visto la vas a conservar. Las lágrimas traen mala suerte en las bodas. Bueno, lo único que espero es que a nadie le dé un patatús como al pobre tío Cromwell en la boda de Roberta Pringle, justo en mitad de la ceremonia. La novia pasó dos semanas en cama por la impresión.

Con esta despedida tan alentadora, el cortejo nupcial bajó la escalera al son de la marcha nupcial de Nora, interpretada con cierta tormenta, y Sally y Gordon se casaron sin que nadie se cayera muerto ni se olvidara el anillo. El grupo nupcial *era* precioso, y hasta la tía Mouser dejó de preocuparse por el universo durante unos instantes. «Después de todo —le dijo a Sally más tarde, esperanzada—, aunque no seas muy feliz casada, es probable que lo fueras menos soltera.» Solo Nora siguió con el ceño fruncido desde el taburete del piano, pero se acercó a Sally y le dio un abrazo fiero, velo de novia y todo.

—Bueno, ya se acabó —dijo Nora con desánimo, cuando terminó la cena y el cortejo nupcial y la mayoría de los invitados se habían marchado. Echó un vistazo a la sala, que tenía ese aire desolado y desordenado que siempre tienen las habitaciones después de la fiesta: un ramillete marchito y pisoteado en el suelo, sillas torcidas, un trozo de encaje rasgado, dos pañuelos caídos, migas que habían esparcido los niños, una mancha oscura en el techo donde había calado el agua de una jarra que la tía Mouser había volcado en un cuarto de invitados.

—Tengo que recoger este desastre —siguió Nora con saña—. Hay un montón de chavales esperando el tren de la lancha, y algunos se quedan hasta el domingo. Van a rematar la noche con una hoguera en la orilla y un baile sobre las rocas a la luz de la luna. Ya te puedes imaginar las ganas que tengo yo de bailar a la luz de la luna. Yo lo que quiero es meterme en la cama y llorar.

—Una casa después de la boda sí que parece un lugar abandonado —dijo Ana—. Pero te ayudaré a recoger y luego nos tomamos una taza de té.

—Ana Shirley, ¿de verdad crees que una taza de té es la panacea para todo? La solterona deberías ser tú, no yo. Bueno, da igual. No quiero ponerme desagradable, pero supongo que es mi carácter. Me da más grima este baile en la orilla que la propia boda. Jim siempre estaba en nuestros bailes de la orilla. Ana, he decidido ir a formarme de enfermera. Sé que lo voy a odiar, y que el cielo ayude a mis futuros pacientes, pero no pienso quedarme más tiempo en Summerside para que se rían de mí por quedarme para vestir santos. Bueno, vamos a atacar esta pila de platos grasientos y a poner cara de que nos encanta.

—Si es que me gusta: siempre me ha gustado fregar los platos. Da gusto dejar las cosas sucias limpias y relucientes de nuevo.

—Anda, tú deberías estar en un museo —espetó Nora.

Cuando salió la luna, todo estaba listo para el baile en la orilla. Los chicos tenían encendida en la punta una gran hoguera de madera de deriva, y las aguas del puerto espumeaban y brillaban a la luz de la luna. Ana esperaba disfrutar muchísimo, pero un vistazo a la cara de Nora, mientras esta bajaba los escalones cargada con una cesta de sándwiches, la hizo detenerse a pensar.

—Está tan desdichada... ¡Ojalá pudiera hacer algo!

A Ana se le ocurrió una idea. Siempre había sido presa fácil de sus impulsos. Se lanzó a la cocina, cogió una lamparilla de mano que estaba encendida allí, subió corriendo la escalera de servicio y otro tramo más hasta el desván. Puso la luz en la ventana abuhardillada que daba al puerto. Los árboles la ocultaban de los que bailaban.

—Puede que la vea y venga. Supongo que Nora se pondrá furiosa conmigo, pero eso no importará con tal de que venga. Y ahora, a envolver un trozo de pastel de bodas para Rebecca Dew.

Jim Wilcox no llegó. Al cabo de un rato, Ana dejó de buscarlo con la mirada y lo olvidó entre el jolgorio de la velada. Nora había desaparecido y, por una vez, la tía Mouser se había ido a la cama. Eran las once cuando cesó el bullicio y las agotadas bailarinas de luna subieron bostezando la escalera. Ana estaba tan somnolienta

que ni se acordó de la luz del desván. Pero a las dos, la tía Mouser se coló en el cuarto y les iluminó la cara a las chicas con una vela.

—Cielo santo, ¿qué pasa? —jadeó Dot Fraser, incorporándose en la cama.

—Ch-ch-chist —advirtió la tía Mouser, con los ojos a punto de salirse de las órbitas—, me parece que hay alguien en la casa; sé que lo hay. ¿Qué es ese ruido?

—Suenan como un gato maullando o un perro ladrando —rio por lo bajo Dot.

—Nada de eso —dijo la tía Mouser con severidad—. Ya sé que hay un perro ladrando en el granero, pero no es eso lo que me ha despertado. Ha sido un golpe: un golpe fuerte y bien distinto.

—«De espectros y espíritus malignos, de bestias de largas zancas y de cosas que dan golpes en la noche, buen Señor, líbranos» —murmuró Ana.

—Señorita Shirley, esto no es cosa de risa. Hay ladrones en esta casa. Voy a llamar a Samuel.

La tía Mouser desapareció y las chicas se miraron unas a otras.

—¿No creerás que... todos los regalos de boda están abajo, en la biblioteca...? —dijo Ana.

—Yo me levanto, de todos modos —dijo Mamie—. Ana, ¿has visto alguna vez algo como la cara de la tía Mouser cuando sostenía la vela baja y las sombras le subían hacia arriba, con todos esos mechones de pelo sueltos alrededor? ¡Para hablar de la Bruja de Endor!

Cuatro chicas en quimono salieron a hurtadillas al pasillo. La tía Mouser venía por él, seguida por el doctor Nelson en bata y zapatillas. La señora Nelson, que no encontraba su quimono, asomaba por la puerta una cara aterrada.

—Ay, Samuel, no te arriesgues... si son ladrones, pueden disparar...

—Tonterías. No creo que haya nada —dijo el doctor.

—Te digo que oí un golpe —dijo la tía Mouser con voz trémula.

Un par de chicos se unieron al grupo. Bajaron la escalera con cautela, el doctor a la cabeza y la tía Mouser, vela en una mano y atizador en la otra, cerrando la retaguardia.

No cabía duda de que había ruidos en la biblioteca. El doctor abrió la puerta y entró.

Barnabas, que se las había arreglado para pasar inadvertido en la biblioteca cuando se llevaron a Saul al granero, estaba sentado en el respaldo del sofá, parpadeando con ojos divertidos. Nora y un joven estaban de pie en medio de la sala, iluminada tenuemente por otra vela vacilante. El joven tenía los brazos alrededor de Nora y le sostenía un gran pañuelo blanco contra la cara.

—¡La está cloroformizando! —chilló la tía Mouser, dejando caer el atizador con un estruendo tremendo.

El joven se volvió, soltó el pañuelo y puso cara de tonto. Y sin embargo era un joven bastante apuesto, con ojos color avellana que se arrugaban al reír y pelo castaño rojizo del mismo rizo, por no hablar de una barbilla que le daba al mundo garantía de ser una barbilla.

Nora agarró el pañuelo y se lo aplicó a la cara.

—Jim Wilcox, ¿qué significa esto? —dijo el doctor con suma severidad.

—Yo no sé qué significa —dijo Jim Wilcox, bastante malhumorado—. Lo único que sé es que Nora me hizo una señal. No vi la luz hasta que llegué a casa a la una, de un banquete masónico en Summerside. Y crucé la bahía derecho hacia aquí.

—Yo no te hice ninguna señal —bramó Nora—. Por el amor de Dios, no pongas esa cara, padre. No estaba dormida, estaba sentada junto a la ventana, no me había desnudado, y vi a un hombre que subía desde la orilla. Cuando se acercó a la casa supe que era Jim,

así que bajé corriendo. Y yo... me di contra la puerta de la biblioteca y me hice sangrar la nariz. Él solo estaba intentando cortarme la hemorragia.

—Salté por la ventana y tiré ese banco...

—Ya os dije que oí un golpe —dijo la tía Mouser.

—... y ahora resulta que Nora dice que no me hizo ninguna señal, así que mejor os libro de mi presencia indeseada, con mis disculpas para todos los presentes.

—Es una verdadera lástima haberte interrumpido el sueño y haberte hecho cruzar toda la bahía para nada —dijo Nora con la mayor frialdad posible, compatible con buscar un rincón del pañuelo de Jim que no estuviera manchado de sangre.

—«Cacería de *gansos*» es la palabra justa —dijo el doctor.

—Deberías probar con una llave fría en la espalda —dijo la tía Mouser.

—Fui yo quien puso la luz en la ventana —dijo Ana avergonzada —, y luego se me olvidó...

—¡Te atreviste! —exclamó Nora—. No te lo perdonaré nunca...

—¿Os habéis vuelto todos locos? —dijo el doctor, irritado—. ¿A qué viene tanto jaleo? Por el amor de Dios, cierra esa ventana, Jim: está entrando un viento que te va a calar los huesos. Nora, echa la cabeza hacia atrás y se te pasará la nariz.

Nora derramaba lágrimas de rabia y vergüenza. Mezcladas con la sangre de la cara, le daban un aspecto temible. Jim Wilcox parecía desear que el suelo se abriera y lo dejara caer suavemente en la bodega.

—Bueno —dijo la tía Mouser, beligerante—, lo único que puedes hacer ahora es casarte con ella, Jim Wilcox. Nunca conseguirá marido si se corre la voz de que la encontraron aquí contigo a las dos de la madrugada.

—¡Casarme con ella! —exclamó Jim, exasperado—. ¿Qué he querido yo en toda mi vida sino casarme con ella? ¡Nunca he querido otra cosa!

—Entonces, ¿por qué no lo dijiste hace mucho? —exigió saber Nora, girándose para encararlo.

—¿Decirlo? Llevas años desairándome, tratándome con frialdad y burlándote de mí. Te has desviado de tu camino incontables veces para demostrarme lo mucho que me despreciabas. No creí que sirviera de nada pedírtelo. Y en enero pasado dijiste...

—Me provocaste tú para que lo dijera...

—¡Yo te provoqué! Será posible. Buscaste pelea conmigo solo para librarte de mí...

—Yo no... yo...

—Y sin embargo fui lo bastante idiota para venir volando hasta aquí en plena noche porque pensé que habías puesto nuestra vieja señal en la ventana y que me querías. ¡Pedirte que te cases conmigo! Pues bien, te lo voy a pedir ahora y acabamos de una vez, y podrás divertirme rechazándome delante de toda esta pandilla. Nora Edith Nelson, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Pues claro que sí... claro que sí! —exclamó Nora con tal desvergüenza que hasta Barnabas se sonrojó por ella.

Jim le dirigió una mirada incrédula y luego se abalanzó sobre ella. Puede que a la nariz se le hubiera parado la hemorragia, puede que no. No importaba.

—Me parece que todos os habéis olvidado de que esto es la mañana del sabbat —dijo la tía Mouser, que acababa de recordarlo ella misma—. No me vendría mal una taza de té si alguien quisiera prepararla. No estoy acostumbrada a estas demostraciones. Lo único que espero es que la pobre Nora lo haya pescado de verdad esta vez. Al menos, tiene testigos.

Fueron a la cocina y la señora Nelson bajó a prepararles té, a todos menos a Jim y Nora, que se quedaron encerrados en la biblioteca con Barnabas de carabina. Ana no volvió a ver a Nora hasta la mañana siguiente: una Nora tan distinta, diez años más joven, arrebolada de felicidad.

—Te debo esto a ti, Ana. Si no hubieras puesto la luz, aunque anoche, durante dos minutos y medio, sí que te habría arrancado las orejas a mordiscos.

—Y pensar que me lo perdí todo durmiendo —se lamentó Tommy Nelson, desconsolado.

Pero la última palabra la tuvo la tía Mouser.

—Bueno, lo único que espero es que esto no sea un caso de «cásate deprisa y arrepíentete despacio».

CAPÍTULO 17

(Fragmento de una carta a Gilbert.)

La escuela ha cerrado hoy. ¡Dos meses de Tejas Verdes, de helechos aromáticos mojados de rocío hasta el tobillo a lo largo del arroyo, de sombras perezosas y moteadas en el Sendero de los Enamorados, de fresas silvestres en el prado del señor Bell y de la oscura belleza de los abetos en el Bosque Encantado! El alma se me ha echado a volar.

Jen Pringle me trajo un ramo de lirios del valle y me deseó felices vacaciones. Va a venir a pasar un fin de semana conmigo un día de estos. ¡Para hablar de milagros!

Pero la pequeña Elizabeth está desolada. Yo también quería que viniera de visita, pero la señora Campbell no lo «consideró aconsejable». Por suerte, no le había dicho nada a Elizabeth al respecto, así que se libró de ese disgusto.

—Creo que voy a ser Lizzie todo el tiempo que esté usted fuera, señorita Shirley —me dijo—. De todas formas *me sentiré* como Lizzie.

—Pero piensa en lo bien que nos lo vamos a pasar cuando vuelva —le dije—. Claro que no serás Lizzie. No existe ninguna Lizzie dentro de ti. Y te escribiré todas las semanas, pequeña Elizabeth.

—Ay, señorita Shirley, ¿de verdad? En mi vida he recibido una carta. ¡Qué ilusión! Y le escribiré si me dejan tener un sello. Si no me dejan, sabrá que pienso en usted de todas formas. He llamado a

la ardilla listada del patio de atrás como usted: Shirley. No le importa, ¿verdad? Al principio pensé en llamarla Ana Shirley, pero luego pensé que a lo mejor no sería respetuoso, y además, Ana no suena a nombre de ardilla. Además, podría ser una ardilla caballero. Las ardillas listadas son unas cositas encantadoras, ¿verdad? Pero la Mujer dice que se comen las raíces de los rosales.

—¡Cómo no! —dije.

Le pregunté a Katherine Brooke dónde pensaba pasar el verano y ella respondió lacónicamente: —Aquí. ¿Dónde iba a ser?

Sentí que debía invitarla a Tejas Verdes, pero no fui capaz. Claro que tampoco creo que hubiera venido. Y es tan aguafiestas. Lo estropearía todo. Pero cuando pienso en ella sola en esa pensión barata todo el verano, la conciencia me da unos pinchazos muy desagradables.

Dusty Miller trajo el otro día una culebra viva y la soltó en el suelo de la cocina. Si Rebecca Dew hubiera podido palidecer, habría palidecido. —¡Esto sí que es el colmo! —dijo. Pero Rebecca Dew anda un poco quisquillosa estos días, porque tiene que pasarse todo su tiempo libre quitando de los rosales unos escarabajos grandes de color gris verdoso y echándolos en un bote de queroseno. Cree que hay muchísimos más insectos de la cuenta en el mundo.

—Un día de estos se lo van a comer entero —predice, compungida.

Nora Nelson se va a casar con Jim Wilcox en septiembre. Muy discretamente: sin ceremonia, sin invitados, sin damas de honor. Nora me dijo que esa era la única manera de librarse de la tía Mouser, y que de ningún modo quiere que la tía Mouser la vea casarse. Yo sí voy a estar presente, aunque de forma un poco extraoficial. Nora dice que Jim nunca habría vuelto si yo no hubiera puesto esa luz en la ventana. Iba a vender su tienda e irse al oeste. En fin, cuando pienso en todos los enlaces que se supone que he arreglado...

Sally dice que se van a pasar la mayor parte del tiempo peleando, pero que serán más felices peleando entre ellos que de acuerdo con cualquier otra persona. Yo, en cambio, no creo que vayan a pelear tanto. Creo que son los malentendidos los que causan la mayoría de los problemas del mundo. Tú y yo, desde hace ya tanto tiempo...

Buenas noches, amadísimo. Que tu sueño sea dulce, si algo pueden los deseos de

TUYA.

P. D. La frase anterior está citada textualmente de una carta de la abuela de la tía Chatty.

EL SEGUNDO AÑO

CAPÍTULO 1

Álamos Ventosos,
Callejón de los Fantasma,
14 de septiembre.

Apenas puedo hacerme a la idea de que nuestros hermosos dos meses ya se han acabado. *Fueron* hermosos, ¿verdad, querido? Y ahora solo faltarán dos años para...

(Se omiten varios párrafos.)

Pero ha habido mucho placer en volver a Álamos Ventosos: a mi propia torre privada, a mi propia silla especial y a mi propia cama encumbrada, y hasta a Dusty Miller tomando el sol en el alféizar de la ventana de la cocina.

Las viudas se alegraron de verme, y Rebecca Dew dijo sin rodeos: —Da gusto tenerla otra vez aquí. La pequeña Elizabeth sintió lo mismo. Tuvimos un reencuentro dichoso en la verja verde.

—Tenía un poco de miedo de que hubiera entrado usted en el Mañana antes que yo —dijo la pequeña Elizabeth.

—¿Verdad que hace una tarde preciosa? —dije.

—Donde está usted siempre hace una tarde preciosa, señorita Shirley —dijo la pequeña Elizabeth.

¡Para hablar de cumplidos!

—¿Cómo has pasado el verano, cariño? —pregunté.

—Pensando —dijo la pequeña Elizabeth con dulzura— en todas las cosas maravillosas que van a pasar en el Mañana.

Luego subimos al cuarto de la torre y leímos un cuento sobre elefantes. La pequeña Elizabeth está ahora mismo muy interesada en los elefantes.

—Hay algo hechizante en el mismísimo nombre de «elefante», ¿verdad? —dijo con gravedad, sosteniéndose la barbilla entre las manitas, como tiene por costumbre—. Espero encontrarme con muchos elefantes en el Mañana.

Pusimos un parque de elefantes en nuestro mapa del país de las hadas. De nada te va a servir poner esa cara de superioridad y desdén, Gilbert mío, que sé que vas a poner cuando leas esto. De nada en absoluto. El mundo *siempre* va a tener hadas. No puede pasar sin ellas. Y alguien tiene que proporcionárselas.

También da bastante gusto volver a la escuela. Katherine Brooke no está más tratable que antes, pero mis alumnos parecieron alegrarse de verme, y Jen Pringle quiere que la ayude a hacer las aureolas de hojalata para las cabezas de los ángeles en un concierto de la escuela dominical.

Creo que este año el plan de estudios va a ser mucho más interesante que el año pasado. Han añadido Historia de Canadá al currículo. Mañana tengo que dar una pequeña «lección» sobre la guerra de 1812. Es tan extraño leer los relatos de aquellas viejas guerras, cosas que ya nunca podrán volver a suceder. Supongo que ninguno de nosotros llegará a tener nunca más que un interés académico por las «batallas de antaño». Es imposible pensar que Canadá vuelva a estar en guerra alguna vez. Qué alivio que esa etapa de la historia haya terminado.

Vamos a reorganizar cuanto antes el Club de Teatro y a hacer una colecta puerta por puerta entre todas las familias relacionadas con la escuela. Lewis Allen y yo nos vamos a encargar del territorio del camino de Dawlish, y lo recorreremos el sábado por la tarde. Lewis intentará matar dos pájaros de un tiro, ya que compite por un

premio que ofrece la revista *Country Homes* a la mejor fotografía de una granja con encanto. El premio son veinticinco dólares, y eso significará un traje y un abrigo nuevos que Lewis necesita mucho. Trabajó todo el verano en una granja y este año vuelve a hacer las tareas domésticas y a servir la mesa en su pensión. Debe de odiarlo, pero nunca dice ni una palabra al respecto. Lewis me gusta de verdad: es tan valiente y ambicioso, con esa sonrisa encantadora a medio camino de una mueca. Y la verdad es que no es demasiado fuerte. El año pasado temí que se viniera abajo. Pero el verano en la granja parece haberlo fortalecido un poco. Este es su último año de instituto, y después espera conseguir un año en Queen's. Las viudas van a invitarlo a cenar los domingos por la noche todo lo posible este invierno. La tía Kate y yo hemos celebrado un consejo de guerra sobre medios y maneras, y la convencí de que me dejara poner yo los extras. Por supuesto, no intentamos convencer a Rebecca Dew. Me limité a preguntarle a la tía Kate, delante de Rebecca, si podía tener a Lewis Allen en casa los domingos por lo menos dos veces al mes. La tía Kate dijo con frialdad que temía que no pudieran permitírselo, además de la chica sola de costumbre.

Rebecca Dew profirió un grito de angustia.

—Esto *sí* que es el colmo. Que nos hayamos vuelto tan pobres que no podamos darle un bocado de cuando en cuando a un pobre chico trabajador y formal que intenta sacarse una educación. Más gastan ustedes en hígado para Ese Gato, y eso que está a punto de reventar. Anda, quítenme un dólar del sueldo y que venga.

Se aceptó el evangelio según Rebecca. Lewis Allen va a venir, y ni el hígado de Dusty Miller ni el sueldo de Rebecca Dew se van a ver reducidos. ¡Querida Rebecca Dew!

Anoche la tía Chatty se coló en mi cuarto para contarme que quería comprarse una capa de abalorios, pero que la tía Kate pensaba que ya era demasiado mayor para eso, y que se había sentido herida.

—¿Tú crees que lo soy, señorita Shirley? No quiero parecer indecorosa, pero siempre he querido tener una capa de abalorios, con muchísimas ganas. Siempre pensé que eran, como quien dice, elegantes, y ahora han vuelto a estar de moda.

—¡Demasiado mayor! Claro que no eres demasiado mayor, cariño —le aseguré—. Nadie es nunca demasiado mayor para vestir justo lo que le apetece vestir. Tú no *querías* llevarla si fueras demasiado mayor. —Me la voy a comprar y desafiaré a Kate —dijo la tía Chatty, sin ningún desafío en la voz. Pero creo que lo hará, y creo que sé cómo reconciliar a la tía Kate.

Estoy sola en mi torre. Fuera hace una noche quieta, quietísima, y el silencio es aterciopelado. Ni siquiera los álamos se mueven. Acabo de asomarme a la ventana y lanzar un beso en dirección a alguien que no está a más de cien kilómetros de Kingsport.

CAPÍTULO 2

El camino de Dawlish era un camino serpenteante, y la tarde estaba hecha para los vagabundos, o al menos eso creían Ana y Lewis mientras lo recorrían, deteniéndose de vez en cuando para disfrutar de un repentino destello zafiro del estrecho entre los árboles o para fotografiar algún rincón especialmente hermoso o alguna casita pintoresca en una hondonada frondosa. Quizá no fuera tan agradable llamar a las puertas de las propias casas y pedir suscripciones a beneficio del Club de Teatro, pero Ana y Lewis se turnaban para hablar: él se encargaba de las mujeres mientras Ana se ocupaba de los hombres.

—Encárguese de los hombres si va con ese vestido y ese sombrero —le había aconsejado Rebecca Dew—. Yo tengo mucha experiencia en esto de pedir suscripciones, y siempre se ha visto que cuanto mejor vestida y más guapa vaya una, más dinero —o promesa de dinero— sacará, si son hombres a quienes hay que convencer. Pero si son mujeres, póngase lo más viejo y lo más feo que tenga.

—¿No te parece que un camino es una cosa interesante, Lewis? —dijo Ana con aire soñador—. No un camino recto, sino uno con recodos y curvas tras los que puede acechar cualquier cosa bella y sorprendente. Siempre me han encantado las curvas de los caminos.

—¿Adónde lleva este camino de Dawlish? —preguntó Lewis con sentido práctico, aunque en ese mismo momento pensaba que la voz de la señorita Shirley siempre le recordaba a la primavera.

—Podría ser horrible y ponerme en plan maestra de escuela, Lewis, y decir que no va a ninguna parte: se queda aquí mismo. Pero no lo haré. En cuanto a adónde va o adónde conduce, ¿a quién le importa? Al fin del mundo y de vuelta, quizá. Acuérdate de lo que dice Emerson: «¿Qué tengo yo que ver con el tiempo?». Ese es nuestro lema de hoy. Supongo que el universo seguirá adelante a trompicones si lo dejamos en paz una temporada. Mira esas sombras de nubes, esa quietud de los valles verdes y esa casa con un manzano en cada esquina. Imagínatela en primavera. Este es uno de esos días en que una *siente* que está viva y en que cada viento del mundo es una hermana. Me alegro de que haya tantas matas de helecho aromático a lo largo de este camino, helechos con telarañas de gasa colgando de ellos. Me traen los días en que yo fingía —o creía, creo que de verdad creía— que las telarañas de gasa eran los manteles de las hadas.

Encontraron un manantial junto al camino, en una hondonada dorada, y se sentaron sobre un musgo que parecía hecho de diminutos helechos, para beber de una taza que Lewis se hizo retorciendo corteza de abedul.

—Nunca se conoce la verdadera alegría de beber hasta que uno está seco de sed y encuentra agua —dijo él—. Aquel verano que trabajé en el oeste, en el ferrocarril que estaban construyendo, me perdí en la pradera un día de mucho calor y anduve vagando durante horas. Pensé que moriría de sed, y entonces llegué a la cabaña de un colono, que tenía un manantialito como este en un matorral de sauces. ¡Cómo bebí! Desde entonces entiendo mejor la Biblia y su amor por el agua buena.

—Vamos a tener que buscar agua de otra clase —dijo Ana, un poco inquieta—. Se avecina un chaparrón; y, Lewis, a mí me encantan los chaparrones, pero llevo puesto mi mejor sombrero y mi segundo mejor vestido. Y no hay ninguna casa en casi un kilómetro a la redonda.

—Allí hay una vieja fragua abandonada —dijo Lewis—, pero tendremos que correr para llegar.

Corrieron, en efecto, y desde su refugio disfrutaron del chaparrón tanto como habían disfrutado de todo lo demás en aquella tarde despreocupada y trotamundos. Un silencio velado había caído sobre el mundo. Todas las brisas jóvenes que habían estado susurrando y agitándose con tanta importancia a lo largo del camino de Dawlish habían plegado las alas y se habían quedado inmóviles y calladas. No se movía una hoja, no temblaba una sombra. Las hojas de los arces en la curva del camino se volvieron del revés, hasta que los árboles parecían palidecer de miedo. Una enorme sombra fresca pareció engullirlos como una ola verde: la nube los había alcanzado. Luego llegó la lluvia, con una ráfaga y un barrido de viento. El chaparrón tamborileaba con fuerza sobre las hojas, bailaba por el camino rojo y humeante y azotaba alegremente el tejado de la vieja fragua.

—Si esto dura... —dijo Lewis.

Pero no duró. Tan de repente como había llegado, se acabó, y el sol brillaba sobre los árboles mojados y relucientes. Entre las nubes blancas y desgarradas asomaban destellos deslumbrantes de cielo azul. A lo lejos se veía una colina todavía difuminada por la lluvia, pero, a sus pies, la copa del valle parecía rebosar de brumas teñidas de melocotón. Los bosques de alrededor se habían engalanado con un brillo y un centelleo propios de la primavera, y un pájaro se puso a cantar en el gran arce sobre la fragua, como si lo hubieran engañado haciéndole creer que de verdad era primavera, de tan asombrosamente fresco y dulce que parecía el mundo de pronto.

—Vamos a explorar esto —dijo Ana cuando reanudaron la caminata, mirando un caminito lateral que corría entre viejas cercas de listones cubiertas de vara de oro.

—No creo que viva nadie por ese camino —dijo Lewis con aire dudoso—. Me parece que es solo un camino que baja hasta el puerto.

—No importa, vamos por él de todas formas. Siempre he tenido debilidad por los caminos secundarios, algo alejado de lo trillado,

perdido y verde y solitario. Huele la hierba mojada, Lewis. Además, presiento que *hay* una casa en él: una casa de cierto tipo, una casa muy fotografiable.

El presentimiento de Ana no la engañó. Pronto apareció una casa, y además muy fotografiable. Era una casa pintoresca y de estilo antiguo, de aleros bajos, con ventanitas cuadradas de vidrios pequeños. Grandes sauces extendían sobre ella sus brazos patriarcales, y una aparente selva de plantas perennes y arbustos se apiñaba a su alrededor. Estaba gris y ajada por la intemperie, pero los grandes graneros más allá de ella tenían un aspecto acogedor y próspero, al día en todos los sentidos. —Siempre he oído decir, señorita Shirley, que cuando los graneros de un hombre son mejores que su casa, es señal de que sus ingresos superan sus gastos —dijo Lewis mientras subían por el carril de hierba lleno de roderas.

—Yo diría que es señal de que aprecia más a sus caballos que a su familia —rio Ana—. No espero conseguir ninguna suscripción para el club en esta casa, pero es la candidata más prometedora que hemos encontrado hasta ahora para el concurso del premio. Ese gris no se notará en una fotografía.

—Este carril no parece muy transitado —dijo Lewis, encogiéndose de hombros—. Está claro que la gente que vive aquí no es muy sociable. Me temo que resultará que ni siquiera saben lo que es un club de teatro. En cualquier caso, voy a conseguir mi fotografía antes de que saquemos a nadie de su guarida.

La casa parecía deshabitada, pero, después de hacer la fotografía, abrieron una cancilla blanca, cruzaron el patio y llamaron a una puerta de cocina de un azul desteñido, ya que la puerta principal, evidentemente, era como la de Álamos Ventosos: más de adorno que de uso, si es que se podía llamar «de adorno» a una puerta literalmente oculta bajo la parra virgen.

Esperaban al menos la cortesía que habían encontrado hasta entonces en sus visitas, respaldada o no por generosidad. Por eso se quedaron francamente desconcertados cuando la puerta se abrió de

un tirón y en el umbral apareció, no la sonriente esposa o hija del granjero que esperaban ver, sino un hombre alto, de anchos hombros y cincuenta años, de pelo entrecano y cejas pobladas, que preguntó sin ceremonias:

—¿Qué quieren?

—Hemos venido con la esperanza de interesarle en el Club de Teatro del instituto —empezó Ana, con poca convicción. Pero se ahorró el resto del esfuerzo.

—Nunca lo he oído nombrar. No quiero oír hablar de ello. No tengo nada que ver con eso —fue la intransigente interrupción, y la puerta se cerró de golpe en sus narices.

—Creo que nos han dado con la puerta en las narices —dijo Ana mientras se alejaban.

—Menudo caballero simpático —sonrió Lewis—. Lástima de su mujer, si es que la tiene.

—No creo que la tenga, porque si no, ella lo habría civilizado un poco —dijo Ana, tratando de recobrar su compostura hecha añicos—. Ojalá Rebecca Dew pudiera encargarse de él. Pero al menos tenemos su casa, y presiento que va a ganar el premio. ¡Vaya fastidio! Se me ha metido una piedrecita en el zapato y voy a sentarme en el muro de piedra de este caballero, con su permiso o sin él, para quitármela.

—Por suerte, no se ve desde la casa —dijo Lewis.

Ana acababa de atarse de nuevo el cordón del zapato cuando oyeron algo que se abría paso suavemente entre la maraña de arbustos a su derecha. Entonces apareció un niño pequeño, de unos ocho años, que se quedó mirándolos con timidez, aferrando con fuerza en sus manitas regordetas un gran pastelillo de manzana. Era un niño precioso, de rizos castaños y brillantes, grandes ojos castaños llenos de confianza y facciones delicadamente cinceladas. Había en él un aire de refinamiento, a pesar de que iba descubierto y con las piernas al aire, sin más ropa entre la cabeza y las piernas

que una camisa de algodón azul descolorida y unos pantalones bombachos de terciopelo raídos. Pero parecía un principito disfrazado.

Justo detrás de él había un gran perro terranova negro, cuya cabeza le llegaba casi a la altura del hombro.

Ana lo miró con esa sonrisa suya que siempre le ganaba el corazón de los niños.

—Hola, chiquillo —dijo Lewis—. ¿De quién eres tú?

El niño se acercó con una sonrisa de respuesta, tendiéndole el pastelillo.

—Esto es para que se lo coman ustedes —dijo con timidez—. Me lo ha hecho papá a mí, pero prefiero dárselo yo. Yo tengo mucho que comer.

Lewis, con poca delicadeza, estuvo a punto de negarse a aceptar el tentempié del pequeño, pero Ana le dio un codazo rápido. Captando la indirecta, lo aceptó con gravedad y se lo pasó a Ana, quien, con la misma gravedad, lo partió en dos y le devolvió la mitad. Sabían que tenían que comérselo, y albergaban dudas dolorosas sobre la habilidad culinaria de «papá», pero el primer bocado los tranquilizó. «Papá» quizá no destacara en cortesía, pero desde luego sabía hacer pastelillos.

—Esto está delicioso —dijo Ana—. ¿Cómo te llamas, cariño?

—Teddy Armstrong —dijo el pequeño benefactor—. Pero papá siempre me llama el Pequeñín. Soy todo lo que tiene, ¿sabe? Papá me quiere muchísimo y yo quiero muchísimo a papá. Me temo que piensan que mi papá es maleducado porque cerró la puerta tan deprisa, pero no lo hace con mala intención. Los oí pedir algo de comer. (—No fue eso, pero no importa —pensó Ana.)

—Estaba en el jardín, detrás de las malvarrosas, así que pensé en traerle mi pastelillo, porque a mí siempre me dan mucha pena los pobres que no tienen bastante que comer. Yo sí tengo, siempre. Mi

papá cocina estupendamente. Debería usted ver los arroces con leche que sabe hacer.

—¿Les pone pasas? —preguntó Lewis con un guiño.

—Muchísimas. Mi papá no tiene nada de tacaño.

—¿No tienes madre, cariño? —preguntó Ana.

—No. Mi mamá está muerta. La señora Merrill me dijo una vez que se había ido al cielo, pero mi papá dice que no existe tal sitio, y supongo que él lo sabrá. Mi papá es un hombre la mar de sabio. Ha leído miles de libros. Pienso ser 'zactamente como él cuando sea mayor; solo que yo siempre les daré de comer a las personas cuando lo necesiten. Mi papá no es muy aficionado a la gente, ¿sabe?, pero conmigo es buenísimo.

—¿Vas a la escuela? —preguntó Lewis.

—No. Me enseña papá en casa. Aunque los administradores le han dicho que el año que viene tendré que ir. Creo que me gustaría ir a la escuela y tener otros chicos con quien jugar. 'Claro que tengo a Carlo, y papá mismo es estupendo para jugar cuando tiene tiempo. Mi papá está bastante ocupado, ¿sabe? Tiene que llevar la granja y también mantener la casa limpia. Por eso no puede molestarse en tener gente alrededor, ¿ve? Cuando sea más grande podré ayudarle mucho, y entonces tendrá más tiempo para ser educado con la gente.

—El pastelillo estaba en su punto, Pequeñín —dijo Lewis, tragándose la última miga.

Al Pequeñín le brillaron los ojos.

—Me alegro mucho de que le haya gustado —dijo él.

—¿Te gustaría que te hicieran una fotografía? —dijo Ana, sintiendo que jamás estaría bien ofrecerle dinero a aquella generosa almita—. Si quieres, Lewis te la hace.

—¡Ya lo creo que sí! —dijo el Pequeñín con entusiasmo—. ¿Y a Carlo también?

—Claro, a Carlo también.

Ana colocó a los dos con gracia ante un fondo de arbustos, el niño de pie con el brazo alrededor del cuello de su gran compañero de rizado pelaje, perro y niño igual de contentos, y Lewis hizo la fotografía con su última placa.

—Si sale bien, te mando una por correo —prometió él—. ¿Cómo la dirijo?

—Teddy Armstrong, a cargo del señor James Armstrong, camino de Glencove —dijo el Pequeñín—. ¡Ay, qué divertido será que me llegue algo a mí mismo por el correo! Le digo que me sentiré la mar de orgulloso. No le diré ni palabra a papá, para que sea una sorpresa estupenda para él.

—Bueno, espera tu paquete dentro de dos o tres semanas —dijo Lewis mientras se despedían de él. Pero Ana, de repente, se agachó y besó la carita curtida por el sol. Había algo en ella que le llegaba al corazón. ¡Era tan dulce, tan valiente, tan huérfano de madre!

Antes de perderlo de vista en una curva del camino, se volvieron a mirarlo y lo vieron de pie sobre el muro, con su perro, agitando la mano para despedirlos.

Por supuesto, Rebecca Dew lo sabía todo sobre los Armstrong.

—James Armstrong nunca se ha recuperado de la muerte de su mujer, hace cinco años —dijo ella—. Antes de eso no era tan malo: bastante agradable, aunque algo ermitaño. Así es como estaba hecho. Estaba loco por su mujercita —que era veinte años más joven que él—. Su muerte fue un golpe terrible para él, según he oído; pareció cambiarle el carácter por completo. Se volvió agrio y cascarrabias. Ni siquiera quiso contratar ama de llaves: él mismo se ocupó de la casa y del niño. Llevó casa de soltero muchos años antes de casarse, así que no se le da nada mal.

—Pero no es vida para el niño —dijo la tía Chatty—. Su padre no lo lleva nunca a la iglesia ni a ningún sitio donde pueda ver gente.

—Adora a ese niño, según he oído —dijo la tía Kate.

—«No tendrás dioses ajenos delante de mí» —citó Rebecca Dew de repente.

CAPÍTULO 3

Pasaron casi tres semanas antes de que Lewis encontrara tiempo para revelar sus fotografías. Las llevó a Álamos Ventosos el primer domingo por la noche que fue a cenar. Tanto la casa como el Pequeñín habían salido espléndidamente. El Pequeñín sonreía desde la fotografía «tan real como la vida», dijo Rebecca Dew.

—¡Pero si se parece a ti, Lewis! —exclamó Ana.

—Sí que se parece —convino Rebecca Dew, entornando los ojos para mirarla con aire de juez—. En cuanto la vi, esa cara me recordó a alguien, pero no acertaba a pensar a quién.

—Pero si los ojos, la frente, toda la expresión, son tuyos, Lewis —dijo Ana.

—Cuesta creer que fui alguna vez un chiquillo tan guapo —se encogió de hombros Lewis—. Tengo una fotografía mía por ahí, tomada cuando tenía ocho años. Tengo que buscarla y compararlas. Se reiría usted si la viera, señorita Shirley. Salgo como el crío de mirada más seria del mundo, con rizos largos y cuello de encaje, tieso como una vara. Supongo que llevaría la cabeza sujeta en uno de esos artilugios de tres garras que usaban antes. Si esta fotografía se me parece de verdad, tiene que ser pura coincidencia. El Pequeñín no puede ser pariente mío. No tengo ningún pariente en la Isla —al menos no ahora.

—¿Dónde naciste? —preguntó la tía Kate.

—N. B. Mi padre y mi madre murieron cuando yo tenía diez años, y vine a vivir aquí con una prima de mi madre —a la que yo llamaba tía Ida—. También murió, ¿sabe?, hace tres años.

—Jim Armstrong venía de Nuevo Brunswick —dijo Rebecca Dew—. *Él* no es un verdadero isleño; si lo fuera, no sería tan cascarrabias. Nosotros también tenemos nuestras rarezas, pero somos *civilizados*.

—No sé si me apetece descubrir un pariente en el amable señor Armstrong —sonrió Lewis, atacando la tostada de canela de la tía Chatty—. Aun así, creo que, cuando tenga la fotografía terminada y montada, la llevaré yo mismo al camino de Glencove y averiguaré algo. Puede que sea un primo lejano o algo así. La verdad es que no sé nada de la familia de mi madre, si es que tenía alguna con vida. Siempre he creído que no. Mi padre no tenía, eso lo sé.

—Si llevas la fotografía en persona, ¿no se llevará el Pequeñín un pequeño chasco por perderse la emoción de recibir algo por correo? —dijo Ana.

—Se lo compensaré: le mandaré otra cosa por correo.

El sábado siguiente por la tarde, Lewis llegó traqueteando por el callejón de los Fantasmas en un calesín anticuado, tirado por una yegua todavía más anticuada.

—Voy a Glencove a llevarle su fotografía al pequeño Teddy Armstrong, señorita Shirley. Si mi vistoso carruaje no le da un ataque al corazón, me gustaría que viniera usted también. No *creo* que se le vaya a caer ninguna rueda.

—¿De dónde diablos has sacado esa reliquia, Lewis? —exigió saber Rebecca Dew.

—No se burle de mi gallardo corcel, señorita Dew. Un poco de respeto por la edad. El señor Bender me ha prestado la yegua y el calesín a condición de que le hiciera un recado por el camino de Dawlish. Hoy no tenía tiempo de ir andando a Glencove y volver.

—¡Tiempo! —dijo Rebecca Dew—. Yo misma iría y volvería andando más rápido que ese animal.

—¿Y traer de vuelta un saco de patatas para el señor Bender?
¡Qué mujer tan maravillosa!

A Rebecca Dew se le pusieron las mejillas coloradas todavía más coloradas.

—No está bien burlarse de los mayores —dijo ella en tono de reproche. Y luego, a modo de ascuas encendidas sobre la cabeza, añadió—: ¿Te vendrían bien unas rosquillas antes de salir?

Sin embargo, la yegua blanca desarrolló una sorprendente capacidad de locomoción en cuanto volvieron a estar en campo abierto. Ana se rio para sus adentros mientras traqueteaban por el camino. ¿Qué diría la señora Gardiner, o incluso la tía Jamesina, si la vieran ahora? Bueno, no le importaba. Era un día espléndido para un paseo por una tierra que guardaba su viejo y hermoso ritual del otoño, y Lewis era buena compañía. Lewis llegaría a cumplir sus ambiciones. Ningún otro de sus conocidos, pensó, se le habría ocurrido pedirle que fuera de paseo en el calesín de los Bender, tirado por la yegua de los Bender. Pero a Lewis nunca se le pasó por la cabeza que aquello tuviera nada de raro. ¿Qué más daba *cómo* se viajara, con tal de llegar? Los suaves contornos de las colinas eran igual de azules, los caminos igual de rojos, los arces igual de magníficos, fuera cual fuera el vehículo en que se viajase. Lewis era un filósofo, y le importaba tan poco lo que la gente pudiera decir como le había importado cuando algunos alumnos del instituto lo llamaban «Nenaza» porque hacía las tareas domésticas a cambio del alojamiento. ¡Que lo llamaran lo que quisieran! Algún día se reiría él el último. Puede que tuviera los bolsillos vacíos, pero la cabeza no. Mientras tanto, la tarde era un idilio, e iban a ver de nuevo al Pequeñín. Le contaron su recado al cuñado del señor Bender cuando este metió el saco de patatas en la parte de atrás del calesín.

—¿Me está usted diciendo que tiene una fotografía del pequeño Teddy Armstrong? —exclamó el señor Merrill.

—Sí que la tengo, y buena. —Lewis la desenvolvió y la sostuvo en alto con orgullo—. No creo que ni un fotógrafo profesional hubiera

podido sacar una mejor.

El señor Merrill se dio una sonora palmada en la pierna.

—¡Bueno, esto sí que no me lo esperaba! Pero si el pequeño Teddy Armstrong está muerto...

—¡Muerto! —exclamó Ana, horrorizada—. Ay, señor Merrill... no me diga que ese niño tan bueno...

—Lo siento, señorita, pero es la pura verdad. Y su padre está que se sube por las paredes, y peor aún porque no tiene ni una sola fotografía de él. Y ahora resulta que usted tiene una buena. ¡Vaya, vaya!

—Es... es que parece imposible —dijo Ana, con los ojos llenos de lágrimas. Estaba viendo de nuevo aquella figurita esbelta, agitando la mano en despedida desde el muro.

—Siento decirle que es del todo cierto. Murió hace casi tres semanas. Neumonía. Sufrió muchísimo, pero dicen que fue tan valiente y paciente como el que más. No sé qué será de Jim Armstrong ahora. Dicen que está como loco: no hace más que lamentarse y hablar solo todo el día. No para de decir: «Si al menos tuviera una fotografía de mi Pequeñín».

—Ese hombre me da lástima —dijo de pronto la señora Merrill. No había hablado hasta entonces; estaba de pie junto a su marido, una mujer gris, huesuda y de complexión recia, con un vestido de calicó agitado por el viento y un delantal de cuadros—. Él tiene una buena posición, y siempre he sentido que nos miraba por encima del hombro porque éramos pobres. Pero nosotros tenemos a nuestro chico, y no importa lo pobre que seas mientras tengas algo que querer.

Ana miró a la señora Merrill con un respeto nuevo. La señora Merrill no era hermosa, pero, cuando sus ojos grises y hundidos se cruzaron con los de Ana, algo de parentesco de espíritu quedó reconocido entre ellas. Ana no había visto nunca antes a la señora Merrill, ni volvió a verla jamás, pero siempre la recordaría como a

una mujer que había alcanzado el secreto último de la vida. Nunca se era pobre mientras se tuviera algo que amar.

El día dorado se había echado a perder para Ana. De alguna manera, el Pequeñín le había ganado el corazón en aquel breve encuentro. Ella y Lewis bajaron en silencio por el camino de Glencove y subieron por el carril cubierto de hierba. Carlo estaba tumbado sobre la piedra frente a la puerta azul. Se levantó y se acercó a ellos cuando bajaron del calesín, lamiéndole la mano a Ana y mirándola con sus grandes ojos anhelantes, como si le pidiera noticias de su pequeño compañero de juegos. La puerta estaba abierta, y en la penumbra de la habitación vieron a un hombre con la cabeza inclinada sobre la mesa.

Al oír llamar a Ana, se sobresaltó y se acercó a la puerta. A ella le impresionó el cambio que había en él. Tenía las mejillas hundidas, el rostro macilento y sin afeitar, y sus ojos hundidos despedían un fuego intermitente.

Al principio esperaba un rechazo, pero él pareció reconocerla, porque dijo con voz apagada:

—¿Así que ha vuelto? El Pequeñín me contó que había hablado con él y que lo había besado. Le caía usted bien. Sentí haber sido tan grosero con usted. ¿Qué desea?

—Queríamos enseñarle algo —dijo Ana con dulzura.

—¿Quiere pasar y sentarse? —dijo él con voz apagada.

Sin decir palabra, Lewis sacó la fotografía del Pequeñín de su envoltorio y se la tendió. Él la arrebató, le echó una mirada de asombro y de hambre, y luego se dejó caer en la silla y rompió a llorar con sollozos. Ana nunca había visto llorar así a un hombre. Ella y Lewis permanecieron de pie, en muda solidaridad, hasta que él recobró el dominio de sí mismo.

—Ay, no sabe usted lo que esto significa para mí —dijo por fin, con voz entrecortada—. No tenía ninguna fotografía de él. Y es que yo no soy como los demás, no consigo recordar una cara, no veo los

rostros en la mente como la mayoría de la gente. Ha sido terrible desde que murió el Pequeñín, no lograba ni recordar qué aspecto tenía. Y ahora me trae usted esto, después de que fui tan grosero con usted. Siéntese... siéntese. Ojalá pudiera expresarle mi agradecimiento de alguna manera. Creo que me ha salvado usted la razón, puede que la vida. Ay, señorita, ¿verdad que es igual que él? Cualquiera diría que va a ponerse a hablar. ¡Mi querido Pequeñín! ¿Cómo voy a vivir sin él? Ya no tengo nada por lo que vivir. Primero su madre, ahora él.

—Era un niño encantador —dijo Ana con ternura.

—Sí que lo era. El pequeño Teddy —Teodoro lo llamó su madre—, decía ella que era su «regalo de Dios». Y era tan paciente, nunca se quejaba. Una vez me sonrió y me dijo: «Papá, creo que te has equivocado en una cosa, solo en una. Supongo que sí que hay un cielo, ¿verdad? ¿Verdad que sí, papá?». Le dije que sí, que lo había —que Dios me perdone por haber intentado enseñarle otra cosa alguna vez—. Volvió a sonreír, conforme, y dijo: «Bueno, papá, yo voy a ir allí, y mamá y Dios están allí, así que no estaré mal del todo. Pero me preocupas tú, papá. Vas a sentirte muy solo sin mí. Pero haz todo lo que puedas, y sé educado con la gente, y ven con nosotros más adelante». Me hizo prometerle que lo intentaría, pero cuando se fue no pude soportar el vacío. Me habría vuelto loco si no me hubiera traído usted esto. Ahora ya no será tan difícil.

Habló de su Pequeñín durante un buen rato, como si encontrara en ello alivio y placer. Su reserva y su aspereza parecían habersele caído de encima como una prenda de ropa. Por fin, Lewis sacó la pequeña fotografía descolorida de sí mismo y se la enseñó.

—¿Ha visto usted alguna vez a alguien que se pareciera a esto, señor Armstrong? —preguntó Ana.

El señor Armstrong la escudriñó con perplejidad.

—Se parece muchísimo al Pequeñín —dijo por fin—. ¿De quién será?

—Mía —dijo Lewis—, cuando tenía siete años. Fue por ese extraño parecido con Teddy por lo que la señorita Shirley me hizo traerla para enseñársela. Pensé que era posible que usted y yo, o el Pequeñín, fuéramos parientes lejanos. Me llamo Lewis Allen, y mi padre se llamaba George Allen. Nací en Nuevo Brunswick.

James Armstrong negó con la cabeza. Luego dijo:

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Mary Gardiner.

James Armstrong lo miró un momento en silencio.

—Era mi media hermana —dijo por fin—. Apenas la conocí: solo la vi una vez. A mí me criaron en casa de un tío, después de morir mi padre. Mi madre volvió a casarse y se marchó de aquí. Vino a verme una vez y trajo a su hijita. Murió poco después, y no volví a ver a mi media hermana nunca más. Cuando vine a vivir a la Isla, perdí todo rastro de ella. Tú eres mi sobrino, y primo del Pequeñín.

Aquello era una noticia sorprendente para un muchacho que se había creído solo en el mundo. Lewis y Ana pasaron toda la tarde con el señor Armstrong y descubrieron que era un hombre culto e inteligente. De alguna manera, los dos le tomaron cariño. Su recibimiento inhóspito del principio quedó del todo olvidado, y ya solo vieron el verdadero valor de un carácter y un temperamento que hasta entonces habían permanecido ocultos bajo una cáscara poco prometedora.

—Claro que el Pequeñín no habría podido querer tanto a su padre si no hubiera sido así —dijo Ana, mientras ella y Lewis regresaban en el calesín a Álamos Ventosos a través del atardecer.

Cuando Lewis Allen fue a ver a su tío el fin de semana siguiente, este le dijo:

—Muchacho, ven a vivir conmigo. Eres mi sobrino, y puedo ofrecerte un buen porvenir —el que le habría dado a mi Pequeñín si hubiera vivido—. Estás solo en el mundo, y yo también. Te necesito. Volveré a volverme duro y amargado si sigo viviendo aquí solo.

Quiero que me ayudes a cumplir la promesa que le hice al Pequeñín. Su lugar está vacío. Ven tú a ocuparlo.

—Gracias, tío; lo intentaré —dijo Lewis, tendiéndole la mano.

—Y trae de vez en cuando a esa maestra tuya. Me cae bien esa chica. Al Pequeñín también le caía bien. «Papá», me dijo una vez, «yo no creía que me fuera a gustar que me besara nadie más que tú, pero me gustó cuando lo hizo ella. Había algo en sus ojos, papá».

CAPÍTULO 4

—El termómetro viejo del porche dice que estamos a dieciocho bajo cero, y el nuevo de la puerta lateral dice que a doce bajo cero —comentó Ana una noche helada de diciembre—. Así que no sé si llevarme el manguito o no.

—Más vale fiarse del termómetro viejo —dijo Rebecca Dew con cautela—. Seguramente está más acostumbrado a nuestro clima. Por cierto, ¿adónde va usted esta noche tan fría?

—Voy a acercarme a la calle Temple a pedirle a Katherine Brooke que pase las vacaciones de Navidad conmigo en Tejas Verdes.

—Entonces se va a estropear usted las vacaciones —dijo Rebecca Dew con solemnidad—. Esa iría desairando a los ángeles —eso, si alguna vez se dignara a entrar en el cielo—. Y lo peor es que está orgullosa de sus malos modales: ¡seguro que cree que demuestran fortaleza de carácter!

—Mi cabeza está de acuerdo con cada palabra que dice usted, pero mi corazón sencillamente no quiere —dijo Ana—. Tengo la sensación, a pesar de todo, de que Katherine Brooke no es más que una chica tímida e infeliz bajo su cáscara antipática. En Summerside no consigo hacer ningún progreso con ella, pero si logro llevarla a Tejas Verdes, creo que se irá derritiendo.

—No la va a conseguir. No irá —predijo Rebecca Dew—. Seguramente se lo tomará como un insulto que la inviten, pensará que le está usted ofreciendo caridad. *Nosotras* la invitamos aquí una

vez a cenar por Navidad, el año antes de que llegara usted, ya se acordará usted, señora MacComber, el año que nos regalaron dos pavos y no sabíamos cómo nos las íbamos a arreglar para comérmolos, y todo lo que dijo fue: «No, gracias. Si hay algo que odio, es la palabra Navidad».

—Pero eso es espantoso —odiar la Navidad—. Hay que hacer algo, Rebecca Dew. Voy a pedirselo, y tengo un extraño hormigueo en los pulgares que me dice que va a venir.

—No sé cómo será —dijo Rebecca Dew de mala gana—, pero cuando usted dice que algo va a pasar, una se lo acaba creyendo. No tendrá usted el don de la videncia, ¿verdad? La madre del capitán MacComber lo tenía. Antes me daba escalofríos.

—No creo que tenga nada en mí que le vaya a dar escalofríos. Es solo que llevo un tiempo con la sensación de que Katherine Brooke está casi loca de soledad bajo esa amargura de fuera, y que mi invitación le llegará justo en el momento psicológico, Rebecca Dew.

—Yo no soy licenciada —dijo Rebecca con una humildad tremenda—, y no le niego el derecho a usar palabras que yo no siempre entiendo. Tampoco niego que sepa usted enrollarse a la gente en el dedo meñique. Mire cómo se manejó con los Pringle. Pero sí digo que la compadezco si se lleva a esa mezcla de iceberg y rallador de nuez moscada a casa por Navidad.

Ana no estaba, ni mucho menos, tan segura de sí misma como fingía mientras caminaba hacia la calle Temple. Katherine Brooke había estado verdaderamente insoportable últimamente. Una y otra vez, tras ser rechazada, Ana se había dicho, tan lúgubre como el cuervo de Poe: «Nunca más». Solo ayer, Katherine había estado de lo más insultante en una reunión de profesores. Pero en un momento de descuido, Ana había visto algo asomando a los ojos de la muchacha mayor: algo apasionado, medio enloquecido, como una criatura enjaulada, rabiosa de descontento. Ana pasó la primera mitad de la noche tratando de decidir si invitar a Katherine Brooke a

Tejas Verdes o no. Al final se quedó dormida con la decisión irrevocablemente tomada.

La casera de Katherine hizo pasar a Ana al salón y se encogió de un hombro rollizo cuando esta preguntó por la señorita Brooke.

—Le diré que está usted aquí, pero no sé si bajará. Está de morros. Le dije en la cena de esta noche que la señora Rawlins dice que es un escándalo cómo viste, para ser profesora del instituto de Summerside, y se lo tomó con altanería, como siempre.

—No creo que debiera usted haberle dicho eso a la señorita Brooke —dijo Ana con reproche.

—Pero pensé que debía saberlo —dijo la señora Dennis, un poco arisca.

—¿Y también pensó que debía saber que el inspector dijo que era una de las mejores profesoras de las Provincias Marítimas? —preguntó Ana—. ¿O no lo sabía usted?

—Ah, ya lo sabía. Pero ya está bastante estirada sin necesidad de que la empeore más. Orgullosa se queda corto —aunque de qué tiene que estar orgullosa, no lo sé yo—. Claro que esta noche estaba enfadada de todas formas porque le dije que no podía tener un perro. Se le ha metido en la cabeza que le gustaría tener un perro. Dijo que pagaría su comida y que se ocuparía de que no molestara. Pero ¿qué iba a hacer yo con él cuando ella estuviera en el colegio? Me planté. «Yo no acojo perros», le dije.

—Ay, señora Dennis, ¿no le dejará tener un perro? No la molestaría... no mucho. Podría tenerlo en el sótano mientras ella está en el colegio. Y un perro es una protección estupenda por las noches. Ojalá lo hiciera usted...*por favor*.

Cuando Ana Shirley decía «por favor», había siempre algo en sus ojos a lo que a la gente le costaba resistirse. La señora Dennis, a pesar de sus hombros rollizos y su lengua entrometida, no era mala persona en el fondo. Katherine Brooke sencillamente la sacaba de quicio a veces con sus modos tan poco amables.

—No sé por qué le preocupa tanto si tiene perro o no. No sabía que fueran tan amigas. No tiene *ningún* amigo. Nunca tuve una huésped tan insociable.

—Creo que por eso quiere un perro, señora Dennis. Ninguno de nosotros puede vivir sin algún tipo de compañía.

—Bueno, es lo primero humano que le he notado —dijo la señora Dennis—. No es que tenga ninguna objeción tremenda a un perro, pero me molestó bastante su manera sarcástica de preguntar: «Supongo que no me lo consentiría si le pidiera tener un perro, señora Dennis», me dijo, con aires de grandeza. ¡Habrás visto! «Ha supuesto usted bien», le dije yo, tan altanera como ella. No me gusta tener que tragarme mis palabras más que a cualquiera, pero puede decirle que puede tener el perro si me garantiza que no se va a portar mal en el salón.

Ana no creía que el salón pudiera quedar mucho peor aunque el perro se portara mal. Contempló con un escalofrío las mugrientas cortinas de encaje y las horribles rosas moradas de la alfombra.

«Lo siento por cualquiera que tenga que pasar la Navidad en una pensión como esta —pensó—. No me extraña que Katherine odie la palabra. Me gustaría ventilar bien este sitio: huele a mil comidas. ¿*Por qué* sigue Katherine viviendo aquí de pupila cuando tiene un buen sueldo?»

«Dice que puede usted subir», fue el mensaje que trajo la señora Dennis, con cierta desconfianza, porque la señorita Brooke se había mostrado fiel a su carácter.

La escalera, estrecha y empinada, resultaba repelente. No te quería allí. Nadie subiría por ella si no tenía que hacerlo. El linóleo del pasillo estaba deshilachado hasta quedar hecho jirones. El pequeño dormitorio trasero del piso de arriba, donde Ana no tardó en encontrarse, era aún más lúgubre que el salón. Lo alumbraba un único mechero de gas, deslumbrante y sin pantalla. Había una cama de hierro hundida por el centro y una ventana estrecha, apenas vestida con una cortinilla, que daba a un patio trasero donde florecía

una abundante cosecha de latas de conserva. Pero más allá se veía un cielo maravilloso y una hilera de álamos de Lombardía recortados contra unas colinas lejanas, moradas y alargadas.

—Ay, señorita Brooke, mire ese atardecer —dijo Ana con arrobo desde la mecedora chirriante y sin cojín a la que Katherine la había señalado de mala gana.

—He visto muchos atardeceres —dijo esta con frialdad, sin moverse. («¡Encima me viene con condescendencias sobre sus atardeceres!», pensó con amargura.)

—No ha visto este. No hay dos atardeceres iguales. Siéntese aquí y dejemos que nos empape el alma —*dijo Ana. Pensó Ana: «¿Es que alguna vez dice usted algo agradable?»*

—No sea ridícula, por favor.

¡Las palabras más insultantes del mundo! Con un filo de insulto añadido en el tono desdeñoso de Katherine. Ana apartó la mirada del atardecer y la clavó en Katherine, más que dispuesta a levantarse e irse. Pero los ojos de Katherine tenían un aire un tanto extraño. ¿*Había* estado llorando? Seguro que no: no se podía imaginar a Katherine Brooke llorando.

—No hace usted que me sienta muy bien recibida —dijo Ana despacio.

—No sé fingir. No tengo *su* notable don para hacer de reina, para decir exactamente lo correcto a cada cual. No es usted bien recibida. ¿Qué clase de cuarto es este para recibir a nadie?

Katherine hizo un gesto desdeñoso hacia las paredes descoloridas, las sillas desnudas y raídas, y el tocador cojo con su enagua de muselina lacia.

—No es un cuarto agradable, pero ¿por qué se queda usted aquí si no le gusta?

—Ay... ¿por qué... *por qué?* *Usted* no lo entendería. No importa. No me importa lo que piense nadie. ¿Qué la ha traído aquí esta

noche? Supongo que no habrá venido solo a empaparse del atardecer.

—He venido a preguntarle si querría pasar las vacaciones de Navidad conmigo en Tejas Verdes.

(«Y ahora —pensó Ana— vendrá otra andanada de sarcasmo. Ojalá se sentara, por lo menos. Se queda ahí de pie, como esperando a que me vaya».)

Pero se hizo el silencio por un instante. Luego Katherine dijo despacio:

—¿Por qué me lo pregunta? No es porque le caiga bien: eso ni usted podría fingirlo.

—Es porque no soporto pensar que un ser humano pase la Navidad en un sitio como *este* —dijo Ana con franqueza.

Entonces llegó el sarcasmo.

—Ah, ya veo. Un arrebató de caridad propio de la temporada. Todavía no soy *tan* buena candidata para eso, señorita Shirley.

Ana se puso en pie. Había perdido la paciencia con aquella criatura extraña y distante. Cruzó la habitación y miró a Katherine directamente a los ojos. —Katherine Brooke, lo sepa usted o no, lo que necesita es una buena azotaina.

Se miraron fijamente durante un instante.

—Seguro que decir eso la ha aliviado —dijo Katherine. Pero, no se sabe cómo, el tono ofensivo había desaparecido de su voz. Incluso hubo un leve tirón en la comisura de sus labios.

—Así es —dijo Ana—. Llevo tiempo queriendo decírselo. No la invité a Tejas Verdes por caridad: usted lo sabe perfectamente. Le dije mi verdadero motivo. *Nadie* debería pasar la Navidad aquí: la sola idea es indecente.

—Me invitó a Tejas Verdes solo porque le doy pena.

—*Sí* que me da pena. Porque usted le ha cerrado la puerta a la vida, y ahora la vida se la está cerrando a usted. Pare ya, Katherine. Ábrale la puerta a la vida, y la vida entrará.

—La versión de Ana Shirley del viejo dicho: «Si le muestras al espejo un rostro sonriente, te encontrarás con una sonrisa» —dijo Katherine encogiéndose de hombros.

—Como todos los tópicos, es absolutamente cierto. Bueno, ¿viene a Tejas Verdes o no?

—¿Qué diría usted si aceptara —para sus adentros, no a mí—?

—Diría que está usted mostrando el primer atisbo de sentido común que le he detectado jamás —replicó Ana.

Katherine se rio, cosa sorprendente. Cruzó hasta la ventana, frunció el ceño ante la franja de fuego que era lo único que quedaba del atardecer despreciado y luego se dio la vuelta.

—Muy bien, iré. Ahora puede usted hacer el paripé de decirme que está encantada y que lo vamos a pasar en grande.

—*Sí* que estoy encantada. Pero no sé si usted lo va a pasar bien o no. Eso dependerá en buena parte de usted misma, señorita Brooke.

—Ah, me portaré decentemente. Se va a sorprender usted. Supongo que no le voy a parecer una invitada muy animada, pero le prometo que no voy a comer con el cuchillo ni a insultar a la gente cuando me digan que hace un día precioso. Le digo con franqueza que el único motivo por el que voy es que ni siquiera yo aguanto la idea de pasar las vacaciones aquí sola. La señora Dennis va a pasar la semana de Navidad con su hija en Charlottetown. Es un fastidio pensar en tener que hacerme yo la comida. Soy una cocinera pésima. Ahí tiene el triunfo de la materia sobre el espíritu. Pero ¿me da usted su palabra de honor de que no me va a desear una feliz Navidad? Es que no quiero estar alegre en Navidad.

—No lo haré. Pero no respondo por los gemelos.

—No le voy a pedir que se siente aquí —se congelaría—, pero veo que hay una luna espléndida en lugar de su atardecer, y la acompañaré a casa y la ayudaré a admirarla, si le apetece.

—Sí que me apetece —dijo Ana—, pero quiero que le quede claro que en Avonlea tenemos lunas *mucho* más hermosas.

—¿Así que va a ir? —dijo Rebecca Dew mientras llenaba la bolsa de agua caliente de Ana—. Bueno, señorita Shirley, espero que nunca intente usted convertirme al mahometismo, porque seguramente lo conseguiría. ¿Dónde está Ese Gato? Por ahí, de jarana por Summerside, con el tiempo a dieciocho bajo cero.

—Según el termómetro nuevo, no. Y Dusty Miller está hecho un ovillo en la mecedora, junto a mi estufa de la torre, roncando de felicidad.

—Ay, bueno —dijo Rebecca Dew con un ligero escalofrío mientras cerraba la puerta de la cocina—, ojalá todo el mundo estuviera tan calentito y resguardado como nosotras esta noche.

CAPÍTULO 5

Ana no sabía que una pequeña Elizabeth, nostálgica, la observaba desde una de las ventanas abuhardilladas de Evergreen mientras se alejaba en el trineo desde Álamos Ventosos: una Elizabeth con los ojos llenos de lágrimas, que sentía como si todo lo que hacía que la vida mereciera la pena se hubiera esfumado de la suya por el momento, y que era la más Lizzie de todas las Lizzies. Pero cuando el trineo de alquiler desapareció de su vista al doblar la esquina del callejón de los Fantasmas, Elizabeth fue y se arrodilló junto a su cama.

—Querido Dios —susurró—, ya sé que no sirve de nada pedirte una feliz Navidad para mí, porque la Abuela y la Mujer no podrían estar alegres, pero, por favor, deja que mi querida señorita Shirley tenga una Navidad feliz, muy feliz, y tráemela de vuelta sana y salva cuando termine.

—Bueno —dijo Elizabeth, levantándose de rodillas—, ya he hecho todo lo que podía.

Ana ya paladeaba la felicidad de la Navidad. Resplandecía sin más cuando el tren salió de la estación. Las calles feas se deslizaban tras ella: se iba a casa... a casa, a Tejas Verdes. Ya en campo abierto, el mundo entero era blanco dorado y violeta pálido, entretejido aquí y allá con la magia oscura de los abetos y la delicadeza deshojada de los abedules. El sol bajo, tras los bosques desnudos, parecía precipitarse entre los árboles como un dios espléndido, mientras el

tren avanzaba veloz. Katherine estaba callada, pero no parecía huraña.

—No espere que hable —le había advertido a Ana con sequedad.

—No lo esperaré. Espero que no piense que soy de esas personas terribles que la hacen sentir que *tiene* que hablarles todo el rato. Hablaremos solo cuando nos apetezca. Reconozco que a mí me va a apetecer buena parte del tiempo, pero usted no tiene ninguna obligación de hacer caso de lo que yo diga.

Davy los esperaba en Bright River con un gran trineo de dos asientos lleno de mantas de piel, y un abrazo de oso para Ana. Las dos chicas se acurrucaron juntas en el asiento trasero. El trayecto desde la estación hasta Tejas Verdes siempre había sido una de las partes más agradables de los fines de semana de Ana en casa. Siempre recordaba su primer trayecto a casa desde Bright River con Matthew. Aquello había sido en primavera, y esto era diciembre, pero todo a lo largo del camino no dejaba de decirle: «¿Te acuerdas?». La nieve crujía bajo los patines; la música de los cascabeles tintineaba entre las filas de abetos altos y puntiagudos, cargados de nieve. El Sendero Blanco del Deleite tenía pequeñas guirnaldas de estrellas enredadas entre los árboles. Y en la penúltima colina vieron el gran golfo, blanco y místico bajo la luna, pero todavía sin hielo.

—Hay un único punto en este camino donde de pronto siempre siento: «Estoy *en casa*» —dijo Ana—. Es lo alto de la próxima colina, donde veremos las luces de Tejas Verdes. No dejo de pensar en la cena que Marilla nos tendrá preparada. Creo que puedo olerla desde aquí. Ay, qué bueno... bueno... bueno es volver a casa.

En Tejas Verdes, cada árbol del patio parecía darle la bienvenida, cada ventana iluminada la llamaba. Y qué bien olía la cocina de Marilla cuando abrieron la puerta. Hubo abrazos, exclamaciones y risas. Hasta Katherine, de algún modo, dejó de ser una extraña y pasó a ser una más. La señora Rachel Lynde había puesto su preciada lámpara de salón sobre la mesa de la cena y la había

encendido. Era, la verdad, un trasto horrible, con una pantalla roja horrible, pero ¡qué luz tan cálida, rosada y favorecedora proyectaba sobre todo! ¡Qué cálidas y amigables eran las sombras! ¡Qué guapa se estaba poniendo Dora! Y Davy de verdad que ya casi parecía todo un hombre.

Había noticias que contar. Diana tenía una niña pequeña; Josie Pye tenía novio, nada menos; y se decía que Charlie Sloane estaba prometido. Todo resultaba tan emocionante como podrían haberlo sido noticias del imperio. La nueva colcha de retales de la señora Lynde, recién terminada, con cinco mil piezas, estaba expuesta y recibió su ración de elogios.

—Cuando tú vuelves a casa, Ana —dijo Davy—, todo parece cobrar vida.

—Ah, así debería ser la vida —ronroneó el gatito de Dora.

—Siempre me ha costado resistirme al encanto de una noche de luna —dijo Ana después de la cena—. ¿Qué le parece una caminata con raquetas de nieve, señorita Brooke? Creo que he oído decir que usted las usa.

—Sí... es lo único que sé hacer —dijo Katherine encogiéndose de hombros—, pero no lo he hecho en seis años.

Ana sacó del desván sus raquetas de nieve, y Davy salió disparado hacia la Cuesta del Huerto a pedir prestado un par viejo de Diana para Katherine. Cruzaron el Sendero de los Enamorados, lleno de hermosas sombras de árboles, y campos donde abetos pequeños bordeaban las cercas, y bosques llenos de secretos que siempre parecían a punto de susurrarte pero nunca lo hacían, y claros abiertos que eran como charcas de plata.

No hablaron ni tenían ganas de hablar. Era como si tuvieran miedo de hablar, por temor a estropear algo hermoso. Pero Ana nunca se había sentido tan *cerca* de Katherine Brooke. Por una magia propia, la noche de invierno las había acercado —*casi* juntas, pero no del todo—.

Cuando salieron al camino principal y un trineo pasó centelleando, con las campanillas sonando y las risas tintineando, ambas soltaron un suspiro involuntario. A las dos les pareció que dejaban atrás un mundo que no tenía nada en común con aquel al que regresaban: un mundo donde el tiempo no existía, joven de una juventud inmortal, donde las almas se comunicaban entre sí por algún medio que no necesitaba nada tan tosco como las palabras.

—Ha sido maravilloso —dijo Katherine, tan claramente para sus adentros que Ana no respondió.

Bajaron por el camino y subieron el largo sendero de Tejas Verdes, pero justo antes de llegar a la verja del patio, las dos se detuvieron como por un impulso común y se quedaron calladas, apoyadas en la vieja cerca cubierta de musgo, mirando la vieja casa, meditando y maternal, que se veía tenuemente a través de su velo de árboles. ¡Qué hermosa era Tejas Verdes en una noche de invierno!

Más abajo, el Lago de las Aguas Refulgentes estaba aprisionado en hielo, festoneado en los bordes con sombras de árboles. Reinaba el silencio en todas partes, salvo por el repiqueteo entrecortado de un caballo trotando sobre el puente. Ana sonrió al recordar cuántas veces había oído ese sonido tumbada en su cuartito del tejado, fingiendo para sus adentros que era el galope de caballos de hadas que pasaban en la noche.

De pronto, otro sonido rompió la quietud.

—Katherine... pero... ¡si estás llorando!

De algún modo, parecía imposible imaginarse a Katherine llorando. Pero así era. Y sus lágrimas la humanizaron de pronto. Ana dejó de sentir miedo de ella.

—Katherine... Katherine, querida, ¿qué te pasa? ¿Puedo ayudarte?

—¡Ay... no puedes entenderlo! —jadeó Katherine—. A *ti* siempre te lo han puesto todo fácil. Tú... tú parece vivir en un pequeño círculo encantado de belleza y romance. «Me pregunto qué descubrimiento maravilloso haré hoy» —esa parece ser tu actitud ante la vida, Ana.

En cuanto a mí, he olvidado cómo se vive —no, nunca lo supe—. Soy... soy como una criatura atrapada en una trampa. Nunca puedo salir, y me parece que siempre hay alguien pinchándome con un palo entre los barrotes. Y tú... tú tienes más felicidad de la que sabes qué hacer con ella: amigos por todas partes, ¡un novio! No es que yo quiera un novio —odio a los hombres—, pero si me muriera esta noche, ni una sola alma viva me echaría de menos. ¿A ti te gustaría estar completamente sin amigos en el mundo?

La voz de Katherine se quebró en otro sollozo.

—Katherine, dices que te gusta la franqueza. Pues voy a ser franca. Si estás tan sin amigos como dices, es culpa tuya. Yo he querido ser amiga tuya. Pero tú no has sido más que pinchos y picaduras.

—Ay, lo sé... lo sé. ¡Cómo te odié cuando llegaste! Presumiendo de tu aro de perlas...

—¡Katherine, yo no «presumí» de nada!

—Ah, supongo que no. Es solo mi maldad natural. Pero lo parecía —no es que te envidiara el novio, nunca he querido casarme, ya vi bastante de eso con mi padre y mi madre—, pero odiaba que estuvieras por encima de mí siendo tú más joven que yo, me alegré cuando los Pringle te dieron problemas. Tú parecías tenerlo todo, lo que a mí me faltaba: encanto, amistad, juventud. ¡Juventud! Yo nunca tuve más que una juventud famélica. Tú no sabes nada de eso. No sabes... no tienes ni la más remota idea de lo que es no ser querida por nadie... ¡por nadie!

—¿Ah, no lo sé? —exclamó Ana.

En unas pocas frases conmovedoras, esbozó su infancia antes de llegar a Tejas Verdes.

—Ojalá hubiera sabido eso —dijo Katherine—. Habría cambiado las cosas. A mí me parecías una de las favoritas de la fortuna. Me he estado consumiendo de envidia por ti. Conseguiste el puesto que yo quería —ya sé que tú estás mejor preparada que yo, pero ahí estaba

—. Eres guapa, o al menos haces creer a la gente que lo eres. Mi primer recuerdo es el de alguien diciendo: «¡Qué niña más fea!». Entrás en una habitación con tanta gracia —ay, me acuerdo de cómo entraste en el colegio aquella primera mañana—. Pero creo que la verdadera razón por la que te he odiado tanto es que siempre parecías tener un secreto placer, como si cada día de la vida fuera una aventura. A pesar de mi odio, hubo veces en que reconocía para mis adentros que bien podrías haber venido de alguna estrella lejana.

—De verdad, Katherine, me dejas sin aliento con tantos cumplidos. Pero ya no me odias, ¿verdad? Ahora podemos ser amigas.

—No lo sé... nunca he tenido una amiga de ningún tipo, y mucho menos alguien de mi edad. No pertenezco a ningún sitio —nunca he pertenecido—. No creo que sepa cómo *ser* amiga de nadie. No, ya no te odio, no sé qué siento por ti —supongo que es tu famoso encanto, que está empezando a hacer efecto en mí—. Solo sé que siento que me gustaría contarte cómo ha sido mi vida. Nunca habría podido contártelo si tú no me hubieras contado la tuya antes de llegar a Tejas Verdes. Quiero que entiendas qué me ha hecho como soy. No sé por qué quiero que lo entiendas, pero quiero.

—Cuéntamelo, Katherine, querida. De verdad quiero entenderte.

—*Sí* que sabes lo que es no ser querida, lo reconozco, pero no lo que es saber que tu padre y tu madre no te quieren. Los míos no me quisieron. Me odiaron desde el momento en que nací, y antes, y se odiaban el uno al otro. Sí, así era. Se peleaban continuamente: solo peleas rencorosas, cargantes y mezquinas. Mi infancia fue una pesadilla. Murieron cuando yo tenía siete años, y me fui a vivir con la familia del tío Henry. *Ellos* tampoco me querían. Todos me miraban por encima del hombro porque «vivía de su caridad». Recuerdo todos los desaires que recibí —todos y cada uno—. No recuerdo ni una sola palabra amable. Tenía que llevar la ropa vieja de mis primas. Recuerdo un sombrero en particular: me hacía parecer una seta. Y se burlaban de mí cada vez que me lo ponía. Un día me lo

arranqué y lo tiré al fuego. Tuve que llevar una boina vieja y horrible a la iglesia el resto del invierno. Ni siquiera tuve nunca un perro, y lo deseaba tantísimo. Tenía algo de cabeza: anhelaba tanto hacer una licenciatura, pero, claro, lo mismo me habría dado suspirar por la luna. Sin embargo, el tío Henry aceptó pagarme los estudios en Queen's si se lo devolvía en cuanto consiguiera una escuela. Me pagaba el alojamiento en una miserable pensión de tercera categoría, donde tenía un cuarto encima de la cocina que era gélido en invierno y abrasador en verano, y que olía a comida rancia en todas las estaciones. ¡Y la ropa que tenía que llevar a Queen's! Pero conseguí mi título y conseguí la segunda plaza en el instituto de Summerside: la única suerte que he tenido en mi vida. Desde entonces he estado escatimando y ahorrando para pagarle al tío Henry: no solo lo que gastó en mandarme a Queen's, sino lo que le costó mi alojamiento durante todos los años que viví allí. Estaba decidida a no deberle ni un centavo. Por eso me he alojado con la señora Dennis y he vestido con tanta pobreza. Y acabo de terminar de pagarle. Por primera vez en mi vida me siento *libre*. Pero, mientras tanto, me he torcido. Sé que soy insociable; sé que nunca sé decir lo que hay que decir; sé que es culpa mía que siempre me dejen de lado y me pasen por alto en los actos sociales; sé que he convertido el ser desagradable en un arte. Sé que soy sarcástica. Sé que mis alumnas me consideran una tirana. Sé que me odian. ¿Crees que no me duele saberlo? Siempre parecen tenerme miedo, y odio a la gente que parece tenerme miedo. Ay, Ana, el odio se me ha vuelto una enfermedad. Sí que quiero ser como los demás, y ya nunca podré. *Eso* es lo que me vuelve tan amargada.

—¡Ah, pero sí que puedes! —Ana le pasó el brazo por los hombros a Katherine—. Puedes quitarte el odio de la cabeza, curarte de él. La vida no hace más que empezar para ti ahora, ya que por fin eres del todo libre e independiente. Y nunca se sabe qué puede haber a la vuelta del próximo recodo del camino.

—Ya te he oído decir eso antes, y me he reído de tu «recodo del camino». Pero el problema es que en mi camino no hay recodos. Lo veo extenderse recto ante mí hasta el horizonte: una monotonía

interminable. Ana, ¿es que la vida nunca te da *miedo*, con su *vacío*, con sus enjambres de gente fría y sin interés? No, claro que no. *Tú* no tienes que seguir dando clase el resto de tu vida. Y parece que encuentras interesante a *todo el mundo*, hasta a ese ser menudo, redondo y colorado al que llamas Rebecca Dew. La verdad es que odio la enseñanza, y no sé hacer otra cosa. Una maestra de escuela no es más que una esclava del tiempo. Ay, ya sé que a ti te gusta, no entiendo cómo puedes. Ana, quiero viajar. Es lo único que siempre he anhelado. Recuerdo el único cuadro que colgaba de la pared de mi cuartito del desván en casa del tío Henry: una vieja lámina descolorida que habían desterrado de las demás habitaciones con desdén. Era un cuadro de palmeras alrededor de un manantial en el desierto, con una hilera de camellos alejándose en la distancia. Me fascinaba literalmente. Siempre he querido ir a encontrarlo, quiero ver la Cruz del Sur y el Taj Mahal y los pilares de Karnak. Quiero *saberlo*... no solo *creerlo*... que el mundo es redondo. Y nunca podré hacerlo con un sueldo de maestra. Tendré que seguir eternamente, perorando sobre las esposas de Enrique VIII y los recursos inagotables del Dominio.

Ana se rio. Ya era seguro reírse, porque la amargura había desaparecido de la voz de Katherine. Sonaba solo pesarosa e impaciente.

—En cualquier caso, vamos a ser amigas, y vamos a pasar diez días estupendos aquí para empezar nuestra amistad. Siempre he querido ser amiga tuya, Katherine —icon K!—. Siempre he sentido que, debajo de todos tus pinchos, había algo que te hacía valer la pena como amiga.

—¿Así que eso es lo que de verdad has pensado de mí? A menudo me lo he preguntado. Bueno, el leopardo va a intentar cambiar sus manchas, si es que eso es posible. Quizá lo sea. En esta Tejas Verdes tuya puedo creer casi cualquier cosa. Es el primer sitio en el que he estado que se sintiera como un *hogar*. Me gustaría parecerme más a los demás, si no es demasiado tarde. Hasta voy a practicar una sonrisa radiante para ese Gilbert tuyo cuando llegue

mañana por la noche. Claro que se me ha olvidado cómo hablar con hombres jóvenes, si es que alguna vez lo supe. Va a pensar que no soy más que una solterona de sobra. Me pregunto si, cuando me acueste esta noche, voy a estar furiosa conmigo misma por haberme quitado la máscara y haberte dejado ver así mi alma temblorosa.

—No, no lo estarás. Vas a pensar: «Me alegro de que haya descubierto que soy humana». Nos vamos a acurrucar entre las mantas calentitas y mullidas, probablemente con dos bolsas de agua caliente, porque seguro que Marilla y la señora Lynde nos van a poner una cada una, no sea que la otra se haya olvidado. Y te vas a sentir deliciosamente somnolienta después de este paseo bajo la luna helada, y en cuanto te des cuenta será por la mañana, y te sentirás como si fueras la primera persona en descubrir que el cielo es azul. Y te vas a volver toda una experta en pudín de ciruelas, porque vas a ayudarme a hacer uno para el martes —uno grande y bien cargado de ciruelas—.

A Ana la sorprendió lo guapa que estaba Katherine cuando entraron. Tenía la tez radiante después del largo paseo al aire cortante, y el color le cambiaba la cara por completo.

«Vaya, Katherine sería una mujer atractiva si llevara el tipo correcto de sombreros y vestidos —reflexionó Ana, tratando de imaginarse a Katherine con cierto sombrero de terciopelo, oscuro y de un rojo intenso, que había visto en una tienda de Summerside, sobre su pelo negro y calado hasta los ojos color ámbar—. Tengo que ver qué se puede hacer al respecto.»

CAPÍTULO 6

El sábado y el lunes fueron dos días llenos de alegres trajines en Tejas Verdes. Se hizo el pudin de ciruelas y se trajo a casa el árbol de Navidad. Katherine, Ana, Davy y Dora fueron al bosque a buscarlo —un abeto precioso y pequeño, con cuya tala Ana solo se reconcilió porque estaba en un pequeño claro del terreno del señor Harrison, que de todos modos iban a arrancar de raíz y arar en primavera.

Anduvieron vagando de acá para allá, recogiendo píceas rastreras y pino de suelo para las coronas, y hasta algunos helechos que se mantenían verdes todo el invierno en cierta hondonada profunda del bosque, hasta que el día le sonrió a la noche sobre las colinas de pecho blanco y volvieron triunfantes a Tejas Verdes, para encontrarse con un joven alto de ojos color avellana y los primeros asomos de bigote, que le hacían parecer tan mayor y más maduro que Ana tuvo un instante horrible de preguntarse si de verdad era Gilbert o un desconocido.

Katherine, con una sonrisita que intentaba ser sarcástica sin conseguirlo del todo, los dejó en el salón y se pasó toda la tarde jugando con los mellizos en la cocina. Para su propio asombro, descubrió que lo estaba disfrutando. ¡Y qué divertido fue bajar a la bodega con Davy y descubrir que de verdad seguía habiendo cosas tan maravillosas en el mundo como las manzanas dulces!

Katherine nunca había estado antes en la bodega de una casa de campo y no tenía ni idea de lo delicioso, misterioso y umbrío que

podía ser aquel lugar a la luz de una vela. La vida ya empezaba a parecer más *cálida*. Por primera vez, Katherine comprendió de verdad que la vida podía ser hermosa, incluso para ella.

Davy armó ruido suficiente para despertar a los Siete Durmientes, a una hora intempestiva de la mañana de Navidad, haciendo sonar un viejo cencerro escaleras arriba y abajo. Marilla se horrorizó de que hiciera algo así habiendo una invitada en casa, pero Katherine bajó riéndose. Entre ella y Davy había surgido, de algún modo, una extraña camaradería. Le confesó a Ana sin rodeos que no le interesaba nada la impecable Dora, pero que Davy estaba, en cierto modo, cortado por el mismo patrón que ella.

Abrieron el salón y repartieron los regalos antes del desayuno, porque los mellizos, hasta Dora, no habrían podido probar bocado si no lo hubieran hecho. Katherine, que no esperaba nada más que, quizá, un regalo de compromiso de Ana, se encontró recibiendo obsequios de todo el mundo: una alegre manta de ganchillo de la señora Lynde, un saquito de raíz de lirio de Dora, un abrecartas de Davy, una cesta con tarritos de mermelada y jalea de Marilla, e incluso un pequeño gato de bronce a modo de pisapapeles de Gilbert.

Y, atado bajo el árbol, hecho un ovillo sobre un trocito de manta cálida y lanosa, un adorable cachorrito de ojos castaños, con las orejas sedosas y alerta y un rabo zalamero. De una tarjeta atada a su cuello colgaba la leyenda: «De Ana, que al final se ha atrevido a desearte una Feliz Navidad».

Katherine recogió aquel cuerpecillo bullicioso en brazos y habló con voz temblorosa.

—Ana... ¡es un encanto! Pero la señora Dennis no me va a dejar quedármelo. Le pregunté si podía tener un perro y me dijo que no.

—Ya lo he arreglado todo con la señora Dennis. Verás que no pone ninguna objeción. Además, Katherine, tú no vas a estar allí mucho más tiempo. *Tienes* que buscarte un sitio decente donde vivir, ahora que has saldado lo que creías que eran tus obligaciones. Mira qué

preciosa caja de papel de cartas me ha mandado Diana. ¿No te parece fascinante mirar las páginas en blanco y preguntarte qué se escribirá en ellas?

La señora Lynde agradecía que fuera una Navidad blanca —no habría cementerios rebosantes cuando la Navidad era blanca—, pero para Katherine fue una Navidad púrpura, carmesí y dorada. Y la semana que siguió fue igual de hermosa. Katherine se había preguntado muchas veces, con amargura, qué se sentiría al ser feliz, y ahora lo descubrió. Floreció de un modo asombroso. Ana se encontró disfrutando de su compañía.

—¡Pensar que tenía miedo de que me estropeará las vacaciones de Navidad! —reflexionó asombrada.

—Pensar —se dijo Katherine— que estuve a punto de negarme a venir cuando Ana me invitó.

Salían a dar largos paseos, por el Sendero de los Enamorados y el Bosque Encantado, donde hasta el silencio parecía amistoso, por colinas donde la nieve ligera danzaba como duendecillos de invierno, por viejos huertos llenos de sombras violáceas, por el esplendor de los bosques al atardecer. No había pájaros que gorjearan ni cantaran, ni arroyos que murmuraran, ni ardillas que cotillearan. Pero el viento componía, de tanto en tanto, una música que le sobraba en calidad lo que le faltaba en cantidad.

—Siempre se puede encontrar algo hermoso que mirar o que escuchar —dijo Ana.

Hablaban «de coles y de reyes», y ataban su carro a las estrellas, y volvían a casa con un apetito que ponía a prueba hasta la despensa de Tejas Verdes. Un día hubo tormenta y no pudieron salir. El viento del este azotaba los aleros y el golfo gris rugía. Pero hasta una tormenta en Tejas Verdes tenía su propio encanto. Daba gusto sentarse junto a la estufa y contemplar soñadoras cómo el resplandor del fuego parpadeaba en el techo mientras mordisqueaban manzanas y caramelos. ¡Qué alegre era la cena con la tormenta ululando fuera!

Una noche Gilbert las llevó a ver a Diana y a su nueva hijita.

—Nunca en mi vida había tenido un bebé en brazos —dijo Katherine de camino a casa—. Por un lado, no quería, y por otro me daba miedo que se me deshiciera entre las manos. No te puedes imaginar cómo me sentí, tan grande y torpe con esa cosita exquisita en los brazos. Sé que la señora Wright pensaba que se me iba a caer en cualquier momento. La veía esforzándose heroicamente por disimular el terror. Pero me hizo algo... el bebé, quiero decir... no he decidido todavía el qué.

—Los bebés son unas criaturas tan fascinantes —dijo Ana con aire soñador—. Son lo que oí llamar a alguien en Redmond «formidables fardos de posibilidades». Piénsalo, Katherine: Homero también fue un bebé una vez —un bebé con hoyuelos y unos ojos grandes llenos de luz—, claro que entonces todavía no podía ser ciego.

—Qué lástima que su madre no supiera que iba a ser Homero —dijo Katherine.

—Pero creo que me alegro de que la madre de Judas no supiera que iba a ser Judas —dijo Ana con dulzura—. Espero que nunca llegara a saberlo.

Una noche hubo un concierto en el salón de actos, seguido de una fiesta en casa de Abner Sloane, y Ana convenció a Katherine para que fuera a las dos cosas.

—Quiero que nos hagas una lectura para el programa, Katherine. Me han dicho que lees maravillosamente.

—Antes recitaba, creo que hasta me gustaba hacerlo. Pero el penúltimo verano recité en un concierto de playa que organizó un grupo de veraneantes, y luego los oí reírse de mí.

—¿Cómo sabes que se reían de ti?

—Tenían que estar riéndose de mí. No había nada más de qué reírse.

Ana disimuló una sonrisa y siguió insistiendo en pedirle la lectura.

—Recita *Genevra* como bis. Me han dicho que la haces espléndidamente. La señora de Stephen Pringle me dijo que no pegó ojo la noche después de oírtela recitar.

—No, nunca me ha gustado *Genevra*. Está en el libro de lectura, así que a veces la uso para enseñar a la clase cómo se lee. La verdad es que *Genevra* me saca de quicio. ¿Por qué no gritó cuando se encontró encerrada? Mientras la buscaban por todas partes, seguro que alguien la habría oído.

Katherine acabó prometiendo la lectura, pero no las tenía todas consigo respecto a la fiesta. —Iré, por supuesto. Pero nadie me va a sacar a bailar y me voy a sentir sarcástica, resentida y avergonzada. Siempre soy desgraciada en las fiestas, las pocas a las que he ido. Nadie parece pensar que sé bailar, y tú sabes que se me da bastante bien, Ana. Lo aprendí en casa del tío Henry, porque una pobre criada que tenían también quería aprender, y ella y yo bailábamos juntas por las noches en la cocina, al son de la música que sonaba en el salón. Creo que me gustaría, con la pareja adecuada.

—En esta fiesta no vas a ser desgraciada, Katherine. No te vas a quedar fuera mirando hacia dentro. Hay una diferencia enorme, ¿sabes?, entre estar dentro mirando hacia fuera y estar fuera mirando hacia dentro. Tienes un pelo precioso, Katherine. ¿Te importa si pruebo a peinártelo de otra manera?

Katherine se encogió de hombros.

—Ah, adelante. Supongo que sí tengo el pelo horrible, pero no tengo tiempo para andar siempre acicalándome. No tengo vestido de fiesta. ¿Servirá mi tafetán verde?

—Tendrá que servir, aunque el verde es precisamente el único color que tú, entre todos, no deberías llevar nunca, Katherine mía. Pero vas a ponerte un cuello de gasa rojo con alforchitas que te he hecho. Sí, *lo vas a hacer*. Deberías tener un vestido rojo, Katherine.

—Siempre he odiado el rojo. Cuando me fui a vivir con el tío Henry, la tía Gertrude me obligaba siempre a llevar delantales de un rojo turco muy vivo. Los demás niños del colegio gritaban «¡Fuego!»

cuando entraba con uno de esos delantales puesto. En fin, no puedo andar preocupándome por la ropa.

—¡Que el cielo me dé paciencia! La ropa es *muy* importante —dijo Ana con severidad, mientras trenzaba y enroscaba el pelo. Luego contempló su obra y vio que era buena. Le pasó el brazo por los hombros a Katherine y la volvió hacia el espejo.

—¿No te parece de verdad que somos un par de chicas bastante guapas? —se rio—. ¿Y no es agradable pensar que la gente va a encontrar cierto placer en mirarnos? Hay tanta gente sosa que en realidad estaría bastante atractiva si se tomara un poco de trabajo consigo misma. Hace tres domingos, en la iglesia —te acuerdas del día en que el pobre señor Milvain predicó con un catarro tan espantoso que nadie entendía lo que decía—, bueno, pues me pasé el rato embelleciendo a la gente de alrededor. Le puse una nariz nueva a la señora Brent, le ondulé el pelo a Mary Addison y a Jane Marden le di un aclarado de limón, vestí a Emma Dill de azul en vez de marrón, vestí a Charlotte Blair a rayas en vez de a cuadros, quité varios lunares y le afeité a Thomas Anderson esas largas y rubias patillas al estilo Piccadilly. No los habrías reconocido cuando terminé con ellos. Y, salvo quizá por la nariz de la señora Brent, todos podrían haberse hecho ellos mismos lo que yo les hice. Anda, Katherine, si tienes los ojos justo del color del té, té ambarino. Así que esta noche, está a la altura de tu apellido: un arroyo ha de ser chispeante, límpido, alegre.

—Todo lo que yo no soy.

—Todo lo que has sido esta última semana. Así que *sí* puedes serlo.

—Eso es solo la magia de Tejas Verdes. Cuando vuelva a Summerside, ya habrán dado las doce para Cenicienta.

—Te llevarás la magia contigo. Mírate, por una vez tienes el aspecto que deberías tener siempre.

Katherine contempló su reflejo en el espejo como si dudara un poco de su propia identidad.

—La verdad es que parezco años más joven —admitió—. Tenías razón: la ropa *sí* que hace algo por una. Ya sé que he estado pareciendo mayor de lo que soy. No me importaba. ¿Por qué iba a importarme? A nadie más le importaba. Y yo no soy como tú, Ana. Por lo visto tú naciste sabiendo vivir. Y yo no sé nada de eso, ni siquiera el abecé. Me pregunto si es demasiado tarde para aprender. Llevo tanto tiempo siendo sarcástica que no sé si sabría ser otra cosa. El sarcasmo me parecía la única manera de causar alguna impresión en la gente. Y también me parece que siempre he tenido miedo cuando estaba en compañía de otras personas, miedo a decir alguna tontería, miedo a que se rieran de mí.

—Katherine Brooke, mírate en ese espejo; llévate contigo esa imagen tuya, con el pelo magnífico enmarcándote la cara en vez de tirar de él hacia atrás, los ojos centelleando como estrellas oscuras, un ligero rubor de emoción en las mejillas, y no sentirás miedo. Vamos, venga. Se nos va a hacer tarde, pero por suerte todos los que actúan tienen lo que oí llamar a Dora asientos «reservados».

Gilbert las llevó en coche hasta el salón de actos. Qué parecido a los viejos tiempos —solo que ahora era Katherine quien la acompañaba, en lugar de Diana—. Ana suspiró. Diana tenía ahora tantos otros intereses. Ya no había más correteos a conciertos y fiestas para ella.

¡Pero qué noche aquella! ¡Qué caminos de raso plateado, con un cielo verde pálido hacia el oeste, tras una ligera nevada! Orión marchaba majestuoso por el firmamento, y colinas, campos y bosques se extendían a su alrededor en un silencio nacarado.

La lectura de Katherine cautivó al público desde el primer verso, y en la fiesta no le dieron abasto los pretendientes a bailar con ella. De repente se descubrió riéndose sin amargura. Después, vuelta a Tejas Verdes, a calentarse los pies junto al fuego de la sala, a la luz de dos velas amistosas sobre la repisa; y la señora Lynde entrando de puntillas en su cuarto, pese a lo tarde que era, para preguntarles si querían otra manta más y asegurarle a Katherine que su perrito

estaba calentito y a gusto en una cesta detrás de la estufa de la cocina.

—Tengo una nueva forma de ver la vida —pensó Katherine mientras se dejaba llevar hacia el sueño—. No sabía que hubiera gente así.

—Vuelve cuando quieras —dijo Marilla cuando se fue.

Marilla nunca le decía eso a nadie si no lo pensaba de verdad.

—Claro que va a volver —dijo Ana—. Los fines de semana, y por *semanas* enteras en verano. Haremos hogueras y cavaremos en el huerto, cogeremos manzanas e iremos a buscar las vacas, remaremos en el estanque y nos perderemos por el bosque. Quiero enseñarte el jardín de la pequeña Hester Gray, Katherine, y el Pabellón del Eco, y el Valle de las Violetas cuando esté lleno de violetas.

CAPÍTULO 7

Álamos Ventosos,
5 de enero,
La calle por la que (deberían) andar los fantasmas.

MI ESTIMADO AMIGO:

Eso no es nada que escribiera la abuela de la tía Chatty. Es solo algo que habría escrito si se le hubiera ocurrido.

He tomado la resolución de Año Nuevo de escribir cartas de amor sensatas. ¿Tú crees que eso es posible?

He dejado la querida Tejas Verdes, pero he vuelto a la querida Álamos Ventosos. Rebecca Dew me tenía encendido el fuego en el cuarto de la torre y una bolsa de agua caliente en la cama.

Cuánto me alegro de que me guste Álamos Ventosos. Sería espantoso vivir en un sitio que no me gustara, que no me pareciera amistoso, que no dijera «me alegro de que hayas vuelto». Álamos Ventosos sí lo dice. Es un poco anticuada y un poco remilgada, pero le caigo bien.

Y me alegró volver a ver a la tía Kate, a la tía Chatty y a Rebecca Dew. No puedo evitar verles el lado gracioso, pero aun así las quiero mucho.

Rebecca Dew me dijo ayer una cosa preciosa.

—El callejón de los Fantasmas es un lugar distinto desde que usted llegó, señorita Shirley.

Me alegra que te cayera bien Katherine, Gilbert. Fue sorprendentemente amable contigo. Es increíble descubrir lo simpática que puede llegar a ser cuando se lo propone. Y creo que ella misma está tan asombrada como cualquiera. No tenía ni idea de que fuera a resultarle tan fácil.

Va a suponer una diferencia enorme en el colegio tener una subdirectora con la que de verdad se pueda trabajar. Va a cambiarse de pensión, y ya la he convencido para que se compre ese sombrero de terciopelo, y todavía no he perdido la esperanza de convencerla para que cante en el coro.

Ayer bajó el perro del señor Hamilton y estuvo molestando a Dusty Miller. —Esto *sí* que es la gota que colma el vaso —dijo Rebecca Dew. Y con las mejillas coloradas aún más coloradas, la espalda rechoncha temblándole de rabia, y con tanta prisa que se puso el sombrero del revés sin darse cuenta, subió la calle a paso rápido y le echó al señor Hamilton un buen rapapolvo. Casi puedo ver su cara boba y amable mientras la escuchaba.

—No me gusta Ese Gato —me dijo—, pero es NUESTRO, y no va a venir ningún perro de los Hamilton a faltarle al respeto en su propio corral. «Solo perseguía a tu gato en broma», dijo Jabez Hamilton. «Las ideas de broma de los Hamilton son distintas de las ideas de broma de los MacComber, o de las ideas de broma de los MacLean, o, ya puestos, de las ideas de broma de los Dew», le dije yo. «Vamos, vamos, usted debe de haber comido col para cenar, señorita Dew», dijo él. «No —dije yo—, pero *podría* haberla comido. La señora del capitán MacComber no vendió todas sus coles el otoño pasado dejando a su familia sin ninguna, porque el precio estaba muy bueno. Hay gente», le dije, «que no puede oír nada por el tintineo que le suena en el bolsillo». Y dejé que se le quedara grabado. Pero ¿qué se puede esperar de un Hamilton? ¡Gentuza!

Hay una estrella carmesí colgando baja sobre el blanco Rey de la Tormenta. Ojalá estuvieras aquí para contemplarla conmigo. Si estuvieras, de verdad creo que sería algo más que un momento de estima y amistad.

12 de enero.

La pequeña Elizabeth vino hace dos noches a preguntarme si le podía explicar qué clase de animales raros y terribles eran esos toros papales de los que había oído hablar, y a contarme entre lágrimas que su maestra le había pedido que cantara en un concierto que está organizando la escuela pública, pero que la señora Campbell se había plantado y había dicho que «no» rotundamente. Cuando Elizabeth intentó suplicar, la señora Campbell le dijo:

—Ten la bondad de no replicarme, Elizabeth, si eres tan amable.

Aquella noche la pequeña Elizabeth lloró unas cuantas lágrimas amargas en el cuarto de la torre y dijo que sentía que aquello la iba a convertir en Lizzie para siempre. Que ya nunca más podría volver a ser ninguno de sus otros nombres.

—La semana pasada quería a Dios, esta semana no lo quiero —dijo, desafiante.

Toda su clase participaba en el programa y ella sentía que iba «como un leopardo». Yo creo que la angelical criatura quería decir que se sentía como una leprosa, y eso ya era bastante espantoso de por sí. Mi querida Elizabeth no puede sentirse como una leprosa.

Así que me inventé un recado a Evergreen la tarde siguiente. La Mujer —que bien podría haber vivido antes del diluvio, de lo anciana que parece— me miró con frialdad con sus grandes ojos grises e inexpresivos, me hizo pasar con gesto adusto al salón y fue a decirle a la señora Campbell que yo había preguntado por ella.

No creo que haya entrado el sol en ese salón desde que se construyó la casa. Había un piano, pero estoy segura de que nunca lo ha tocado nadie. Unas sillas rígidas, tapizadas de brocado de seda, estaban arrimadas a la pared —*todos* los muebles estaban arrimados a la pared, salvo una mesa central con tablero de mármol —, y ninguno parecía conocer a los demás.

Entró la señora Campbell. No la había visto nunca. Tiene un rostro viejo y de rasgos esculpidos, casi como el de un hombre, con ojos

negros y cejas negras y pobladas bajo un pelo escarchado. No ha renunciado del todo a *todo* adorno vanidoso del cuerpo, porque llevaba unos grandes pendientes de ónice negro que le llegaban hasta los hombros. Fue penosamente educada conmigo, y yo fui indoloramente educada con ella. Nos sentamos e intercambiamos cortesías sobre el tiempo durante unos instantes, ambas, como comentó Tácito hace ya unos cuantos miles de años, «con el semblante ajustado a la ocasión». Le dije, con toda verdad, que había venido a ver si me prestaba durante un tiempo las *Memorias* del reverendo James Wallace Campbell, porque tenía entendido que contenían bastante sobre la historia temprana del condado de Prince, que quería usar en el colegio.

La señora Campbell se ablandó de manera bastante notable y, llamando a Elizabeth, le dijo que subiera a su cuarto y bajara las *Memorias*. La cara de Elizabeth mostraba señales de haber llorado, y la señora Campbell se dignó a explicar que era porque la maestra de la pequeña Elizabeth había mandado otra nota suplicando que se le permitiera cantar en el concierto, y que ella, la señora Campbell, había escrito una respuesta muy mordaz que la pequeña Elizabeth tendría que llevarle a su maestra a la mañana siguiente.

—No apruebo que las niñas de la edad de Elizabeth canten en público —dijo la señora Campbell—. Tiende a hacerlas descaradas y atrevidas.

¡Como si algo pudiera hacer descarada y atrevida a la pequeña Elizabeth!

—Creo que quizá tenga usted razón, señora Campbell —comenté con mi tono más condescendiente—. En cualquier caso, Mabel Phillips va a cantar, y me han dicho que tiene una voz tan maravillosa que va a dejar a todas las demás en nada. Sin duda es *mucho* mejor que Elizabeth no salga a competir con ella.

La cara de la señora Campbell era todo un poema. Por fuera será una Campbell, pero por dentro es una Pringle. Sin embargo, no dijo

nada, y yo reconocí el momento psicológico de parar. Le di las gracias por las *Memorias* y me marché.

A la tarde siguiente, cuando la pequeña Elizabeth vino a la verja del jardín a por la leche, su carita pálida, como de flor, resplandecía literalmente. Me contó que la señora Campbell le había dicho que después de todo sí podía cantar, si tenía cuidado de no dárselas de gran cosa por ello.

Verás, Rebecca Dew me había contado que los clanes de los Phillips y de los Campbell siempre han sido rivales en cuestión de buenas voces.

Le regalé a Elizabeth por Navidad un pequeño cuadro para colgar sobre su cama —solo un sendero de bosque moteado de luz que sube por una colina hasta una casita pintoresca entre unos árboles—. La pequeña Elizabeth dice que ya no le da tanto miedo dormirse a oscuras, porque en cuanto se mete en la cama se imagina que va subiendo por el sendero hasta la casa, y que entra, y que está todo iluminado, y que su padre está allí.

¡Pobre cielo! No puedo evitar detestar a ese padre suyo.

19 de enero.

Anoche hubo un baile en casa de Carry Pringle. Katherine fue con un vestido de seda rojo oscuro con los nuevos volantes laterales, y le habían peinado en la peluquería. ¿Te lo puedes creer? Personas que la conocían desde que llegó a dar clase a Summerside se preguntaron unas a otras quién era cuando entró en la sala. Pero creo que la diferencia no la hacían tanto el vestido y el peinado como cierto cambio indefinible en ella misma.

Antes, siempre que salía con gente, su actitud parecía ser: «Esta gente me aburre. Supongo que yo les aburro a ellos, y espero que así sea». Pero anoche fue como si hubiera encendido velas en todas las ventanas de la casa de su vida.

Me ha costado mucho ganarme la amistad de Katherine. Pero nada que valga la pena se consigue fácilmente, y siempre he tenido

la sensación de que su amistad merecería la pena.

La tía Chatty lleva dos días en cama con un catarro febril, y cree que puede que mañana llame al médico, por si le está entrando una pulmonía. Así que Rebecca Dew, con la cabeza envuelta en una toalla, se ha pasado todo el día limpiando la casa como una loca para dejarla en perfecto orden antes de la posible visita del médico. Ahora está en la cocina planchando el camisón de algodón blanco de la tía Chatty, el del canesú de ganchillo, para que esté listo para ponérselo por encima del de franela. Ya estaba impecablemente limpio, pero a Rebecca Dew le pareció que no tenía muy buen color de estar guardado en el cajón de la cómoda.

28 de enero.

Enero, hasta ahora, ha sido un mes de días grises y fríos, con alguna que otra tormenta que se arremolinaba sobre el puerto y llenaba el callejón de los Fantasma de ventisqueros. Pero anoche tuvimos un deshielo plateado, y hoy ha salido el sol. Mi arboleda de arces era un lugar de esplendores inimaginables. Hasta lo más vulgar se había vuelto hermoso. Cada trocito de alambrada era una maravilla de encaje de cristal.

Rebecca Dew ha pasado esta tarde absorta en una de mis revistas, en un artículo titulado «Tipos de mujeres hermosas», ilustrado con fotografías.

—¿No sería precioso, señorita Shirley, que alguien pudiera agitar una varita y hacer que todo el mundo fuera guapo? —dijo con aire nostálgico—. Imagínese cómo me sentiría yo, señorita Shirley, si de pronto me encontrara guapa. Pero luego —con un suspiro— si todas fuéramos bellezas, ¿quién iba a hacer el trabajo?

CAPÍTULO 8

—Estoy tan cansada —suspiró la prima Ernestine Bugle, dejándose caer en su silla a la mesa de la cena en Álamos Ventosos—. A veces me da miedo sentarme, no sea que ya no pueda volver a levantarme.

La prima Ernestine, prima en tercer grado del difunto capitán MacComber pero, como solía reflexionar la tía Kate, demasiado cercana de todos modos, había venido caminando desde Lowvale aquella tarde para hacer una visita a Álamos Ventosos. No puede decirse que ninguna de las dos viudas la hubiese recibido con mucho entusiasmo, pese a los sagrados lazos de familia. La prima Ernestine no era persona que alegrara el ánimo, pues era de esas desdichadas que se pasan la vida preocupándose no solo de sus propios asuntos, sino de los de todo el mundo, y que no dejan descansar ni a sí mismas ni a los demás. Su sola presencia, declaraba Rebecca Dew, hacía sentir a cualquiera que la vida era un valle de lágrimas.

Desde luego la prima Ernestine no era guapa, y era más que dudoso que lo hubiese sido alguna vez. Tenía una carita seca y apretada, unos ojos azul pálido descoloridos, varios lunares mal puestos y una voz quejumbrosa. Llevaba un vestido negro raído y una decrepita esclavina de piel de foca de Hudson que no se quitaba ni siquiera en la mesa, porque temía las corrientes de aire.

Rebecca Dew podría haberse sentado a la mesa con ellas de haber querido, pues las viudas no consideraban a la prima Ernestine ninguna «visita» en particular. Pero Rebecca siempre declaraba que

no podía «paladear el sustento» en compañía de aquella vieja aguafiestas. Prefería «comer su bocado» en la cocina, lo cual no le impedía decir lo que pensaba mientras servía la mesa.

—Seguramente es la primavera, que se le mete a una en los huesos —comentó sin ninguna compasión.

—Ah, espero que sea solo eso, señorita Dew. Pero me temo que soy como la pobre señora de Oliver Gage. El verano pasado comió setas, y debía de haber alguna venenosa entre ellas, porque desde entonces no ha vuelto a ser la misma.

—Pero no habrá comido usted setas tan pronto en el año —dijo la tía Chatty.

—No, pero me temo que he comido alguna otra cosa. No intente animarme, Charlotte. Lo hace usted con buena intención, pero no sirve de nada. He pasado por demasiado. ¿Está usted segura de que no hay una araña en esa jarra de nata, Kate? Me ha parecido ver una cuando me ha servido la taza.

—En *nuestras* jarras de nata nunca hay arañas —dijo Rebecca Dew con tono siniestro, y cerró de un portazo la puerta de la cocina.

—Puede que solo fuera una sombra —dijo la prima Ernestine con mansedumbre—. Mis ojos ya no son lo que eran. Me temo que pronto me quedaré ciega. Eso me recuerda que esta tarde pasé a ver a Martha MacKay, y estaba afiebrada y toda cubierta de una especie de sarpullido. «A mí me parece que tiene usted el sarampión», le dije. «Seguramente la dejará casi ciega. En su familia todos tienen la vista delicada.» Me pareció que debía estar prevenida. Su madre tampoco anda bien. El médico dice que es indigestión, pero me temo que es un *tumor*. «Y si tiene que operarse y que darle cloroformo», le dije, «me temo que no saldrá con vida de esa. Acuérdesse de que es usted una Hillis, y los Hillis siempre han tenido el corazón débil. Su padre murió de un fallo del corazón, ya lo sabe.»

—¡Con ochenta y siete años! —dijo Rebecca Dew, retirando un plato con un gesto brusco.

—Y ya sabe que los setenta años son el límite que marca la Biblia —dijo la tía Chatty, animosa.

La prima Ernestine se sirvió una tercera cucharadita de azúcar y removió el té con tristeza.

—Eso decía el rey David, Charlotte, pero me temo que David no era un hombre muy decente en algunos aspectos.

Ana cruzó la mirada con la tía Chatty y se echó a reír antes de poder contenerse.

La prima Ernestine la miró con reprobación.

—He oído decir que es usted muy dada a la risa. Bueno, espero que le dure, pero me temo que no. Me temo que descubrirá usted demasiado pronto que la vida es un asunto melancólico. Ah, en fin, yo también fui joven una vez.

—¿De veras? —preguntó Rebecca Dew con sarcasmo, trayendo los bollitos—. A mí me parece que usted siempre tuvo miedo de ser joven. Hace falta valor para eso, se lo aseguro, señorita Bugle.

—Rebecca Dew tiene una forma muy rara de decir las cosas —se quejó la prima Ernestine—. No es que a mí me importe, claro. Y está bien reírse cuando se puede, señorita Shirley, pero me temo que está usted tentando a la Providencia con tanta alegría. Es usted clavada a la tía de la mujer de nuestro último pastor, que siempre se estaba riendo y murió de una apoplejía. Al tercer ataque, una se muere. Me temo que nuestro nuevo pastor de Lowvale tira a frívolo. En cuanto lo vi le dije a Louisy: «Me temo que un hombre con esas piernas ha de ser aficionado al baile.» Supongo que lo habrá dejado desde que es pastor, pero me temo que esa tensión le saldrá a alguien de la familia. Tiene una esposa joven, y dicen que está escandalosamente enamorada de él. No consigo hacerme a la idea de que alguien se case con un pastor por amor. Me temo que es una gran irreverencia. Predica sermones bastante decentes, pero me temo, por lo que dijo del profeta Elías el Bizcochito el domingo pasado, que sus ideas sobre la Biblia son demasiado liberales.

—He visto en el periódico que Peter Ellis y Fanny Bugle se casaron la semana pasada —dijo la tía Chatty.

—Ah, sí. Me temo que ese será un caso de «cásate deprisa y arrepiéntete despacio». Solo se conocen desde hace tres años. Me temo que Peter descubrirá que no todo lo que reluce es oro. Me temo que Fanny es muy dejada. Plancha las servilletas solo por el derecho, y nada más. No se parece nada a su santa madre. Ah, *aquella* sí que era una mujer cabal, donde las haya. Cuando estaba de luto siempre llevaba camisones negros. Decía que de noche se sentía tan mal como de día. Yo estaba en casa de Andy Bugle, ayudando con la cocina, y cuando bajé la mañana de la boda, ahí estaba Fanny comiéndose un huevo de desayuno, y ese mismo día se casaba. Supongo que no me van a creer; yo tampoco lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Mi pobre hermana difunta no probó bocado en tres días antes de casarse. Y después de morir su marido, todas temíamos que no fuera a volver a comer nunca más. Hay veces que siento que ya no entiendo a los Bugle. Hubo un tiempo en que una sabía a qué atenerse con su propia familia, pero ya no es así.

—¿Es verdad que Jean Young se va a casar otra vez? —preguntó la tía Kate.

—Me temo que sí. Claro que se supone que Fred Young está muerto, pero me da terror que todavía pueda aparecer. Nunca se puede una fiar de ese hombre. Se va a casar con Ira Roberts. Me temo que él solo se casa con ella para hacerla feliz. Su tío Philip quiso casarse conmigo una vez, pero yo le dije, le dije yo: «Bugle nació y Bugle morirá. El matrimonio es un salto a ciegas», le dije, «y a mí no me van a arrastrar a eso.» Ha habido una barbaridad de bodas este invierno en Lowvale. Me temo que habrá entierros todo el verano para compensar. Annie Edwards y Chris Hunter se casaron el mes pasado. Me temo que dentro de unos años ya no se querrán tanto como ahora. Me temo que a ella se la llevaron de calle esos aires de galán que él se da. Su tío Hiram estaba loco: se creyó un perro durante años.

—Si él mismo se dedicaba a ladrar, nadie tenía por qué reprocharle la diversión —dijo Rebecca Dew, trayendo la compota de peras y la tarta de capas.

—Nunca oí que ladrara —dijo la prima Ernestine—. Se limitaba a roer huesos y enterrarlos cuando nadie miraba. Su mujer lo pasó muy mal.

—¿Dónde ha pasado el invierno la señora Lily Hunter? —preguntó la tía Chatty.

—Lo ha pasado con su hijo en San Francisco, y a mí me da terror que haya otro terremoto antes de que salga de allí. Y si lo hay, seguro que intenta pasar algo de contrabando y se mete en líos en la frontera. Cuando se viaja, si no es una cosa es otra. Pero parece que a la gente le ha dado la locura de viajar. Mi primo Jim Bugle pasó el invierno en Florida. Me temo que se está haciendo rico y mundano. Yo le dije, antes de que se fuera, le dije yo, que me acuerdo de que fue la noche en que se murió el perro de los Coleman... ¿o no fue esa noche?... Sí, fue esa: «El orgullo precede a la destrucción, y la soberbia, a la caída», le dije. Su hija está de maestra en la escuela de Bugle Road, y no se decide entre sus pretendientes. «Una cosa sí le puedo asegurar, Mary Annetta», le dije, «y es que nunca se va a casar con el que más quiere. Así que más le vale casarse con el que la quiere a ella, si es que puede estar segura de que la quiere.» Espero que ella elija mejor que Jessie Chipman. Me temo que *esa* se va a casar con Oscar Green solo porque siempre andaba rondándola. «¿*Eso* es lo que ha elegido usted?», le dije. Su hermano murió de tisis galopante. «Y no se case usted en mayo», le dije, «que mayo trae mala suerte para las bodas.»

—¡Qué manera tan animosa tiene usted siempre de ver las cosas! —dijo Rebecca Dew, trayendo un plato de macarrones.

—¿Puede usted decirme —dijo la prima Ernestine, sin hacer caso a Rebecca Dew y sirviéndose una segunda ración de peras— si una calceolaria es una flor o una enfermedad?

—Una flor —dijo la tía Chatty.

La prima Ernestine puso cara de leve decepción.

—Bueno, sea lo que sea, la viuda de Sandy Bugle lo tiene. La oí decirle a su hermana en la iglesia el domingo pasado que por fin tenía una calceolaria. Sus geranios están larguiruchos y feísimos, Charlotte. Me temo que no los abona usted como es debido. La señora de Sandy ya ha dejado el luto, y el pobre Sandy solo lleva cuatro años muerto. Ah, en fin, hoy en día a los muertos se les olvida pronto. Mi hermana llevó crespón por su marido veinticinco años.

—¿Sabía que llevaba abierta la costura de la falda? —dijo Rebecca, poniendo un pastel de coco delante de la tía Kate.

—No tengo tiempo para estarme mirando la cara en el espejo a todas horas —dijo la prima Ernestine con acidez—. ¿Y qué más da que lleve la costura abierta? Llevo tres enaguas puestas, ¿no? Dicen que las chicas de hoy solo llevan una. Me temo que el mundo se está volviendo terriblemente alegre y frívolo. Me pregunto si alguna vez piensan en el día del juicio.

—¿Se figura que en el día del juicio nos van a preguntar cuántas enaguas llevábamos puestas? —preguntó Rebecca Dew, escapando a la cocina antes de que nadie pudiera manifestar su horror. Hasta la tía Chatty pensó que esta vez Rebecca Dew se había pasado un poco de la raya.

—Supongo que habrán visto la muerte del viejo Alec Crowdy la semana pasada en el periódico —suspiró la prima Ernestine—. Su mujer murió hace dos años, literalmente acosada hasta la tumba, pobre criatura. Dicen que él ha estado terriblemente solo desde que ella murió, pero me temo que eso es demasiado bonito para ser verdad. Y me temo que no han terminado los problemas con él, aunque ya esté enterrado. He oído que no quiso hacer testamento, y me temo que habrá una guerra espantosa por la herencia. Dicen que Annabel Crowdy se va a casar con un hombre de mil oficios. El primer marido de su madre también lo era, así que a lo mejor es de

familia. Annabel ha tenido una vida difícil, pero me temo que va a salir de la sartén para caer en las brasas, aunque resulte que él no tenga ya otra mujer.

—¿Qué ha sido de Jane Goldwin este invierno? —preguntó la tía Kate—. Hace mucho que no viene al pueblo.

—¡Ah, la pobre Jane! Se va consumiendo poco a poco, sin que se sepa por qué. No saben qué le pasa, pero me temo que resultará ser una coartada. ¿Por qué se estará riendo Rebecca Dew como una hiena ahí en la cocina? Me temo que todavía la va a tener usted a su cargo. Hay muchísimas cabezas débiles entre los Dew.

—Veo que Thyra Cooper ha tenido un bebé —dijo la tía Chatty.

—Ah, sí, la pobre criaturita. Uno solo, gracias a Dios. Tenía miedo de que fueran gemelos. En los Cooper los gemelos son de familia.

—Thyra y Ned son un matrimonio joven tan agradable —dijo la tía Kate, como decidida a salvar algo del naufragio del universo.

Pero la prima Ernestine no estaba dispuesta a admitir que hubiera bálsamo en Galaad, y mucho menos en Lowvale.

—Ah, se sintió muy agradecida de conseguirlo por fin. Hubo un tiempo en que temía que no volviera del oeste. Yo la advertí. «Puede estar segura de que la va a decepcionar», le dije. «Siempre ha decepcionado a todo el mundo. Todos esperaban que se muriera antes de cumplir el año, y ya ve, todavía sigue vivo.» Cuando compró la finca de los Holly, volví a advertirla. «Me temo que ese pozo está lleno de tifus», le dije. «El mozo de los Holly murió allí de tifus hace cinco años.» Que no me echen la culpa *a mí* si pasa algo. Joseph Holly tiene una molestia en la espalda. Él la llama lumbago, pero me temo que es el principio de una meningitis espinal.

—El viejo tío Joseph Holly es uno de los mejores hombres del mundo —dijo Rebecca Dew, trayendo la tetera recién llena.

—Ah, es bueno —dijo la prima Ernestine con tono lúgubre—. ¡Demasiado bueno! Me temo que todos sus hijos van a salir malos. Se ve así tan a menudo. Es como si hiciera falta que las cosas se

compensaran. No, gracias, Kate, no tomaré más té... bueno, quizá un macarrón. No hacen daño al estómago, pero me temo que ya he comido demasiado. Tendré que despedirme a la francesa, porque me temo que oscurecerá antes de que llegue a casa. No quiero mojarme los pies; le tengo un miedo terrible a la pulmonía. Llevo todo el invierno con algo que me sube del brazo a las piernas. Noche tras noche me he quedado despierta por ello. Ah, nadie sabe lo que he pasado, pero no soy de las que se quejan. Estaba decidida a venir a verlas una vez más, porque puede que no esté aquí otra primavera. Pero las dos han decaído terriblemente, así que a lo mejor se van ustedes antes que yo. Ah, en fin, más vale irse mientras quede alguien de la familia para amortajarte. ¡Válgame Dios, cómo se está levantando el viento! Me temo que el tejado del granero se nos va a volar si llega a soplar un vendaval. Hemos tenido tanto viento esta primavera que me temo que el clima está cambiando. Gracias, señorita Shirley —dijo, mientras Ana la ayudaba a ponerse el abrigo—. Cuídese usted. Tiene un aspecto muy desmejorado. Me temo que la gente pelirroja nunca tiene una constitución fuerte de verdad.

—Creo que mi constitución es bastante fuerte —sonrió Ana, tendiéndole a la prima Ernestine una indescriptible prenda de sombrerería de la que colgaba una desmadejada pluma de avestruz—. Esta noche tengo un poco de dolor de garganta, señorita Bugle, nada más.

—¡Ah! —Otro de los siniestros presagios de la prima Ernestine se apoderó de ella—. Hay que vigilar un dolor de garganta. Los síntomas de la difteria y los de la amigdalitis son exactamente iguales hasta el tercer día. Pero hay un consuelo: se ahorrará usted muchísimos disgustos si se muere joven.

CAPÍTULO 9

Torre,
Álamos Ventosos,
20 de abril.

POBRE QUERIDO GILBERT:

«A la risa dije: Enloqueces; y al placer: ¿De qué sirve esto?» Me temo que voy a encanecer joven; me temo que acabaré en el asilo de pobres; me temo que ninguno de mis alumnos aprobará los exámenes finales; el perro del señor Hamilton me ladró el sábado por la noche, y me temo que voy a coger la rabia; me temo que se me volverá el paraguas del revés cuando vaya a mi cita con Katherine esta noche; me temo que ahora Katherine me tiene tanto cariño que no siempre podrá tenérmelo tanto; me temo que después de todo mi pelo no es caoba; me temo que a los cincuenta años tendré un lunar en la punta de la nariz; me temo que mi escuela es una trampa mortal si hay un incendio; me temo que esta noche encontraré un ratón en la cama; me temo que te comprometiste conmigo solo porque siempre andaba yo cerca; me temo que pronto me pondré a hurgar en la colcha.

No, querido, no estoy loca... todavía no. Es solo que la prima Ernestine Bugle es contagiosa.

Ahora entiendo por qué Rebecca Dew siempre la ha llamado «la señorita Mucho-Miedo». La pobre mujer se ha buscado tantos disgustos prestados, que debe de estar irremediablemente endeudada con el destino.

Hay tantísimos Bugle en el mundo, no tan hundidos en el buglismo como la prima Ernestine, quizá, pero sí tantos aguafiestas, con miedo a disfrutar de hoy por lo que pueda traer mañana.

Gilbert, cariño, no tengamos nunca miedo de las cosas. Es una esclavitud espantosa. Seamos atrevidos, aventureros, y vivamos con expectación. Bailemos al encuentro de la vida y de todo lo que pueda traernos, aunque nos traiga montones de disgustos, tifus y gemelos!

Hoy ha sido un día caído de junio en pleno abril. La nieve ha desaparecido del todo, y los prados color de cervatillo y las colinas doradas no hacen más que cantar a la primavera. Estoy segura de haber oído a Pan tocando su flauta en la hondonada verde de mi bosquecillo de arces, y mi Rey de la Tormenta lucía engalanado con las más etéreas brumas moradas. Hemos tenido mucha lluvia últimamente, y me ha encantado sentarme en mi torre en las horas quietas y húmedas de los crepúsculos primaverales. Pero esta noche es una noche ventosa y apresurada, hasta las nubes que corren por el cielo tienen prisa, y la luz de la luna que se derrama entre ellas tiene prisa por inundar el mundo.

¡Imagínate, Gilbert, que esta noche estuviéramos caminando de la mano por uno de los largos caminos de Avonlea!

Gilbert, me temo que estoy escandalosamente enamorada de ti. No te parecerá una irreverencia, ¿verdad? Aunque claro, tú no eres pastor.

CAPÍTULO 10

—Es que soy *tan* distinta —suspiró Hazel.

Era realmente terrible ser tan distinta de las demás personas, y a la vez bastante maravilloso, como si una fuera un ser extraviado de otra estrella. Hazel no habría querido ser una más del rebaño común por *nada del mundo*, por mucho que sufriera a causa de su diferencia.

—Todo el mundo es distinto —dijo Ana, divertida.

—Está usted sonriendo. —Hazel juntó un par de manos muy blancas y con hoyuelos y contempló a Ana con adoración. Recalcaba al menos una sílaba en cada palabra que pronunciaba—. Tiene usted una sonrisa tan fascinante..., tan *obsesionante*. Supe en cuanto la vi que lo entendería usted *todo*. Estamos en el *mismo plano*. A veces pienso que debo de ser *médium*, señorita Shirley. Siempre sé *instintivamente*, en el momento en que conozco a alguien, si me va a gustar o no. Sentí enseguida que usted era comprensiva, que *entendería*. Es tan dulce que a una la entiendan. A mí no me entiende nadie, señorita Shirley..., *nadie*. Pero en cuanto la vi a usted, una voz interior me susurró: «*Ella* entenderá... con ella puedes ser *tú misma*». Ay, señorita Shirley, seamos *auténticas*..., seamos *siempre* auténticas. Ay, señorita Shirley, ¿me quiere usted un poquitín, un poquitín de nada?

—Me pareces un encanto —dijo Ana, riendo un poco y revolviendo con sus dedos finos los rizos dorados de Hazel. Era muy fácil tomarle cariño a Hazel.

Hazel llevaba un buen rato vaciando el alma ante Ana en el cuarto de la torre, desde donde se veía una luna joven suspendida sobre el puerto y el crepúsculo de un atardecer de finales de mayo llenando de sombra las copas carmesí de los tulipanes bajo las ventanas.

—No encienda usted la luz todavía —le había suplicado Hazel, y Ana había respondido:

—No, qué bonito está esto cuando la oscuridad es amiga tuya, ¿verdad? En cuanto enciendes la luz, conviertes la oscuridad en enemiga, y se te queda mirando desde fuera con rencor.

—Yo puedo *pensar* cosas así, pero nunca sabría expresarlas tan bellamente —gimió Hazel en un arrebató de éxtasis—. Usted habla el lenguaje de las violetas, señorita Shirley.

Hazel no habría sabido explicar ni remotamente qué quería decir con eso, pero no importaba. Sonaba *tan* poético.

El cuarto de la torre era la única habitación tranquila de la casa. Rebecca Dew había dicho aquella mañana, con cara de acosada: «*Hay que* empapelar el salón y el cuarto de invitados como sea antes de que la Sociedad de Damas se reúna aquí», y acto seguido había sacado todos los muebles de ambas estancias para dejar paso a un empapelador que luego se negó a venir hasta el día siguiente. Álamos Ventosos era un caos sin remedio, con un único oasis en el cuarto de la torre.

Hazel Marr tenía un enamoramiento notorio por Ana. Los Marr eran recién llegados a Summerside, pues se habían mudado allí desde Charlottetown durante el invierno. Hazel era «una rubia de octubre», como le gustaba describirse a sí misma, con el pelo de bronce dorado y ojos castaños, y, según declaraba Rebecca Dew, no había vuelto a servir para gran cosa desde que descubrió que era guapa. Pero Hazel era popular, sobre todo entre los chicos, que encontraban sus ojos y sus rizos una combinación del todo irresistible.

A Ana le caía bien. Al principio de la velada había estado cansada y algo pesimista, con esa fatiga que trae la última hora de la tarde

en un aula, pero ahora se sentía descansada; si era por la brisa de mayo, dulce de flor de manzano, que entraba por la ventana, o por la cháchara de Hazel, no habría sabido decirlo. Puede que por las dos cosas. De algún modo, para Ana, Hazel le recordaba a su propia juventud temprana, con todos sus arrebatos e ideales y visiones románticas.

Hazel cogió la mano de Ana y le posó los labios encima con reverencia.

—*Odio* a toda la gente a la que ha querido usted antes que a mí, señorita Shirley. Odio a toda la demás gente a la que quiere usted *ahora*. Quiero poseerla a usted *en exclusiva*.

—¿No te parece que exageras un poco, cariño? *Tú* también quieres a otras personas además de a mí. ¿Y Terry, por ejemplo?

—Ay, señorita Shirley, es justo de eso de lo que quiero hablarle. No puedo soportarlo en silencio ni un minuto más..., no *puedo*. *Tengo* que hablarlo con alguien..., alguien que *entienda*. Salí anteanoche y estuve dando vueltas y vueltas alrededor del estanque toda la noche..., bueno, casi..., hasta las doce, por lo menos. Lo he sufrido todo, *todo*.

Hazel se puso todo lo trágica que le permitían una cara redonda, sonrosada y blanca, unos ojos de pestañas largas y una aureola de rizos.

—Pero, Hazel, cielo, yo creía que Terry y tú erais tan felices..., que todo estaba decidido.

No se podía culpar a Ana por pensarlo así. Durante las tres semanas anteriores, Hazel le había hablado con delirio de Terry Garland, pues la actitud de Hazel era: de qué sirve tener novio si no puedes hablar de él con alguien.

—*Todo el mundo* piensa eso —replicó Hazel con gran amargura—. Ay, señorita Shirley, la vida me parece tan llena de problemas desconcertantes. A veces siento que quisiera tumbarme en algún

sitio..., en *cualquier sitio...*, y cruzar las manos y no volver a *pensar* nunca más.

—Niña mía, ¿qué es lo que ha ido mal?

—Nada..., y *todo*. Ay, señorita Shirley, ¿*puedo* contárselo todo?, ¿*puedo* verter en usted toda mi alma?

—Claro que sí, cielo.

—Es que no tengo ningún sitio donde verter mi alma —dijo Hazel con voz patética—. Salvo en mi diario, claro está. ¿Me dejará enseñarle mi diario algún día, señorita Shirley? Es una revelación de mí misma. Y aun así no consigo poner por escrito lo que me arde dentro del alma. Eso... eso me *ahoga*. —Hazel se llevó la mano a la garganta con gesto teatral.

—Claro que me gustaría verlo, si tú quieres. Pero ¿qué es ese problema entre Terry y tú?

—Ay, iTerry! Señorita Shirley, ¿me creerá si le digo que Terry me parece un *desconocido*? ¡Un desconocido! Alguien a quien no hubiera visto nunca —añadió Hazel, para que no quedara ninguna duda.

—Pero, Hazel..., yo creía que lo querías..., dijiste que...

—Ay, ya lo sé. Yo también *creía* que lo quería. Pero ahora sé que todo fue un error terrible. Ay, señorita Shirley, no se imagina lo *difícil* que es mi vida..., lo *imposible* que es.

—Algo sé yo de eso —dijo Ana con simpatía, recordando a Roy Gardner.

—Ay, señorita Shirley, estoy segura de que no lo quiero lo bastante como para casarme con él. Ahora me doy cuenta, ahora que ya es tarde. Me dejé embaucar por la luna para creer que lo quería. Si no llega a ser por la luna, estoy segura de que habría pedido tiempo para pensármelo. Pero perdí pie, ahora lo veo claro. Ay, me escaparé..., ¡haré algo desesperado!

—Pero, Hazel, cielo, si sientes que te has equivocado, ¿por qué no decírselo sin más...?

—Ay, señorita Shirley, ¡no podría! Lo mataría. Me adora sin más. No hay ninguna salida posible, la verdad. Y Terry ya empieza a hablar de casarse. Imagínese..., una niña como yo..., si solo tengo dieciocho años. Todas las amigas a las que se lo he contado en secreto me están felicitando..., y es una farsa tremenda. Creen que Terry es un buen partido porque va a heredar diez mil dólares cuando cumpla los veinticinco. Se los dejó su abuela. ¡Como si a mí me importara algo tan sórdido como el *dinero*! Ay, señorita Shirley, ¿por qué es este un mundo tan interesado..., por qué?

—Supongo que es interesado en algunos aspectos, pero no en todos, Hazel. Y si sientes esto por Terry... todos cometemos errores..., a veces cuesta mucho conocer nuestro propio corazón...

—Ay, ¿verdad que sí? *Sabía* que usted lo entendería. *Sí* que creía que lo quería, señorita Shirley. La primera vez que lo vi me quedé sentada mirándolo toda la velada. Me recorrían *oleadas* cuando me cruzaba con sus ojos. Era *tan* guapo..., aunque incluso entonces pensé que tenía el pelo *demasiado* rizado y las pestañas demasiado claras. *Eso* tendría que haberme avisado. Pero yo siempre pongo el alma en todo, ya sabe..., soy tan intensa. Sentía pequeños escalofríos de éxtasis cada vez que se me acercaba. Y ahora no siento nada..., ¡*nada*! Ay, he envejecido estas últimas semanas, señorita Shirley..., ¡*vieja*! Apenas he comido nada desde que me prometí. Mi madre se lo podría decir. Estoy *segura* de que no lo quiero lo bastante como para casarme con él. Sea lo que sea de lo demás que dude, *de eso* sí que estoy segura.

—Entonces no deberías...

—Incluso aquella noche de luna en que me pidió matrimonio, yo estaba pensando en qué vestido me pondría para la fiesta de disfraces de Joan Pringle. Pensé que sería precioso ir de Reina de Mayo, de verde pálido, con una banda de verde más oscuro y un ramillete de rosas rosa pálido en el pelo. Y un mayo adornado con

rositas menudas y colgado de cintas rosas y verdes. ¿A que habría sido precioso? Y entonces al tío de Joan le dio por morirse y Joan no pudo dar la fiesta al final, así que todo quedó en nada. Pero la cuestión es... que si mis pensamientos andaban vagando así, no podía quererlo de verdad, ¿a que no?

—No lo sé..., nuestros pensamientos nos juegan malas pasadas a veces.

—La verdad es que no creo que quiera casarme nunca, señorita Shirley. ¿No tendrá usted por casualidad a mano un palito de naranjo? Gracias. Se me están estropeando las medialunas. Bien puedo hacérmelas mientras hablo. ¿A que es una delicia estar así, intercambiando confidencias? Es tan raro tener la ocasión..., el mundo se entromete tanto. Bueno, ¿por dónde iba?..., ah, sí, Terry. ¿Qué voy a hacer, señorita Shirley? Quiero su consejo. Ay, ¡me siento como un animal atrapado!

—Pero, Hazel, es tan sencillo...

—Ay, ¡no tiene nada de sencillo, señorita Shirley! Es espantosamente complicado. Mamá está increíblemente contenta, pero tía Jean no. A *ella* no le gusta Terry, y todo el mundo dice que tiene tan buen criterio. No quiero casarme con nadie. Soy ambiciosa..., quiero hacer carrera. A veces pienso que me gustaría ser monja. ¿A que sería maravilloso ser la esposa del cielo? Creo que la Iglesia católica es *tan* pintoresca, ¿no le parece? Aunque claro que yo no soy católica..., y de todos modos, supongo que apenas se podría llamar carrera a eso. Siempre he sentido que me encantaría ser enfermera. Es una profesión tan romántica, ¿no cree? Refrescar frentes afiebradas y todo eso..., y que algún paciente millonario y guapísimo se enamore de mí y me lleve a pasar la luna de miel a una villa en la Riviera, con vistas al sol de la mañana y al Mediterráneo azul. Me he *visto* a mí misma en eso. Sueños tontos, tal vez, pero ay, tan dulces. No *puedo* renunciar a ellos por la prosaica realidad de casarme con Terry Garland y quedarme a vivir en *Summerside*.

Hazel se estremeció solo de pensarlo y examinó una medialuna con ojo crítico.

—Supongo... —empezó Ana.

—No tenemos *nada* en común, ¿sabe usted?, señorita Shirley. A él no le interesan la poesía ni el romance, y eso es mi propia *vida*. A veces pienso que debo de ser una reencarnación de Cleopatra..., ¿o sería de Helena de Troya?..., una de esas criaturas lánguidas y seductoras, en fin, alguna de ellas. Tengo unos pensamientos y sentimientos *tan maravillosos*..., no sé de dónde los saco si no es por eso. Y Terry es tan terriblemente prosaico..., no puede ser la reencarnación de nadie. Lo que dijo cuando le conté lo de la pluma de ave de Vera Fry lo demuestra, ¿a que sí?

—Pues no había oído hablar nunca de la pluma de ave de Vera Fry —dijo Ana, paciente.

—Ah, ¿no? Creía habérselo contado. Le he contado tantas cosas. El novio de Vera le regaló una pluma que él mismo había hecho con una péñola que encontró caída del ala de un cuervo. Le dijo: «Que tu espíritu remonte al cielo con ella cada vez que la uses, como el pájaro que un día la llevó». ¿A que era *maravilloso*? Pero Terry dijo que la pluma se gastaría enseguida, sobre todo si Vera escribía tanto como hablaba, y que además él no creía que los cuervos remontaran nunca al cielo. Se le escapó por completo el sentido de todo aquello..., su esencia misma.

—¿Y cuál *era* su sentido?

—Ay..., pues..., pues... *remontar*, ya sabe, alejarse de los terrones de la tierra. ¿Se fijó usted en el anillo de Vera? Un zafiro. A mí me parece que los zafiros son demasiado oscuros para un anillo de compromiso. Preferiría con mucho su querido y romántico anillito de perlas. Terry quería darme el mío enseguida..., pero le dije que todavía no..., que sería como un grillete..., tan *irrevocable*, ¿sabe? No me habría sentido así si de verdad lo hubiera querido, ¿a que no?

—No, me temo que no...

—Ha sido tan *maravilloso* contarle a alguien lo que de verdad siento. Ay, señorita Shirley, si tan solo pudiera volver a encontrarme libre..., ¡libre para buscar el sentido más hondo de la vida! Terry no entendería lo que quiero decir si le dijera *eso*. Y sé que tiene mal genio..., todos los Garland lo tienen. Ay, señorita Shirley..., si tan solo hablara usted con él..., le dijera lo que siento..., él la considera maravillosa..., se dejaría guiar por lo que usted le dijera.

—Hazel, niña mía, ¿cómo iba yo a hacer eso?

—No veo por qué no. —Hazel terminó de pulirse la última medialuna y dejó el palito de naranjo con gesto trágico—. Si usted no puede, no hay salvación posible en *ninguna parte*. Pero yo no puedo casarme nunca, *nunca*, NUNCA con Terry Garland.

—Si no quieres a Terry, deberías ir a decírselo..., por mal que le siente. Algún día conocerás a alguien a quien de verdad puedas querer, Hazel, cielo..., y entonces no tendrás ninguna duda..., lo *sabrás*.

—Jamás volveré a querer a *nadie* —dijo Hazel con calma pétrea—. El amor solo trae penas. Aunque soy joven, ya he aprendido *eso*. Esto daría un argumento maravilloso para uno de sus cuentos, ¿a que sí, señorita Shirley? Tengo que irme..., no tenía ni idea de que fuera tan tarde. Me siento *tan* aliviada desde que me he confiado a usted..., «he tocado tu alma en la penumbra», como dice Shakespeare.

—Creo que era de Pauline Johnson —dijo Ana con dulzura.

—Bueno, sabía que era de alguien..., de alguien que había *vivido*. Creo que esta noche voy a poder dormir, señorita Shirley. Apenas he dormido desde que me encontré prometida con Terry, sin tener la *más mínima* idea de cómo había llegado a pasar todo aquello.

Hazel se ahuecó el pelo y se puso el sombrero, un sombrero con el ala forrada de rosa y flores rosadas alrededor. Estaba tan arrebatadoramente guapa con él que Ana la besó por impulso. — Eres lo más bonito que hay, cielo —le dijo con admiración.

Hazel se quedó muy quieta.

Luego alzó los ojos y se quedó mirando fijamente el techo del cuarto de la torre, fijamente a través del desván de encima, en busca de las estrellas.

—Jamás, *jamás* olvidaré este momento *maravilloso*, señorita Shirley —murmuró con arrobó—. Siento que mi belleza..., si es que tengo alguna..., ha quedado *consagrada*. Ay, señorita Shirley, no sabe usted lo verdaderamente terrible que es tener fama de guapa y vivir siempre con miedo de que, cuando la gente la conozca a una, no la vaya a encontrar tan guapa como decían. Es una *tortura*. A veces me *muero* de mortificación porque me imagino que se les nota la decepción. Puede que solo sea imaginación mía..., soy *tan* imaginativa..., demasiado, para mi propio bien, me temo. Me *imaginé* que estaba enamorada de Terry, ¿ve usted? Ay, señorita Shirley, ¿*puede* oler el aroma de la flor de manzano?

Como tenía nariz, Ana podía.

—¿A que es sencillamente *divino*? Espero que en el cielo haya *solo* flores. Una podría ser buena si viviera dentro de un lirio, ¿a que sí?

—Me temo que sería un poco agobiante —dijo Ana con retintín.

—Ay, señorita Shirley, no..., *no* sea usted sarcástica con su pequeña adoradora. El sarcasmo me *marchita* como a una hoja.

—Veo que no la ha dejado usted del todo muerta a fuerza de hablar —dijo Rebecca Dew, cuando Ana volvió tras acompañar a Hazel hasta el final del callejón de los Fantasma—. No sé cómo la aguanta usted.

—Me cae bien, Rebecca, de verdad que sí. *Yo* era una charlatancilla espantosa cuando era niña. Me pregunto si a la gente que tenía que escucharme le sonaba yo tan tonta como a veces me suena Hazel a mí.

—No la conocí a usted de niña, pero estoy segura de que no —dijo Rebecca—. Porque usted *quería decir* lo que decía, se expresara

como se expresara, y Hazel Marr no. Esa no es más que leche desnatada haciéndose pasar por nata.

—Ah, claro que se dramatiza un poco, como casi todas las chicas, pero creo que dice en serio algunas de las cosas que dice —repuso Ana, pensando en Terry. Quizá fuera porque tenía una opinión bastante pobre del susodicho Terry por lo que creía que Hazel iba muy en serio con todo lo que decía sobre él. Ana pensaba que Hazel se estaba echando a perder con Terry, a pesar de los diez mil dólares que iba «a heredar». Ana consideraba a Terry un muchacho apuesto y bastante débil de carácter, que se enamoraría de la primera chica guapa que le hiciera ojitos y que, con la misma facilidad, se enamoraría de la siguiente si la primera lo rechazaba o lo dejaba solo demasiado tiempo.

Ana había visto bastante a Terry aquella primavera, pues Hazel había insistido en que hiciera de carabina con frecuencia; y estaba destinada a verlo aún más, porque Hazel se fue de visita a unas amigas de Kingsport y, durante su ausencia, Terry se pegó bastante a Ana, sacándola a pasear en coche y «acompañándola a casa» desde donde fuera. Se llamaban «Ana» y «Terry» el uno al otro, pues tenían más o menos la misma edad, aunque Ana sentía por él un cariño bastante maternal. Terry se sentía inmensamente halagado de que «la lista de la señorita Shirley» pareciera disfrutar de su compañía, y se puso tan sentimental la noche de la fiesta de May Connelly, en un jardín iluminado por la luna donde las sombras de las acacias se agitaban locamente, que Ana, divertida, le recordó a la ausente Hazel.

—¡Ah, Hazel! —dijo Terry—. ¡Esa cría!

—Estás prometido con «esa cría», ¿no? —dijo Ana con severidad.

—No es que estemos prometidos de verdad..., no son más que tonterías de críos. Yo..., supongo que sencillamente perdí pie con la luna.

Ana se puso a pensar deprisa. Si a Terry de verdad le importaba tan poco Hazel como parecía, la chiquilla estaría mucho mejor

librándose de él. Quizá aquella fuera una ocasión caída del cielo para sacar a los dos del embrollo absurdo en que se habían metido y del que ninguno de los dos, tomándoselo todo con la mortal seriedad de la juventud, sabía cómo escapar.

—Claro —siguió Terry, malinterpretando su silencio—, reconozco que estoy en un buen aprieto. Me temo que Hazel se lo ha tomado un poco demasiado en serio, y no sé muy bien cuál sería la mejor manera de abrirle los ojos a su error.

Ana, impulsiva, adoptó su expresión más maternal.

—Terry, sois dos niños jugando a ser mayores. Hazel no te quiere de verdad ni un ápice más de lo que tú la quieres a ella. Por lo visto la luna os afectó a los dos. *Ella* quiere ser libre, pero le da miedo decírtelo por no herir tus sentimientos. No es más que una chica romántica y desconcertada, y tú un chico enamorado del amor, y algún día los dos os reiréis de buena gana de vosotros mismos.

(«Creo que lo he expresado muy bien», pensó Ana, complacida.)

Terry respiró hondo.

—Me has quitado un peso de encima, Ana. Hazel es una monada, claro está, y me daba pena pensar que le hacía daño, pero hace semanas que me he dado cuenta de mi..., de nuestro error. Cuando uno conoce a una *mujer...*, a *la* mujer... ¿No entras todavía, Ana? ¿Vamos a desperdiciar toda esta luz de luna tan buena? Pareces una rosa blanca bajo la luna..., Ana...

Pero Ana ya había echado a volar.

CAPÍTULO 11

Ana, que estaba corrigiendo exámenes en el cuarto de la torre una tarde de mediados de junio, se detuvo a sonarse la nariz. Se la había sonado tantas veces aquella tarde que la tenía roja como una rosa y bastante dolorida. La verdad era que Ana era víctima de un resfriado muy fuerte y de lo más antirromántico. No la dejaba disfrutar del suave cielo verde tras las tsugas de Evergreen, ni de la luna de plata blanca suspendida sobre el Rey de la Tormenta, ni del perfume embriagador de las lilas bajo su ventana, ni de los lirios de un azul escarchado, como trazados a lápiz, del jarrón sobre su mesa. Le oscurecía todo el pasado y le ensombrecía todo el futuro.

—Un resfriado en junio es una inmoralidad —le dijo a Dusty Miller, que meditaba sobre el alféizar de la ventana—. Pero dentro de dos semanas a partir de hoy estaré en mi querida Tejas Verdes, en lugar de cocerme aquí a fuego lento entre exámenes llenos de disparates, sonándome una nariz ya agotada. Piénsalo, Dusty Miller.

Por lo visto, Dusty Miller lo pensó. Puede que también pensara que la señorita que venía deprisa por el callejón de los Fantasma, y luego calle abajo y por el sendero de siempre, parecía enfadada y alterada y nada propia de junio. Era Hazel Marr, que acababa de volver de Kingsport apenas el día anterior, y evidentemente muy alterada, y que, unos minutos después, irrumpió como una tromba en el cuarto de la torre sin esperar respuesta a su golpe seco en la puerta.

—Vaya, Hazel, cielo... —(*iAchís!*)...— ¿ya has vuelto de Kingsport? No te esperaba hasta la semana que viene.

—No, ya supongo que no —dijo Hazel con sarcasmo—. Pues sí, señorita Shirley, he *vuelto*. ¿Y con qué me encuentro? Con que ha hecho usted todo lo posible por quitarme a Terry..., y que casi lo ha conseguido.

—iHazel! —(*iAchís!*)

—Ah, si ya lo sé todo. Le dijo usted a Terry que yo no lo quería..., que quería romper nuestro compromiso..., inuestro compromiso *sagrado*!

—Hazel..., niña. —(*iAchís!*)

—Ah, sí, búrlese usted de mí..., búrlese de todo. Pero no intente negarlo. Lo hizo usted..., y lo hizo *adrede*.

—Claro que lo hice. Me lo pediste tú.

—iYo..., se lo pedí..., a usted!

—Aquí mismo, en este mismo cuarto. Me dijiste que no lo querías y que nunca podrías casarte con él.

—Ay, sería solo un estado de ánimo, supongo. Nunca soñé que se lo fuera usted a tomar en serio. Pensé que *usted* entendería el temperamento artístico. Es usted muchísimo mayor que yo, claro, pero ni siquiera *usted* puede haber olvidado las locuras que dicen..., que sienten..., las chicas. ¡*Usted*, que fingía ser mi amiga!

«Esto tiene que ser una pesadilla», pensó la pobre Ana, sonándose la nariz. —Siéntate, Hazel..., anda.

—iSentarme! —Hazel se puso a caminar como una loca de un lado a otro de la habitación—. ¿Cómo voy a sentarme..., cómo va a sentarse *nadie* cuando tiene la vida hecha ruinas a su alrededor? Ay, si esto es lo que hace la vejez..., envidiar la felicidad de los más jóvenes y estar decidida a destrozarla..., pediré en mis oraciones no llegar nunca a vieja.

A Ana le hormiguearon de pronto las manos con las ganas de abofetear a Hazel, con un hormigueo extraño, horrible y primitivo. Lo sofocó tan al instante que después nunca llegaría a creer que de verdad lo había sentido. Pero sí pensó que convenía un pequeño y suave castigo.

—Si no puedes sentarte y hablar con sensatez, Hazel, preferiría que te marcharas. —(*Un achís de lo más violento.*)— Tengo trabajo que hacer. —(Sniff..., sniff..., resoplido)

—No me voy a marchar sin decirle exactamente lo que pienso de usted. Ay, ya sé que la culpa es solo mía..., debería haberlo sabido..., ya lo *sabía*. Sentí intuitivamente la primera vez que la vi que era usted *peligrosa*. ¡Ese pelo rojo y esos ojos verdes! Pero nunca *soñé* que llegara usted tan lejos como para meter cizaña entre Terry y yo. Creía que por lo menos era usted *cristiana*. Nunca *había oído* que nadie hiciera una cosa así. En fin, me ha roto usted el corazón, si eso le sirve de algún consuelo.

—Gansita...

—¡No pienso hablar con usted! Ay, Terry y yo éramos tan felices antes de que lo estropeará usted todo. Yo era tan feliz..., la primera de mi grupo de amigas en prometerse. Hasta tenía toda la boda planeada..., cuatro damas de honor con preciosos vestidos de seda azul pálido y cinta de terciopelo negro en los volantes. ¡Tan chic! Ay, ¡ya no sé si la odio más o si la compadezco más! Ay, ¿cómo *ha podido* tratarme así..., después de haberla *querido* tanto..., de haber *confiado* tanto en usted..., de haber *creído* tanto en usted!

A Hazel se le quebró la voz, se le llenaron los ojos de lágrimas, se desplomó en una mecedora.

«Ya no le deben de quedar muchos signos de exclamación», pensó Ana, «pero sin duda la reserva de cursivas es inagotable».

—Esto va a matar a mi pobre mamá —sollozó Hazel—. Estaba tan contenta..., *todo el mundo* estaba tan contento..., todos pensaban que era un matrimonio *ideal*. Ay, ¿podrá *algo* volver a ser alguna vez como era antes?

—Espera a la próxima noche de luna e inténtalo de nuevo —dijo Ana con dulzura.

—Ay, sí, ríase, señorita Shirley..., ríase de mi sufrimiento. No me cabe la menor duda de que le parece todo muy divertido..., ¡muy divertido, desde luego! *Usted* no sabe lo que es sufrir. Es terrible..., ¡terrible!

Ana miró el reloj y estornudó.

—Pues entonces no sufras —dijo, sin compasión.

—*Sí* que voy a sufrir. Mis sentimientos son *muy* profundos. Claro que un alma *superficial* no sufriría. Pero doy gracias de no ser *superficial*, sea yo lo que sea en todo lo demás. ¿Tiene usted *alguna* idea de lo que significa estar enamorada, señorita Shirley? De verdad, terriblemente, *maravillosamente* enamorada. ¿Y luego confiar y que la engañen a una? Me fui a Kingsport *tan* feliz..., queriendo a todo el mundo. Le dije a Terry que fuera bueno con usted mientras yo estaba fuera..., que no la dejara sentirse sola. Volví anoche *tan* feliz. Y me dijo que ya no me quería..., que todo había sido un error..., ¡un *error*!..., y que *usted* le había dicho que yo ya no lo quería, y que deseaba ser *libre*.

—Mis intenciones eran honorables —dijo Ana, riendo. Su travieso sentido del humor había acudido en su rescate, y se estaba riendo tanto de sí misma como de Hazel.

—Ay, ¿cómo he sobrevivido a la noche? —dijo Hazel, desatada—. No he hecho más que andar de un lado a otro. Y usted no sabe..., ni se puede *imaginar* lo que he pasado hoy. He tenido que sentarme a escuchar..., de verdad *escuchar*..., a la gente hablar del enamoramiento de Terry por *usted*. Ay, ¡la gente la ha estado vigilando! *Ellos* saben lo que ha estado haciendo usted. Y por qué..., ¡por qué! Eso es lo que *no puedo* entender. Tenía usted su propio novio..., ¿por qué no me podía dejar el mío? ¿Qué tenía usted contra mí? ¿Qué le había *hecho* yo?

—Creo —dijo Ana, ya completamente exasperada— que Terry y tú necesitáis los dos una buena azotaina. Si no estuvieras demasiado

enfadada para atender a razones...

—Ay, no estoy *enfadada*, señorita Shirley..., solo *dolida*..., terriblemente dolida —dijo Hazel con una voz de lo más empañada de lágrimas—. Siento que me han traicionado en *todo*..., en la amistad tanto como en el amor. En fin, dicen que después de que se te rompe el corazón ya no vuelves a sufrir nunca más. Espero que sea verdad, pero me temo que no.

—¿Y qué ha sido de tu ambición, Hazel? ¿Y del paciente millonario y la villa de luna de miel en el Mediterráneo azul?

—La verdad es que no sé de qué me habla, señorita Shirley. No soy nada ambiciosa..., no soy de esas mujeres modernas tan horribles. Mi mayor ambición *era* ser una esposa feliz y hacerle un hogar feliz a mi marido. ¡*Era*..., *era*! Pensar que ahora tenga que decirlo en pasado. En fin, no conviene fiarse de *nadie*. *Eso* lo he aprendido. ¡Una lección amarga, amarguísima!

Hazel se secó los ojos y Ana se sonó la nariz, y Dusty Miller miró fijamente al lucero de la tarde con expresión de misántropo.

—Creo que será mejor que te vayas, Hazel. Tengo mucho trabajo de verdad, y no veo qué se gana alargando esta conversación.

Hazel caminó hasta la puerta con el aire de María Estuardo camino del cadalso, y allí se volvió con gesto teatral.

—Adiós, señorita Shirley. La dejo con su conciencia.

Ana, sola con su conciencia, dejó la pluma, estornudó tres veces y se dio a sí misma una buena reprimenda.

—Serás licenciada, Ana Shirley, pero todavía te quedan un par de cosas por aprender..., cosas que hasta Rebecca Dew podría haberte enseñado..., que te *enseñó*. Sé sincera contigo misma, niña, y traga tu propia medicina como una dama valiente. Admite que te dejaste llevar por la lisonja. Admite que de verdad te gustaba la adoración que Hazel profesaba por ti. Admite que te resultaba agradable que te adoraran. Admite que te gustaba la idea de ser una especie de *dea ex machina*..., salvar a la gente de su propia insensatez cuando

ni por asomo querían que las salvaran de ella. Y una vez admitido todo esto, y sintiéndote más sabia y más triste y unos cuantos miles de años más vieja, coge la pluma y sigue con tus exámenes, no sin antes anotar de pasada que, según Myra Pringle, un serafín es «un animal que abunda en África».

CAPÍTULO 12

Una semana después llegó una carta para Ana, escrita en papel azul pálido con el borde plateado.

QUERIDA SEÑORITA SHIRLEY:

Le escribo esta carta para decirle que entre Terry y yo se ha disipado *todo malentendido* y que somos tan profunda, intensamente, *maravillosamente* felices que hemos decidido que podemos perdonarla. Terry dice que solo se dejó llevar por un capricho de luna al cortejarla, pero que su corazón nunca se apartó *de verdad* de su fidelidad hacia mí. Dice que a él lo que de verdad le gustan son las chicas *dulces y sencillas* —como les gustan a *todos los hombres*— y que no tiene ningún interés en las intrigantes y calculadoras. No entendemos por qué se comportó usted con nosotros como lo hizo; nunca lo entenderemos. Quizá solo quería material para un cuento y pensó que podía encontrarlo entrometiéndose en el primer amor, dulce y tembloroso, de una muchacha. Pero le damos las gracias por *habernos revelado a nosotros mismos*. Terry dice que nunca antes había comprendido el sentido más hondo de la vida. Así que, en realidad, todo ha sido para bien. Somos *tan* compasivos que sentimos los pensamientos el uno del otro. Nadie lo entiende más que yo, y quiero ser para él una *fuentes de inspiración* para siempre. Yo no soy lista como *usted*, pero siento que puedo serlo, porque somos *almas gemelas* y nos hemos jurado eterna *fidelidad y constancia* el uno al otro, por muchas *personas envidiosas y falsos amigos* que traten de sembrar cizaña entre nosotros.

Nos casaremos en cuanto tenga listo el ajuar. Voy a subir a Boston a comprarlo. La verdad es que en Summerside no hay *nada* de nada. Mi vestido será de *muaré blanco* y mi traje de viaje será gris paloma, con sombrero, guantes y blusa de *azul delfinio*. Claro que soy muy joven, pero quiero casarme mientras *sea* joven, antes de que la vida pierda su *lozanía*.

Terry es todo lo que mis *sueños más disparatados* podían imaginar, y cada *pensamiento* de mi corazón es solo para él. Sé que vamos a ser *arrebataдорamente felices*. Antes creía que todas mis amigas se *alegrarían* conmigo de mi felicidad, pero desde entonces he aprendido una *amarga lección* de *sabiduría mundana*.

Atentamente,

HAZEL MARR.

P. D. 1. Usted me dijo que Terry tenía *un genio terrible*. Pues resulta que es un cordero perfecto, según dice su hermana.

H. M.

P. D. 2. He oído que el *zumو de limón* blanquea las pecas. Podría probárselo en la nariz.

H. M.

—Citando a Rebecca Dew —le comentó Ana a Dusty Miller—, la posdata número dos es la gota que colma el vaso.

CAPÍTULO 13

Ana volvió a casa para pasar sus segundas vacaciones de Summerside con sentimientos encontrados. Gilbert no estaría en Avonlea aquel verano: se había ido al oeste a trabajar en un nuevo ferrocarril que se estaba construyendo. Pero Tejas Verdes seguía siendo Tejas Verdes, y Avonlea seguía siendo Avonlea. El Lago de las Aguas Refulgentes brillaba y centelleaba como siempre. Los helechos seguían creciendo tan espesos sobre la Burbuja de la Dríada, y el puente de troncos, aunque cada año estaba un poco más desvencijado y musgoso, seguía llevando hasta las sombras, los silencios y las canciones del viento del Bosque Encantado.

Y Ana había convencido a la señora Campbell de que dejara ir con ella a la pequeña Elizabeth durante una quincena —ni un día más—. Pero a Elizabeth, que tenía por delante dos semanas enteras con la señorita Shirley, no le pedía nada más a la vida.

—Hoy me siento como la *señorita* Elizabeth —le dijo a Ana con un suspiro de deliciosa emoción, mientras se alejaban en coche de Álamos Ventosos—. ¿Sería tan amable de llamarme «señorita Elizabeth» cuando me presente a sus amigos de Tejas Verdes? Me haría sentir tan mayor.

—Lo haré —prometió Ana con gravedad, recordando a una damisela pequeña y pelirroja que en otro tiempo había suplicado que la llamaran Cordelia.

El trayecto en coche de Elizabeth desde Bright River hasta Tejas Verdes, por una carretera que solo la Isla del Príncipe Eduardo en

junio sabe ofrecer, fue para ella algo casi tan arrebatador como lo había sido para Ana aquella memorable tarde de primavera tantos años atrás. El mundo era hermoso, con prados ondulados por el viento a cada lado y sorpresas al acecho en cada recodo. Estaba con su querida señorita Shirley; se libraría de la Mujer durante dos semanas enteras; tenía un vestido nuevo de guinga rosa y un precioso par de botines marrones nuevos. Era casi como si el Mañana ya estuviera allí, con catorce Mañanas por delante. A Elizabeth le brillaban los ojos de pura ilusión cuando entraron en el camino de Tejas Verdes, donde crecían las rosas silvestres rosadas.

Para Elizabeth, todo pareció cambiar como por arte de magia en cuanto llegó a Tejas Verdes. Durante dos semanas vivió en un mundo de novela. No se podía salir por la puerta sin toparse con algo romántico. En Avonlea, las cosas tenían que pasar por fuerza: si no era hoy, sería mañana. Elizabeth sabía que *todavía* no había entrado del todo en el Mañana, pero sabía que estaba ya en sus mismos límites.

Todo lo que había en Tejas Verdes, y a su alrededor, parecía conocerla ya. Hasta la vajilla de té de capullos de rosa de Marilla le resultaba como una vieja amiga. Las habitaciones la miraban como si siempre la hubieran conocido y querido; la hierba misma era más verde que en ningún otro sitio; y la gente que vivía en Tejas Verdes era la clase de gente que vivía en el Mañana. Ella los quería y ellos la querían a ella. Davy y Dora la adoraban y la mimaban; Marilla y la señora Lynde la aprobaban. Era pulcra, era formal, era educada con sus mayores. Todos sabían que a Ana no le gustaban los métodos de la señora Campbell, pero saltaba a la vista que había educado bien a su bisnieta.

—Ay, no quiero dormirme, señorita Shirley —susurró Elizabeth cuando ya estaban en la cama, en la pequeña buhardilla del porche, después de una noche arrebatadora—. No quiero perderme durmiendo ni un solo minuto de estas dos semanas maravillosas. Ojalá pudiera pasar sin dormir nada mientras estoy aquí.

Durante un rato no se durmió. Era una delicia quedarse allí tumbada, escuchando aquel espléndido trueno grave que la señorita Shirley le había dicho que era el sonido del mar. A Elizabeth le encantaba, igual que el suspiro del viento en los aleros. Elizabeth siempre había tenido «miedo de la noche». ¿Quién sabía qué cosa extraña podía saltar sobre una desde la oscuridad? Pero ahora ya no tenía miedo. Por primera vez en su vida, la noche le parecía una amiga.

Al día siguiente irían a la playa, le había prometido la señorita Shirley, y se darían un chapuzón en aquellas olas de cresta plateada que habían visto romper más allá de las dunas verdes de Avonlea al pasar la última colina en el coche. Elizabeth podía verlas llegar, una tras otra. Una de ellas era una gran ola oscura de sueño —que rompió justo sobre ella—, y Elizabeth se ahogó en ella con un delicioso suspiro de rendición.

«Es... tan... fácil... amar... a Dios... aquí», fue su último pensamiento consciente.

Pero se quedaba despierta un rato cada noche de su estancia en Tejas Verdes, mucho después de que la señorita Shirley se hubiera dormido, dándole vueltas a las cosas. ¿Por qué no podía la vida en Evergreen ser como la vida en Tejas Verdes?

Elizabeth nunca había vivido en un sitio donde pudiera hacer ruido si le apetecía. En Evergreen todo el mundo tenía que moverse con suavidad, hablar con suavidad, e incluso, así lo sentía Elizabeth, *pensar* con suavidad. Había veces en que a Elizabeth le entraban unas ganas perversas de gritar fuerte y largo rato.

—Aquí puedes hacer todo el ruido que quieras —le había dicho Ana. Pero era extraño: ya no le apetecía gritar, ahora que nada se lo impedía. Le gustaba andar en silencio, pisando con delicadeza entre todas las cosas hermosas que la rodeaban. Pero Elizabeth aprendió a reír durante aquella estancia en Tejas Verdes. Y cuando volvió a Summerside se llevó consigo recuerdos deliciosos y dejó otros tantos deliciosos recuerdos tras de sí. Para la gente de Tejas Verdes, Tejas

Verdes quedó durante meses lleno de recuerdos de la pequeña Elizabeth. Porque «la pequeña Elizabeth» seguía siendo para ellos, a pesar de que Ana la había presentado solemnemente como «la señorita Elizabeth». Era tan menuda, tan dorada, tan de duende, que no podían pensar en ella sino como la pequeña Elizabeth: la pequeña Elizabeth bailando en un jardín crepuscular entre los lirios blancos de junio; enroscada en una rama del gran manzano Duchess, leyendo cuentos de hadas, sin que nadie se lo impidiera ni la molestara; la pequeña Elizabeth medio hundida en un campo de ranúnculos, donde su cabecita dorada parecía solo un ranúnculo más grande; persiguiendo mariposas nocturnas de un verde plateado o intentando contar las luciérnagas en el Sendero de los Enamorados; escuchando a los abejorros zumbear entre las campánulas; comiendo fresas con nata que le daba Dora en la despensa, o grosellas rojas con ella en el patio —«las grosellas rojas son una cosa tan bonita, ¿verdad, Dora? Es como comerse joyas, ¿a que sí?»—; la pequeña Elizabeth cantando para sí en el crepúsculo encantado de los abetos, con los dedos perfumados de recoger las grandes y mullidas «rosas repollo» de color rosa; contemplando la gran luna que colgaba sobre el valle del arroyo —«creo que la luna tiene los ojos *preocupados*, ¿no le parece, señora Lynde?»—; llorando amargamente porque un capítulo de la novela por entregas de la revista de Davy dejaba al héroe en un aprieto terrible —«¡Ay, señorita Shirley, estoy segura de que no podrá sobrevivir a esto!»—; la pequeña Elizabeth hecha un ovillo, toda sonrosada y dulce como una rosa silvestre, durante una siesta de tarde en el sofá de la cocina, con los gatitos de Dora acurrucados a su alrededor; muerta de risa al ver cómo el viento levantaba las dignas colas de las viejas gallinas por encima de sus lomos —¿podía ser la pequeña Elizabeth la que se reía así?—; ayudando a Ana a glasear las magdalenas, a la señora Lynde a cortar los retales para una nueva colcha de «cadena irlandesa doble», y a Dora a frotar los viejos candelabros de latón hasta que se veían la cara reflejada en ellos; recortando bizcochitos diminutos con un dedal bajo la tutela de Marilla. Y es que la gente de Tejas Verdes apenas podía mirar un lugar o una cosa sin que le viniera a la memoria la pequeña Elizabeth.

«Me pregunto si alguna vez volveré a tener una quincena tan feliz», pensó la pequeña Elizabeth mientras se alejaba de Tejas Verdes en el coche. El camino hacia la estación era tan hermoso como lo había sido dos semanas antes, pero la mitad del tiempo la pequeña Elizabeth no podía verlo por las lágrimas.

—No habría creído que pudiera echar tanto de menos a una niña —dijo la señora Lynde.

Cuando la pequeña Elizabeth se marchó, llegaron Katherine Brooke y su perro para pasar el resto del verano. Katherine había dimitido de su puesto en el instituto al terminar el curso y tenía intención de ir a Redmond en otoño para hacer un curso de secretariado en la Universidad de Redmond. Ana se lo había aconsejado.

—Sé que te gustaría, y nunca te ha gustado dar clase —dijo esta, mientras una tarde estaban sentadas en un rincón cubierto de tréboles y helechos, contemplando el esplendor de un cielo de atardecer.

—La vida me debe más de lo que me ha pagado, y voy a salir a cobrármelo —dijo Katherine con decisión—. Me siento mucho más joven que hace un año por estas fechas —añadió, riendo.

—Estoy segura de que es lo mejor que puedes hacer, pero me duele pensar en Summerside y el instituto sin ti. ¿Cómo será el año que viene la buhardilla sin nuestras noches de cháchara y discusión, y nuestras horas de tonterías, cuando lo convertíamos todo y a todos en una broma?

EL TERCER AÑO

CAPÍTULO 1

Álamos Ventosos,
El callejón de los Fantasma,
8 de septiembre.

QUERIDÍSIMO:

El verano ha terminado —el verano en el que solo te he visto ese fin de semana de mayo—. Y ya estoy de vuelta en Álamos Ventosos para mi tercer y último año en el instituto de Summerside. Katherine y yo pasamos un verano delicioso juntas en Tejas Verdes, y este año la voy a echar muchísimo de menos. La nueva profesora de los pequeños es un personajillo alegre, regordeta y sonrosada, y cordial como un cachorro, pero, en el fondo, no hay nada más en ella. Tiene unos ojos azules brillantes y superficiales, sin ni un pensamiento detrás. Me cae bien, me caerá bien siempre, ni más ni menos, y no hay nada que *descubrir* en ella. Había tanto que descubrir en Katherine, en cuanto lograbas pasar su coraza.

No hay ningún cambio en Álamos Ventosos... bueno, sí que lo hay. La vieja vaca colorada se ha ido a su eterno descanso, según me contó apenas Rebecca Dew cuando bajé a cenar el lunes por la noche. Las viudas han decidido no molestarse en comprar otra, sino comprar la leche y la nata al señor Cherry. Esto significa que la pequeña Elizabeth ya no vendrá más a la verja del jardín a por su leche recién ordeñada. Pero la señora Campbell parece haberse resignado ya a que venga aquí cuando le apetezca, así que ahora eso no supone una gran diferencia.

Y se está cociendo otro cambio. La tía Kate me contó, para mi gran pesar, que han decidido regalar a Dusty Miller en cuanto encuentren un hogar adecuado para él. Cuando protesté, me dijo que de verdad se veían obligadas a ello por tener un poco de paz. Rebecca Dew lleva todo el verano quejándose de él sin parar, y no parece haber otra manera de contentarla. Pobre Dusty Miller, con lo bueno que es, ronroneando y rondando por ahí como un encanto.

Mañana, que es sábado, voy a cuidar de los mellizos de la señora Raymond mientras ella va a Charlottetown al funeral de un pariente. La señora Raymond es una viuda que llegó a nuestra ciudad el invierno pasado. Rebecca Dew y las viudas de Álamos Ventosos —la verdad es que Summerside es un gran sitio para viudas— la consideran «un poco demasiado fina» para Summerside, pero lo cierto es que nos fue de una ayuda estupenda a Katherine y a mí en las actividades del Club de Teatro. Un favor se paga con otro.

Gerald y Geraldine tienen ocho años y son un par de criaturas de aspecto angelical, pero Rebecca Dew «puso mala cara», por usar una expresión suya, cuando le conté lo que iba a hacer.

—Pero es que a mí me encantan los niños, Rebecca.

—Niños, sí, pero esos son un suplicio, señorita Shirley. La señora Raymond no cree en eso de castigar a los niños, hagan lo que hagan. Dice que está empeñada en que tengan una vida «natural». Engañan a la gente con esa cara de santos que tienen, pero yo he oído lo que dicen de ellos los vecinos. La mujer del pastor fue a visitarla una tarde... bueno, la señora Raymond fue todo dulzura con ella, pero cuando se iba le cayó encima una lluvia de cebollas españolas por la escalera y una de ellas le tiró el sombrero. «Los niños siempre se portan fatal justo cuando más quieres que se porten bien», fue todo lo que dijo la señora Raymond, como si estuviera más bien orgullosa de que fueran tan revoltosos. Son de los Estados, ¿sabe usted? —terminó, como si eso lo explicara todo. A Rebecca los «yanquis» le caen tan mal como a la señora Lynde.

CAPÍTULO 2

El sábado por la mañana, Ana se dirigió a la bonita casita de estilo antiguo, en una calle que se perdía hacia el campo, donde vivían la señora Raymond y sus célebres gemelos. La señora Raymond estaba ya lista para marcharse —vestida con bastante alegría para un funeral, quizá, sobre todo por el sombrero cuajado de flores que coronaba las suaves ondas de pelo castaño que le enmarcaban la cabeza—, pero estaba realmente hermosa. Los gemelos, de ocho años, que habían heredado su belleza, estaban sentados en la escalera, con sus delicadas caritas adornadas de una expresión de lo más angelical. Tenían la piel sonrosada y blanca, grandes ojos azul porcelana y una aureola de pelo fino, esponjoso y rubio pálido.

Sonrieron con una dulzura encantadora cuando su madre se los presentó a Ana y les dijo que la querida señorita Shirley había tenido la bondad de venir a cuidarlos mientras Mamá estaba en el funeral de la querida tía Ella, y que por supuesto serían buenos y no le darían ni una pizca de trabajo, ¿verdad que no, cielos?

Los angelitos asintieron con gravedad y se las arreglaron, aunque no parecía posible, para tener un aspecto aún más angelical que nunca.

La señora Raymond acompañó a Ana por el sendero hasta la verja.

—Son todo lo que tengo, ahora —dijo con tono lastimero—. Quizá los he consentido un poco; ya sé que la gente dice que sí; la gente siempre sabe mucho mejor que una cómo hay que criar a los hijos,

¿no se ha fijado, señorita Shirley? Pero *yo* creo que querer es mejor que zurrar, cualquier día de la semana, ¿no le parece, señorita Shirley? Estoy segura de que *usted* no tendrá ningún problema con ellos. Los niños siempre *saben* con quién pueden jugársela y con quién no, ¿no cree? Esa pobre señorita Prouty, la de la calle de arriba, la tuve un día cuidándolos, pero los pobrecitos no la soportaban. Así que, claro, le tomaron bastante el pelo; *usted* ya sabe cómo son los niños. Ella se ha vengado contando por todo el pueblo las historias más ridículas sobre ellos. Pero a usted la van a adorar, y sé que van a ser unos angelitos. Claro que tienen mucho genio, pero los niños deben tenerlo, ¿no le parece? Da tanta pena ver niños con aire acobardado, ¿verdad? A mí me gusta que sean naturales, ¿a usted no? Los niños demasiado buenos no parecen naturales, ¿a *que* no? No les deje echar los barcos en la bañera ni meterse a chapotear en el estanque, ¿quiere? Tengo *tanto* miedo de que cojan frío... su padre murió de pulmonía.

Los grandes ojos azules de la señora Raymond parecían a punto de desbordarse, pero ella, con gallardía, se las arregló para contener las lágrimas.

—No se preocupe si riñen un poco: los niños *siempre* riñen, ¿no le parece? Pero como algún extraño los ataque... ¡ay, querida! Se adoran de verdad, ¿sabe usted? Podría haber llevado a *uno* de ellos al funeral, pero no quisieron ni oír hablar de ello. No se han separado ni un día en toda su vida. Y no *podía* cuidar de dos gemelos en un funeral, ¿verdad que no?

—No se preocupe, señora Raymond —dijo Ana con amabilidad—. Estoy segura de que Gerald, Geraldine y yo vamos a pasar un día precioso juntos. Me encantan los niños.

—Ya lo sé. En cuanto la vi supe que le encantaban los niños. Siempre se nota, ¿no le parece? Hay *algo* especial en las personas a las que les gustan los niños. La pobre señorita Prouty los detesta. Busca lo peor en los niños y, claro, lo encuentra. No se imagina usted qué alivio es para mí pensar que mis tesoros están al cuidado

de alguien que quiere y entiende a los niños. Estoy segura de que voy a disfrutar muchísimo del día.

—Podrías llevarnos *a nosotros* al funeral —chilló Gerald, asomando de pronto la cabeza por una ventana del piso de arriba—. Nunca nos divertimos así de bien.

—¡Ay, están en el cuarto de baño! —exclamó la señora Raymond con tono trágico—. Querida señorita Shirley, vaya a sacarlos de ahí, por favor. Gerald, cariño, ya sabes que mamá no podía llevaros a *los dos* al funeral. Ay, señorita Shirley, se ha vuelto a atar al cuello esa piel de coyote de la alfombra del salón, por las patas. La va a estropear. Hágamelo quitar ahora mismo, por favor. *Tengo* que darme prisa o perderé el tren.

La señora Raymond se alejó con elegante determinación, y Ana subió corriendo las escaleras para encontrarse con que la angelical Geraldine había agarrado a su hermano por las piernas y, por lo visto, intentaba arrojarlo por la ventana en cuerpo entero.

—Señorita Shirley, díglele a Gerald que deje de sacarme la lengua —exigió, hecha una furia.

—¿Y eso te hace daño? —preguntó Ana sonriendo.

—Bueno, pues a *mí* no me la va a sacar —replicó Geraldine, lanzando a Gerald una mirada furibunda que él le devolvió con creces.

—Mi lengua es mía, y *tú* no puedes impedirme que la saque cuando me dé la real gana... ¿verdad que no puede, señorita Shirley?

Ana hizo caso omiso de la pregunta.

—Queridos gemelos, falta solo una hora para comer. ¿Vamos a sentarnos al jardín a jugar y a contar cuentos? Y, Gerald, ¿por qué no vuelves a poner esa piel de coyote en el suelo?

—Pero es que quiero jugar a los lobos —dijo Gerald.

—Quiere jugar a los lobos —gritó Geraldine, poniéndose de pronto de parte de su hermano.

—Queremos jugar a los lobos —gritaron los dos a la vez.

Un campanillazo en la puerta cortó de un tajo el dilema de Ana.

—Vamos a ver quién es —gritó Geraldine. Volaron hacia la escalera y, gracias a que bajaron deslizándose por la barandilla, llegaron a la puerta mucho antes que Ana; por el camino, la piel de coyote se soltó y quedó abandonada.

—Nosotros nunca compramos nada a los buhoneros —le dijo Gerald a la señora que esperaba en el umbral.

—¿Está tu madre? —preguntó la visitante.

—No, no está. Mamá se ha ido al funeral de la tía Ella. La señorita Shirley nos está cuidando. Esa que baja por la escalera es ella. *Ella* le hará salir por patas.

A Ana *sí* que le entraron ganas de hacer «salir por patas» a la visitante en cuanto vio de quién se trataba. La señorita Pamela Drake no era una visita bien recibida en Summerside. Siempre andaba «vendiendo» algo, y por lo general era del todo imposible librarse de ella a menos que le compraras, porque era absolutamente inmune a los desaires y las indirectas, y por lo visto disponía de todo el tiempo del mundo.

Esta vez estaba «tomando pedidos» de una enciclopedia —algo de lo que ninguna maestra podía permitirse prescindir—. En vano protestó Ana que no necesitaba ninguna enciclopedia: el instituto ya tenía una muy buena.

—Con diez años de retraso —repuso la señorita Pamela con firmeza—. Vamos a sentarnos aquí en este banco rústico, señorita Shirley, y le enseño mi catálogo.

—Me temo que no tengo tiempo, señorita Drake. Tengo que cuidar de los niños.

—No le llevará más que unos minutos. Llevaba tiempo queriendo visitarla, señorita Shirley, y me parece una verdadera suerte encontrarla aquí. Iros a jugar, niños, mientras la señorita Shirley y yo echamos un vistazo a este precioso catálogo.

—Mamá ha contratado a la señorita Shirley para que nos cuide —dijo Geraldine, sacudiendo sus vaporosos rizos. Pero Gerald ya la había arrastrado hacia atrás, y entre los dos cerraron la puerta de un portazo.

—Ya ve, señorita Shirley, lo que *significa* esta enciclopedia. Mire este papel tan bonito, *tóquelo*, los espléndidos grabados: ninguna otra enciclopedia del mercado tiene ni la mitad de grabados, la letra es magnífica —la podría leer un ciego— y todo por ochenta dólares: ocho dólares de entrada y ocho dólares al mes hasta pagarla entera. Nunca va a tener otra ocasión como esta; lo hacemos así solo para darla a conocer, que el año que viene costará ciento veinte.

—Pero es que yo no quiero ninguna enciclopedia, señorita Drake —dijo Ana, desesperada.

—Claro que quiere usted una enciclopedia: *todo el mundo* quiere una enciclopedia, una enciclopedia *Nacional*. Yo no sé cómo vivía antes de conocer la enciclopedia *Nacional*. ¡Vivir! No vivía: simplemente existía. Mire ese grabado del casuario, señorita Shirley. ¿De verdad había *visto* usted alguna vez un casuario?

—Pero, señorita Drake, yo...

—Si le parecen las condiciones un poco gravosas, estoy segura de que puedo hacerle un arreglo especial, tratándose de una maestra: seis al mes en lugar de ocho. No puede usted rechazar una oferta así, señorita Shirley.

Ana casi sintió que no podía. ¿No valdrían la pena seis dólares al mes con tal de librarse de aquella mujer terrible, tan evidentemente decidida a no marcharse sin conseguir un pedido? Además, ¿*qué* estarían haciendo los gemelos? Estaban alarmantemente callados. A lo mejor estaban echando los barcos en la bañera. O se habían escapado por la puerta trasera a chapotear en el estanque.

Hizo un último y lastimoso esfuerzo por escapar.

—Me lo pensaré, señorita Drake, y le diré algo...

—No hay mejor momento que el presente —dijo la señorita Drake, sacando con brío su pluma estilográfica—. *Sabe* usted que al final se va a llevar la *Nacional*, así que más vale firmar ahora que en cualquier otro momento. Dejar las cosas para después nunca sirve de nada. El precio puede subir en cualquier momento, y entonces tendría que pagar ciento veinte. Firme aquí, señorita Shirley.

Ana notó que le ponían la pluma a la fuerza en la mano —un instante más— y entonces sonó tal alarido espeluznante de la señorita Drake que a Ana se le cayó la pluma bajo la mata de rudbeckias que flanqueaba el banco rústico, y se quedó mirando a su acompañante con estupefacto horror.

¿Era *aquello* la señorita Drake... aquel objeto indescriptible, sin sombrero, sin gafas, casi sin pelo? El sombrero, las gafas y el postizo flotaban en el aire por encima de su cabeza, a medio camino de la ventana del cuarto de baño, de la que colgaban dos cabecitas doradas. Gerald empuñaba una caña de pescar de la que colgaban dos sedales rematados en anzuelos. Por qué arte había logrado hacer una captura triple, solo él podría decirlo. Probablemente fue pura suerte.

Ana echó a correr hacia la casa y escaleras arriba. Para cuando llegó al cuarto de baño, los gemelos ya habían huido. Gerald había soltado la caña, y una ojeada por la ventana reveló a una señorita Drake furibunda recogiendo sus pertenencias, incluida la pluma, y marchando hacia la verja. Por una vez en su vida, la señorita Pamela Drake se había quedado sin conseguir su pedido.

Ana encontró a los gemelos comiendo manzanas con aire seráfico en el porche de atrás. Era difícil saber qué hacer. Desde luego, una conducta así no se podía dejar pasar sin una reprimenda, pero Gerald sin duda la había rescatado de una situación difícil, y la señorita Drake *era* una criatura odiosa que necesitaba una lección. Aun así...

—¡Te has comío un gusano así de grande! —chilló Gerald—. Lo he visto bajarte por el gaznate.

Geraldine dejó la manzana y enseguida se puso mala, muy mala. Ana tuvo trabajo de sobra durante un buen rato. Y cuando Geraldine ya estaba mejor, llegó la hora de comer, y Ana decidió de pronto dejar a Gerald con una reprimenda muy suave. Al fin y al cabo, no se le había hecho ningún daño duradero a la señorita Drake, que probablemente guardaría fielmente silencio sobre el incidente por su propio interés.

—¿Tú crees, Gerald —dijo con dulzura—, que lo que has hecho ha sido una acción de caballero?

—Qué va —dijo Gerald—, pero ha sido muy divertido. Caray, menudo pescador estoy hecho, ¿eh?

La comida estaba exquisita. La había preparado la señora Raymond antes de irse, y, fueran cuales fuesen sus defectos como educadora, era una excelente cocinera. Gerald y Geraldine, ocupados en engullir, no se pelearon ni mostraron peores modales en la mesa que la mayoría de los niños. Después de comer, Ana lavó los platos, con Geraldine ayudando a secarlos y Gerald guardándolos con cuidado en el armario. Los dos se les daban bastante bien las tareas, y Ana pensó satisfecha que lo único que necesitaban era una educación sensata y un poco de mano firme.

CAPÍTULO 3

A las dos llegó de visita el señor James Grand. El señor Grand era el presidente de la junta de gobierno del instituto y tenía asuntos importantes que tratar, que deseaba discutir a fondo antes de marcharse el lunes a una conferencia educativa en Kingsport. ¿Podría venir a Álamos Ventosos por la tarde-noche?, preguntó Ana. Por desgracia, no podía.

El señor Grand era buena persona a su manera, pero Ana había descubierto hacía tiempo que había que tratarlo con guante blanco. Además, tenía mucho interés en ganárselo para su bando en la batalla campal que se avecinaba por el nuevo material escolar. Salió a hablar con los gemelos.

—Cielos, ¿jugaréis tranquilos aquí en el patio de atrás mientras hablo un momento con el señor Grand? No tardaré mucho, y luego haremos una merienda campestre a orillas del estanque, y os enseñaré a hacer pompas de jabón con tinte rojo dentro: ¡las cosas más bonitas del mundo!

—¿Nos vas a dar un cuarto de dólar a cada uno si nos portamos bien? —exigió Gerald.

—No, Gerald, cielo —dijo Ana con firmeza—, no pienso sobornaros. Sé que os vais a portar bien solo porque yo os lo pido, como debe hacer un caballero.

—Nos portaremos bien, señorita Shirley —prometió Gerald con solemnidad.

—Muy, muy bien —repitió Geraldine con la misma solemnidad.

Es posible que hubieran cumplido su promesa si Ivy Trent no hubiera llegado casi en el mismo momento en que Ana se encerraba con el señor Grand en el salón. Pero Ivy Trent llegó, y los gemelos Raymond odiaban a Ivy Trent —la impecable Ivy Trent, que nunca hacía nada mal y siempre parecía recién salida de una caja de sombreros.

Aquella tarde en concreto no cabía duda de que Ivy Trent había venido a lucir sus preciosas botas marrones nuevas, y su faja, y sus lazos de hombro y de pelo de cinta escarlata. La señora Raymond, con todo lo que le faltara en otros aspectos, tenía ideas bastante sensatas sobre cómo vestir a los niños. Sus caritativas vecinas decían que se gastaba tanto dinero en sí misma que no le quedaba nada para los gemelos, y Geraldine nunca tenía ocasión de lucirse por la calle al estilo de Ivy Trent, que tenía un vestido para cada tarde de la semana. La señora Trent la vestía siempre de «blanco inmaculado». Al menos, Ivy siempre salía impecable de casa. Si al volver no estaba tan impecable, la culpa, claro está, era de los niños «envidiosos» de los que andaba lleno el vecindario.

Geraldine *sí* era envidiosa. Anhelaba una faja y unos lazos de hombro escarlata, y vestidos blancos bordados. ¿Qué no habría dado por unas botas marrones abotonadas como aquellas?

—¿Qué te parecen mi faja y mis lazos de hombro nuevos? —preguntó Ivy, orgullosa.

—¿Qué te parecen mi faja y mis lazos de hombro nuevos? —la imitó Geraldine, burlona.

—Pero si tú no tienes lazos de hombro —dijo Ivy con suficiencia.

—Pero si tú no tienes lazos de hombro —chilló Geraldine.

Ivy se quedó desconcertada.

—Que sí que tengo. ¿No los ves?

—Que sí que tengo. ¿No los ves? —se mofó Geraldine, encantadísima con la brillante idea de repetir con desdén todo lo que decía Ivy.

—No están pagados —dijo Gerald.

Ivy Trent tenía su genio. Se le notaba en la cara, que se puso tan roja como sus lazos de hombro.

—Sí que están pagados. *Mi* madre siempre paga sus facturas.

—*Mi* madre siempre paga sus facturas —canturreó Geraldine.

Ivy se sintió incómoda. No sabía muy bien cómo afrontar aquello. Así que se volvió hacia Gerald, que era sin duda el chico más guapo de la calle. Ivy ya tenía decidido lo que quería de él.

—He venido a decirte que vas a ser mi novio —dijo, mirándolo con elocuencia con aquellos ojos castaños que, incluso a los siete años, Ivy ya sabía que causaban un efecto devastador en la mayoría de los niños de su amistad.

Gerald se puso como la grana.

—No pienso ser tu novio —dijo.

—Pero tienes que serlo —dijo Ivy con serenidad.

—Pero tienes que serlo —dijo Geraldine, meneando la cabeza hacia él.

—¡Que no! —gritó Gerald, furioso—. Y no me repliques más, Ivy Trent.

—Tienes que serlo —dijo Ivy, terca.

—Tienes que serlo —dijo Geraldine.

Ivy la fulminó con la mirada.

—¡Tú cállate, Geraldine Raymond!

—Digo yo que podré hablar en mi propio patio —dijo Geraldine.

—Pues claro que puede —dijo Gerald—. Y como no te calles *tú*, Ivy Trent, me voy a ir a tu casa y le voy a sacar los ojos a tu muñeca.

—Mi madre te zurraría si lo hicieras —exclamó Ivy.

—Ah, ¿sí? ¿Conque sí? Pues, ¿sabes lo que le haría *mi* madre a la tuya si lo intentara? Le partiría la nariz de un puñetazo.

—Bueno, de todos modos, tienes que ser mi novio —dijo Ivy, volviendo tranquilamente al asunto que de verdad importaba.

—Te... te voy a hundir la cabeza en el barril del agua de lluvia — chilló Gerald, enloquecido—, te voy a restregar la cara en un hormiguero... te... ite voy a arrancar esos lazos y esa faja! —terminó triunfante, porque esto último, al menos, era factible.

—Vamos a hacerlo —chilló Geraldine.

Se lanzaron como furias sobre la desdichada Ivy, que pataleaba, chillaba e intentaba morder, pero no tenía nada que hacer contra los dos juntos. Entre ambos la arrastraron por el patio hasta la leñera, donde nadie podría oír sus alaridos.

—Deprisa —jadeó Geraldine—, antes de que salga la señorita Shirley.

No había tiempo que perder. Gerald sujetaba las piernas de Ivy mientras Geraldine le sujetaba las muñecas con una mano y, con la otra, le arrancaba el lazo del pelo, los lazos de hombro y la faja.

—Vamos a pintarle las piernas —gritó Gerald, con los ojos puestos en un par de botes de pintura que unos obreros se habían dejado allí la semana anterior—. Yo la sujeto y tú la pintas.

Ivy chilló en vano, desesperada. Le bajaron las medias y, en pocos minutos, tenía las piernas adornadas con anchas rayas de pintura roja y verde. En el proceso, buena parte de la pintura salpicó su vestido bordado y sus botas nuevas. Como toque final, le llenaron los rizos de abrojos.

Era un espectáculo lastimoso cuando por fin la soltaron. Los gemelos aullaban de risa al mirarla. Semanas enteras de aires de superioridad y desdenes de Ivy habían quedado vengadas.

—Ahora vete a casa —dijo Gerald—. Esto te enseñará a ir por ahí diciéndole a la gente que tiene que ser tu novio.

—Se lo voy a decir a mi madre —lloriqueó Ivy—. Me voy derecha a casa a contárselo todo a mi madre, ¡chico horrible, horrible, odioso y feo!

—No llames feo a mi hermano, presumida —gritó Geraldine—. ¡Tú y tus lazos de hombro! Toma, llévatelos. *Nosotros* no queremos que nos llenen de trastos *nuestra* leñera.

Ivy, perseguida por los lazos, que Geraldine le arrojaba a la espalda, salió corriendo del patio entre sollozos y calle abajo.

—Rápido, vamos a colarnos por la escalera de atrás hasta el baño a limpiarnos antes de que nos vea la señorita Shirley —jadeó Geraldine.

CAPÍTULO 4

El señor Grand se había quedado sin palabras y se despidió con una reverencia. Ana se quedó un momento en el umbral, preguntándose con inquietud dónde estarían sus pupilos. Calle arriba y por la verja entró una dama furibunda, llevando de la mano a un desconsolado y todavía sollozante atomito de humanidad.

—Señorita Shirley, ¿dónde está la señora Raymond? —exigió saber la señora Trent.

—La señora Raymond está...

—Insisto en ver a la señora Raymond. Que vea con sus propios ojos lo que *sus* hijos le han hecho a la pobre, indefensa e inocente Ivy. Mírela, señorita Shirley... ¡*mírela* bien!

—Ay, señora Trent, lo siento muchísimo. Ha sido culpa mía por completo. La señora Raymond está fuera, y yo prometí cuidarlos, pero vino el señor Grand...

—No, no ha sido culpa suya, señorita Shirley. No la culpo a *usted*. Nadie puede con esos niños diabólicos. Los conoce toda la calle. Si la señora Raymond no está, no tiene sentido que me quede. Me llevo a mi pobre niña a casa. Pero la señora Raymond se va a enterar de esto, ya lo creo que sí. Escuche *eso*, señorita Shirley. ¿Se están despedazando el uno al otro?

«Eso» era un coro de chillidos, aullidos y gritos que llegaba resonando por la escalera. Ana subió corriendo. En el suelo del vestíbulo había una masa que se retorció, se revolvía, mordía,

desgarraba y arañaba. Ana separó a los furiosos mellizos con dificultad y, sujetando a cada uno firmemente por un hombro que se resistía, exigió saber el significado de semejante comportamiento.

—Dice que tengo que ser el novio de Ivy Trent —gruñó Gerald.

—Y tiene que serlo —chilló Geraldine.

—¡No pienso serlo!

—¡Tienes que serlo!

—¡Niños! —dijo Ana. Algo en su tono los aplacó. La miraron y vieron a una señorita Shirley que no habían visto antes. Por primera vez en sus cortas vidas sintieron la fuerza de la autoridad.

—Tú, Geraldine —dijo Ana con calma—, te irás a la cama durante dos horas. Tú, Gerald, pasarás el mismo tiempo en el armario del vestíbulo. Ni una palabra. Os habéis portado abominablemente y tenéis que aceptar el castigo. Vuestra madre os dejó a mi cargo y me vais a obedecer.

—Entonces castiguenos *juntos* —dijo Geraldine, echándose a llorar.

—Sí... no tienen derecho a sep'arnos... nunca nos han sep'rado —masculó Gerald.

—Ahora sí lo estaréis. —Ana seguía muy tranquila. Dócilmente, Geraldine se quitó la ropa y se metió en una de las camas de su cuarto. Dócilmente, Gerald entró en el armario del vestíbulo. Era un armario grande y aireado, con una ventana y una silla, y nadie habría podido calificar el castigo de excesivamente severo. Ana cerró la puerta con llave y se sentó con un libro junto a la ventana del vestíbulo. Al menos, durante dos horas conocería algo de paz.

Un vistazo a Geraldine unos minutos después mostró que estaba profundamente dormida, con un aspecto tan encantador en su sueño que Ana casi se arrepintió de su severidad. Bueno, una siesta le vendría bien de todos modos. Cuando despertara se le permitiría levantarse, aunque no hubieran pasado las dos horas.

Al cabo de una hora, Geraldine seguía dormida. Gerald había estado tan callado que Ana decidió que había aceptado el castigo como un hombrecito y que podía perdonársele. Al fin y al cabo, Ivy Trent era una monita vanidosa y probablemente había sido muy irritante.

Ana abrió la puerta del armario con la llave.

No había ningún Gerald en el armario. La ventana estaba abierta y justo debajo se veía el tejado del porche lateral. A Ana se le tensaron los labios. Bajó y salió al patio. Ni rastro de Gerald. Registró la leñera y miró calle arriba y calle abajo. Seguía sin haber rastro.

Cruzó corriendo el jardín y, por la verja, salió al camino que atravesaba un trecho de monte bajo hasta el pequeño estanque del terreno del señor Robert Creedmore. Gerald se paseaba felizmente por él con la pértiga, en la chalana que el señor Creedmore guardaba allí. Justo cuando Ana irrumpió entre los árboles, la pértiga de Gerald, que había clavado bastante hondo en el barro, se soltó con inesperada facilidad al tercer tirón, y Gerald salió disparado de espaldas, con los talones por delante de la cabeza, al agua.

A Ana se le escapó un grito involuntario de espanto, pero no había motivo real de alarma. El estanque, en su parte más honda, no le habría llegado a Gerald ni a los hombros, y donde había caído apenas le cubría más que la cintura. Se había puesto de pie de algún modo y allí estaba, con aire bastante ridículo, con la aureola de pelo pegada y chorreando sobre la cabeza, cuando el grito de Ana resonó de nuevo detrás de ella, y Geraldine, en camisón, irrumpió entre los árboles y salió hasta el borde de la pequeña plataforma de madera donde solía amarrarse la chalana.

Con un grito desesperado de «¡Gerald!», dio un salto volador que la hizo aterrizar con un tremendo chapuzón junto a Gerald y estuvo a punto de darle otro remojón.

—Gerald, ¿te has ahogado? —gritó Geraldine—. ¿Te has ahogado, cariño?

—No... no, cariño —le aseguró Gerald con los dientes castañeteando.

Se abrazaron y se besaron apasionadamente.

—Niños, venid aquí ahora mismo —dijo Ana.

Vadearon hasta la orilla. El día de septiembre, cálido por la mañana, se había vuelto frío y ventoso al final de la tarde. Temblaban terriblemente, con la cara amoratada. Ana, sin una palabra de reproche, los llevó a toda prisa a casa, les quitó la ropa mojada y los metió en la cama de la señora Raymond, con botellas de agua caliente a los pies. Seguían temblando. ¿Habrían cogido un resfriado? ¿Iban camino de una pulmonía?

—Debería habernos cuidado mejor, señorita Shirley —dijo Gerald, todavía tiritando.

—Claro que sí —dijo Geraldine.

Ana, fuera de sí, bajó volando las escaleras y telefoneó al médico. Cuando este llegó, los mellizos ya habían entrado en calor, y les aseguró que no corrían ningún peligro. Si se quedaban en la cama hasta el día siguiente, se pondrían bien.

De camino, se cruzó con la señora Raymond, que venía de la estación, y poco después fue una dama pálida y casi histérica la que entró como una exhalación.

—¡Ay, señorita Shirley, cómo *pudo* dejar que mis pequeños tesoros corrieran semejante peligro!

—Eso es justo lo que le dijimos, mamá —corearon los mellizos.

—Confié en usted... se lo dije...

—No veo cómo puede echarme a mí la culpa, señora Raymond —dijo Ana, con los ojos fríos como la niebla gris—. Se dará cuenta de ello, creo, cuando esté más calmada. Los niños están perfectamente bien; sencillamente mandé llamar al médico como medida de precaución. Si Gerald y Geraldine me hubieran obedecido, esto no habría pasado.

—Pensaba que una *maestra* tendría algo de autoridad sobre los niños —dijo la señora Raymond con amargura.

«Sobre los niños, quizá, pero no sobre pequeños demonios», pensó Ana. Se limitó a decir:

—Ya que está usted aquí, señora Raymond, creo que me iré a casa. No creo que pueda serle de más ayuda y esta noche tengo trabajo del colegio que hacer.

Como un solo niño, los mellizos se lanzaron fuera de la cama y le echaron los brazos al cuello.

—Espero que haya un funeral cada semana —exclamó Gerald—. Porque me gusta usted, señorita Shirley, y espero que venga a cuidarnos cada vez que mamá se vaya.

—A mí también —dijo Geraldine.

—Me gusta usted muchísimo más que la señorita Prouty.

—Ay, muchísimo más —dijo Geraldine.

—¿Nos meterá en un cuento? —exigió saber Gerald.

—Ay, sí, hágalo —dijo Geraldine.

—Estoy segura de que *quería* hacer las cosas bien —dijo la señora Raymond con voz trémula.

—Gracias —dijo Ana con frialdad, tratando de soltarse de los brazos de los mellizos, que no la soltaban.

—Ay, no discutamos por esto —suplicó la señora Raymond, con sus enormes ojos llenándosele de lágrimas—. No *soporto* discutir con nadie.

—Desde luego que no. —Ana estaba en su vertiente más majestuosa, y Ana *podía* llegar a ser muy majestuosa—. No creo que haya la más mínima necesidad de discutir. Creo que Gerald y Geraldine han disfrutado bastante del día, aunque supongo que la pobre Ivy Trent no.

Ana volvió a casa sintiéndose años más vieja.

«Pensar que alguna vez creí que Davy era travieso», reflexionó.

Encontró a Rebecca en el jardín crepuscular, cogiendo los pensamientos tardíos.

—Rebecca Dew, antes me parecía que aquello de que «los niños deben verse pero no oírse» era demasiado severo. Pero ahora le veo la razón.

—Mi pobre niña. Le voy a preparar una buena cena —dijo Rebecca Dew. Y *no* dijo: «Ya se lo había dicho yo».

CAPÍTULO 5

(Fragmento de una carta a Gilbert.)

Anoche vino a casa la señora Raymond y, con lágrimas en los ojos, me suplicó que perdonara su «conducta precipitada». «Si conociera usted el corazón de una madre, señorita Shirley, no le costaría tanto perdonar».

No me costó demasiado perdonarla, la verdad; hay algo en la señora Raymond que no puedo evitar que me guste, y estuvo encantadora con lo del Club de Teatro. Aun así, *no* le dije: «Cualquier sábado que quiera usted ausentarse, yo cuidaré de su prole». Una aprende con la experiencia, incluso una persona tan incorregiblemente optimista y confiada como yo.

Encuentro que cierto sector de la sociedad de Summerside anda en estos días muy alterado por los amores de Jarvis Morrow y Dovie Westcott, que, como dice Rebecca Dew, llevan más de un año prometidos sin conseguir «adelantre». La tía Kate, que es una tía lejana de Dovie —para ser exactos, creo que es tía de un primo segundo de Dovie por parte de madre—, está profundamente interesada en el asunto porque cree que Jarvis es un partido excelente para Dovie, y también, sospecho, porque odia a Franklin Westcott y le encantaría verlo derrotado a caballo, a pie y con artillería. No es que la tía Kate fuera a admitir que «odiaba» a nadie, pero la señora de Franklin Westcott fue una amiga muy querida de su juventud, y la tía Kate sostiene solemnemente que él la mató.

Yo también estoy interesada en el asunto, en parte porque le tengo mucho cariño a Jarvis y cariño moderado a Dovie, y en parte, empiezo a sospechar, porque soy una entrometida incorregible en los asuntos ajenos, siempre con excelentes intenciones, por supuesto.

La situación, en pocas palabras, es esta: Franklin Westcott es un comerciante alto, sombrío y curtido, reservado e insociable. Vive en una casa grande y anticuada llamada Elmcroft, justo a las afueras del pueblo, en el camino alto del puerto. Lo he tratado una o dos veces, pero en realidad sé muy poco de él, salvo que tiene la curiosa costumbre de decir algo y luego soltar una risa larga y silenciosa. No ha vuelto a pisar la iglesia desde que se pusieron de moda los himnos, e insiste en tener todas las ventanas abiertas hasta en las tormentas de invierno. Confieso que le tengo cierta simpatía culpable por esto último, aunque probablemente soy la única persona en Summerside a quien se la tiene. Se ha acostumbrado a ser un ciudadano principal, y nada de lo municipal se atreve a hacerse sin su aprobación.

Su mujer ha muerto. Es voz común que fue una esclava, que no podía llamar suya ni el alma. Franklin le dijo, según cuentan, cuando la llevó a casa recién casados, que el amo sería él.

Dovie, que en realidad se llama Sibyl, es su única hija, una joven muy guapa, rellenita y encantadora de diecinueve años, de boca roja siempre entreabierta sobre sus dientecillos blancos, reflejos castaños en el pelo moreno, ojos azules seductores y unas pestañas tan negras y largas que una se pregunta si pueden ser de verdad. Jen Pringle dice que son los ojos lo que Jarvis tiene realmente enamorado. Jen y yo hemos comentado el asunto más de una vez. Jarvis es su primo favorito.

(Dicho sea de paso, no te podrías creer lo mucho que Jen me quiere a mí, y yo a ella. Es un encanto de verdad.)

Franklin Westcott nunca le ha permitido a Dovie tener pretendientes, y cuando Jarvis Morrow empezó a «prestarle

atenciones», le prohibió la entrada en la casa y le dijo a Dovie que se acabó eso de «andar por ahí con ese individuo». Pero el daño ya estaba hecho. Dovie y Jarvis estaban ya enamorados hasta las cejas.

Todo el pueblo está de parte de los enamorados. Franklin Westcott es de verdad poco razonable. Jarvis es un joven abogado de éxito, de buena familia, con buenas perspectivas, y un chico estupendo y decente donde los haya.

—Nada podría ser más conveniente —declara Rebecca Dew—. Jarvis Morrow podría tener a *cualquier* chica que quisiera de todo Summerside. Lo que pasa es que Franklin Westcott se ha empeñado en que Dovie se quede para vestir santos. Quiere asegurarse un ama de llaves para cuando se muera la tía Maggie.

—¿Es que no hay nadie que tenga influencia sobre él? —pregunté yo.

—Con Franklin Westcott no se puede discutir. Es demasiado zumbón. Y si le ganas la partida, le da una pataleta. Yo nunca lo he visto en una de sus pataletas, pero le he oído contar a la señorita Prouty cómo se puso una vez que ella estaba allí cosiendo. Se puso furioso por algo, nadie supo por qué. Agarró todo lo que tenía a mano y lo tiró por la ventana. Los poemas de Milton salieron volando limpiamente por encima de la valla hasta el estanque de nenúfares de George Clarke. Siempre le ha tenido un poco de manía a la vida. La señorita Prouty dice que su madre le contó que los berridos que pegó él al nacer no los ha oído iguales en su vida. Supongo que Dios tendrá sus razones para hacer a los hombres así, pero una se lo pregunta. No, yo no le veo ninguna salida a Jarvis y Dovie como no sea que se fuguen. Es una cosa bastante indigna de hacer, aunque se ha dicho mucha tontería romántica sobre las fugas. Pero este es un caso que cualquiera disculparía.

No sé qué hacer, pero tengo que hacer algo. Sencillamente no puedo quedarme sentada viendo cómo la gente se hace un lío en la vida delante de mis narices, por muchas pataletas que le dé a Franklin Westcott. Jarvis Morrow no va a esperar eternamente;

según dicen, ya se le está acabando la paciencia, y lo han visto arrancar con saña de un árbol el nombre de Dovie que él mismo había grabado. Hay una tal Palmer, muy atractiva, de la que se dice que se le está tirando encima, y cuentan que su hermana ha dicho que su madre ha dicho que *su* hijo no tiene por qué andar años enteros pegado a las faldas de ninguna chica.

De verdad, Gilbert, todo esto me tiene bastante apenada.

Hay luz de luna esta noche, amado mío, luz de luna sobre los álamos del jardín, hoyuelos de luna por todo el puerto, donde un barco fantasma se aleja a la deriva, luz de luna sobre el viejo cementerio, sobre mi valle privado, sobre el Rey de la Tormenta. Y habrá luz de luna en el Sendero de los Enamorados, y en el Lago de las Aguas Refulgentes, y en el viejo Bosque Encantado, y en el Valle de las Violetas. Esta noche debería haber danzas de hadas en las colinas. Pero, Gilbert querido, la luz de la luna sin nadie con quien compartirla no es más que... eso, *cuentos de la luna*.

Ojalá pudiera llevar de paseo a la pequeña Elizabeth. Le encantan los paseos a la luz de la luna. Dimos algunos deliciosos cuando estuvo en Tejas Verdes. Pero en su casa, Elizabeth nunca ve la luna sino desde la ventana.

También estoy empezando a preocuparme un poco por ella. Ya va para los diez años, y esas dos ancianas no tienen la menor idea de lo que necesita, ni espiritual ni emocionalmente. Mientras tenga buena comida y buena ropa, no se imaginan que pueda necesitar nada más. Y cada año que pase será peor. ¿Qué clase de niñez va a tener la pobre criatura?

CAPÍTULO 6

Jarvis Morrow volvió andando a casa con Ana después de la ceremonia de graduación del instituto y le contó sus penas.

—Tendrás que fugarte con ella, Jarvis. Todo el mundo lo dice. Por norma general no apruebo las fugas —(«Eso lo he dicho como una maestra con cuarenta años de experiencia», pensó Ana con una sonrisa invisible)— pero todas las normas tienen sus excepciones.

—Hacen falta dos para un trato, Anne. No me puedo fugar yo solo. Dovie le tiene tanto miedo a su padre que no consigo que acceda. Y no sería una fuga, la verdad. Ella solo tendría que venir una noche a casa de mi hermana Julia —la señora Stevens, ya sabes — y yo tendría allí al pastor, y podríamos casarnos con toda la decencia que se quiera para contentar a cualquiera, y luego iríamos a pasar la luna de miel con la tía Bertha en Kingsport. Así de sencillo. Pero no consigo que Dovie se atreva. La pobrecilla lleva tanto tiempo cediendo a los caprichos y manías de su padre que ya no le queda voluntad propia.

—Tendrás que obligarla a hacerlo, Jarvis, sin más.

—Por Dios santo, ¿no pensarás que no lo he intentado, Anne? He suplicado hasta ponerme morado. Cuando está conmigo casi me lo promete, pero en cuanto vuelve a casa me manda decir que no puede. Parece raro, Anne, pero la pobre le tiene mucho cariño a su padre, y no soporta la idea de que no la perdone nunca.

—Tienes que decirle que ha de elegir entre su padre y tú.

—¿Y si lo elige a él?

—No creo que haya ese peligro.

—Nunca se sabe —dijo Jarvis con tristeza—. Pero algo hay que decidir pronto. No puedo seguir así eternamente. Estoy loco por Dovie, todo Summerside lo sabe. Es como una rosita roja justo fuera de mi alcance... tengo que *alcanzarla*, Anne.

—La poesía está muy bien en su sitio, pero en este caso no te va a llevar a ninguna parte, Jarvis —dijo Ana con frialdad—. Eso suena a algo que diría Rebecca Dew, pero es muy cierto. Lo que necesitas en este asunto es sentido común, puro y duro. Dile a Dovie que estás cansado de tanto titubeo, y que tiene que quedarse contigo o dejarte. Si no le importas lo bastante como para dejar a su padre por ti, más vale que te des cuenta ya.

Jarvis gimió.

—Tú no has estado bajo el pulgar de Franklin Westcott toda tu vida, Anne. No tienes ni idea de cómo es. Bueno, haré un último y definitivo intento. Como tú dices, si a Dovie de verdad le importo, vendrá a mí, y si no, más vale que sepa lo peor de una vez. Estoy empezando a sentir que he hecho un poco el ridículo.

«Si estás empezando a sentir eso», pensó Ana, «más le vale a Dovie andarse con cuidado».

La propia Dovie se coló en Álamos Ventosos unas tardes después para consultar a Ana.

—¿Qué voy a hacer, Anne? ¿Qué *puedo* hacer? Jarvis quiere que nos fuguemos, prácticamente. Padre va a estar en Charlottetown una noche la semana que viene, en un banquete masónico, y *sería* una buena ocasión. La tía Maggie nunca sospecharía. Jarvis quiere que vaya a casa de la señora Stevens y que nos casemos allí.

—¿Y por qué no lo haces, Dovie?

—Ay, Anne, ¿de verdad crees que debería? —Dovie levantó un rostro dulce y suplicante—. Por favor, *por favor*, decide tú por mí.

Estoy que no sé ni dónde tengo la cabeza. —A Dovie se le quebró la voz con un temblor de llanto—. Ay, Anne, tú no conoces a Padre. Odia a Jarvis, sin más... no me imagino por qué... ¿tú te lo imaginas? ¿Cómo puede *nadie* odiar a Jarvis? Cuando vino a verme la primera vez, Padre le prohibió la entrada en casa y le dijo que le echaría el perro encima si volvía a aparecer, nuestro bulldog enorme. Ya sabes que esos, una vez que muerden, no sueltan. Y no me perdonará jamás si me fugo con Jarvis.

—Tienes que elegir entre los dos, Dovie.

—Eso es justo lo que dijo Jarvis —lloró Dovie—. Ay, estaba tan serio, nunca lo había visto así. Y no puedo... no *puedo* vivir sin él, Anne.

—Entonces vive con él, querida. Y no lo llares fuga. Venir a Summerside y casarte rodeada de sus amigos no es fugarse.

—Padre lo llamará así —dijo Dovie, tragándose un sollozo—. Pero voy a seguir tu consejo, Anne. Estoy segura de que *tú* no me aconsejarías dar un paso que estuviera mal. Le diré a Jarvis que siga adelante y consiga la licencia de matrimonio, y que iré a casa de su hermana la noche que Padre esté en Charlottetown.

Jarvis le contó a Ana triunfante que Dovie por fin había cedido.

—He quedado con ella al final del camino el próximo martes por la noche —no quiere que vaya hasta la casa, no sea que la vea la tía Maggie—, y subiremos derechos a casa de Julia y nos casaremos en un santiamén. Estará toda mi familia, así que la pobrecilla se sentirá bien acompañada. Franklin Westcott dijo que jamás conseguiría a su hija. Le voy a demostrar que estaba equivocado.

CAPÍTULO 7

El martes fue un día sombrío de finales de noviembre. Chubascos fríos y racheados cruzaban de cuando en cuando las colinas. El mundo parecía un lugar triste y caduco, visto a través de una llovizna gris.

«Pobre Dovie, no tiene un día muy bonito para su boda —pensó Ana—. Supongamos... supongamos...» se estremeció y tembló «..., supongamos que, después de todo, no salga bien. Será culpa mía. Dovie nunca habría accedido si yo no se lo hubiera aconsejado. Y supongamos que Franklin Westcott no la perdona nunca. ¡Ana Shirley, basta ya! Lo único que te pasa es el tiempo que hace.»

Al caer la noche había cesado la lluvia, pero el aire seguía frío y crudo y el cielo, encapotado. Ana estaba en su cuarto de la torre, corrigiendo exámenes, con Dusty Miller enroscado bajo la estufa. Sonó un golpe atronador en la puerta principal.

Ana bajó corriendo. Rebecca Dew asomó la cabeza, alarmada, por la puerta de su dormitorio. Ana le indicó con un gesto que volviera dentro.

—¡Hay alguien en la *puerta principal*! —dijo Rebecca con voz cavernosa.

—No pasa nada, Rebecca, querida. Bueno, me temo que sí que pasa, y todo mal, pero, en cualquier caso, es solo Jarvis Morrow. Lo he visto por la ventana lateral de la torre y sé que quiere verme.

—¡Jarvis Morrow! —Rebecca dio media vuelta y cerró la puerta—. Esto *sí* que es el colmo.

—Jarvis, ¿qué demonios pasa?

—Dovie no ha venido —dijo Jarvis, fuera de sí—. Llevamos *horas* esperando: el pastor está allí, y mis amigos, y Julia tiene la cena preparada, y Dovie no ha venido. La esperé al final del camino hasta que casi me vuelvo loco. No me atreví a bajar a la casa porque no sabía qué había pasado. Puede que ese viejo bruto de Franklin Westcott haya vuelto. Puede que la tía Maggie la haya encerrado. Pero tengo que *saberlo*. Ana, tienes que ir a Elmcroft y averiguar por qué no ha venido.

—¿Yo? —dijo Ana, incrédula y muy poco gramaticalmente.

—Sí, tú. No hay nadie más de quien pueda fiarme, nadie más que lo sepa. Ay, Ana, no me falles ahora. Nos has apoyado desde el principio. Dovie dice que eres la única amiga de verdad que tiene. No es tarde, solo las nueve. Anda, ve.

—¿Y que me devore el bulldog? —dijo Ana con sarcasmo.

—¡Ese perro viejo! —dijo Jarvis con desdén—. No le diría ni pío a un vagabundo. No pensarás que a mí me daba miedo el perro, ¿verdad? Además, por la noche siempre está encerrado. Lo único que no quiero es causarle problemas a Dovie en casa, si se han enterado. ¡Ana, por favor!

—Supongo que no tengo escapatoria —dijo Ana, encogiéndose de hombros con desesperación.

Jarvis la llevó en coche hasta el largo camino de Elmcroft, pero ella no dejó que la acompañara más allá.

—Como tú dices, podría complicarle las cosas a Dovie si su padre ha vuelto a casa.

Ana echó a andar deprisa por el largo camino bordeado de árboles. La luna asomaba de cuando en cuando entre las nubes

agitadas por el viento, pero la mayor parte del tiempo reinaba una oscuridad siniestra, y a Ana no dejaba de inquietarle el perro.

Parecía que en Elmcroft solo había una luz encendida, la de la ventana de la cocina. Fue la propia tía Maggie quien abrió a Ana la puerta lateral. La tía Maggie era una hermana de Franklin Westcott, ya muy mayor, una mujer menuda, encorvada y arrugada, a quien nunca se había tenido por muy espabilada, aunque era una excelente ama de casa.

—Tía Maggie, ¿está Dovie en casa?

—Dovie está en la cama —dijo la tía Maggie con flema.

—¿En la cama? ¿Está enferma?

—Que yo sepa, no. Llevaba todo el día como aturullada. Después de cenar dice que está cansada y, hala, a la cama.

—Tengo que verla un momento, tía Maggie. Yo... yo solo quiero una pequeña información importante.

—Pues mejor suba a su cuarto. Es el de la derecha, según se sube.

La tía Maggie señaló hacia la escalera y se fue contoneándose a la cocina.

Dovie se incorporó en la cama cuando Ana entró, sin muchos miramientos, tras llamar deprisa y corriendo. A la luz de una velita se veía que Dovie estaba llorando, pero sus lágrimas no hicieron sino exasperar a Ana.

—Dovie Westcott, ¿se te olvidó que prometiste casarte con Jarvis Morrow esta noche..., *esta noche*?

—No... no... —gimoteó Dovie—. Ay, Ana, soy tan desgraciada, he pasado un día espantoso. Nunca, nunca podrás saber por lo que he pasado.

—Yo sé por lo que ha pasado el pobre Jarvis, esperando dos horas en ese camino, con frío y llovizna —dijo Ana, sin piedad.

—¿Está... está muy enfadado, Ana?

—Lo justo para que se note —dijo con acritud.

—Ay, Ana, es que me entró miedo. No pegué ojo en toda la noche. No podía pasar por aquello... no podía. Es que... la verdad es que fugarse tiene algo de vergonzoso, Ana. Y no iba a recibir regalos bonitos..., bueno, no muchos, al menos. Siempre he querido ca... ca... casarme en la iglesia, con una decoración preciosa, y velo y vestido blancos, y za... za... zapatillas de plata.

—Dovie Westcott, sal de esa cama *ahora mismo*, vístete y ven conmigo.

—Ana... ya es demasiado tarde.

—No es demasiado tarde. Y es ahora o nunca, ya lo sabes, Dovie, si te queda un poco de sentido común. Ya sabes que Jarvis Morrow no volverá a dirigirte la palabra si le haces quedar en ridículo de esta manera.

—Ay, Ana, me perdonará cuando sepa...

—No te perdonará. Conozco a Jarvis Morrow. No va a dejar que juegues indefinidamente con su vida. Dovie, ¿quieres que te saque de la cama a rastras?

Dovie se estremeció y suspiró.

—No tengo ningún vestido apropiado...

—Tienes media docena de vestidos bonitos. Ponte el de tafetán rosa.

—Y no tengo ajuar *ninguno*. Los Morrow siempre me lo echarán en cara...

—Ya lo tendrás después. Dovie, ¿no sopesaste todo esto antes?

—No... no... ese es justo el problema. No empecé a pensar en ello hasta anoche. Y padre... tú no conoces a padre, Ana...

—Dovie. Te doy diez minutos justos para vestirme.

Dovie estuvo vestida en el tiempo estipulado.

—Este vestido se me está quedando es... es... estrecho —sollozó mientras Ana se lo abrochaba—. Si engordo más, no creo que Jarvis me vaya a qu... qu... querer. Ojalá fuera alta y delgada y pálida, como tú, Ana. ¡Ay, Ana, como nos oiga la tía Maggie!

—No nos oirá. Está encerrada en la cocina, y ya sabes que es un poco sorda. Aquí tienes el sombrero y el abrigo, y he metido unas cuantas cosas de cualquier manera en esta bolsa.

—Ay, el corazón me late que se sale. ¿Tengo un aspecto horrible, Ana?

—Estás preciosa —dijo Ana con sinceridad. La piel de raso de Dovie era de rosa y nata, y sus lágrimas no le habían estropeado los ojos. Pero Jarvis no podía verle los ojos en la oscuridad, y estaba un poco molesto con su adorada rubia, y se mostró bastante frío durante el trayecto hasta la ciudad.

—Por el amor de Dios, Dovie, no pongas esa cara de susto por tener que casarte conmigo —dijo él con impaciencia mientras ella bajaba la escalera de la casa de los Stevens—. Y no llores, que se te va a hinchar la nariz. Son casi las diez y tenemos que coger el tren de las once.

Dovie se encontró perfectamente en cuanto se vio casada, sin remedio, con Jarvis. Lo que Ana, con cierta malicia, describió en una carta a Gilbert como «la cara de luna de miel» ya se le veía en el rostro.

—Ana, cariño, te lo debemos todo a ti. Nunca lo olvidaremos, ¿verdad, Jarvis? Y, ay, Ana, cariño, ¿harías una cosa más por mí? Por favor, dale tú la noticia a padre. Estará en casa mañana a primera hora de la tarde, y *alguien* tiene que decírselo. Tú eres la única que puede ablandarlo, si es que alguien puede. Por favor, haz lo posible para que me perdone.

En ese momento, Ana sentía que era ella quien necesitaba que la ablandaran a ella; pero también se sentía, incómodamente,

responsable del desenlace de todo el asunto, así que hizo la promesa que le pedían.

—Claro que se va a poner terrible, sencillamente terrible, Ana, pero no puede matarte —dijo Dovie, para consolarla—. Ay, Ana, tú no sabes, no te puedes imaginar, lo *segura* que me siento con Jarvis.

Cuando Ana llegó a casa, Rebecca Dew había llegado a un punto en que tenía que satisfacer su curiosidad o volverse loca. Siguió a Ana hasta el cuarto de la torre en camisón, con un cuadrado de franela envuelto en la cabeza, y escuchó toda la historia.

—Bueno, supongo que esto es lo que se podría llamar «vida» —dijo con sarcasmo—. Pero me alegro muchísimo de que a Franklin Westcott le haya llegado su merecido por fin, y lo mismo le pasará a la señora del capitán MacComber. Pero no le envidio el trabajo de darle la noticia. Se pondrá hecho una furia y dirá disparates. Si yo estuviera en su lugar, señorita Shirley, no pegaría ojo en toda la noche.

—Tengo la sensación de que no va a ser una experiencia muy agradable —convino Ana, con pesar.

CAPÍTULO 8

Ana se dirigió a Elmcroft a la tarde siguiente, caminando por el paisaje de ensueño de una niebla de noviembre, con una sensación de abatimiento que le invadía todo el ser. No era, desde luego, un recado agradable. Como había dicho Dovie, por supuesto que Franklin Westcott no la mataría. Ana no temía la violencia física, aunque, si eran ciertas todas las historias que se contaban de él, podría tirarle algo. ¿Se pondría a farfullar de rabia? Ana nunca había visto a un hombre farfullando de rabia, y se imaginaba que debía de ser un espectáculo bastante desagradable. Pero lo más probable era que hiciera gala de su conocido don para el sarcasmo hiriente, y el sarcasmo, en un hombre o en una mujer, era la única arma que Ana temía de verdad. Siempre la hería, le dejaba en el alma ampollas que le escocían durante meses.

«La tía Jamesina solía decir: "Nunca, si lo puedes evitar, seas quien traiga malas noticias" —reflexionó Ana—. En eso era tan sabia como en todo lo demás. Bueno, aquí estoy.»

Elmcroft era una casa a la antigua, con torrecillas en cada esquina y una cúpula bulbosa en el tejado. Y en lo alto de la escalinata de la entrada estaba sentado el perro.

«Si muerden, no sueltan» —recordó Ana—. ¿Debía intentar rodear la casa hasta la puerta lateral? Entonces la idea de que Franklin Westcott pudiera estar observándola desde la ventana le dio ánimos. Jamás le daría la satisfacción de que la viera asustada de su perro. Resuelta, con la cabeza bien alta, subió los escalones, pasó junto al

perro y llamó al timbre. El perro no se había movido. Cuando Ana lo miró por encima del hombro, parecía dormido.

Resultó que Franklin Westcott no estaba en casa, pero lo esperaban de un momento a otro, porque estaba al llegar el tren de Charlottetown. La tía Maggie condujo a Ana hasta lo que ella llamaba la «bibrioteca» y la dejó allí. El perro se había levantado y las había seguido adentro. Fue y se instaló a los pies de Ana.

A Ana le sorprendió descubrir que le gustaba la «bibrioteca». Era una habitación alegre y algo destartada, con un fuego que ardía acogedor en la chimenea y alfombras de piel de oso sobre la raída moqueta roja del suelo. Franklin Westcott, por lo visto, no se privaba de nada en cuanto a libros y pipas.

Al poco rato lo oyó entrar. Colgó el sombrero y el abrigo en el vestíbulo; se plantó en el umbral de la biblioteca con un ceño muy decidido. Ana recordó que la primera vez que lo había visto le había parecido una especie de pirata distinguido, y volvió a sentir lo mismo.

—Ah, es usted, ¿eh? —dijo con bastante brusquedad—. Bueno, ¿y qué quiere?

Ni siquiera se había ofrecido a estrecharle la mano. De los dos, pensó Ana, el perro tenía sin duda mejores modales.

—Señor Westcott, por favor, escúcheme con paciencia hasta el final, antes de...

—Soy paciente, muy paciente. ¡Continúe!

Ana decidió que no servía de nada andarse con rodeos con un hombre como Franklin Westcott.

—He venido a decirle —dijo con voz firme— que Dovie se ha casado con Jarvis Morrow.

Y entonces esperó el terremoto. No llegó. Ni un solo músculo del rostro enjuto y curtido de Franklin Westcott se movió. Él entró y se sentó en el sillón de cuero patizambo que había frente a Ana.

—¿Cuándo? —dijo él.

—Anoche, en casa de su hermana —dijo Ana.

Franklin Westcott la miró un instante con sus ojos de un castaño amarillento, hundidos bajo unas cejas grises y pobladas a modo de alero. A Ana le dio por preguntarse, por un momento, cómo habría sido de bebé. Entonces él echó la cabeza atrás y le entró uno de sus ataques de risa muda.

—No debe culpar a Dovie, señor Westcott —dijo Ana con vehemencia, recobrando el habla ahora que la terrible revelación ya había pasado—. No fue culpa suya...

—Ya me lo imagino —dijo Franklin Westcott.

¿Estaría *tratando* de ser sarcástico?

—No, fue toda mía —dijo Ana, con sencillez y valentía—. Le aconsejé que se fu... que se casara... yo la *obligué* a hacerlo. Así que, por favor, perdónela, señor Westcott.

Franklin Westcott, con toda tranquilidad, cogió una pipa y se puso a cargarla.

—Si ha conseguido usted que Sibyl se fugara con Jarvis Morrow, señorita Shirley, ha logrado más de lo que yo jamás creí que nadie pudiera lograr. Estaba empezando a temer que ella nunca tendría el aplomo necesario para hacerlo. Y entonces habría tenido que ceder yo, y, Señor, cómo detestamos ceder los Westcott. Me ha salvado usted la cara, señorita Shirley, y le estoy profundamente agradecido.

Se hizo un silencio muy sonoro mientras Franklin Westcott apretaba el tabaco y miraba el rostro de Ana con un brillo divertido en los ojos. Ana estaba tan desorientada que no sabía qué decir.

—Supongo —dijo él— que ha venido usted aquí temblando de miedo para darme la terrible noticia.

—Sí —dijo Ana, un poco cortante.

Franklin Westcott soltó una risita muda.

—No hacía falta. No podría haberme traído mejor noticia. Verá, yo escogí a Jarvis Morrow para Sibyl cuando eran niños. En cuanto los demás chicos empezaron a fijarse en ella, los espanté. Eso le dio a Jarvis la primera idea. ¡Ya le enseñaría él al viejo! Pero tenía tanto éxito con las chicas que casi no me podía creer la suerte increíble cuando de verdad le echó el ojo a ella de veras. Entonces tracé mi plan de campaña. Conocía a los Morrow de arriba abajo. Usted no. Son buena familia, pero los hombres de esa casa no quieren lo que se consigue fácil. Y están decididos a conseguir lo que les dicen que no pueden tener. Siempre van a la contra. El padre de Jarvis rompió el corazón de tres muchachas porque sus familias se las pusieron delante en bandeja. En el caso de Jarvis sabía exactamente qué iba a pasar. Sibyl se enamoraría de él hasta las cejas, y él se cansaría de ella en un abrir y cerrar de ojos. Sabía que él no seguiría queriéndola si le resultaba demasiado fácil conseguirla. Así que le prohibí acercarse a la casa y le prohibí a Sibyl dirigirle la palabra, y en general hice el papel de padre severo a la perfección. ¡Y hablando del encanto de lo esquivo! No es nada comparado con el encanto de lo inalcanzable. Todo salió según lo previsto, pero me topé con un obstáculo: la poca entereza de Sibyl. Es una buena muchacha, pero *no* tiene agallas. Llevaba tiempo pensando que jamás tendría el valor de casarse con él a pesar mío. Ahora, si ya ha recobrado el aliento, mi querida jovencita, desahóguese y cuénteme la historia completa.

El sentido del humor de Ana volvió a acudir en su rescate. Nunca podía dejar pasar una buena ocasión para reírse, ni siquiera cuando la broma era a su costa. Y, de pronto, sintió que conocía muy bien a Franklin Westcott.

Él escuchó el relato dando caladas tranquilas y placenteras a su pipa. Cuando Ana terminó, asintió, satisfecho.

—Ya veo que le debo aún más de lo que pensaba. Ella nunca habría reunido el valor para hacerlo si no llega a ser por usted. Y Jarvis Morrow no se habría arriesgado a hacer el ridículo dos veces, no si conozco bien a esa raza. ¡Caray, qué susto me he llevado, por

poco! Estoy a su servicio de por vida. Es usted una joya, viniendo aquí como ha venido, creyéndose todos los cuentos que le habría contado el chismorreó. Le habrán contado de todo, ¿verdad que sí?

Ana asintió. El bulldog había apoyado la cabeza en su regazo y roncaba plácidamente.

—Todo el mundo coincidía en que usted era irascible, cascarrabias y arisco —dijo ella con franqueza.

—¿Y supongo que también le dijeron que era un tirano, que le amargué la vida a mi pobre esposa y que gobernaba a mi familia con mano de hierro?

—Sí; pero la verdad es que me tomé todo eso con precaución, señor Westcott. Tenía la sensación de que Dovie no podía quererlo tanto como lo quiere si usted fuera tan terrible como lo pintaban los chismes.

—¡Muchacha sensata! Mi mujer era una mujer feliz, señorita Shirley. Y cuando la señora del capitán MacComber le diga que la maltraté hasta la muerte, díglele de mi parte que se calle. Perdóneme la franqueza. Mollie era guapa, más guapa que Sibyl. Con aquella piel de rosa y nata, aquel pelo castaño dorado, aquellos ojos azules de rocío. Era la mujer más guapa de Summerside. Tenía que serlo. Yo no habría podido soportar que un hombre entrara en la iglesia con una esposa más hermosa que la mía. Gobernaba mi casa como debe hacerlo un hombre, pero *sin* tiranía. Ah, claro que de vez en cuando tenía mis arranques de genio, pero a Mollie no le importaban, una vez que se acostumbró. Un hombre tiene derecho a tener alguna riña con su mujer de vez en cuando, ¿no le parece? Las mujeres se cansan de los maridos monótonos. Además, siempre le regalaba un anillo o un collar o alguna chuchería por el estilo, en cuanto se me pasaba el enfado. No había en Summerside mujer con más joyas bonitas. Tengo que sacarlas y dárselas a Sibyl.

A Ana le entró la vena traviesa.

—¿Y qué me dice de los poemas de Milton?

—¿Los poemas de Milton? ¡Ah, eso! No eran los poemas de Milton, eran los de Tennyson. A Milton lo venero, pero no puedo con Alfred. Es demasiado empalagoso. Aquellos dos últimos versos de *Enoch Arden* me sacaron tanto de quicio una noche que tiré el libro por la ventana. Pero lo recogí al día siguiente, por el *Bugle Song*. Se lo perdonaría todo a cualquiera por eso. *No* cayó en el estanque de nenúfares de George Clarke; eso fue un bordado del viejo Prouty. ¿Ya se va? Quédese a cenar algo con un pobre viejo solitario al que le han robado a su única cría.

—Lo siento muchísimo, no puedo, señor Westcott, pero esta noche tengo una reunión del claustro.

—Bueno, ya la veré cuando Sibyl vuelva. Tendré que organizarles una fiesta, sin duda. Válgame Dios, qué alivio para mi ánimo. No tiene usted ni idea de cuánto habría odiado tener que ceder y decir «llévesela». *Ahora* lo único que tengo que hacer es fingirme desolado y resignado, y perdonarla con tristeza por el bien de su pobre madre. Lo haré de maravilla; Jarvis no debe sospechar nunca. *Usted* no vaya a descubrir el pastel.

—No lo haré —prometió Ana.

Franklin Westcott la acompañó cortésmente hasta la puerta. El bulldog se sentó sobre las patas traseras y gimió al verla marchar.

En la puerta, Franklin Westcott se sacó la pipa de la boca y le dio con ella unos golpecitos en el hombro.

—Recuerde siempre —dijo con solemnidad— que hay más de una manera de desollar un gato. Se puede hacer de forma que el animal nunca se entere de que ha perdido el pellejo. Salude de mi parte a Rebecca Dew. Una buena gata vieja, si se la sabe acariciar en el sentido del pelo. Y gracias... gracias.

Ana emprendió el camino de vuelta a casa, a través de la tarde suave y tranquila. La niebla se había disipado, el viento había cambiado, y en el cielo, de un verde pálido, se adivinaba el frío de la escarcha.

«La gente me decía que yo no conocía a Franklin Westcott — reflexionó Ana—. Tenían razón, no lo conocía. Y tampoco lo conocían ellos.»

—¿Cómo se lo ha tomado? —quiso saber Rebecca Dew, impaciente. Había estado sobre ascuas durante la ausencia de Ana.

—No tan mal, después de todo —dijo Ana, en confianza—. *Creo* que con el tiempo perdonará a Dovie.

—Nunca he visto a nadie como usted, señorita Shirley, para hacer entrar en razón a la gente —dijo Rebecca Dew con admiración—. Desde luego que tiene usted un don especial.

—«Algo intentado, algo hecho, se ha ganado el reposo de una noche» —citó Ana, cansada, mientras subía esa noche los tres escalones hasta la cama—. Pero como el próximo que me pida consejo para fugarse...

CAPÍTULO 9

(Fragmento de una carta a Gilbert.)

Me han invitado a cenar mañana por la noche con una dama de Summerside. Sé que no me vas a creer, Gilbert, cuando te diga que se llama Tomgallon, la señorita Minerva Tomgallon. Dirás que llevo demasiado tiempo leyendo a Dickens, y hasta muy tarde.

Queridísimo, ¿no te alegras de apellidarte Blythe? Estoy segura de que jamás podría casarme contigo si te apellidaras Tomgallon. Figúrate... ¡Ana Tomgallon! No, no puedes ni figurártelo.

Este es el mayor honor que Summerside puede conceder, una invitación a la Casa Tomgallon. No tiene otro nombre. Nada de tonterías como «los Olmos» o «los Castaños» o «la Granja» para los Tomgallon.

Tengo entendido que en otros tiempos fueron la «Familia Real». Los Pringle son unos advenedizos comparados con ellos. Y ahora, de todos ellos, solo queda la señorita Minerva, la única superviviente de seis generaciones de Tomgallon. Vive sola en una casa enorme de la calle Queen —una casa de grandes chimeneas, postigos verdes y la única vidriera de una casa particular en toda la ciudad. Es lo bastante grande para cuatro familias, y solo la ocupan la señorita Minerva, una cocinera y una doncella. Está muy bien conservada, pero no sé por qué, cada vez que paso por delante, tengo la sensación de que es un lugar que la vida ha olvidado.

La señorita Minerva sale muy poco, salvo a la iglesia anglicana, y yo no la había conocido hasta hace unas semanas, cuando vino a una reunión del claustro y los patronos para hacer donación formal a la escuela de la valiosa biblioteca de su padre. Tiene exactamente el aspecto que cabría esperar de una Minerva Tomgallon: alta y delgada, con un rostro largo, estrecho y pálido, la nariz larga y fina y la boca larga y fina. Eso no suena muy atractivo, y sin embargo la señorita Minerva es bastante hermosa, con un estilo solemne y aristocrático, y viste siempre con gran elegancia, aunque algo pasada de moda. De joven fue toda una belleza, según me cuenta Rebecca Dew, y sus grandes ojos negros siguen llenos de fuego y de un lustre oscuro. No le faltan palabras, desde luego, y creo que nunca he visto a nadie disfrutar tanto pronunciando un discurso de entrega.

La señorita Minerva fue especialmente amable conmigo, y ayer recibí una notita formal invitándome a cenar con ella. Cuando se lo dije a Rebecca Dew, abrió los ojos como platos, como si me hubieran invitado al palacio de Buckingham.

—Es un gran honor que la inviten a una a la Casa Tomgallon —dijo con un tono bastante sobrecogido—. Nunca oí que la señorita Minerva invitara antes a ninguno de los directores. Claro que todos eran hombres, así que supongo que apenas habría sido decoroso. Bueno, espero que no la aburra a usted hasta la muerte hablando, señorita Shirley. Los Tomgallon eran capaces de hablarle la pata trasera a un gato. Y les gustaba estar en primera fila. Algunos creen que la razón de que la señorita Minerva viva tan retirada es que, ahora que es mayor, ya no puede llevar la voz cantante como antes, y no está dispuesta a hacer un papel secundario ante nadie. ¿Qué va a ponerse, señorita Shirley? Me gustaría verla con la gasa de seda color crema y los lazos de terciopelo negro. Es tan elegante.

—Me temo que sería demasiado «elegante» para una velada tranquila —dije.

—Creo que a la señorita Minerva le gustaría. A los Tomgallon siempre les gustó que sus invitados fueran bien ataviados. Dicen que

el abuelo de la señorita Minerva le cerró una vez la puerta en las narices a una mujer a la que habían invitado a un baile, porque se presentó con su segundo mejor vestido. Le dijo que ni su mejor vestido era demasiado bueno para los Tomgallon.

Con todo, creo que me pondré el vestido verde de voile, y los fantasmas de los Tomgallon tendrán que conformarse.

Voy a confesarte algo que hice la semana pasada, Gilbert. Supongo que pensarás que vuelvo a meterme en asuntos ajenos. Pero *tenía* que hacer algo. El año que viene ya no estaré en Summerside, y no soporto la idea de dejar a la pequeña Elizabeth a merced de esas dos viejas sin cariño, que cada año se vuelven más amargadas y más estrechas de miras. ¿Qué clase de niñez va a tener con ellas en ese caserón tan sombrío?

—Me pregunto —me dijo hace poco, con aire melancólico— cómo sería tener una abuela a la que una no le tuviera miedo.

Esto es lo que hice: *le escribí a su padre*. Vive en París, y yo no sabía su dirección, pero Rebecca Dew había oído y recordaba el nombre de la empresa cuya sucursal dirige allí, así que me arriesgué y se la envié a su cuidado. Escribí la carta lo más diplomáticamente que pude, pero le dije sin rodeos que debía llevarse a Elizabeth con él. Le conté cuánto lo añora y cómo sueña con él, y que la señora Campbell era en verdad demasiado severa y estricta con ella. Puede que no salga nada de esto, pero si no le hubiera escrito, me habría perseguido para siempre la certeza de que debía haberlo hecho.

Lo que me hizo pensar en ello fue que un día Elizabeth me contó, muy seria, que había «escrito una carta a Dios», pidiéndole que le devolviera a su padre y que hiciera que la quisiera. Me dijo que se había parado de camino a casa desde la escuela, en medio de un solar vacío, y la había leído mirando al cielo. Supe que había hecho algo raro porque la señorita Prouty había presenciado la escena y me lo contó cuando vino a coser para las viudas al día siguiente. Pensaba que Elizabeth se estaba volviendo «rara», eso de «hablar así con el cielo».

Le pregunté a Elizabeth por aquello y ella me lo contó.

—Pensé que a Dios quizá le haría más caso a una carta que a una oración —dijo—. Llevo tanto tiempo rezando. Debe de recibir tantísimas oraciones.

Esa misma noche le escribí a su padre.

Antes de terminar tengo que contarte lo de Dusty Miller. Hace algún tiempo la tía Kate me dijo que sentía que debía buscarle otro hogar, porque Rebecca Dew no paraba de quejarse de él, hasta el punto de que sentía que ya no podía soportarlo más. Una tarde de la semana pasada, cuando volví a casa de la escuela, no había ni rastro de Dusty Miller. La tía Chatty dijo que se lo habían dado a la señora Edmonds, que vive al otro lado de Summerside, lejos de Álamos Ventosos. Me dio pena, porque Dusty Miller y yo hemos sido excelentes amigos. Pero, pensé, al menos Rebecca Dew será una mujer feliz.

Rebecca había pasado el día fuera; había ido al campo a ayudar a una pariente a hacer alfombras de trapo. Cuando volvió al crepúsculo no se dijo nada, pero a la hora de acostarse, cuando estaba llamando a Dusty Miller desde el porche trasero, la tía Kate dijo con calma:

—No hace falta que llames a Dusty Miller, Rebecca. No está aquí. Le hemos encontrado otro hogar. No volverá a molestarte.

Si Rebecca Dew hubiera podido palidecer, lo habría hecho.

—¿Que no está aquí? ¿Que le han encontrado otro hogar?
¡Válgame Dios! ¿Es que este no es su hogar?

—Se lo hemos dado a la señora Edmonds. Está muy sola desde que se casó su hija, y pensó que un gato agradable le haría compañía.

Rebecca Dew entró y cerró la puerta. Tenía un aire completamente fuera de sí.

—Esto *sí* que es el colmo —dijo. Y desde luego lo parecía. Nunca había visto que a los ojos de Rebecca Dew se les escaparan semejantes chispas de furia—. Me marcharé a fin de mes, señora MacComber, y antes si a usted le viene bien.

—Pero, Rebecca —dijo la tía Kate, desconcertada—, no lo entiendo. Siempre te ha disgustado Dusty Miller. La semana pasada mismo dijiste que...

—Eso mismo —dijo Rebecca con amargura—. ¡Échemelo en cara! ¡No tenga usted ninguna consideración con mis sentimientos! ¡Ese pobre gato tan querido! Lo he atendido, lo he mimado, me he levantado de noche para dejarlo entrar. Y ahora se lo han llevado a mis espaldas sin ni siquiera pedirme permiso. ¡Y a Sarah Edmonds, que no le compraría ni un trocito de hígado a la pobre criatura aunque se estuviera muriendo por él! ¡La única compañía que tenía en la cocina!

—Pero, Rebecca, siempre has...

—¡Ah, siga... siga usted! No me deje meter baza a *mí*, señora MacComber. He criado a ese gato desde que era un gatito, he cuidado de su salud y de su moral, ¿y para qué? Para que Jane Edmonds tenga un gato bien educado que le haga compañía. Bueno, espero que se quede fuera pasando frío por las noches, como he hecho yo, llamando a ese gato durante *horas* antes que dejarlo fuera muerto de frío, pero lo dudo, lo dudo muy mucho. Bueno, señora MacComber, lo único que espero es que no le remuerda a usted la conciencia la próxima vez que caigan veintitrés bajo cero. *Yo* no voy a pegar ojo cuando eso pase, pero claro, *eso* no le importa un comino a nadie.

—Rebecca, si tan solo quisieras...

—Señora MacComber, no soy un gusano, ni tampoco un felpudo. Bueno, esto ha sido una lección para *mí*, y de las buenas. Nunca más dejaré que mis afectos se enreden con ningún animal, sea de la especie que sea. Y si lo hubiera hecho usted abiertamente y sin tapujos... pero a mis espaldas... ¡aprovechándose así de *mí*! ¡Nunca

oí cosa tan mezquina! Pero ¿quién soy yo para esperar que se tengan en cuenta *mis* sentimientos?

—Rebecca —dijo la tía Kate, desesperada—, si quieres que vuelva Dusty Miller, podemos conseguir que vuelva.

—Entonces, ¿por qué no lo dijo usted antes? —exigió saber Rebecca Dew—. Y lo dudo. Jane Edmonds le ha echado ya las garras encima. ¿Es que va a soltarlo así como así?

—Creo que sí —dijo la tía Kate, que al parecer se había vuelto pura gelatina—. Y si vuelve, no nos dejarás, ¿verdad, Rebecca?

—Puede que me lo piense —dijo Rebecca, con el aire de quien hace una concesión tremenda.

Al día siguiente, la tía Chatty trajo a Dusty Miller a casa en una cesta tapada. Sorprendí una mirada que cruzaron ella y la tía Kate después de que Rebecca se llevara a Dusty Miller a la cocina y cerrara la puerta. ¡Me lo pregunto! ¿Sería todo una trama urdida de antemano por las viudas, con la complicidad de Jane Edmonds?

Rebecca no ha vuelto a pronunciar una sola palabra de queja sobre Dusty Miller desde entonces, y hay un auténtico repique de victoria en su voz cuando lo llama a gritos a la hora de acostarse. Suena como si quisiera que todo Summerside supiera que Dusty Miller ha vuelto a donde le corresponde, y que ella ha vuelto a salirse con la suya frente a las viudas.

CAPÍTULO 10

Fue en una oscura y ventosa tarde de marzo, cuando hasta las nubes que corrían por el cielo parecían tener prisa, cuando Ana subió a la ligera el triple tramo de anchos y bajos escalones flanqueados por urnas de piedra y leones aún más pétreos, que llevaba hasta la imponente puerta principal de la Casa Tomgallon. Por lo general, cuando había pasado por delante después de anochecer, la casa se veía sombría y adusta, con el débil parpadeo de una luz en una o dos ventanas. Pero ahora resplandecía con toda su fuerza, con las alas laterales también iluminadas, como si la señorita Minerva estuviera agasajando a todo el pueblo. Aquella iluminación en su honor casi abrumó a Ana. Estuvo a punto de desear haberse puesto la gasa color crema.

Con todo, estaba encantadora con su voile verde, y quizá la señorita Minerva, al recibirla en el vestíbulo, pensó lo mismo, porque su rostro y su voz fueron muy cordiales. La propia señorita Minerva estaba regia de terciopelo negro, con una peineta de diamantes en los pesados rodetes de su cabello canoso y un enorme broche de camafeo rodeado de una trenza de cabello de algún Tomgallon ya difunto. Todo el atuendo estaba algo pasado de moda, pero la señorita Minerva lo lucía con un aire tan grandioso que parecía tan intemporal como el de la realeza.

—Bienvenida a la Casa Tomgallon, querida —dijo, tendiéndole a Ana una mano huesuda, salpicada también de diamantes—. Me alegra mucho tenerla aquí como invitada.

—Yo estoy...

—La Casa Tomgallon fue siempre el lugar de encuentro de la belleza y la juventud en los viejos tiempos. Solíamos dar grandísimas fiestas y agasajábamos a todas las celebridades que nos visitaban —dijo la señorita Minerva, llevando a Ana hacia la gran escalera sobre una alfombra de terciopelo rojo descolorido—. Pero ahora todo ha cambiado. Yo recibo muy poco. Soy la última de los Tomgallon. Quizá sea lo mejor. Nuestra familia, querida, está *bajo una maldición*.

La señorita Minerva impregnó su voz de un matiz tan macabro de misterio y horror que Ana estuvo a punto de estremecerse. ¡La Maldición de los Tomgallon! ¡Qué título para una historia!

—Esta es la escalera por la que cayó mi bisabuelo Tomgallon y se rompió el cuello la noche de la fiesta de inauguración que dio para celebrar que había terminado de construir su nueva casa. Esta casa fue consagrada con sangre humana. Cayó *allí...* —la señorita Minerva señaló con un largo dedo blanco, con tal teatralidad, una alfombra de piel de tigre en el vestíbulo, que Ana casi pudo ver al difunto Tomgallon agonizando sobre ella. No supo realmente qué decir, así que dijo, como una boba—: ¡Oh!

La señorita Minerva la condujo por un pasillo, colgado de retratos y fotografías de bellezas ya marchitas, con la famosa vidriera al fondo, hasta un dormitorio de invitados grande, de techos altos y muy solemne. La alta cama de nogal, con su enorme cabecero, estaba cubierta con una colcha de seda tan magnífica que a Ana le pareció una profanación dejar encima su abrigo y su sombrero.

—Tiene usted un cabello precioso, querida —dijo la señorita Minerva con admiración—. Siempre me gustó el pelo rojo. Lo tenía mi tía Lydia, la única Tomgallon pelirroja. Una noche, mientras se lo cepillaba en la habitación del norte, se le prendió fuego con la vela, y salió corriendo por el pasillo entre alaridos, envuelta en llamas. Todo parte de la Maldición, querida... toda parte de la Maldición.

—¿Se quemó...?

—No, no murió quemada, pero perdió toda su belleza. Era muy hermosa y muy vanidosa. No volvió a salir de la casa desde aquella noche hasta el día de su muerte, y dejó dispuesto que su ataúd se cerrara para que nadie pudiera ver su rostro desfigurado. ¿No quiere sentarse a quitarse los chanclos, querida? Esta es una butaca muy cómoda. Mi hermana murió en ella de una apoplejía. Era viuda y había vuelto a vivir aquí después de morir su marido. A su niña la escaldaron en nuestra cocina con una olla de agua hirviendo. ¿No es una manera trágica de morir para una criatura?

—Ay, ¿cómo...?

—Pero al menos sabíamos *cómo* había muerto. Mi tía política Eliza —al menos, habría sido mi tía política de haber vivido— sencillamente *desapareció* cuando tenía seis años. Nadie supo jamás qué fue de ella.

—Pero seguramente...

—*Se hicieron* todas las búsquedas posibles, pero nunca se descubrió nada. Se decía que su madre —mi abuela política— había sido muy cruel con una sobrina huérfana de mi abuelo, que se estaba criando aquí. La encerró en el armario de lo alto de la escalera, un caluroso día de verano, como castigo, y cuando fue a dejarla salir, la encontró... *muerta*. Algunos pensaron que fue un castigo cuando desapareció su propia hija. Pero yo creo que fue solo Nuestra Maldición.

—¿Quién le echó...?

—¡Qué empeine tan alto tiene usted, querida! El mío también se admiraba mucho antes. Se decía que un chorro de agua podía pasar por debajo: la prueba de una aristócrata.

La señorita Minerva asomó modestamente una zapatilla por debajo de su falda de terciopelo y dejó ver lo que sin duda era un pie muy hermoso.

—Desde luego que...

—¿Le gustaría ver la casa, querida, antes de cenar? Antes era el Orgullo de Summerside. Supongo que ahora todo está muy pasado de moda, pero quizá haya algunas cosas de interés. Esa espada que cuelga junto a lo alto de la escalera perteneció a mi tatarabuelo, que fue oficial del ejército británico y recibió una concesión de tierras en la Isla del Príncipe Eduardo por sus servicios. Él nunca vivió en esta casa, pero mi tatarabuela sí, durante unas semanas. No sobrevivió mucho tiempo a la trágica muerte de su hijo.

La señorita Minerva hizo marchar a Ana sin piedad por toda la enorme casa, llena de grandes salas cuadradas: salón de baile, invernadero, sala de billar, tres salones, sala de desayunos, dormitorios sin cuento y un ático inmenso. Todas ellas eran espléndidas y lúgubres.

—Esos eran mi tío Ronald y mi tío Reuben —dijo la señorita Minerva, señalando a dos personajes que parecían fulminarse con la mirada desde los dos lados opuestos de una chimenea—. Eran gemelos, y se odiaron amargamente desde que nacieron. La casa retumbaba con sus peleas. Le oscureció la vida entera a su madre. Y durante su última pelea, precisamente en esta misma sala, mientras se desataba una tormenta, un rayo mató a Reuben. Ronald nunca lo superó. Fue un *hombre atormentado* desde aquel día. Su esposa —añadió la señorita Minerva, con aire evocador— se tragó su anillo de bodas.

—Qué ex...

—Ronald pensó que había sido una tremenda torpeza y no quiso que se hiciera nada. Un vomitivo a tiempo podría haber... pero nunca se volvió a saber de él. Le arruinó la vida. Siempre se sintió tan *descasada* sin su anillo de bodas.

—Qué hermosos...

—Ah, sí, esa era mi tía Emilia —bueno, en realidad no era mi tía, claro está. Solo la esposa de mi tío Alexander. Era célebre por su aire espiritual, pero envenenó a su marido con un guiso de setas, hongos venenosos, en realidad. Siempre fingimos que había sido un

accidente, porque un asesinato es algo tan sucio de tener en la familia, pero todos sabíamos la verdad. Claro que se casó con él contra su voluntad. Era una joven alegre y él era demasiado mayor para ella. Diciembre y mayo, querida. Aun así, eso no justificaba de verdad los hongos venenosos. Poco después empezó a consumirse. Están enterrados juntos en Charlottetown: todos los Tomgallon se entierran en Charlottetown. Esta era mi tía Louise. Bebió láudano. El médico se lo hizo vomitar a tiempo y la salvó, pero todos sentimos que ya nunca podríamos volver a confiar en ella. Fue realmente un alivio cuando murió respetablemente de pulmonía. Claro que algunos no la culpamos demasiado. Verá usted, querida, su marido le había pegado unos azotes.

—¿Unos azotes...?

—Exactamente. Hay ciertas cosas que ningún caballero debería hacer nunca, querida, y una de ellas es pegarle a su esposa. Tumbarla de un golpe —puede que sí—, pero ¿azotarla? ¡Jamás! Me gustaría —dijo la señorita Minerva, muy majestuosa— ver al hombre que se atreviera a pegarme unos azotes *a mí*.

Ana sintió que a ella también le gustaría verlo. Se dio cuenta de que, después de todo, la imaginación tiene sus límites. Por mucho que lo intentara, no lograba imaginarse a un marido pegándole unos azotes a la señorita Minerva Tomgallon.

—Este es el salón de baile. Claro que ya no se usa nunca. Pero aquí se han dado infinidad de bailes. Los bailes de los Tomgallon eran famosos. Venía gente de toda la Isla. Esa araña le costó a mi padre quinientos dólares. Mi tía abuela Patience cayó muerta mientras bailaba aquí una noche, justo ahí, en ese rincón. Se había consumido de pena por un hombre que la había decepcionado. No logro imaginarme a ninguna muchacha rompiéndosele el corazón por un hombre. Los hombres —dijo la señorita Minerva, mirando fijamente una fotografía de su padre, un hombre de patillas erizadas y nariz aguileña— siempre me han parecido criaturas tan *triviales*.

CAPÍTULO 11

El comedor estaba en consonancia con el resto de la casa. Había otra araña recargada, un espejo de marco dorado igualmente recargado sobre la repisa de la chimenea, y una mesa preciosamente puesta con plata, cristal y viejo Crown Derby. La cena, servida por una doncella bastante adusta y entrada en años, fue abundante y exquisita, y el saludable apetito juvenil de Ana le hizo cumplida justicia. La señorita Minerva guardó silencio un rato, y Ana no se atrevió a decir nada por miedo a desencadenar otro alud de tragedias. En un momento dado, un gato negro, grande y lustroso, entró en la habitación y se sentó junto a la señorita Minerva con un maullido ronco. La señorita Minerva le sirvió un platillo de nata y se lo puso delante. Después de aquello pareció tan humana que Ana perdió buena parte del temor reverencial que le inspiraba la última de los Tomgallon.

—Tome usted más melocotón, querida. No ha comido usted nada, nada en absoluto.

—Oh, señorita Tomgallon, lo he pasado muy bien...

—Los Tomgallon siempre pusieron una buena mesa —dijo la señorita Minerva con aire complacido—. Mi tía Sophia hacía el mejor bizcocho que he probado en mi vida. Creo que la única persona a la que mi padre de verdad detestaba ver venir a casa era su hermana Mary, porque tenía muy poco apetito. Se limitaba a picotear y probar un bocado. Él se lo tomaba como un insulto personal. Padre era un hombre muy inflexible. Nunca perdonó a mi hermano Richard que se

casara contra su voluntad. Lo echó de casa y no le permitió volver a entrar jamás. Padre recitaba siempre el Padrenuestro en la oración familiar de cada mañana, pero después de que Richard lo desafiara, se saltaba siempre la frase: «Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Todavía lo veo —dijo la señorita Minerva con aire soñador—, arrodillado, saltándosela.

Después de cenar, pasaron a la más pequeña de las tres salas —que seguía siendo bastante grande y lúgubre— y se quedaron toda la velada ante el enorme fuego, un fuego agradable y bastante acogedor. Ana hacía ganchillo en un juego de intrincados tapetitos y la señorita Minerva tejía un afgano sin parar de hablar, en lo que era prácticamente un monólogo compuesto en buena parte por la pintoresca y macabra historia de los Tomgallon.

—Esta es una casa de recuerdos trágicos, querida.

—Señorita Tomgallon, ¿es que nunca ha pasado *nada* agradable en esta casa? —preguntó Ana, logrando terminar una frase entera por pura casualidad. La señorita Minerva había tenido que dejar de hablar el tiempo justo para sonarse la nariz.

—Oh, supongo que sí —dijo la señorita Minerva, como si le doliera admitirlo—. Sí, claro, aquí nos divertíamos mucho cuando yo era niña. Me dicen que está usted escribiendo un libro sobre todo el mundo en Summerside, querida.

—No es... no hay ni una palabra de verdad...

—¡Oh! —la señorita Minerva se mostró claramente un poco decepcionada—. Bueno, si alguna vez lo hace, tiene usted toda la libertad para usar cualquiera de nuestras historias, quizá disimulando los nombres. Y ahora, ¿qué le parece una partida de parchís?

—Me temo que ya es hora de que me vaya...

—Oh, querida, no puede usted irse a casa esta noche. Está lloviendo a cántaros, y escuche el viento. Ya no tengo coche de caballos —para qué lo iba a querer—, y no puede caminar

ochocientos metros bajo ese diluvio. Tiene que ser mi invitada esta noche.

Ana no estaba segura de querer pasar la noche en la casa de los Tomgallon. Pero tampoco quería caminar hasta Álamos Ventosos bajo una tormenta de marzo. Así que jugaron su partida de parchís —tan absorta quedó la señorita Minerva en el juego que se olvidó de hablar de horrores— y luego tomaron un «tentempié antes de dormir». Comieron tostadas de canela y bebieron chocolate en viejas tazas de los Tomgallon, de un grosor y una belleza asombrosos.

Por fin, la señorita Minerva la llevó a un cuarto de invitados que, para alivio de Ana, no era, en un principio, aquel donde había muerto de una apoplejía la hermana de la señorita Minerva.

—Este es el cuarto de la tía Annabella —dijo la señorita Minerva, encendiendo las velas de los candelabros de plata sobre un tocador verde bastante bonito y apagando el gas —Matthew Tomgallon había apagado el gas de un soplido una noche, y así fue como Matthew Tomgallon hizo mutis—. Era la más guapa de todos los Tomgallon. Ese es su retrato, encima del espejo. ¿Se ha fijado en la boca tan orgullosa que tenía? Ella hizo esa colcha de retales que hay en la cama. Espero que esté cómoda, querida. Mary ha aireado la cama y le ha puesto dos ladrillos calientes. Y también le ha aireado este camisón —añadió, señalando una amplia prenda de franela que colgaba de una silla y olía fuertemente a bolas de naftalina—. Espero que le siente bien. No se ha usado desde que la pobre Madre murió con él puesto. Ah, casi se me olvida decirle —la señorita Minerva se volvió ya en la puerta— que este es el cuarto en el que Oscar Tomgallon volvió a la vida —después de que lo dieran por muerto durante dos días—. *No querían que volviera, ¿sabe usted?* —*esa* fue la tragedia. Espero que duerma bien, querida.

Ana no sabía si sería capaz de dormir o no. De pronto le pareció que había algo extraño y ajeno en la habitación, algo un poco hostil. Pero ¿no hay algo extraño en cualquier cuarto que ha sido habitado durante generaciones? La muerte ha acechado en él, el amor se ha

sonrojado en él, en él han nacido niños, todas las pasiones, todas las esperanzas. Está lleno de iras.

Pero aquella era, la verdad, una vieja casa terrible, llena de los fantasmas de odios y desengaños ya muertos, atestada de oscuros hechos que nunca habían salido a la luz y que aún supuraban en sus rincones y escondrijos. Demasiadas mujeres debían de haber llorado allí. El viento gemía de un modo escalofriante entre los abetos, junto a la ventana. Por un momento, Ana sintió ganas de salir corriendo, hubiera tormenta o no.

Entonces se dominó con resolución y llamó al sentido común. Si allí habían ocurrido cosas trágicas y espantosas, muchos años atrás, sombríos y remotos, también debían de haber ocurrido cosas divertidas y hermosas. Muchachas alegres y bonitas habían bailado allí y se habían contado sus encantadores secretos; allí habían nacido niños de mejillas con hoyuelos; había habido bodas y bailes y música y risas. La señora del bizcocho debía de haber sido una criatura entrañable, y el desperdonado Richard, un galante enamorado.

—Pensaré en estas cosas y me iré a dormir. ¡Vaya colcha bajo la que dormir! Me pregunto si por la mañana estaré tan loca como ella. ¡Y esto es un cuarto de invitados! Nunca he olvidado la emoción que solía darme dormir en el cuarto de invitados de cualquiera.

Ana se soltó el pelo y se lo cepilló justo bajo las narices de Annabella Tomgallon, que la miraba desde arriba con un rostro en el que había orgullo y vanidad, y algo de la insolencia de la gran belleza. Ana sintió un ligero escalofrío al mirarse en el espejo. ¿Quién sabía qué rostros podían asomarse a él para mirarla? Quizá los de todas las damas trágicas y atormentadas que alguna vez se habían mirado en él. Abrió valientemente la puerta del armario, medio esperando que cayera cualquier cantidad de esqueletos, y colgó su vestido. Se sentó con calma en una silla rígida, que parecía como si fuera a sentirse insultada si alguien se sentaba en ella, y se quitó los zapatos. Luego se puso el camisón de franela, apagó las velas y se metió en la cama, agradablemente templada por los

ladrillos de Mary. Durante un rato, la lluvia que corría por los cristales y el chillido del viento en torno a los viejos aleros le impidieron dormir. Después olvidó todas las tragedias de los Tomgallon en un sueño sin sueños, hasta que se encontró mirando ramas oscuras de abeto recortadas contra un amanecer rojo.

—He disfrutado tanto de su compañía, querida —dijo la señorita Minerva cuando Ana se marchó después del desayuno—. Hemos pasado una visita de lo más alegre, ¿verdad? Aunque he vivido tanto tiempo sola que casi he olvidado cómo se conversa. Y no hace falta que le diga lo que supone conocer a una joven de verdad encantadora y sin artificios en esta época tan frívola. No se lo dije ayer, pero era mi cumpleaños, y fue muy agradable tener un poco de juventud en la casa. Ya no queda nadie que se acuerde de mi cumpleaños —la señorita Minerva dejó escapar un suspiro leve—, y antes eran tantos...

—Bueno, supongo que oíste toda una crónica escalofriante —dijo la tía Chatty aquella noche.

—¿De verdad pasaron todas esas cosas que me contó la señorita Minerva, tía Chatty?

—Bueno, lo curioso es que sí pasaron —dijo la tía Chatty—. Es curioso, querida, pero a los Tomgallon les pasaron de verdad muchas cosas horribles.

—No sé yo si les pasaron muchas más que las que le pasan a cualquier familia numerosa en el curso de seis generaciones —dijo la tía Kate.

—Oh, yo creo que sí. Desde luego parecían malditos. Murieron tantos de muerte repentina o violenta. Claro que hay una vena de locura en la familia, eso lo sabe todo el mundo. Ya era maldición bastante, pero he oído una vieja historia —no consigo recordar los detalles— sobre el carpintero que construyó la casa y la maldijo. Algo relacionado con el contrato: el viejo Paul Tomgallon lo obligó a cumplirlo y lo arruinó, porque le costó mucho más de lo que había calculado.

—Da la impresión de que a la señorita Minerva la maldición le enorgullece bastante —dijo Ana.

—Pobre vieja, es lo único que tiene —dijo Rebecca Dew.

Ana sonrió al pensar en la solemne señorita Minerva descrita como una pobre vieja. Pero subió al cuarto de la torre y le escribió a Gilbert:

Creía que la casa de los Tomgallon era un lugar soñoliento y viejo donde nunca pasaba nada. Bueno, quizá ahora no pase nada, pero es evidente que *pasaron* cosas. La pequeña Elizabeth siempre está hablando del Mañana. Pero la vieja casa de los Tomgallon es el Ayer. Me alegro de no vivir en el Ayer, de que el Mañana siga siendo mi amigo.

Claro que creo que la señorita Minerva tiene todo el gusto de los Tomgallon por ser el centro de atención, y que sus tragedias le producen una satisfacción sin fin. Son para ella lo que el marido y los hijos son para otras mujeres. Pero, ay, Gilbert, por muchos años que lleguemos a tener, que nunca veamos la vida como *pura* tragedia ni nos recreemos en ella. Creo que odiaría una casa de ciento veinte años. Espero que, cuando tengamos nuestra casa de ensueño, o bien sea nueva, sin fantasmas ni tradiciones, o, si eso no puede ser, que al menos la hayan habitado personas razonablemente felices. Nunca olvidaré mi noche en la casa de los Tomgallon. Y por una vez en la vida he encontrado a una persona capaz de hablar más que yo.

CAPÍTULO 12

La pequeña Elizabeth Grayson había nacido esperando que pasaran cosas. Que rara vez pasaran bajo la mirada vigilante de la Abuela y de la Mujer no atenuó ni un ápice sus expectativas. Las cosas, tarde o temprano, tenían que pasar, si no hoy, mañana.

Cuando la señorita Shirley fue a vivir a Álamos Ventosos, Elizabeth sintió que el Mañana debía de estar ya muy cerca, y su visita a Tejas Verdes fue como un anticipo de él. Pero ahora, en el junio del tercer y último año de la señorita Shirley en el instituto de Summerside, al corazón de la pequeña Elizabeth se le habían caído hasta esas bonitas botas de botones que la Abuela siempre le hacía llevar. Muchas niñas de la escuela a la que iba envidiaban a la pequeña Elizabeth aquellas preciosas botas de cabritilla con botones. Pero a la pequeña Elizabeth no le importaban nada las botas de botones si no podía andar con ellas por el camino hacia la libertad. Y ahora su adorada señorita Shirley se iba a marchar de su lado para siempre. A finales de junio dejaría Summerside y volvería a aquella hermosa Tejas Verdes. La pequeña Elizabeth sencillamente no podía soportar la idea. De nada servía que la señorita Shirley le prometiera que la llevaría a Tejas Verdes el verano antes de casarse. La pequeña Elizabeth sabía, no sabía cómo, que la Abuela no la dejaría volver a ir. La pequeña Elizabeth sabía que la Abuela nunca había aprobado de verdad su intimidad con la señorita Shirley.

—Será el final de todo, señorita Shirley —sollozó.

—Esperemos, cariño, que sea solo un nuevo comienzo —dijo Ana con alegría. Pero por dentro también estaba abatida. No había llegado ni una palabra del padre de la pequeña Elizabeth. O su carta nunca le había llegado, o no le importaba. Y, si no le importaba, ¿qué sería de Elizabeth? Ya era bastante malo ahora, en su niñez, pero ¿qué sería más adelante?

—Esas dos viejas la van a mangonear hasta matarla —había dicho Rebecca Dew. Ana pensó que en aquel comentario había más verdad que elegancia.

Elizabeth sabía que la «mangoneaban». Y le fastidiaba en especial que la mangoneara la Mujer. Tampoco le gustaba que lo hiciera la Abuela, claro, aunque una concedía a regañadientes que quizá una abuela tenía cierto derecho a mangonearte. Pero ¿qué derecho tenía la Mujer? Elizabeth siempre quería preguntárselo sin rodeos. *Lo haría* alguna vez, cuando llegara el Mañana. ¡Y ay, cómo disfrutaría viendo la cara que pondría la Mujer!

La Abuela nunca dejaba salir sola a caminar a la pequeña Elizabeth, por miedo, decía, a que se la raptaran los gitanos. Una niña había sido raptada una vez, cuarenta años atrás. Ahora los gitanos rara vez venían a la Isla, y la pequeña Elizabeth sentía que aquello no era más que una excusa. Pero ¿por qué le iba a importar a la Abuela que la raptaran o no? Elizabeth sabía que la Abuela y la Mujer no la querían en absoluto. Es más, nunca la llamaban por su nombre si podían evitarlo. Siempre era «la niña». Cómo odiaba Elizabeth que la llamaran «la niña», igual que podrían haber dicho «el perro» o «el gato» si hubiera habido alguno. Pero cuando Elizabeth se había atrevido a protestar, el rostro de la Abuela se había oscurecido de ira, y la pequeña Elizabeth había sido castigada por impertinente, mientras la Mujer miraba, muy satisfecha. La pequeña Elizabeth a menudo se preguntaba por qué la odiaba la Mujer. ¿Por qué iba a odiarte nadie siendo tan pequeña? ¿Podía una merecer que la odiaran? La pequeña Elizabeth no sabía que la madre a quien le había costado la vida había sido la niña de los ojos de

aquella anciana amargada, y, de haberlo sabido, no habría podido entender qué formas pervertidas puede adoptar un amor frustrado.

La pequeña Elizabeth odiaba la lúgubre y espléndida Evergreen, donde todo parecía no conocerla, aunque había vivido allí toda su vida. Pero, desde que la señorita Shirley había llegado a Álamos Ventosos, todo había cambiado como por arte de magia. La pequeña Elizabeth vivía en un mundo de novela desde la llegada de la señorita Shirley. Había belleza dondequiera que mirases. Por suerte, la Abuela y la Mujer no podían impedirte mirar, aunque Elizabeth no dudaba de que lo harían si pudiesen. Los breves paseos por la roja magia del camino del puerto, que rara vez le dejaban compartir con la señorita Shirley, eran los momentos luminosos de su vida en sombra. Amaba todo lo que veía: el faro lejano pintado con extraños anillos rojos y blancos, las orillas azules, tenues y remotas, las olitas de un azul plateado, las luces de enfilación que brillaban en los crepúsculos violeta; todo le daba tanto deleite que le dolía. ¡Y el puerto, con sus islas brumosas y sus atardeceres encendidos! Elizabeth subía siempre a una ventana del tejado abuhardillado para verlos por encima de las copas de los árboles, y los barcos que zarpaban cuando salía la luna. Barcos que volvían, barcos que nunca volvían. Elizabeth anhelaba embarcarse en uno de ellos, de viaje a la Isla de la Felicidad. Los barcos que nunca volvían se quedaban allí, donde siempre era Mañana.

Aquel misterioso camino rojo seguía y seguía, y a ella le picaban los pies por seguirlo. ¿Adónde llevaba? A veces Elizabeth pensaba que iba a estallar si no lo averiguaba. Cuando de verdad llegara el Mañana, ella se pondría en marcha por él y quizá encontraría una isla solo suya, donde ella y la señorita Shirley pudieran vivir solas y donde la Abuela y la Mujer jamás pudieran llegar. Las dos odiaban el agua y no pondrían un pie en un bote por nada del mundo. A la pequeña Elizabeth le gustaba imaginarse de pie en su isla, burlándose de ellas, mientras las dos se quedaban en la orilla, mirando ceñudas y en vano.

—Esto es el Mañana —les diría, provocándolas—. Ya no podéis atraparme. Vosotras seguís solo en el Hoy.

¡Qué divertido sería! ¡Cómo disfrutaría viendo la cara que pondría la Mujer!

Entonces, una tarde de finales de junio, ocurrió algo asombroso. La señorita Shirley le había dicho a la señora Campbell que al día siguiente tenía un recado en Flying Cloud, para ver a cierta señora Thompson, que presidía el comité de refrigerios de la Sociedad de Damas, y que si podía llevarse a Elizabeth con ella. La Abuela había accedido con su habitual sequedad —Elizabeth nunca llegó a entender por qué había accedido siquiera, ignorando por completo el horror que sentían los Pringle ante cierta información que poseía la señorita Shirley—, pero había accedido.

—Iremos derechas hasta la bocana del puerto —susurró Ana—, en cuanto termine mi recado en Flying Cloud.

La pequeña Elizabeth se acostó tan emocionada que no esperaba pegar ojo. Por fin iba a responder a la llamada del camino que tanto tiempo llevaba reclamándola. A pesar de su emoción, cumplió a conciencia su pequeño ritual antes de dormir. Dobló su ropa, se lavó los dientes y se cepilló el pelo dorado. Le parecía que tenía un pelo bastante bonito, aunque claro que no era como el precioso rojo dorado de la señorita Shirley, con sus ondas y aquellos ricitos que se le enroscaban en torno a las orejas. La pequeña Elizabeth habría dado cualquier cosa por tener un pelo como el de la señorita Shirley.

Antes de meterse en la cama, la pequeña Elizabeth abrió uno de los cajones de la vieja cómoda negra y pulida, y sacó de debajo de un montón de pañuelos una foto que guardaba cuidadosamente escondida: una foto de la señorita Shirley que había recortado de una edición especial del *Weekly Courier* que había reproducido una fotografía del claustro del instituto.

—Buenas noches, queridísima señorita Shirley. Besó la foto y la devolvió a su escondite. Luego se metió en la cama y se acurrucó bajo las mantas, pues la noche de junio era fresca y la brisa del

puerto calaba hasta los huesos. Y, la verdad, aquella noche era más que una brisa. Silbaba, golpeaba, sacudía y azotaba, y Elizabeth supo que el puerto sería una extensión de olas agitadas bajo la luz de la luna. ¡Qué divertido sería acercarse a hurtadillas hasta él bajo la luna! Pero eso solo se podía hacer en el Mañana.

¿Dónde estaba Flying Cloud? ¡Qué nombre! Otra vez, salido del Mañana. Era exasperante estar tan cerca del Mañana y no poder entrar en él. ¡Pero suponiendo que el viento trajera lluvia para el día siguiente! Elizabeth sabía que nunca la dejarían ir a ninguna parte con lluvia.

Se incorporó en la cama y juntó las manos.

—Querido Dios —dijo—, no me gusta entrometerme, pero ¿podrías tú hacer que mañana haga bueno? *Por favor*, Dios querido.

La tarde siguiente fue gloriosa. La pequeña Elizabeth sintió como si se hubiera librado de unas cadenas invisibles cuando ella y la señorita Shirley se alejaron de aquella casa lúgubre. Tomó una honda bocanada de libertad, aunque la Mujer las mirase con el ceño fruncido a través del cristal rojo de la gran puerta principal. ¡Qué maravilla caminar por el hermoso mundo junto a la señorita Shirley! Siempre era tan estupendo estar a solas con la señorita Shirley. ¿Qué haría ella cuando la señorita Shirley se hubiera ido? Pero la pequeña Elizabeth apartó ese pensamiento con firmeza. No iba a estropear el día pensando en eso. Quizá —un gran quizá— ella y la señorita Shirley entrarían esa tarde en el Mañana, y entonces ya nunca las separarían. La pequeña Elizabeth solo quería caminar tranquilamente hacia aquel azul del fin del mundo, bebiéndose la belleza que la rodeaba. Cada recodo y vuelta del camino revelaba nuevas maravillas, y el camino giraba y serpenteaba sin fin, siguiendo los meandros de un riachuelo que parecía haber salido de la nada.

A ambos lados había campos de ranúnculos y trébol donde zumbaban las abejas. De vez en cuando atravesaban una vía láctea de margaritas. A lo lejos, el estrecho les reía con olas de puntas

plateadas. El puerto parecía seda tornasolada. A la pequeña Elizabeth le gustaba más así que cuando parecía raso azul pálido. Bebían el viento. Era un viento muy suave. Ronroneaba a su alrededor y parecía animarlas a seguir.

—¿Verdad que es agradable caminar así, con el viento? —dijo la pequeña Elizabeth.

—Un viento agradable, amistoso, perfumado —dijo Ana, más para sí misma que para Elizabeth—. Un viento como el que yo antes me imaginaba que era el *mistral*. Mistral *suen*a así. ¡Qué decepción cuando descubrí que era un viento áspero y desagradable!

Elizabeth no lo entendió del todo —nunca había oído hablar del mistral—, pero le bastaba con la música de la voz de su amada. Hasta el cielo mismo parecía alegre. Un marinero con aros de oro en las orejas —justo el tipo de persona que una se encontraría en el Mañana— les sonrió al pasar. Elizabeth pensó en un verso que había aprendido en la escuela dominical: «Las pequeñas colinas se regocijan por doquier». ¿Habría visto alguna vez el hombre que escribió eso colinas como aquellas azules que se alzaban sobre el puerto?

—Creo que este camino lleva derecho hasta Dios —dijo ella, soñadora.

—Quizá —dijo Ana—. Quizá todos los caminos lleven allí, pequeña Elizabeth. Ahora mismo giramos aquí. Tenemos que cruzar a esa isla: es Flying Cloud.

Flying Cloud era un islote largo y estrecho, a unos cuatrocientos metros de la costa. Tenía árboles y una casa. La pequeña Elizabeth siempre había deseado tener una isla propia, con una pequeña cala de arena plateada.

—¿Cómo llegamos hasta allí?

—Remaremos en esta barca —dijo la señorita Shirley, cogiendo los remos de un botecito atado a un árbol inclinado.

La señorita Shirley sabía remar. ¿Había algo que la señorita Shirley no supiera hacer? Cuando llegaron a la isla, resultó ser un lugar fascinante donde podía pasar cualquier cosa. Por supuesto que estaba en el Mañana. Islas así no existían más que en el Mañana. No tenían parte ni suerte en el monótono Hoy.

Una criadita que las recibió en la puerta de la casa le dijo a Ana que encontraría a la señora Thompson en el otro extremo de la isla, cogiendo fresas silvestres. ¡Imagínate, una isla donde crecían fresas silvestres!

Ana fue en busca de la señora Thompson, pero antes preguntó si la pequeña Elizabeth podía esperar en la sala de estar. Ana pensaba que la pequeña Elizabeth parecía bastante cansada tras aquel paseo tan largo, al que no estaba acostumbrada, y que necesitaba descansar. La pequeña Elizabeth no creía que lo necesitara, pero el más leve deseo de la señorita Shirley era ley.

Era una sala preciosa, con flores por todas partes y ráfagas de brisa marina que entraban sin freno. A Elizabeth le gustó el espejo sobre la repisa de la chimenea, que reflejaba la sala tan hermosamente y, a través de la ventana abierta, un atisbo de puerto, colina y estrecho.

De pronto, un hombre entró por la puerta. Elizabeth sintió un instante de consternación y terror. ¿Sería un gitano? No se parecía a la idea que ella tenía de un gitano, pero claro que nunca había visto ninguno. Podía serlo, y entonces, en un fogonazo de intuición, Elizabeth decidió que no le importaría que la raptase. Le gustaron sus ojos avellana risueños y su pelo castaño ondulado y su mentón cuadrado y su sonrisa. Porque estaba sonriendo.

—Vaya, ¿tú quién eres? —preguntó él.

—Soy... soy yo —balbuceó Elizabeth, todavía un poco turbada.

—Ah, claro, tú. Salida del mar, supongo, subida de las dunas, sin nombre conocido entre los mortales.

Elizabeth notó que se estaban burlando un poco de ella. Pero no le importó. De hecho, hasta le gustó. Aunque contestó con cierto remilgo.

—Me llamo Elizabeth Grayson.

Se hizo un silencio, un silencio muy extraño. El hombre la miró un momento sin decir nada. Luego le pidió, con cortesía, que se sentara.

—Estoy esperando a la señorita Shirley —explicó—. Ha ido a ver a la señora Thompson por la cena de la Sociedad de Damas. Cuando vuelva, vamos a ir hasta el fin del mundo.

¡Ahora, como se le ocurra la idea de raptarme, señor Hombre!

—Por supuesto. Pero, mientras tanto, bien puedes ponerte cómoda. Y debo hacer los honores. ¿Qué te apetecería tomar, algo ligero? Seguro que el gato de la señora Thompson ha traído algo.

Elizabeth se sentó. Se sentía extrañamente feliz y como en casa.

—¿Puedo pedir lo que quiera?

—Por supuesto.

—Entonces —dijo Elizabeth, triunfante—, me gustaría un helado con mermelada de fresa por encima.

El hombre tocó una campanilla y dio una orden. Sí, aquello tenía que ser el Mañana, sin ninguna duda. Un helado con mermelada de fresa no aparecía así, por arte de magia, en el Hoy, hubiera gatos o no.

—Guardaremos una parte para tu señorita Shirley —dijo el hombre.

Enseguida se hicieron buenos amigos. El hombre no hablaba mucho, pero miraba a Elizabeth muy a menudo. Había en su rostro una ternura, una ternura que ella nunca había visto antes en el rostro de nadie, ni siquiera en el de la señorita Shirley. Sintió que ella le caía bien. Y supo que él a ella también.

Por fin, él miró por la ventana y se puso en pie.

—Creo que ya debo irme —dijo—. Veo que tu señorita Shirley viene por el sendero, así que no te quedarás sola.

—¿No se quedará usted a ver a la señorita Shirley? —preguntó Elizabeth, lamiendo la cuchara para rebañar el último rastro de mermelada. La Abuela y la Mujer se habrían muerto de horror de haberla visto.

—Esta vez no —dijo el hombre.

Elizabeth supo que él no tenía la más mínima intención de raptarla, y sintió la sensación de decepción más extraña e inexplicable.

—Adiós, y gracias —dijo ella, educadamente—. Aquí, en el Mañana, se está muy bien.

—¿El Mañana?

—Esto es el Mañana —explicó Elizabeth—. Siempre he querido entrar en el Mañana, y ahora ya he entrado.

—Ah, ya veo. Bueno, siento decir que a mí el Mañana no me interesa mucho. A *mí* me gustaría volver al Ayer.

La pequeña Elizabeth sintió lástima por él. Pero ¿cómo podía ser infeliz? ¿Cómo podía alguien que vivía en el Mañana ser infeliz?

Elizabeth miró hacia atrás, hacia Flying Cloud, con añoranza, mientras se alejaban remando. Justo cuando se abrían paso entre los abetos raquíuticos que bordeaban la orilla hasta el camino, se volvió para echarle un último vistazo de despedida. Una pareja de caballos desbocados, uncidos a un carro, dobló la curva a toda velocidad, evidentemente fuera por completo del control de su conductor.

Elizabeth oyó gritar a la señorita Shirley...

CAPÍTULO 13

La habitación daba vueltas de un modo extraño. Los muebles asentían y se balanceaban. La cama... ¿cómo había llegado a la cama? Alguien con una cofia blanca salía en ese momento por la puerta. ¿Qué puerta? ¡Qué raro se sentía la cabeza! Se oían voces en alguna parte, voces bajas. No podía ver quién hablaba, pero de algún modo sabía que era la señorita Shirley y el hombre.

¿Qué decían? Elizabeth captaba frases sueltas aquí y allá, que emergían de una confusión de murmullos.

—¿De verdad...? —La voz de la señorita Shirley sonaba tan emocionada...

—Sí... su carta... verlo con mis propios ojos... antes de presentarme a la señora Campbell... Flying Cloud es la casa de verano de nuestro director general...

¡Si al menos aquella habitación se quedara quieta! La verdad, las cosas se comportaban de un modo bastante raro en el Mañana. Si pudiera volver la cabeza y ver a quienes hablaban... Elizabeth dejó escapar un largo suspiro.

Entonces se acercaron a su cama, la señorita Shirley y el hombre. La señorita Shirley, alta y blanca del todo, como un lirio, con aspecto de haber pasado por una experiencia terrible, pero con una luz interior brillando detrás de todo ello, una luz que parecía formar parte de la dorada luz del ocaso que de pronto inundó la habitación. El hombre le sonreía. Elizabeth sintió que él la quería muchísimo y

que había entre los dos un secreto, tierno y querido, que ella descubriría en cuanto hubiera aprendido la lengua que se hablaba en el Mañana.

—¿Te encuentras mejor, cariño? —dijo la señorita Shirley.

—¿He estado enferma?

—Te atropelló un tiro de caballos desbocados en el camino del continente —dijo la señorita Shirley—. Yo... no fui bastante rápida. Pensé que te habías matado. Te traje derecha para acá en el carro, y tu... este caballero llamó por teléfono a un médico y a una enfermera.

—¿Voy a morirme? —preguntó la pequeña Elizabeth.

—No, cariño, claro que no. Solo te has aturdido y enseguida te pondrás bien. Y, Elizabeth, cariño, este es tu padre.

—Padre está en Francia. ¿Estoy yo también en Francia? —A Elizabeth no le habría sorprendido. ¿No era esto el Mañana? Además, las cosas todavía se tambaleaban un poco.

—Tu padre está aquí, bien aquí, cariño mío. —Tenía una voz tan encantadora que una no podía menos que quererlo solo por ella. Se inclinó y la besó—. He venido a buscarte. No volveremos a separarnos jamás.

La mujer de la cofia blanca volvía a entrar. De algún modo, Elizabeth supo que lo que tuviera que decir debía decirlo antes de que acabara de entrar.

—¿Viviremos juntos?

—Siempre —dijo Padre.

—¿Y vivirán con nosotros la Abuela y la Mujer?

—No —dijo Padre.

El oro del ocaso se apagaba y la enfermera no disimulaba su desaprobación. Pero a Elizabeth no le importó.

—He encontrado el Mañana —dijo, mientras la enfermera echaba a Padre y a la señorita Shirley con la mirada.

—He encontrado un tesoro que no sabía que tenía —dijo Padre, mientras la enfermera le cerraba la puerta en las narices—. Y nunca podré agradecerle bastante esa carta, señorita Shirley.

Y así, escribió Ana a Gilbert aquella noche, «el camino de misterio de la pequeña Elizabeth ha desembocado en la felicidad y en el final de su viejo mundo».

CAPÍTULO 14

Álamos Ventosos,
El callejón de los Fantasma,
(por última vez),
27 de junio.

QUERIDÍSIMO:

He llegado a otro recodo del camino. Te he escrito muchísimas cartas en esta vieja habitación de la torre a lo largo de estos tres años. Supongo que esta será la última que te escriba en mucho, mucho tiempo. Porque después de esta ya no hará falta escribir cartas. Dentro de solo unas semanas nos perteneceremos el uno al otro para siempre, estaremos juntos. ¡Solo pensarlo... estar juntos, hablando, caminando, comiendo, soñando, haciendo planes los dos, compartiendo los momentos maravillosos del otro, convirtiendo nuestra casa de los sueños en un hogar! ¡*Nuestra* casa! ¿No suena eso «místico y maravilloso», Gilbert? He pasado la vida entera construyendo casas de ensueño y ahora una de ellas va a hacerse realidad. En cuanto a con quién quiero compartir de verdad mi casa de los sueños... bueno, eso te lo diré a las cuatro en punto del año que viene.

Al principio, tres años sonaban a una eternidad, Gilbert. Y ahora se han ido como una vigilia de la noche. Han sido años muy felices, salvo aquellos primeros meses con los Pringle. Después, la vida ha ido fluyendo como un agradable río dorado. Y mi vieja disputa con los Pringle me parece ya un sueño. Ahora les gusto por mí misma;

han olvidado que alguna vez me odiaron. Cora Pringle, una de la camada de la Viuda Pringle, me trajo ayer un ramo de rosas, y alrededor de los tallos llevaba enroscado un papelito con la leyenda: «A la maestra más dulce del mundo entero». ¡Imagínate, viniendo de una Pringle!

Jen está desolada porque me voy. Seguiré con interés la carrera de Jen. Es brillante y bastante imprevisible. Una cosa sí es segura: no llevará una vida vulgar. No puede parecerse tanto a Becky Sharp por casualidad.

Lewis Allen se va a McGill. Sophy Sinclair se va a Queen's. Luego piensa dar clases hasta ahorrar bastante dinero para ir a la Escuela de Expresión Dramática de Kingsport. Myra Pringle va a «presentarse en sociedad» en otoño. Es tan guapa que no importará lo más mínimo que no reconociera un participio pasado compuesto ni aunque se lo cruzara por la calle.

Y ya no hay una vecinita al otro lado de la verja cubierta de enredaderas. La pequeña Elizabeth se ha ido para siempre de aquella casa sin sol —se ha ido a su Mañana—. Si me quedara en Summerside se me partiría el corazón de añorarla. Pero, tal como están las cosas, me alegro. Pierce Grayson se la llevó consigo. No vuelve a París, sino que va a vivir en Boston. Elizabeth lloró amargamente en nuestra despedida, pero es tan feliz con su padre que estoy segura de que sus lágrimas pronto se secarán. La señora Campbell y la Mujer se mostraron muy hurañas con todo el asunto y me echaron toda la culpa a mí, cosa que acepto de buen grado y sin arrepentimiento.

—Aquí ha tenido un buen hogar —dijo la señora Campbell con majestuosidad.

—Donde nunca oyó una sola palabra de cariño —pensé, pero no dije.

—Creo que ahora seré Betty todo el tiempo, querida señorita Shirley —fueron las últimas palabras de Elizabeth—. Excepto —

añadió, volviéndose— cuando la añore a usted, que entonces seré Lizzie.

—No te atrevas jamás a ser Lizzie, pase lo que pase —dije.

Nos tiramos besos mientras nos alcanzó la vista, y subí a mi habitación de la torre con lágrimas en los ojos. Ha sido tan dulce, la querida criatura dorada. Siempre me pareció una pequeña arpa eólica, tan sensible al más leve soplo de cariño que le llegara. Ha sido toda una aventura ser su amiga. Espero que Pierce Grayson se dé cuenta de la hija que tiene, y creo que sí se da cuenta. Sonaba muy agradecido y arrepentido.

—No me daba cuenta de que ya no era una niña de pecho —dijo —, ni de lo poco comprensivo que era su entorno. Le doy las gracias mil veces por todo lo que ha hecho por ella.

Mandé enmarcar nuestro mapa del país de las hadas y se lo di a la pequeña Elizabeth como recuerdo de despedida.

Siento dejar Álamos Ventosos. Claro que, la verdad, estoy un poco cansada de vivir en un baúl, pero lo he querido todo aquí: he amado mis frescas horas de la mañana junto a la ventana, he amado mi cama a la que de verdad había que trepar cada noche, he amado mi cojín azul en forma de rosquilla, he amado todos los vientos que soplaban. Me temo que nunca volveré a llevarme tan bien con los vientos como aquí. ¿Y volveré a tener alguna vez una habitación desde la que ver salir y ponerse el sol?

He terminado con Álamos Ventosos y con los años que han ido unidos a él. Y he sido fiel a mi palabra. Nunca le he revelado a la tía Kate el escondite secreto de la tía Chatty, ni el secreto del suero de mantequilla de cada una a la otra.

Creo que a todos les da pena verme marchar, y me alegro. Sería terrible pensar que se alegran de que me vaya, o que no me echarían nada de menos cuando me haya ido. Rebecca Dew lleva toda una semana preparando mis platos favoritos, hasta consagró diez huevos al bizcocho de ángel *dos veces*, y usando la vajilla «de gala». Y a la tía Chatty se le llenan de lágrimas sus dulces ojos

castaños cada vez que menciono mi partida. Hasta Dusty Miller parece mirarme con reproche mientras se sienta sobre sus cuartos traseros.

La semana pasada recibí una carta larga de Katherine. Tiene un don para escribir cartas. Ha conseguido un puesto de secretaria particular de un diputado «trotamundos». ¡Qué palabra tan fascinante, «trotamundos»! Una persona capaz de decir «vayamos a Egipto» igual que otro diría «vayamos a Charlottetown»... ¡y *partir*!

Insiste en atribuirme a mí todo lo cambiadas que tiene ahora la mirada y las perspectivas. «Ojalá pudiera decirte lo que has traído a mi vida», me escribió. Supongo que sí que ayudé. Y al principio no fue fácil. Pocas veces decía algo sin un aguijón dentro, y escuchaba cualquier sugerencia que yo hiciera sobre el trabajo escolar con un aire de estar siguiéndole la corriente, con desdén, a una loca. Pero, no sé cómo, lo he olvidado todo. No era más que fruto de su amargura secreta contra la vida.

Todo el mundo me ha estado invitando a cenar, hasta Pauline Gibson. La vieja señora Gibson murió hace unos meses, así que Pauline se atrevió a hacerlo. Y he vuelto a la casa de los Tomgallon a otra cena con la señorita Minerva —tan Tomgallon como su apellido— y otra conversación de un solo lado. Pero lo pasé muy bien comiendo la deliciosa comida que preparó la señorita Minerva, y ella lo pasó muy bien desahogándose con unas cuantas tragedias más. No pudo ocultar del todo que sentía lástima por cualquiera que no fuese un Tomgallon, pero me hizo varios cumplidos amables y me regaló un anillo precioso con un aguamarina —una mezcla de azul y verde como de luz de luna— que le había dado su padre por su decimoctavo cumpleaños... «cuando yo era joven y guapa, querida... *bastante* guapa. *Ahora* también puedo decirlo, supongo». Me alegré de que fuera de la señorita Minerva y no de la esposa del tío Alexander. Estoy segura de que jamás habría podido ponérmelo si hubiera sido así. Es precioso. Hay un encanto misterioso en las joyas del mar.

La casa de los Tomgallon es sin duda espléndida, sobre todo ahora que sus jardines están todos en hoja y en flor. Pero no cambiaría mi casa de los sueños, aún sin fundar, por la casa de los Tomgallon y sus jardines, ni aunque me echaran los fantasmas de propina.

No es que un fantasma no pudiera ser algo agradable y aristocrático de tener cerca. Mi única queja con el callejón de los Fantasmas es que no hay fantasmas.

Ayer por la tarde fui a mi viejo cementerio para dar una última vuelta, lo recorrí entero y me pregunté si Herbert Pringle se reiría alguna vez para sus adentros en su tumba. Y esta noche me despido del viejo Rey de la Tormenta, con el ocaso en la frente, y de mi vallecito serpenteante lleno de crepúsculo.

Estoy un poquitín cansada después de un mes de exámenes, despedidas y «últimas cosas». Durante una semana, en cuanto vuelva a Tejas Verdes, pienso holgazanear, no hacer absolutamente nada salvo correr libre por un mundo verde de belleza estival. Soñaré junto al Manantial de la Dríada al anochecer. Me dejaré llevar por el Lago de las Aguas Refulgentes en una barquichuela tallada de un rayo de luna, o en el bote de fondo plano del señor Barry, si las barquichuelas de rayo de luna no están de temporada. Recogeré flores de estrella y campanillas de junio en el Bosque Encantado. Encontraré manchas de fresas silvestres en el prado de la colina del señor Harrison. Me uniré al baile de las luciérnagas en el Sendero de los Enamorados y visitaré el viejo jardín olvidado de Hester Gray, y me sentaré en el porche trasero bajo las estrellas a escuchar el mar llamando en sueños.

Y cuando termine la semana, *tú* estarás en casa, y ya no querré nada más.

Cuando llegó el momento, al día siguiente, de que Ana se despidiera de la gente de Álamos Ventosos, Rebecca Dew no estaba presente. En su lugar, la tía Kate le entregó a Ana, muy seria, una carta.

Querida señorita Shirley —escribió Rebecca Dew—, le escribo esto para despedirme, porque no me fío de mí misma para decirlo de palabra. Durante tres años ha morado usted bajo nuestro techo. Poseedora afortunada de un espíritu alegre y de un gusto natural por los goces de la juventud, jamás se entregó usted a los placeres vanos de la multitud frívola y voluble. Se ha conducido usted en toda ocasión y con todo el mundo, especialmente con quien traza estas líneas, con la más refinada delicadeza. Siempre ha sido usted de lo más considerada con mis sentimientos, y encuentro una pesada tristeza en mi ánimo al pensar en su partida. Pero no debemos rebelarnos contra lo que la Providencia ha dispuesto. (Primero de Samuel, veintinueve, dieciocho.)

La echarán de menos todos en Summerside que tuvieron el privilegio de conocerla, y el homenaje de un corazón fiel aunque humilde será siempre suyo, y mi oración será siempre por su felicidad y bienestar en este mundo y por su eterna dicha en el que ha de venir.

Algo me susurra que no será usted por mucho tiempo más «señorita Shirley», sino que pronto quedará unida en comunión de almas con el elegido de su corazón, quien, según tengo entendido por lo que he oído, es un joven de lo más excepcional. Quien esto escribe, poseedora de pocos encantos personales y empezando a sentir el peso de los años (no es que no me quede cuerda para unos cuantos años buenos todavía), nunca se permitió albergar aspiración matrimonial alguna. Pero no por eso se priva del placer de interesarse por los esponsales de sus amigas, y ¿me permite expresar el ferviente deseo de que su vida matrimonial sea de continua e ininterrumpida Dicha? (Solo que no espere demasiado de un hombre.)

Mi estima y, si se me permite decirlo, mi cariño por usted jamás disminuirán, y de vez en cuando, cuando no tenga usted nada mejor que hacer, ¿tendría la bondad de recordar que existe una persona como

Su segura servidora,

REBECCA DEW.

P. D. Que Dios la bendiga.

A Ana se le humedecieron los ojos mientras doblaba la carta. Aunque sospechaba fundadamente que Rebecca Dew había sacado la mayoría de sus frases de su querido «Libro de Etiqueta», eso no las hacía ni un ápice menos sinceras, y la posdata desde luego venía derecha del corazón cariñoso de Rebecca Dew.

—Decidle a la querida Rebecca Dew que nunca la olvidaré y que volveré a veros a todas cada verano.

—Tenemos recuerdos tuyos que nada podrá arrebatarnos —sollozó la tía Chatty.

—Nada —dijo la tía Kate con énfasis.

Pero, mientras Ana se alejaba en el coche de Álamos Ventosos, el último mensaje que le llegó de la casa fue una gran toalla de baño blanca que ondeaba frenética desde la ventana de la torre. Era Rebecca Dew, agitándola.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB